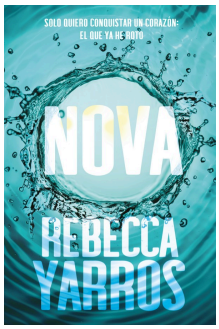
SOLO QUIERO CONQUISTAR UN CORAZÓN:
EL QUE YA HE ROTO



NOVA

REBECCA YARROS



Landon «Nova» Rhodes es el peligro en persona: profesional del snowboard, ojos de un verde azulado magnético y el cuerpo marcado por tatuajes y victorias, pero también es un casanova. Todos dicen que carece de responsabilidad afectiva porque una chica le rompió el corazón hace años.

Esa chica es Rachel Dawson. Sin embargo, detrás de los rumores, solo ellos conocen la cruda realidad: fue él quien la redujo a cenizas.

Ahora, el destino los encierra en el mismo crucero, y Rachel se ha jurado no ser tan tonta como para caer de nuevo en su red, sin importar cuán experto se haya hecho en el amor.

ASÍ NOVA SE ENFRENTARÁ A SU DESCENSO MÁS PELIGROSO: RECONQUISTAR EL CORAZÓN QUE UNA VEZ SE ENCARGÓ DE ROMPER.



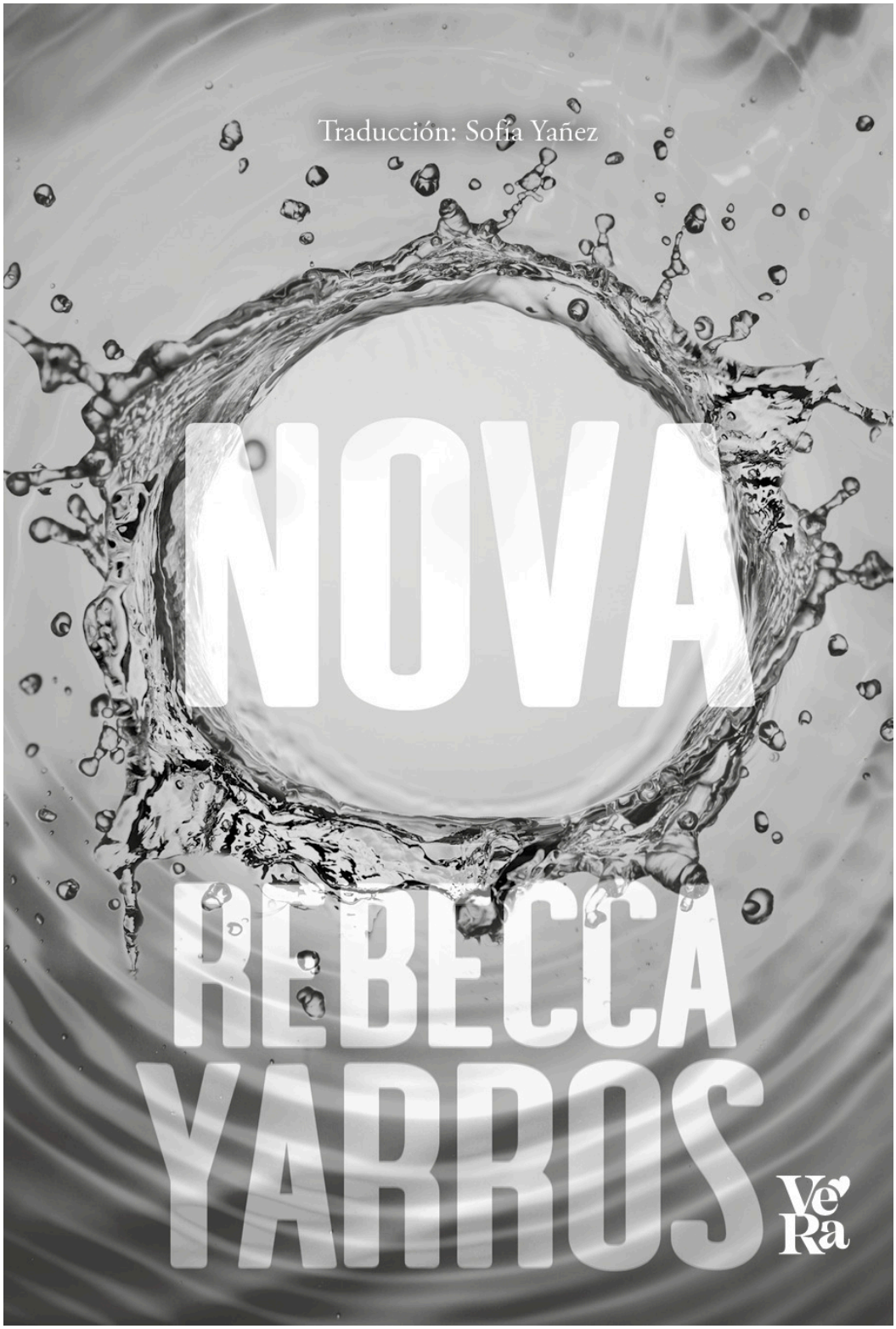
REBECCA YARROS

Es la autora número uno en ventas del *New York Times, USA Today* y *Wall Street Journal.* Ha recibido el British Book Award al libro del año y el Alex Award de la American Library Association. Ha publicado más de veinte novelas, entre las que se encuentran *Variación, Más que una posibilidad* y *Alas de sangre.*

Su familia ha servido en el ejército durante dos generaciones y lleva casi veinte años casada con un militar. Vive en Colorado con sus seis hijos, su esposo, sus bulldogs ingleses, su gato Maine Coon y sus aguerridas chinchillas, a las que les encanta perseguir a los bulldogs. Cuando no está escribiendo, la podemos encontrar en la pista de hockey acompañando a sus hijos adolescentes o tocando la guitarra.

Tras haber acogido y adoptado a su hija menor, Rebecca fundó One October, una organización sin ánimo de lucro dedicada a ayudar a niñas y niños del sistema de adopción de Estados Unidos.

Para estar al tanto de todas las novedades, visita: **www.rebeccayarros.com**.


Traducción: Sofía Yañez
NOVA
REBECCA
YARROS
Ve'
Ra

Para Chase.
No hay nada en este mundo mejor que oírte reír..., excepto, quizá, verte sonreír o abrazarte fuerte.
Eres un regalo por el que estoy eternamente agradecida.

CAPÍTULO 1
Landon

DUBÁI

El sitio en el que me encontraba era algo irreal, un pedacito de invierno dentro de un verano eterno. Caían las luces desde lo alto, lo cual hacía resplandecer la nieve artificial dentro del Ski Dubái y me provocaba una punzada de nostalgia al pensar en los cielos claros y cristalinos que se extendían sobre las Montañas Rocosas de Colorado. Aspen iniciaría su temporada más cerca de fin de mes, pero nosotros estábamos al otro lado del mundo, en el Medio Oriente, y ni siquiera teníamos programado volver a Estados Unidos hasta la Navidad.

De repente, vi al camarógrafo bajando por la pista detrás de mí, así que aumenté la velocidad. Normalmente no tenía ningún problema con que me pusieran cámaras en la cara las veinticuatro horas del día, pero hoy me estaba sacando de quicio. Tal vez era porque acabábamos de terminar el programa en vivo hacía un par de días, o quizá por todo lo que había pasado: el incidente que estuvo a punto de costarle la vida a uno de mis mejores amigos y que dejó a otro bajo custodia policial. Tal vez era por no poder ni

mear sin que las cámaras me siguieran hasta el baño, a pesar de que solamente quería algunos ratos de soledad.

Incliné el cuerpo hacia un lado y tomé la curva mientras bajaba, atento a que la tabla de *snowboard* agarrara bien sobre el hielo que se extendía justo al borde del camino de la telesilla. La bajada entera no me llevó más que unos segundos, y no me iba a servir un carajo para prepararme para Nepal, pero era mejor que no hacer nada, sobre todo teniendo en cuenta que afuera hacía treinta y dos grados.

—Casi me había olvidado de lo rápido que eras —dijo Paxton mientras frenaba a mi lado.

—Esta semana practiqué un par de veces. Tenía miedo de estar más oxidado, pero no. —Me encogí de hombros. Hacía cinco días que el barco había atracado en Dubái como parte del programa de Estudios en el Mar, y yo había visitado la pista casi todos los días. Era mi única oportunidad de usar la tabla de *snowboard* desde que habíamos salido de Miami, hacía tres meses, y no pensaba perderla.

—¿Quieres ir de nuevo? —Pax señaló la telesilla con la cabeza cuando el camarógrafo por fin llegó al final de la pista. Menos mal que íbamos a filmar la mayoría de las tomas de Nepal desde el helicóptero y con cámaras GoPro, porque este tipo nunca podría seguirme el ritmo.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

Se arremangó el abrigo y miró el reloj.

—Como una hora. Nos alcanza para hacer una pista más. Leah se pone como loca si no estamos a bordo dos horas antes de la salida, así que esta va a ser la última.

—Sí, bueno, eso es lo que pasa cuando te quedas besándote con tu novia en Estambul y se te va el barco.

Se le extendió una sonrisa lenta por el rostro a mi mejor amigo.

—Bien que valió la pena. ¿Qué dices? ¿Una más?

Miré cuesta arriba para observar las distintas pistas que ofrecía Ski Dubái y asentí con la cabeza.

—Ya que estamos, ¿no? No voy a volver a tener esta oportunidad hasta dentro de unas semanas.

Fuimos hasta la pequeña fila de la telesilla para esperar nuestro turno. Éramos dos sapos de otro pozo con nuestro equipo hecho a medida, al lado de los trajes azules y rojos que tenían todos los demás.

Era muy consciente de la cámara que teníamos detrás, pero hice lo mejor que pude para no prestarle atención. Todo este documental —*Aguas internacionales*— era algo que hacíamos por Nick, y pasar nueve meses con una cámara en la cara no era nada en comparación con tener que pasar el resto de la vida en esa silla de ruedas. La película daría a su nombre la misma relevancia que a los nuestros, los Originales, los que habíamos iniciado el grupo de los Renegades, y lo haría conocido por sus impresionantes diseños de rampas y montajes para retos. Así que bienvenidas las cámaras.

—Hola, Nova —dijo una chica desde más adelante con un leve suspiro, dirigiéndose a mí.

—Hola, princesa —respondí con un guiño—. ¿La estás pasando bien? —Repasé su rostro en mi agenda mental, preguntándome si me había acostado alguna vez con ella.

Sentí la fuerza con la que Paxton puso los ojos en blanco a mi lado. Detestaba ese hábito mío... y no tenía ningún problema en

expresar su opinión.

—¡Ay, sí! Qué lindo tener un lugarcito con frío y poder abrigarse. Con el calor que hace en todos los lugares por los que estamos pasando, ¿no? —La chica de ojos celestes me batió las pestañas rebosantes de maquillaje.

—Tal cual —dije. *Está en el barco con nosotros*.

—En fin, es un buen clima para acurrucarse —dijo, mordiéndose el labio, y luego se subió a la telesilla que venía antes que la nuestra.

—No empieces —le advertí a Paxton cuando lo vi abrir la boca.

Negó con la cabeza y avanzamos, listos para nuestro turno.

—Me confirmaron el viaje a Nepal —me dijo cuando nos sentamos en la telesilla.

—¿Sí? ¿En serio encontraron la manera de que encajara con los estudios?

Estábamos organizando un viaje de esquí porque queríamos pasar un tiempo en la montaña para prepararnos, pero como los tres últimos meses habíamos estado recorriendo todos los rincones del Mediterráneo y de África, no habíamos tenido muchas oportunidades de disfrutar de la nieve.

Nuestro viaje a Nepal —el único trayecto en el que yo me estaba enfocando para el documental— estaba totalmente ligado al cronograma académico, al igual que todo lo demás este año.

La silla se impulsó hacia delante y comenzamos a subir.

—Es durante la semana de la excursión optativa a la costa. Así que nos perderemos una semana en la India, pero ya nos arreglaremos. En total tenemos diez días y tendremos que escribir ensayos sobre el viaje para compensar las excursiones culturales que nos perderemos.

Le eché una mirada escéptica de reojo.

—¿Y Leah no tuvo ningún problema con esto? Tu mujer es muy obsesiva con lo académico.

Le volvió a aparecer la misma sonrisa enamorada en la cara, y yo me tragué el ataque de envidia que entró en erupción en mi estómago. Pax se merecía la felicidad, el amor, todo el puto cuentito de hadas. Nada más me sentía un poco amargado porque yo no estaba destinado a tener un carajo de todo eso.

Había cagado mi única oportunidad de vivir el amor hacía mucho tiempo.

—Sí, pero después le prometí que haríamos una parada de un día en el Taj Mahal. Además, reservé un vuelo en helicóptero hasta el campamento base del Everest.

—Qué romántico.

—Oye, Leah por lo menos no tiene ni una queja. —Se quedó mirando hacia delante durante un segundo y después inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero, bueno… Si tienes alguna sugerencia para las chicas mientras estemos allí arriba, soy todo oídos. La verdad es que no me imagino a Leah en las pistas.

—Es verdad. Ya vamos a encontrar algo que puedan disfrutar. Penna se va a querer morir por no poder esquiar esta vez.

—Sí —dijo Paxton con voz queda, y nos sumimos en un silencio pensativo.

Sentía el aire frío en el rostro y los alegres sonidos de los esquiadores que había debajo de nosotros resonaban en las paredes de acero del lugar. Solo Dubái era capaz de construir un imponente complejo de esquí dentro de un centro comercial. Penna tendría que estar aquí con nosotros, no escondiéndose del mundo en el barco.

Pax tenía razón: en los próximos meses, se marchitaría hasta que le quitaran el yeso.

—Me preocupa. No dice casi ni una puta palabra desde que salió del hospital, y eso es muy inusual.

—Se siente culpable —dijo.

—No debería —respondí sin vacilar—. Su hermana se volvió loca. Yo quiero a Brooke tanto como tú, pero sabes que es verdad. Nada de lo que pasó en los últimos tres meses (los accidentes, el sabotaje, los juegos mentales retorcidos) fue culpa de Penna.

—¿Y cómo vamos a hacer para que ella también lo crea?

—Tenemos que hacer que sepa que es parte de este equipo. Siempre estuvimos los cuatro: tú, yo, Nick y Penna. Es posible que la silla de ruedas de Nick sea permanente, pero la de Penna no. De ninguna manera. En unos meses, ya estará arrasando con todo de nuevo.

—Físicamente, puede ser. Pero se está volviendo oscura, amigo. No sé si lograremos que se mentalice de nuevo para competir, y te apuesto que los X Games no van a ser una opción para ella. Apenas va a llegar a que le quiten el yeso a tiempo, y olvídate de que esté en forma para competir.

Solté el aire despacio, mirando cómo se hacía vapor.

—Sí, bueno, si alguien va a llegar, es Penna. Ya le van a quitar el yeso, y se va a volver a subir a la moto antes de que sus médicos se lo recomienden.

—Así es nuestra Rebel —dijo Pax con una sonrisa, haciendo referencia al apodo de nuestra amiga.

Wilder, Rebel, Nova y Nitro. Los Renegades Originales. Puede que hayamos empezado en el jardín de Paxton y en el parque de *skate*

local, pero ahora ya estábamos más grandes, con al menos veinte Renegades en el barco y más que un par de polluelos. No importaba lo mucho que creciéramos: siempre íbamos a ser nosotros cuatro. Después de una década de arriesgar la vida juntos, éramos una familia más cercana que la biológica. Lo dejaría todo por ellos.

Ya lo hiciste.

La telesilla llegó al final, y saltamos a la nieve espectacular que teníamos debajo. Dios, cómo extrañaba sentir los crujidos, fluir, llevar mi cuerpo al límite sin nada más que una tabla bajo los pies. No es que no me encantara andar en patineta, pero hacer *snowboard* siempre iba a ser mi gran amor.

—¿Preparaste el terreno para Gabe y Alex? —pregunté mientras analizábamos las opciones que teníamos delante.

—Sí. Al programa no le gustó mucho aceptarlos esta vez, pero mi palabra tuvo bastante peso en el asunto.

Solté una risotada.

—Y, dado que eres el dueño del barco y todo eso…

—Eso debe de haber ayudado —admitió—. Sé que los necesitas, así que había que hacerlo. De hecho, llegaron en avión esta mañana, así que estarán listos para empezar las clases con nosotros.

—Son los mejores de nuestra generación en el *snowboard* de alta montaña.

—*Tú* eres el mejor de nuestra generación en el *snowboard* de alta montaña —me corrigió.

Me encogí de hombros. Tal vez sí. Tal vez no. Pero sabía que había una diferencia entre ser engreído y tener seguridad en uno mismo, y necesitaba a esos dos conmigo en el Himalaya. Necesitaba su criterio y su experiencia para moderar los míos.

—Ey, bajemos por esta —sugirió Pax cuando nos alcanzaron las cámaras, señalando con la cabeza la pista negra—. Pasa justo por donde está mirando Leah.

—Sí, obvio, vamos a lucirnos frente a tu novia —dije con una risa. Cruzamos hasta donde empezaba la pista negra mientras yo maldecía mentalmente al equipo de filmación. *A ver si nos siguen el ritmo en esta*—. Hablando de Leah, ¿ya llegó su compañera de cuarto? Seguro tenemos que incluirla en lo de Nepal, ¿no? —Había que encajar un montón de piezas en el rompecabezas para lograr que el viaje saliera perfecto, y ahora había que sumar una más.

Paxton se puso tenso a mi lado.

—Sí, está aquí.

—¿Qué pasa? —pregunté, dándole unas palmadas en la espalda —. ¿Su amiga te está limitando el tiempo a solas con la señora?

—No, nada que ver. —Negó con la cabeza.

—Ey, Nova —me llamó la misma voz dulce y femenina mientras se nos acercaba esquiando. Era la rubia—. Tenemos un ratito hasta que salga el barco del puerto. ¿Quieres ir a beber algo al final de la bajada?

¿Quieres que nos revolquemos, así me das una anécdota para contar en casa? Eso era lo que me estaba preguntando en realidad. En general, no me molestaría, pero últimamente ver a Pax y a Leah me estaba afectando de algún modo.

Lo cual era una mierda.

—Creo que estamos bastante justos de tiempo, pero si me buscas allá en el barco, puede ser —propuse con una sonrisa, esperando no haber herido sus sentimientos.

—Voy a estar en la cubierta de la piscina. —Sonrió—. Ah, y me llamo Erin —agregó.

—Un gusto —respondí—. Yo me llamo...

—Nova —respondió por mí mientras la amiga que tenía detrás no paraba de cuchichear.

Landon.

—Claro. —No le interesaba quién era yo en realidad, sino mi figura pública, lo cual estaba bien. *Pero no está bien*. Además, era mejor que cuando una chica pensaba que no sería algo de una sola noche o que sería la que me reavivara el corazón cubierto de hielo.

Ninguna estaba ni cerca.

Ninguna era *ella*.

Empujé ese pensamiento bien al fondo de mi cabeza, tanto como pude, y cerré la puerta de un portazo. En cuanto la abría, me volvía inútil, apenas lograba funcionar, y por lo pronto no iba a volver a ese lugar.

—Bueno, nos vemos a bordo —dijo Erin, mirándome de arriba abajo de una manera bastante obvia antes de volver a la pista más fácil con su amiga.

—No te vi muy interesado —dijo Pax mientras se ponía las gafas de nieve.

Hice lo mismo que él, y el mundo adoptó el matiz más definido que le daban mis lentes especializados.

—Eso es porque no lo estoy.

—Ah. —Asintió lentamente con la cabeza, como si lo entendiera.

No entendía una mierda.

—¿Algo que decir? —pregunté, revisando rápido nuestros alrededores para cerciorarme de que no estuviéramos al alcance de

los micrófonos del equipo de filmación.

—¿Tal vez ya estás listo para dejar de coger con cualquiera?

—Para nada —ladré.

—Era linda —dijo, encogiéndose de hombros.

Pelo rubio. Ojos celestes. Sí, era un ocho.

El problema era que yo quería un once y solo conocía a una persona así en todo el mundo, carajo. Tenía el pelo más negro que la noche, un cuerpo firme y tonificado que encajaba a la perfección con el mío, y unos ojos almendrados del color del chocolate que me hacían olvidar mi nombre, pero nunca el suyo.

—Sí, bueno, yo quiero otra cosa. —*Que suelte el tema ya*.

—Está bien —dijo, asintiendo con la cabeza.

—¿Y eso qué significa?

—Dije «está bien».

—Pero quisiste decir otra cosa.

—Basta de interpretar cualquier mierda. Si no quieres estar con esa chica, me importa un carajo. Me gustaría que dejaras de automedicarte, porque te está consumiendo. Pero eso no es asunto mío, ¿no?

—Vamos y ya —dije con la mandíbula tensa.

—Eres insoportable —dijo, y a continuación salió disparado colina abajo.

Respiré hondo y traté de calmar la mente, pero, una vez que ella aparecía, no había vuelta atrás.

Intenté pensar en la rubia, llenar mi cabeza con su rostro y su propuesta, y así poder usar su cuerpo para llenar el hueco de mi alma durante al menos una hora, pero no pude.

Se me nublaba la mente con su rostro, sus ojos, su boca tan insolente. Ella me habría lanzado un beso y habría bajado la colina con Pax. Me habría seguido el ritmo, un movimiento tras otro, empujándome a ir más lejos, más rápido.

Dos años y medio, y todavía sentía que se me desmoronaba el pecho cada vez que pensaba en ella.

Rachel. Dejé que su nombre me recorriera todo el cuerpo, le permití entrar por un momento nada más. *Solo por esta bajada*, me prometí a mí mismo mientras me lanzaba por la pista. Si me permitía recordarla durante esos treinta segundos, podría olvidarla cuando llegáramos a la base.

Me dejé llevar por la pendiente y me pregunté dónde estaría, qué estaría haciendo. ¿Todavía me odiaría? Ojalá. Me lo merecía.

Dios sabía que yo me odiaba tanto a mí mismo que valía por los dos.

El problema del amor es que, una vez que se acaba, no hay manera de llenar ese vacío ni de recuperar esa euforia. Perder el amor venía acompañado de síntomas de abstinencia para los que no había alivio conocido.

O, al menos, ninguno que yo hubiera encontrado.

Me agaché sobre la tabla, ganando velocidad.

Por lo menos, el sexo calmaba el dolor de forma momentánea, pero tal vez... Mierda, tal vez Paxton tenía razón. No estaba ni un paso más cerca de superarla que el día que la dejé como un estúpido.

Tal vez ya era hora de que me pusiera los pantalones y me hiciera cargo de las cartas de mierda que me había repartido a mí mismo.

Justo delante de mí, Paxton saludó con la mano hacia el vidrio, y yo levanté la vista para hacer lo mismo mientras me acercaba a donde estaba Leah. Saludó primero a él y después a mí, pero entonces llegó alguien y se puso a su lado.

Ah, mierda. No puede ser.

El pelo le rozaba los delicados hombros con unos mechones violetas que se veían claramente desde aquí abajo. Mi cabeza giró por sí sola, tratando de mantenerla en mi campo visual mientras seguía avanzando.

Ese rostro de hada, esas mejillas marcadas, esa nariz respingada, esos labios de curvas perfectas… Los reconocería en cualquier lado.

Apoyó las manos contra el vidrio...

¡Zas! Se me sacudieron las piernas un milisegundo antes de chocarme con la pared. Reboté hacia atrás y me caí de culo.

—¡Cuidado! —gritó alguien en mi idioma justo antes de golpearme con el bastón.

Había ido a parar en medio del recorrido del telesquí, el único del parque que subía a la gente por la pendiente con una cuerda y un pomo.

Me impulsé hacia atrás para apartarme del camino y miré hacia donde estaba Leah junto a la ventana. Sola.

—¿Estás bien? —gesticuló, con los ojos redondos de preocupación.

Mierda, ¿ahora tenía alucinaciones? ¿Había dejado que me dominaran mis recuerdos durante unos segundos y ya empezaba a verla?

Le respondí a Leah asintiendo con la cabeza y me levanté. ¿Estaba tan ido que mi cerebro estaba viendo lo que quería?

—¿Estás bien? —preguntó una chica mientras me pasaba por al lado, deslizando los esquís a treinta centímetros de mi tabla.

—Sí, gracias —dije, inclinando la cabeza. *Vieron bien, señoritas: tengo cuatro medallas de los X Games, tres de las cuales son por hacer snowboard, y aun así me choqué contra una puta pared.*

Contrólate. Bajé por la pendiente y me encontré con Pax al final de la pista.

—¿Te desviaste? —preguntó.

—Sí, más o menos —contesté, consciente de que no me había visto quedar como un imbécil total. Aunque, sin duda, lo vería después, cuando el video llegara a manos de Bobby, el director del documental.

Pax no me lo cuestionó, sino que se limitó a mirarme con una expresión de «qué carajo».

—Ya hay que volver. ¿Todo bien? Te veo un poco pálido.

—Estoy bien —dije.

Esas fueron las únicas palabras que pronuncié mientras nos quitábamos el equipo.

—Landon, ¿estás bien? —preguntó Leah, acercándose a toda velocidad mientras salíamos caminando del aire helado y nos adentrábamos en el calor seco del desierto.

—¿Qué pasó? —preguntó Pax, rodeándola con el brazo.

—Nada. Estoy bien —contesté, sonriéndole a Leah. Por lo menos, creo que le sonreí. No estaba seguro, dado que me sentía entumecido casi en todos lados.

Ese entumecimiento no se me pasó mientras nos llevaban en auto hasta el puerto donde estaba nuestro barco. No se me fue mientras Pax me contaba cómo estaban ahora nuestras métricas desde que él

había logrado el primer triple *frontflip* de la historia en una moto de *motocross* hacía unos días, durante nuestra demostración en vivo. Nuestros suscriptores de YouTube habían crecido muchísimo, al igual que los de Instagram y Snapchat, y las visualizaciones de nuestros videos estaban por las nubes.

No se me fue cuando me revisaron el documento al subir a bordo del enorme crucero que era nuestro hogar desde agosto. Lo único que podía ver al entrar en nuestra suite de tres habitaciones, al fondo del barco, era la imagen que mi cerebro no dejaba de repetirme: la mujer que había visto durante un segundo junto a Leah.

—¡Landon! —gritó Pax, abriéndose paso entre la niebla de mi mente. Giré la cabeza hacia él dando un respingo.

—¿Qué? Mierda, no hace falta que grites.

—No parece, porque primero dije tu nombre como tres veces.

—Dije que estoy bien.

—Bueno, pero te pregunté si querías ir a la piscina —dijo, entornando los ojos.

—Necesito ir a entrenar —repliqué después de parpadear un par de veces.

—Acabas de hacer *snowboard*. Falta un día al gimnasio y ven a pasar el rato. Ya sé que te estás preparando para Nepal, pero un día no te va a matar.

Tenía razón. Podía faltar un día. Además, estaba tan distraído que corría el riesgo de salir volando de la cinta de correr o de hacer alguna otra estupidez similar a chocarme con una pared.

—Bueno. Piscina. La piscina es buena.

—Ey, tal vez te encuentres con esa conejita de la nieve —se burló mientras subía las escaleras hacia su habitación.

—Nada de conejitas de la nieve —me dije en voz baja mientras entraba a mi habitación. En esta situación, no me iba a ayudar estar con otra chica más: no ahora que solamente podía pensar en *ella*. Ya había pasado por esto; lo único que necesitaba era despejar la cabeza. Me quité la ropa y me puse el traje de baño antes de encontrarme con Pax en la sala de estar. Bobby estaba con el equipo de filmación en una reunión en la mesa del comedor. Si nos apresurábamos, podríamos pasar un rato sin que nos grabaran.

—En serio, estás raro —dijo Pax mientras íbamos en el elevador a la cubierta de la piscina—. Leah dijo que te habías chocado con una pared cuando estábamos andando. ¿No deberíamos llevarte a que te revisen la cabeza? Ella ya subió a la piscina para reservarnos unos camastros, pero podemos encontrarnos más tarde.

—Estoy bien —repetí.

—Eso dices.

La música sonaba a todo volumen en la cubierta de la piscina cuando salimos al calor de más de treinta grados. El sol me daba de lleno en la piel, pero no servía de nada para disipar el entumecimiento que no lograba quitarme de encima.

Tal vez Pax tenía razón y me había golpeado la cabeza.

El lugar estaba abarrotado y la música sonaba muy fuerte, como siempre cuando salíamos del puerto. Pax desapareció para buscar a Leah. Observé a la multitud que se movía al ritmo de la música y deseé poder sentir un poquito de su entusiasmo.

Había terminado el primer trimestre, quedaban dos más por delante y nos dirigíamos al océano Índico. Era todo bastante

abrumador si me ponía a pensarlo de verdad. Aunque, en realidad, justamente por ponerme a pensar era que había terminado en esta situación.

—¡Ahí estás! —La rubia de la pista vino rebotando hacia mí, con las tetas asomándose por detrás del sujetador de triángulo.

—Hola —dije, forzando una sonrisa, cuando me rodeó la cintura con un brazo.

—¿Quieres ir a tomar algo conmigo?

La verdad, no.

—En realidad, estaba pensando en ir a...

—Ay, vamos. ¡La barra está ahí nomás! —dijo mientras nos daba vuelta.

Una sensación helada me golpeó de lleno en el pecho y bajó deslizándose por mis abdominales hasta llegar a mi traje de baño mientras daba una bocanada brusca de aire. Mierda que estaba frío.

—¡Ay, perdón!

La voz *de ella* me golpeó con toda la fuerza de un huracán y, cuando levantó la vista, se me fue todo el aliento que había conseguido tomar.

Se le pusieron los ojos redondos, y el pánico atravesó ese rostro hermoso y tan familiar.

—Ay, Dios —susurró.

Los mechones violetas de su pelo descansaban sobre la suave línea de su mentón, y tenía los labios separados, con una expresión de sorpresa que seguramente era un reflejo de la mía.

Todo mi mundo se redujo a la mujer que estaba delante de mí. Hasta el latido de mi corazón se detuvo para venerar el momento. ¿Cómo era posible que estuviera allí? Después de tanto tiempo,

estaba tan cerca que podía tocarla, pero lo único que fui capaz de hacer fue mirarla fijamente, como si pestañear fuera a hacer que desapareciera.

Sentí cómo se estrellaban mil emociones en todo mi cuerpo, emociones tan rápidas que me dejaron aturdido, tan intensas que me punzaron como mil millones de agujas sin darme estabilidad. Sentí una alegría y un asombro absolutos por volver a verla después de tanto tiempo, un miedo a que me lanzara a la cara lo que le quedaba de esas margaritas que ahora descendían por mi cuerpo y una necesidad imperiosa de besarla, de rogarle que me perdonara por haber sido un idiota inmaduro y que se olvidara de estos dos años que habíamos pasado separados.

Pero la sensación más fuerte era la de un alivio total y completo por poder respirar de nuevo y sentir que se me pasaba el entumecimiento que había experimentado desde que estaba en la pista, como si, de pronto, con un cosquilleo, me hubiera vuelto la sangre a los capilares hambrientos.

Todo se reducía a una palabra.

—¿Rachel?

CAPÍTULO 2
Rachel

DUBÁI

Pensaba que estaba preparada para este momento inevitable.

Qué equivocada estaba.

Respira, me dije (no para calmarme, sino para llevar algo de oxígeno a los pulmones antes de desmayarme). Pensar en la idea de ver a Landon y encontrármelo cara a cara eran dos cosas totalmente distintas. Una era puramente lógica, y la otra... Bueno, digamos que no había ni un solo nervio dentro de mi cuerpo que no cobrara vida al sentir su cercanía.

Ahora di algo. Cualquier cosa.

—Hola, Landon —dije en voz baja mientras levantaba la vista y me encontraba con unos ojos pardos totalmente estupefactos. Casi me había olvidado de lo hermosos que eran y de cómo les cambiaba el color según su estado de ánimo o la ropa que llevara puesta.

Que en este momento no era mucha.

En realidad, llevaba mis margaritas. En ese momento, le estaban cayendo como gotas por las líneas increíblemente marcadas de su

abdomen, sin que les importara en lo más mínimo la infinidad de tatuajes que le daban color a su piel.

¿Se tapó el que se hizo por mí? Aunque, igualmente, no se lo iba a poder ver debajo de toda esa sustancia pegajosa de color verde brillante que se le estaba resbalando por el cuerpo.

Me apresuré a volver a mirarlo a los ojos, pero él seguía ahí, quieto, mirando. Bueno, tal vez esto no iba a ser tan terrible como pensaba.

—Bueno, qué lindo verte —dije con una sonrisa temblorosa, observando cada detalle de su rostro, que bien podría haber sido el de un galán como los Hemsworth. Había perdido la poca suavidad que tenía la última vez que lo había visto y ahora quedaban marcadas las líneas de su nariz y su mentón, pero esos labios seguían viéndose tan suaves como siempre y con la misma destreza para las frases ingeniosas.

Intenté bloquear el aluvión de recuerdos, pero salieron al ataque, bombardeándome con el timbre grave de su voz cuando pasábamos horas hablando, con la expresión de sus ojos la primera vez que me dijo que me amaba, con la sensación de sus manos sobre mi piel. Por mucho que me hubiera esforzado por mantenerlo todo bajo llave, volvió a mí de golpe, sobrecargándome de emociones que no podía permitirme explorar. Jamás.

Hacía una semana que estaba a bordo, sabiendo que él estaba aquí —sabiendo todo lo que había hecho Paxton furtivamente para traerme—, y lo había evadido como la plaga que era. Estaba aquí por Leah, por mí, para tocar mi propia historia y buscar el lugar de mi nacimiento… Por cien motivos distintos que no tenían que ver con Landon.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —Sus frases tan habilidosas de siempre brillaban por su ausencia.

Había practicado esto mil veces en mi cabeza. Lo tranquila que iba a estar. El desdén. Cómo le iba a demostrar que, aunque me hubiera hecho daño, yo no estaba rota. Pero mi imaginación no me había servido de nada para enfrentarme a este momento ni a la reacción física que tuve al verlo.

¿Por qué no me dijiste que te ibas? ¿Por qué no me elegiste a mí? ¿Por qué no fui suficiente para ti? Todas las preguntas que mi yo de dieciocho años había gritado entre llantos contra la almohada volvieron a asomar, pero las volví a ahuyentar de un golpe, tragando saliva a pesar de la repentina sequedad de mi garganta, que no tenía nada que ver con el calor del desierto.

—Eh... ¿Se conocen? —preguntó la rubia que él tenía sujeta de la cintura. *Me pregunto si sabrá siquiera cómo se llama..*

Se me torcieron los labios en una sonrisa burlona. Un año distinto. Un país distinto. El mismo Landon de siempre.

—Antes, sí.

Él seguía atónito, y yo me aproveché de la poca ventaja que tenía.

—Bueno, nos vemos.

Me obligué a quitarle los ojos de encima, sintiendo un dolor en el pecho como si me hubiera dejado ayer y no hace dos años y medio.

Me las arreglé para darme vuelta, alejarme y arrojar el resto de las margaritas a la basura. Después buscaría a Leah y se lo explicaría, pero en ese momento tenía que irme a la mierda. El elevador estaba un poco más adelante, a no más de unos tres metros, cuando me alcanzó. La rubia no estaba con él.

—¡Rachel! —dijo, rozándome la parte superior del brazo con los dedos, como si hubiera cambiado de opinión antes de llegar a tocarme.

Casi, pensé mientras se cerraban las puertas del elevador delante de mí.

Me di vuelta despacio, tratando de visualizar que guardaba mis emociones bajo llave con una fila de cerrojos. Landon no iba a pasar.

—¿Qué necesitas? —les pregunté a sus pectorales. Su pecho era más seguro que esos ojos que me derretían el alma.

—Rachel —susurró.

Fui levantando poco a poco la vista hasta encontrar la suya, a más de una cabeza por encima de mi mirada. El pelo castaño claro de Landon, despeinado con los dedos, se alzaba por encima de mi figura de menos de un metro sesenta, pero esa diferencia siempre me había hecho sentir protegida, como si él fuera una montaña a la que nadie podía llegar. Al final, resultó que yo tampoco podía alcanzar la cima.

—¿Qué?

—No... No sé qué decir —admitió, con una expresión de asombro y miedo.

Yo tampoco, clamó mi yo de dieciocho años desde el lugar donde la había encerrado.

—Guau. Tengo que admitir que esperaba una respuesta más ingeniosa por tu parte.

Sacudió un poco la cabeza y parpadeó, como si esperara que yo desapareciera, como si yo fuera un producto de su imaginación.

—No esperaba encontrarme contigo.

—Eso es bastante obvio. Mira, no hace falta que nos veamos. Tú te centras en tus clases y yo en las mías. Seguro que coincidiremos un poco por Leah y Paxton, pero mi intención es ignorarte por completo. —Tenía que hacerlo para sobrevivir.

—¿Por Leah y Paxton? —dijo, entrecerrando los ojos.

Levanté una ceja e intenté calmar los fuertes latidos de mi corazón. Era como si el condenado tuviera alas y estuviera martillándome las costillas para salir de mi pecho y volver con la única persona a la que siempre le había pertenecido. *Eso sí que no, carajo.*

—¿No te contaron?

Dio un paso adelante y yo di uno hacia atrás.

—¿No me contaron qué?

Seguimos con nuestro bailecito: yo me iba hacia atrás y él me seguía. Cada paso me llevaba más cerca del elevador. Más cerca de irme a la mierda, bien lejos de él.

—Rachel, ¿puedes parar? No te voy a perseguir hasta el ascensor.

—Sí, tú eres más bien de los que se van.

Se le contrajo el rostro.

—¿En serio?

Sonó la sirena, y el barco zarpó del muelle.

—Tengo bastante experiencia de primera mano con esa parte de ti. —Miré detrás de él. A la distancia, la rubia nos miraba con los brazos cruzados debajo de los pechos—. Y, por lo que veo, no cambió nada.

—Rachel... —Extendió el brazo hacia mí, pero yo di un paso hacia atrás, di la vuelta ligeramente y pulsé el botón de descenso del ascensor.

—No. No tienes derecho a llamarme «Rachel» de ese modo. No tienes derecho a *nada* conmigo. Lo único que puedes hacer es seguir con tus «Novadas» mientras yo me mantengo bien lejos de ti durante los próximos seis meses.

—Bueno, tus tácticas vienen funcionando bastante bien, si tenemos en cuenta que esta es la primera vez que te veo, cuando hace tres meses que estamos de viaje.

¿Era necesario que se mostrara herido, como si yo hubiera cometido un acto de crueldad al esconderme de él?

—Llegué la semana pasada.

Se le arrugó la frente y yo contuve mis ganas de alisarle esas arrugas con los dedos, como lo hacía cuando estábamos juntos. Ya no era mío como para tocarlo. Ya no era mío en ningún sentido de la palabra.

—¿La semana pasada? Qué raro, la chica que vive con Leah también lle... —Se le agrandaron los ojos hasta alcanzar dimensiones casi imposibles.

—Ataste los cabos, ¿no? —El elevador se abrió a mis espaldas con un *cling*, y yo entré caminando hacia atrás sin la más mínima vergüenza al ver que el equipo de filmación se dirigía hacia nosotros. Necesitaba espacio, y lo necesitaba *ya*.

—Espera. —Se arrojó hacia delante, frenando la puerta del elevador con el brazo—. No entiendo.

—Ya te lo va a explicar Paxton —dije, y apreté el botón para cerrar la puerta.

—¿Paxton? —Volvió a sacudir la cabeza.

Suspiré exasperado al darme cuenta de que en el ascensor había más alumnos.

—Paxton Wilder. Tu mejor amigo. Vamos, Nova...

—Landon —espetó—. Nunca fui Nova para ti. No de esa manera.

Eres como una supernova, una explosión tan deslumbrante que nadie puede ver más allá de ti, le había dicho una vez, después de que él ganara una competencia. Pero, como mi amor, ese nombre se había tergiversado hasta convertirse en algo completamente distinto. Ahora era *Casanova*... y ya no era mío.

—Lo que hayamos sido para el otro ya no importa una mierda —repliqué—. El hecho de que yo esté aquí no es obra del destino ni de Dios. Es obra de Paxton. Si quieres respuestas, ve a preguntarle a él. Cuando se cierre esta puerta, mi plan es no volver a hablarte nunca más.

—¿Crees que eso es posible? ¿Que voy a ignorarte y listo?

—Funcionó bastante bien estos últimos dos años y medio.

Alguien tosió detrás de mí para disimular una risa.

Landon miró con odio por encima de mi hombro, y entonces apareció esa sonrisita arrogante de Nova, que me revolvía por dentro en dos direcciones opuestas: una que quería darle una bofetada, y la otra, muy inconveniente, que recordaba lo que este hombre era capaz de hacerle a mi cuerpo.

—Rachel.

—¿Qué? —grité. Hubiera dado mi dinero con tal de que dejara de decir mi nombre de esa forma: como si todavía me conociera, me deseara, me amara. Como si los últimos dos años se hubieran evaporado sin más y todavía estuviéramos hablando de nuestro futuro en el apartamento en el que me había dejado sola como titular. No tenía derecho a decir mi nombre como si no hubiera

alterado drásticamente la estructura misma de mi ser. Yo ya no era esa chica.

—Vamos a estar en el mar los próximos cuatro días, así que no es que puedes irte del barco. Esto no termina aquí. —Se inclinó hacia atrás y quitó el brazo de la puerta.

El ascensor empezó a cerrarse suavemente y él me sostuvo la mirada, en la que se notaba que algo se estaba calentando. Parecía que ya se le había pasado la sorpresa de verme.

—Esto se terminó hace mucho tiempo —dije con voz queda.

Lo último que vi en su cara fue un gesto de dolor.

***

Cerré la puerta de nuestra suite y me apoyé contra esa barrera, golpeándome la cabeza contra ella. *Me duele. Dios, cómo me duele*. Me puse la mano debajo del corazón, rezando para que alcanzara un ritmo mínimamente normal, pero seguía el ritmo de mis pulmones, que trabajaban a toda máquina, llenándome el pecho de aire en grandes bocanadas. Hasta la garganta me quemaba por ese nudo de mierda que no se me iba. Se me contrajo la cara mientras contenía las lágrimas. Dios, cómo odiaba llorar. Pero peor aún era el hecho de que no estaba triste. No, los ojos me picaban por la ira, la vergüenza, el dolor que sentí en el pecho al verlo y por… la infinidad de emociones que mi cuerpo no sabía procesar.

Empecé a llenar mis pulmones de aire con un ritmo constante. *Eres más fuerte que esto. Eres acero. Eres hormigón. Eres invencible.*

Todo eso era cierto, pero él era la única debilidad tonta que tenía.

De alguna manera, en el lapso de esos pocos minutos, se las había arreglado para partirme el alma en dos y hacer que retrocediera en el tiempo hasta unos años atrás. ¿Cómo podía ser justo esto? Él era el que se había ido sin decir nada, dejándome sin universidad, obligándome a volver con una familia que estaba furiosa conmigo y con un contrato que no podía pagar, pero, según parecía, él estaba bien. Más que bien, de hecho, y era yo la que estaba tratando de superar la fisura recién abierta de mi corazón... otra vez.

—¿Rachel? —La voz de Penna llegó desde la sala de estar, y me dio un vuelco el estómago. Si había una persona en este barco que me odiaba más que Wilder, era Penna. Me detestaba hacía años, desde el momento en el que se dio cuenta de que, mientras yo salía con Wilder, estaba perdidamente enamorada de su mejor amigo.

Había empezado a convivir conmigo cuando Leah se mudó a la habitación de Pax, unos días antes. Entendía por qué: Penna necesitaba tiempo para sanar lejos de la atención pública y al equipo rabioso de filmación se le había prohibido la entrada a nuestra suite, pero, por favor... A veces se daban situaciones bastante incómodas.

—Sí, soy yo —respondí, caminando por el pasillo mientras recobraba la compostura. Los suelos de mármol, las habitaciones dobles y todas las comodidades incluidas eran una exageración total, pero no me quejaba. Wilder se había complicado la vida para traerme aquí. El tema era que no me gustaba nada que hubiera usado a mi mejor amiga para conseguirlo.

Pero se había enamorado de ella, así que supuse que, en definitiva, todo había salido bien.

—Hola —dijo Penna desde la silla de ruedas. Tenía la pierna enyesada hasta el muslo y elevada sobre un soporte, y llevaba el larguísimo pelo rubio recogido en un moño sobre la cabeza. Lesionada o no, era tan ridículamente hermosa que bien podría haber sido modelo, pero, aun así, hacía *motocross* mejor que la mayoría de los hombres.

—Hola —repetí, hundiéndome en el mullido sofá de cuero y estirando las piernas sobre la mesa de café.

Volvió a dirigir la atención a su libro, dejándonos sumidas en un silencio incómodo.

Una energía nerviosa me recorrió todo el cuerpo y me incorporé, apoyando los codos en las rodillas para sostenerme la cabeza. Dios, esto era una estupidez. Era ridículo. Me quedaban seis meses aquí con él. Viéndolo seducir a cualquier cosa con vestido. ¿Cómo mierda iba a lidiar con eso? ¿A lidiar *con él*?

—Lo viste —dijo Penna con calma, apoyándose el libro en las piernas.

—Me choqué con él —dije, asintiendo con la cabeza—. Literalmente. Con margaritas de por medio.

—¿Ayudó el alcohol?

—Fue a parar encima de él —dije, levantando la mirada.

Soltó una risotada. Era la primera vez que la oía reír desde mi llegada, una semana atrás.

—Bien. No le venía mal un poco de azúcar..., con lo amargado que está.

—Eso seguro —dije con una risa.

—¿Cómo estás? —Las palabras le salieron entrecortadas, y yo supe lo mucho que le habían costado.

—¿Me lo preguntas en serio? Porque estoy bastante segura de que, si no estuvieras en esa silla de ruedas, no tendrías ningún problema en empujarme por la borda.

—Lo he considerado —dijo, inclinando la cabeza.

Lo último con lo que quería lidiar en ese momento era con el evidente disgusto que sentía Penna por mi presencia, pero este era el único lugar en el que estaba a salvo de posibles encuentros con Landon. *Fantástico.*

Se abrió la puerta de par en par y chocó contra la pared.

—¿Rach? —gritó Leah desde el pasillo, dos segundos antes de irrumpir en la habitación—. ¡Ay, por Dios! Landon y Pax están como locos. ¿Qué pasó?

Se dejó caer a mi lado en el sofá, con las piernas descubiertas, mostrando las cicatrices paralelas que siempre se había tapado antes de este viaje. Antes de que Paxton le sacara su lado más valiente. Tenía los ojos color *whisky* bien abiertos y el pelo castaño enmarañado por el viento. Por favor, cómo la había extrañado todos los días que había estado aquí mientras yo permanecía en Los Ángeles.

—Puede que me haya encontrado a Landon.

—Sí, esa parte ya la sabía —dijo—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —mentí.

Se rio, pero paró cuando la fulminé con la mirada.

—Perdón, pero después de verte hoy en la pista, no paraba de repetir eso mismo: «Estoy bien».

—¿Te vio en la pista? —preguntó Penna, con su libro olvidado sobre las piernas. No la había visto metida en una conversación tan

larga desde el accidente. Desde que su hermana le rompió el corazón.

—Sí —respondí con una sonrisa involuntaria—. Levantó la cabeza para saludar a Leah, y yo acababa de llegar. No tenía ni idea de que me iba a ver. Parecía que hubiera visto un fantasma.

—Y después se chocó contra la pared —dijo Leah, con los hombros sacudiéndose de la risa.

—¡No puede ser! —exclamó Penna, y se le escapó otra risa—. ¿Contra *esa* pared? ¿La del costado de la pista?

—La misma —respondí—. Y después una chica lo atropelló en el telesquí.

Ni siquiera me acerqué a él y su suerte ya se volvió una mierda.

—Ay, Dios. —Penna se rio más fuerte—. ¿Y después qué hizo?

—Te buscó —me dijo Leah—. O sea, ya te habías ido para cuando logró salir del paso del telesquí, pero se quedó mirando. —Se me apagó la risa cuando ese caleidoscopio de emociones me revolvió el pecho—. Pero lo más raro fue que no preguntó por ti —continuó—. Cuando lo vi, nunca preguntó quién se había puesto a mi lado.

—No le importa —dije, por costumbre y para defenderme.

—No, no era eso. Estaba alterado. Fue casi como si pensara que habías sido una alucinación suya... Como si ya le hubiera pasado antes.

Le sostuve la mirada a mi mejor amiga.

—Para eso habría que partir de la base de que alguna vez pensó en mí.

—Rachel...

—¡No! —escupí—. Me dejó sin despedirse. Me dejó clavada en la sala de emergencias como una estúpida, con cinco llamadas

rechazadas, diez mensajes sin contestar, una carta de admisión a Dartmouth hecha pedazos, una muñeca fracturada por haberme caído de nuestra nueva encimera de la cocina y un corazón roto... Y todo esto pasó antes de que se secara la tinta del contrato de alquiler que yo sola no podía pagar. Me pasé días sentada en ese apartamento, sabiendo que él había vuelto con los Renegades, pero con algo de esperanza de que, así y todo, también volviera a casa conmigo. De que Wilder no hubiera cumplido con su ultimátum de mierda, o de que por lo menos me diera alguna explicación y se despidiera. ¿Tienes idea de cómo se siente una cosa así? ¿Que se borren así? ¿Que te abandonen? ¿Que te traten como si no fueras suficiente para su amor, su tiempo o siquiera para una llamada de mierda? Leah, de todo el mundo, tú sabes mejor que nadie lo que fue para mí volver con mis padres, tener que arrastrarme y rogarles que me ayudaran después de haberles restregado en la cara lo independiente que era. Lo dejé todo por Landon y no fue suficiente. Así que, por favor, no insinúes que él pensó en mí ni un segundo.

—Tendrías que dejar que te dé alguna explicación —dijo Penna suavemente.

—Tú no puedes opinar —le dije—. Si quieres que tengamos algo que se parezca a una amistad, no lo hagas.

Le costó quedarse callada. Me di cuenta por las líneas tensas de su boca y por cómo apretaba con las manos los costados del libro.

—Está bien —dijo por fin—. Pero siempre hay dos versiones de la misma historia.

Leah miró primero a una, después a la otra, y dio una palmada.

—¡Cambio de tema! —Se le encendieron los ojos de la emoción—. Pax armó un viaje a Nepal durante la semana de la excursión

optativa en la India.

Penna se puso tensa y mis ojos se desviaron brevemente hacia los suyos, que estaban fijos en su yeso.

—¿Y?

—¡Vamos a ir todos! Digo, si quieren. Encontró un spa excelente para Penna y para mí, y escuché que las pistas de esquí son...

—Me estás tentando —dije, mirándola con los ojos entornados—. Ya sabes lo mucho que me gusta esquiar.

—Sí —admitió.

—Va a estar Landon.

—Sí. Es su viaje, en realidad. Está obsesionado con bajar por no sé qué cresta del Everest, y esta es su oportunidad. Cree que eso llevaría el documental a otro nivel.

No estará pensando en... Corté en seco mi pensamiento. Por Dios. Había estado en su presencia una sola vez y ya me preocupaba por él. No tenía por qué estar pensando en él ni preguntándome si iba a intentar bajar por la pared del pico de Shangri-La, del que siempre me había hablado. Era altísima, muy empinada y había muchas probabilidades de morir.

—*Uf*. —Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá—. No me puedo escapar de él, ¿no?

—Si quieres todos los beneficios de viajar con los Renegades, no —dijo Penna—. Y, si no recuerdo mal, tú siempre estabas dispuesta a sumarte a cualquier cosa en la que estuviéramos trabajando. Creo que a veces eras más arriesgada que Landon, incluso.

Lo dijo con un tono suave, sin maldad. Al final, tal vez esto de la convivencia iba a funcionar.

—La verdad es que me encanta —admití.

—¿Crees que aguantarías estar cerca de él tanto tiempo? —preguntó Leah—. Yo todavía estoy dispuesta a irme si lo necesitas. Amo a Paxton, pero no me gusta nada lo que hizo: nos engañó para traerte al barco.

Le apreté la mano. Ella había sufrido mucho en los últimos años, y no era justo arruinarle esta oportunidad. Podía soportar seis meses en el infierno por ella. Y para poder tocar una parte de mi historia después de tantos meses de investigación, de hurgar entre los documentos de mis papás, de buscar la ubicación de ese orfanato en Corea del Sur y de intentar ser lo más discreta posible para no poner mal a mamá... ¿En serio iba a permitir que Landon arruinara todo eso?

—Voy a estar bien. Puedo aguantar estar cerca de él.

Un destello de alivio le recorrió los ojos, y me aflojó un poco la mano.

—Está bien. Entonces, ¿cómo quieres hacer las cosas? Pax te quiere incluir en los paseos.

—Obvio. Quiere que esté a disposición de Landon —escupí, pero después hice un gesto de incomodidad—. Perdón.

—No, no pidas perdón. Puedes gruñirle a mi novio todo lo que quieras. Se merece lo que sea que le quieras reclamar por esto.

—Está bien. Solo lo veré en las excursiones a la costa. Lo puedo esquivar el resto del tiempo.

—En realidad... —empezó Leah.

—¿Ahora qué?

—Puede que este no sea el mejor momento para decírtelo, pero este trimestre también vas a estar con él en dos asignaturas —respondió Penna—. Así que lo vas a tener cerca en esas clases, en

las excursiones a la costa, en nuestros viajes y en cualquier estudio de campo que tengan como parte del programa.

—Me cago en mi vida.

—Me imaginé que ibas a decir eso —dijo Leah, apretándome la mano—. ¿Sigue estando todo bien?

Asentí despacio con la cabeza.

—Al igual que tú, yo también soy mucho más fuerte que antes. Además, aunque tenga que estar cerca de él, eso no significa que le tenga que hablar.

—Rachel… —me dijo Leah con tono de complicidad.

—Puede ser bastante insistente... y convincente —acotó Penna.

—Sí, bueno, pero puedo ser tan cabeza dura como él, y yo tengo mucha más experiencia en ignorarlo que él en buscarme a mí. No hay nada que pueda hacer ese tipo para obligarme a hablar con él.

No se me escapó la mirada que cruzaron Penna y Leah.

—Lo digo en serio —aseguré.

—Ya sé —respondió Leah—. Tu cabeza dura nunca fue tema de discusión.

—Si tengo que estar clavada con esta cosa —dijo Penna, señalando su yeso con una sonrisa lenta en el rostro—, por lo menos voy a tener algo entretenido para ver.

¿Qué tan difícil podía ser ignorar a Landon Rhodes?

Tenía la sensación de que estaba a punto de enterarme.

CAPÍTULO 3
Landon

EN EL MAR

—¿Qué mierda hiciste? —le pregunté a Paxton mientras daba un portazo al pasar, dejando las cámaras en el pasillo. Me importaba un carajo si nuestro productor, Bobby, nos multaba por prohibirle la entrada a la suite; era eso o tener esta conversación con Pax en el puto baño.

Quería mucho a Nick, y por él iba a soportar las cámaras durante los retos, la preparación, las clases... Incluso en el bar, donde iba a levantarme chicas. Pero ¿Rachel? Nadie tenía ningún derecho a arrastrarla hasta aquí y ventilar toda nuestra historia por un documental.

—Bueno —dijo Pax, levantando las manos como si lo estuvieran arrestando—. No me mates.

—¿Que no te mate? ¿Cómo carajo te voy a matar cuando lo que necesito es que me des respuestas? —grité, sin que me importara que nos oyeran los vecinos. Dado el desfile de mujeres que habían entrado y salido de mi habitación, ya estaban acostumbrados a escuchar ruidos mucho peores a través de las paredes.

—Tomemos una cerveza —propuso Pax.

Me quedé echando humo en silencio mientras él le quitaba la tapa a dos Coronas y les encajaba un gajo de limón en la boca de la botella. Luego me tragué media cerveza de un sorbo. Ver a Rachel de cerca me había dolido como un golpe en las bolas. Seguía siendo hermosa, con una figura y un rostro de la porcelana más perfecta y delicada, pero también tenía ese centro de acero que yo admiraba muchísimo. Era una dinamita en miniatura: suave y bonita, pero capaz de volarte la puta cabeza.

Dios, cómo me gustaba que fuera así.

Era un enigma que yo nunca había sido capaz de resolver. Nunca me aburría; siempre me dejaba con ganas de verla, queriendo más y corriendo detrás de ella. A juzgar por la reacción física que había tenido cuando me di cuenta de que era ella de verdad —que se me hubiera salido el corazón disparado en busca del suyo como si fuera un puto imán— se podía decir que eso no había cambiado.

Pero el odio puro que le brillaba en esos profundos ojos color café sí que era distinto.

—¿Estás tranquilo? —preguntó Pax desde el otro lado de la barra, que claramente estaba usando como escudo. Pero ni la barra lo iba a salvar de mí. Tenía más músculo que yo, pero yo tenía unos buenos diez centímetros y nueve kilos más que él.

—Ni un poco. Explica. Ya.

Asintió con la cabeza y tomó un buen trago de la botella.

—Está bien. ¿Te acuerdas de cuando empezamos con esta idea...?

—¿Hace un año? —aclaré.

—Sí, cuando ya se había comprado el barco, la UCLA había aceptado encargarse de la parte académica y ya sabíamos que la

cosa iba a funcionar... Cuando estábamos mandando las invitaciones para aplicar, ¿te acuerdas?

—Algo —respondí—. Esa época pasó rapidísimo. Estábamos pensando en dejar la UCLA y prepararnos para los X Games, así que no me acuerdo mucho.

—Exacto —dijo, asintiendo con la cabeza—. Teníamos que llenar el barco, así que mandé miles de volantes a distintas universidades, además de las invitaciones individuales para aplicar. Puede que le haya mandado esa invitación a Rachel y a su compañera de cuarto..., Leah.

Levanté la cabeza bruscamente y abandoné mi empeño en arrancar la etiqueta de la botella.

—¿Querías llegar a Rachel?

—Sí —dijo sin inmutarse.

—¿Cómo pudiste hacer eso? ¿*Por qué* hiciste eso? ¿Cómo mierda sabías dónde estaba? —Las preguntas me salían disparadas de los labios sin darle tiempo a contestar. ¿Quería volver con ella después de tanto tiempo? ¿Ahora que estaba con Leah?

—Ella iba a Dartmouth.

Negué con la cabeza.

—Rechazó la admisión. —*Por mí*.

—Su papá conoce a alguien del Departamento de Admisiones. Se imaginó que la ibas a dejar...

—Cuidado con lo que dices, hermano. —La advertencia fue más bien un gruñido—. Hay un límite, y estás a dos segundos de cruzarlo.

No reculó, seguramente porque sabía que yo me había portado mucho peor con él que él conmigo.

—Así que le guardaron el lugar por un mes más. Durante ese mes...

—La dejé. —*Confirmaste lo que creía su papá.*

Asintió con la cabeza, apretando la boca con una mueca.

Los dos sabíamos por qué lo había hecho: por el ultimátum que me había planteado Pax. Podía quedarme con Rachel o con los Renegades, pero no con los dos. Había elegido mi cerebro por encima de mi corazón, y este último no había funcionado más desde ese momento.

Estábamos caminando por una cuerda floja, conscientes de que, si queríamos seguir siendo amigos, había ciertas cosas de las que no podíamos hablar nunca. A fin de cuentas, Rachel había sido la novia de él, pero también había sido el amor de mi vida. Lo que yo no podía concebir era que, mientras yo bloqueaba todos los pensamientos sobre ella que se me cruzaban por la cabeza, él la había estado rastreando.

—¿Cómo sabes eso?

—Por Leah. Se conocieron en el consultorio del ortopedista una semana después de que tú llegaras a Las Vegas. Después empezaron a vivir juntas en Dartmouth, y desde entonces son mejores amigas.

—¿Cómo sabías dónde mandarle la invitación? —pregunté—. Yo no la encontré.

—No buscaste —dijo con calma.

—¡Por ti! —grité, golpeando la barra con los puños. La punzada me fue subiendo por los brazos, y yo me abracé al dolor—. Te traicioné. Te robé la novia. Eso ya lo sé. Me diste el ultimátum y volví con los Renegades.

—Pero le dejaste tu corazón —dijo.

—No vamos a discutir esto. Eso ya lo decidimos hace mucho tiempo.

Las emociones eran un enredo total con todo lo de Rachel, lo que le habíamos hecho a Paxton, lo que le había hecho yo a ella para volver con los Renegades. Pax estaba forzando la puerta en la que yo estaba apoyado hacía más de dos años, y toda la mierda que se escapaba de la zona ennegrecida que antes era mi corazón era bastante fea. Ay, ¿a quién mierda quería engañar? Rachel le había volado la tapa a esa caja fuerte apenas la miré a los ojos. Esos ojos infinitos color café.

—Tenemos que hablar de esto. Ya sé que no quieres, pero eres mi mejor amigo, y noto cómo te fuiste apagando de a poco desde que volviste. Te revolcaste con todas las chicas que tuviste a tu alcance, y no lo hiciste por diversión; no me vengas con esa estupidez. Y eso ni siquiera es lo peor. Los riesgos que estás corriendo... Te vas a terminar matando.

—Mira quién habla —lo acusé.

—Sí, la única razón por la que no te mataste en la tabla es porque no estamos yendo a las pistas. Acepté ir a la excursión a Nepal porque sé que es lo que necesitas para este documental.

—Es por Nick —le discutí. Bajar en *snowboard* por esa cresta llevaría el documental a otro nivel, y él podría asegurarse el futuro que quisiera como consultor en nuestra industria. Como había sido un reto para nuestro equipo lo que lo había dejado en silla de ruedas, era nuestro equipo el que se iba a asegurar de que pudiera tener el futuro que él quisiera. Eso era lo que se hacía por la familia.

—No mientas. Es por ti. Ese nivel de peligro... Es como si no te importara si sobrevives o no. Estás entumecido, desconectado, y estoy harto de verte pasar todos los límites de la imprudencia.

—¿Y te pareció que si traías a Rachel aquí eso se iba a solucionar?

—Sí, porque la estás buscando a ella, ¿o no? Hace unos años no lo entendía, cuando ustedes se estaban viendo a mis espaldas, pero ahora que estoy enamorado de Leah, lo entiendo. Nada ni nadie habría podido evitar que yo estuviera con ella. Tú estabas enamorado de Rachel, y ahora entiendo lo que te debe haber costado dejarla.

Apoyé las manos en la encimera, clavando los dedos en la madera.

—Entonces, la beca de Leah y todo eso de tenerla cerca cuando nos subimos al barco en un principio...

Suspiró y se pasó la mano por el pelo negro.

—Cuando a Rachel le dio mononucleosis y no fue a Miami, sabía que tenía que mantener a Leah cerca y contenta. Si ella se iba, no había manera de que Rachel viniera para el segundo trimestre. Y también necesitaba que Leah me ayudara con las notas.

—¿Entonces la usaste? —Me dio una sensación oscura en el estómago que no me gustó nada.

—Al principio —admitió suavemente—. Pero me enamoré de ella, y ahí cambió todo.

—Y después se enteró, ¿no? ¿Cuando llegó Rachel? Por Dios. Por eso estabas hecho un imbécil la semana pasada. Por eso alteraste el avance promocional del documental para que se centrara en ti enamorándote de ella. Para que ella lo viera en la expo y te diera

otra oportunidad. —Asintió con la cabeza—. Eres un manipulador de mierda.

—No me arrepiento de nada —dijo—. Traje a Rachel para que *tú* tuvieras otra oportunidad. Ya sé que te bloqueó en las redes sociales, y ya sé que no saliste a buscarla por nosotros... No solo por mí, sino también por los Renegades. Y ahora ya sé lo mal que estuve en haberte dado ese ultimátum de mierda. Fue una estupidez.

Por primera vez desde que le había robado la novia a mi mejor amigo, sentí que había una comunicación abierta y sincera entre nosotros y, a pesar de lo enojado que estaba con él, también estaba impresionado de que hubiera hecho todo eso por mí, en especial porque tenía que ver con la única persona que los dos habíamos acordado no mencionar nunca. Él, por cómo lo había lastimado yo al verme con ella a sus espaldas. Yo, porque no soportaba oír el nombre de ella en boca de él. No me importaba que hubieran estado juntos cinco meses: ella *siempre* había sido mía.

—De verdad me estás mandando derecho a los brazos de tu ex.

—Siempre fue más bien *tuya*. A mí... —Respiró hondo y se encogió de hombros—. A mí no me rompió tanto el corazón perder a Rachel. Ella me gustaba, pero lo que me quebró fue lo que pasó entre tú y yo.

—¿Y ahora que está aquí? ¿Todas las cosas por las que venimos trabajando? —¿Estaba poniendo en riesgo a los Renegades al traerla aquí? ¿Y a nuestra amistad?

—La verdad es que estoy bien. Tengo a Leah, y no hay nadie en todo el mundo que sea mejor para mí que ella.

—Tú dejarías a los Renegades por Leah —dije, como si estuviera señalando un hecho, no haciendo una pregunta.

—Sin pensarlo.

Jugueteé con la etiqueta.

—Yo la dejé a Rachel. Me destruyó, pero lo hice. —Y ahora no me iba a perdonar nunca. Lo había visto en sus ojos.

—Tuviste tus razones.

—Pero ella no las sabe.

—Cuéntale. No hace falta que sea hoy, ni mañana. Tienes seis meses con ella viviendo al otro lado del pasillo.

—Me odia.

—Del amor al odio hay un solo paso, amigo. —Asentí despacio con la cabeza—. A menos que ya no la quieras. —Paxton sonaba calmado—. Si es así, entonces hagan las paces como amigos, así... lo superamos y ya.

—No es eso —repliqué, con el estómago hecho un nudo—. Nunca dejé de querer estar con Rachel... Nunca dejé de extrañarla. Nadie me conoce mejor que ella. Nadie me desafía como ella ni me da la paz que ella me da. No tengo la más puta duda de que quiero estar con ella. Pero no podía hablar del tema en serio con ustedes.

—Ya sé. Perdón.

Levanté la vista, sorprendido. Paxton nunca pedía disculpas. Jamás.

Me miró a los ojos.

—Lamento mucho que hayas salido lastimado, y perdón por ser tan egoísta y estar demasiado enojado como para darme cuenta. Perdón por haber tardado tanto en arreglar las cosas, pero eres mi mejor amigo y te mereces ser feliz. Si esa felicidad es Rachel, entonces estoy totalmente a favor.

—No me quiere ni hablar. Ya se me fue el barco hace mucho tiempo.

—*Este* barco sigue navegando, y todavía le quedan seis meses. —Sonrió con satisfacción—. No por nada te dicen Nova, Casanova. Seduces a todas las mujeres que te pasan a cinco metros de distancia.

—Excepto a Leah y Penna —aclaré.

—Penna te daría un puñetazo en la cara —dijo con una sonrisa—. Y yo te mataría si te acercaras a Leah. —Por un segundo, desapareció todo rastro de humor.

—Sí, ya sé.

No era que Leah no fuera hermosa, pero... no era Rachel. Ninguna era Rachel. No importaba lo mucho que hubiera intentado seguir con mi vida; para mí, ella era la mujer que ponía la vara con la que medía a las demás. Todas se quedaban cortas.

—Mi punto es que, si la quieres, échale huevos y conquístala, carajo.

—¿Y qué hago cuando me rechace?

—La conquistas con más huevos todavía.

Conquistarla. Rachel nunca había caído en mis trucos de mierda. A ella lo que le gustaba era la honestidad, la pasión y... un poquito de peligro.

Todavía me daba vueltas la cabeza por haberla visto, por haberme dado cuenta de que la tenía a menos de cincuenta metros, pero no era tonto. Por más que no pasara nada entre nosotros, por más que lo único que lograra fuera hacerla entender por qué la había dejado, igualmente valdría la pena.

Solo tenía que empezar por conseguir que ella me hablara.

Por suerte, yo era un tipo persistente.

CAPÍTULO 4
Rachel

EN EL MAR

—Qué mal me pone la situación de las bebidas —le dije a Leah al día siguiente mientras miraba mi Pepsi con odio.

—Te prometo que, cuando estemos explorando Sri Lanka, no vas a estar pensando en la Coca-Cola Cherry. —Pasó la página de su libro de economía sin siquiera levantar la vista. Tenía una concentración increíble, sobre todo si teníamos en cuenta que estábamos sentadas en una cafetería llena de gente con el océano justo delante de nosotras. Tal vez era inmune al paisaje. A fin de cuentas, ya estaba a bordo hacía tres meses. Yo seguía fascinada con... Bueno, sí, con todo.

—No sé si voy a ir a explorar con ustedes —dije mientras me acercaba las papas fritas y ponía un chorrito de kétchup en mi plato.

Leah cerró su libro de golpe.

—¿Cómo que no? Armamos todo este viaje juntos. —Entornó los ojos—. No quieres estar cerca de Landon.

Mojé una papa, la mordí y disfruté de la sabrosura. Por algún motivo, el hecho de tener acceso a una comida reconfortante de

Estados Unidos cuando no estaba ni cerca del país me daba ganas de ir corriendo a abrazar al chef del barco.

—No evadas la pregunta acosando a tu comida —me ordenó Leah.

—Está bien. No quiero estar cerca de Landon. Ya me lo tengo que cruzar en dos materias, y la verdad es que no tengo muchas ganas de incluirlo en todos los recuerdos de mi viaje en barco por el mundo.

Me miró con los ojos entornados mientras masticaba, pensativa.

—¿Quieres saber lo que pienso? —preguntó por fin.

—No —dije, metiéndome otra papa en la boca. Esa hamburguesa con queso también se veía muy bien.

—Bueno, te lo voy a decir igual.

—Me imaginé. —Sorbí un trago de mi Pepsi y me quedé esperando. Lo mejor y lo peor de que Leah fuera mi mejor amiga era que no se guardaba nada. No tenía ningún problema en dejarme en evidencia cuando me estaba haciendo la tonta.

—Creo que nunca lo superaste.

Se me agitó el pecho, y tuve que usar todos los músculos de mi cuerpo para evitar que se me saliera el refresco por la nariz. De alguna manera, me las arreglé para tragar sin incidentes.

—¿Es en serio?

—Cuando nos conocimos, fue justo después de que te dejara Landon, y Brian acababa de morir.

—Sí, estábamos las dos hechas mierda. —Me encantaba que Leah ya pudiera decir el nombre de Brian sin llorar. Haber perdido a su novio en ese terrible accidente de auto la había apagado en todos los sentidos posibles, y había que agradecerle a Wilder por el

progreso que había hecho. Era otro punto a favor de él para agregar a la lista.

Estiró el brazo y me tomó de la mano con un apretoncito suave.

—*Yo* estaba hecha mierda. Tú estabas distante, fría con todo el mundo, menos conmigo, pero te mantuviste fuerte. Me mantuviste fuerte *a mí* esos primeros meses en Dartmouth, y después me ayudaste a encontrar la forma de volver a vivir.

—Leah... —Nunca encontraba las palabras cuando me decía cosas así. En ese momento, ella había estado tan herida y se había limitado únicamente a sobrevivir, pero ahora estaba muchísimo más estable que yo.

—Estabas tan ocupada cuidándome y ayudándome a hacer el duelo que no te diste tiempo para procesar el tuyo. Entre eso, las clases y la mudanza... Para el resto de las cosas lo diste todo, pero para lidiar con la pérdida de Landon, *no*. —Me crucé de brazos por encima del pecho, como si eso me fuera a proteger de sus verdades —. No te pongas a la defensiva —me regañó—. Eres increíble, y más fuerte de lo que yo voy a ser jamás. Pero creo que tal vez esté pasando algo más de lo que estás dispuesta a compartir conmigo... O incluso de lo que estás dispuesta a admitirte a ti misma. Nunca me habías dicho su nombre ni qué había pasado, y hace más de dos años que vivimos juntas. Lo único que sabía yo era que un tipo te había roto el corazón el mismo día que te habías roto la muñeca, y que no se iba a hablar del tema.

Miré hacia el mar Arábigo, viendo cómo se alzaban las olas a medida que cruzábamos el agua, y traté de dejar que decantaran sus palabras. ¿Tenía razón Leah? Era verdad que yo había guardado todo lo que tuviera que ver con Landon en una caja a prueba de

corazones rotos y la había metido tan adentro que ya ni sabía dónde estaba, pero eso no quería decir que nunca lo hubiera superado. ¿O sí?

—Creo que te tendría que haber contado de él. Pero en ese momento estabas cargando con tantas cosas que no necesitabas que encima te agregara el peso de mis problemas. Tal vez te usé para esconderme de mi propia mierda. Y tal vez me gustaba que él estuviera bloqueado de todos los demás aspectos de mi vida en Dartmouth, casi como si hubiera sido otra persona la que lo había amado —admití. Tomé aire para calmar los nervios y elegí arrancarme la cascarita y abrirme con Leah como ella había hecho tantas otras veces—. Lo que hace que esto sea casi insoportable es que, cuando lo veo, me vuelven todos los recuerdos de golpe. Oigo su voz y me acuerdo de todas las conversaciones. Pero si lo pienso, si me tomo un momento de verdad, termina siendo un tanque enorme lleno de dolor y vergüenza.

—¿Vergüenza?

Me reí, y no fue una risa linda.

—¿Cuánto te contó Wilder?

—Me contó lo que pasó, en términos generales, y después me dijo que había obligado a Landon a elegir entre tú y los Renegades.

Me dio un vuelco el estómago.

—Y Landon los eligió a ellos. A la larga.

—Lo lamento mucho.

Sacudí la mano, como diciendo que no hacía falta.

—No te preocupes. Aprendí a depender de mí misma, a cuidar mi corazón, y te conocí a ti. Landon y yo... Digamos que los dos

estamos mejor así, gracias a lo que hizo. —Se me fue apagando la voz, como si no pudiera decir la mentira a todo volumen.

—Tú no, y me consta que él tampoco.

—¿Por qué dices eso? —Abandoné la papa que estaba a medio camino de mi boca y miré con ganas la hamburguesa con queso. Tenía tanta hambre que en cualquier momento iba a tener que hablar con la boca llena si Leah insistía en seguir con esta conversación.

—Pax me dijo que Landon está destrozado y hecho un imbécil desde que volvió. Que estaba desconcentrado, y que después empezó a llenar el vacío... —Se sonrojó.

—Hay un motivo por el que dicen que soy la maldición. Y no te preocupes, sé perfectamente cómo llenó ese *vacío*. —Landon era muy conocido en el mundo de los deportes extremos, y mi papá no me había ocultado su reputación como Casanova. Decía que era una forma de «felicitarme por haber zafado de esa». Yo decía que era una forma de meter el dedo en una llaga que ya estaba abierta de par en par.

Al parecer, yo era muy fácil de reemplazar con cualquier mujer que tuviera pulso y dos patas.

—¿Dicen que eres una maldición? —preguntó.

Tomé una papa furtivamente y asentí con la cabeza.

—Sí —dije después de tragar—. Cagó todos los trucos que hizo en los primeros seis meses después de su vuelta, y de repente me vengo a enterar de que hay un blog en el que dicen que es por «la maldición de Rachel». Fantástico, ¿no? Y mejor todavía es saber que sacó la frase directamente de alguien de los Renegades.

—¿De quién?

—De Penna.

—¿De Penna? ¡Pero es más dulce...!

—Hasta que te metes con su familia. Ahí te odia por y para siempre. En fin, Wilder no sabe lo que dice. Landon no solo me superó: me saltó por encima, se lanzó de cabeza, me dejó atrás a la velocidad de la luz.

—Pax dice otra cosa —insistió.

—¿Qué digo yo? —preguntó Wilder a nuestras espaldas.

Mátenme ya. Me di vuelta despacio, preparándome mentalmente para la humillación. Lo último que necesitaba era que viniera Wilder a decirme... *Me cago en mi vida.* Venía Landon detrás de él.

Me volteé tan rápido que las puntas de mi pelo me golpearon la cara.

—Ay, nada que te incumba a ti —insistió Leah mientras Wilder se sentaba a su lado, dejando libre el asiento al lado del mío para...

—Me estás jodiendo, ¿no? —mascullé cuando Landon se sentó a mi lado con una hamburguesa con queso idéntica a la mía en su bandeja.

Me alejé de la mesa de un empujón. Por eso prefería comer en la suite. El barco era demasiado pequeño para evadirlo en todos lados. Tal vez hasta la tierra misma era demasiado pequeña, carajo.

—No, Rachel, por favor —dijo Landon con tono suave, envolviéndome levemente la muñeca con los dedos.

Esa descarga eléctrica que solamente sentía con él me subió chisporroteando por el brazo, y lo aparté de un tirón.

—*Uy* —dijo Leah mientras atajaba el borde de mi bandeja.

—Perdón. —Enderecé la bandeja y salvé mi hamburguesa, que se estaba enfriando rápidamente.

—Te necesitamos, Rachel —dijo Wilder, rápido y con calma.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté, clavándole la mirada. Él era terreno seguro. No me disparaba las hormonas como si fueran cohetes ni me convertía en un charco de gelatina iluso.

—Porque no firmaste el permiso para los medios —respondió Landon.

Dios, hasta su voz, ese timbre grave y suave como el terciopelo, me daba escalofríos por todo el cuerpo. Me crucé de brazos para que no me viera la piel de gallina y dejé los ojos fijos sobre Wilder.

—¿Y?

—Como no lo firmaste, ni se van a molestar en filmarnos en el almuerzo: no pueden usar nada del material en el que estés tú hasta que lo firmes. Además, tenemos que hablar de un par de cosas y, a menos que queramos tener la conversación en el baño, no nos podemos escapar de esas cámaras de mierda. —Señaló detrás de mí con un gesto de la mano.

Me di vuelta de la forma menos obvia que pude y vi a Bobby junto a un camarógrafo, balanceándose en el lugar en la otra punta de la habitación.

—Así que me necesitan de escudo.

—Ya me estoy hartando de verlos en todas partes, Pax —susurró Leah.

—Ya sé. ¿Quieres comer en tu suite? —propuso.

—No, me gustaría poder bajar de la torre de marfil cada tanto —dijo, removiendo las papas fritas en su plato.

Sentí una punzada de culpa en el pecho. Había sido tan egoísta con mi preocupación por encontrarme con Landon que no había

pensado en cómo debía de estar afectando este documental a mi amiga sumamente tímida.

—Me quedo. Por ella —aclaré—. No por ti.

—¿Por mí no? —preguntó Landon.

—Con la condición de que *él* no me hable —le dije a Wilder. Ya era bastante difícil estar sentada tan cerca de Landon. No sabía si iba a ser capaz de lidiar con una conversación entera sin arrojarle mi comida en la cara o desmoronarme por completo y ponerme a suplicarle que me diera una explicación. Ninguna de las dos opciones me gustaba demasiado.

Los ojos de Wilder oscilaron entre los míos y los de Landon, y luego se pasó la mano por la cabeza y suspiró.

—Está bien.

—Pax... —protestó Landon.

—Ahora tenemos que ocuparnos de asuntos más importantes —escupió Wilder—. Tenemos veinticuatro horas para resolver el tema de este reto.

Por fin le puse aderezos a mi bellísima hamburguesa con queso, puse el tomate del lado derecho de mi plato y lamenté el hecho de que solo hubiera tres rodajas de pepinillos, mientras los chicos se ponían a decir cosas en voz baja que yo intenté no escuchar.

—No hay sal —murmuré, alejándome de la mesa—. Ya vuelvo —le dije a Leah, y me dirigí a la mesa de los condimentos.

—¿Estás bien? —preguntó mi amiga en voz baja cuando me alcanzó.

Empecé a decir que estaba bien, pero la mirada que tenía ella en los ojos me advirtió que no mintiera. Por mucho que hubiera

mantenido en secreto esta faceta de mi vida, ahora Leah era parte de ella.

—Nada más es... muy familiar —respondí con voz queda—. Como un *déjà vu* muy perturbador.

Solo que yo había lastimado a uno de los dos, el otro me había destruido a mí y nadie salía con ninguno. Ya era otro nivel de raro.

—Me siento tan mal de que estés en esta situación...

Mirando por encima de su hombro, vi que las cámaras se estaban abriendo paso hacia la mesa.

—Creo que tendríamos que ir a rescatarlos.

Me apretó el antebrazo y me asintió con empatía. Sentí que los dos lados de mi vida —los dos lados *de mí misma*— estaban chocando entre sí, que el pasado y el presente se estrellaban y se combinaban de maneras para las que no estaba lista.

Las cámaras se alejaron cuando me acerqué con el salero, y uno de los del equipo puso los ojos en blanco sin disimulo mientras se alejaban. Después de echarles sal a mis patatas, por fin le hinqué el diente a mi almuerzo, saboreando la hamburguesa cocinada a la perfección, el gusto fuerte del queso chédar y el toque de pepinillo.

—Vas a tener que pedirles que den la vuelta, o tendremos que elegir otra isla —dijo Landon.

—Es un crucero. No es que puede *dar la vuelta y ya* —replicó Wilder.

—Bueno, entonces esperamos hasta que haya una ubicación mejor.

—No. Es el momento perfecto, hay un clima perfecto y Little John ya está esperando allá con la lancha.

—A menos que encontremos la manera de volver a subirnos al barco, vamos a tener que cancelarlo —dijo Landon encogiéndose de hombros.

—No vamos a cancelar algo así de épico.

—¿Le preguntaron a Penna qué piensa? —preguntó Leah.

—No —respondió Wilder con voz cortante.

—Lo intentamos, pero no quiere hablar de nada que tenga que ver con los retos —respondió Landon—. Por eso no queríamos que escucharan las cámaras. Ya bastante mal la está pasando por toda la mierda que tuvo que atravesar; no queremos que tenga que volver a verla cuando salga el documental.

El rinconcito muerto de mi pecho que antes era mi corazón dio un saltito. Era típico de Landon decir algo tan tierno y sobreprotector.

Para evitar dar mi opinión sobre lo que fuera que estuvieran debatiendo, seguí devorando mi hamburguesa. Era la perfección misma, por más que solo tuviera la mitad de los pepinillos que a mí...

Un momento. Puse mi hamburguesa con queso despacio en mi plato y le quité el pan de arriba. Me había comido la mitad, y aun así seguía habiendo tres pepinillos.

—¿Se puede saber qué es lo que quieren hacer? —preguntó Leah.

¿Y dónde estaba mi tomate? Lo había dejado en mi plato. La sensación de estar teniendo un *déjà vu* me pegó el doble de fuerte y, contra cualquier atisbo de sentido común, miré rápido la hamburguesa con queso de Landon... y las dos rodajas de tomate que se asomaban por el costado.

Landon me había dado sus pepinillos y se había llevado el tomate, como habíamos hecho todas las otras veces que comimos

hamburguesas con queso juntos. Era tan familiar que dolía; estaba bien y mal al mismo tiempo.

—Vamos a hacer *wakeboard* detrás del barco —le respondió Wilder a Leah.

¿Landon había pensado lo de los pepinillos? ¿O había sido un movimiento inconsciente, como si algunas partes de él simplemente se hubieran reacomodado por estar a mi lado?

—¿Qué barco? —preguntó Leah.

—El *Athena*.

Olvidándome inmediatamente de los tomates, clavé mi atención en Wilder.

—O sea, ¿el crucero? —pregunté, medio boquiabierta.

—i*Síp*! —dijo con una sonrisa—. Fue idea de Leah, en realidad.

—¡Era un chiste! —exclamó.

Mientras ellos dos se metían en una pequeña discusión sobre la idea descabellada, mi mente se aceleró como loca. ¿Se podía hacer? Por supuesto. Con un esfuerzo importante, unos cuantos intentos y unos atletas con muchísimo talento. Pero ¿volver a subirlos al barco?

—¡No lo dirán en serio! —bufó Leah.

—Vamos, Petardo. Sería increíble —replicó.

Si se bajaban en la parada de reabastecimiento, simplemente tendrían que volver a subirse con el barco en movimiento.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Landon.

Contuve el impulso de contestarle y, en su lugar, miré a Wilder.

—¿Tienen una tabla de *wakeboard* para cada uno?

—Por supuesto —respondió—. ¿Qué tienes en mente?

—¿Tienen un cabrestante a motor para hacer *parasailing*? ¿O podría subir uno Little John mientras se abastece el barco?

—Podría subir el nuestro... ¿A qué vas con esto? —preguntó Wilder.

—Mierda, esta chica es brillante —murmuró Landon, con la voz llena de esa admiración que yo no quería oír.

—¿Rachel? —preguntó Leah.

—Tienes razón —murmuró Landon mientras tomaba un bolígrafo de su bolsillo y lo acercaba a su servilleta. Dibujó rápido, con cuidado de no romper el papel—. Si la montáramos aquí —dijo, señalando lo que yo asumí que era la parte de atrás del barco.

—Más atrás. ¿Te acuerdas de cómo era el armado cuando despegamos desde atrás de esa lancha de esquí en California? Hay que poder bajar en algún lado, y hay que hacer que suba lo suficiente para que no roce —dije, tomando el bolígrafo para marcar por encima de donde había marcado él.

—Pero ¿cómo haríamos para que las cuerdas...?

Dejé la mirada fija en la hoja, negándome a levantar la vista para mirar los ojos pardos que sabía que me iban a tragar entera.

—Tienen que usarlo de cuerda de arrastre. El que esté andando tendría que engancharlo a su arnés.

—Tenemos los paracaídas en el barco —dijo Landon—. Pero sería un dolor de cabeza mantenerlos secos. Si se nos va la primera cuerda, van a quedar empapados.

Me encogí de hombros.

—Los paracaídas mojados tienden a pegarse y a abrirse lento. Pero una vez que se abren, ya no hay drama. Lo difícil sería el primer tirón.

—¿Siempre son así? —preguntó Leah.

—¿Tan sincronizados entre sí que da miedo? —aclaró Wilder—. Sí.

Despegué bruscamente la mano de la servilleta como si me la hubiera mordido. *Qué estúpida.* Me mencionaron un solo reto que no podían resolver y me lancé de cabeza para ayudarlos a planificar los detalles como si nunca me hubiera ido. Y yo que quería mantener la distancia.

Levanté mi bandeja con manos temblorosas y miré a Wilder.

—¿De aquí en más lo pueden resolver solos?

—Rachel... —me rogó Landon.

—Nos vemos después, Leah —le dije a mi mejor amiga, que tenía los ojos bien abiertos y me miraba como si nunca antes me hubiera visto. Después me fui caminando tan tranquila como pude, cuando lo único que quería hacer era correr, y arrojé la comida a la basura para luego dejar la bandeja en la pila.

—Ya sé lo que estás haciendo —dijo Landon a mis espaldas cuando ya casi había llegado a la puerta.

—¿Eh? —pregunté sin dejar de caminar.

—Estás tratando de ignorarme. ¿Ese es tu plan? Cuando todo lo demás falla, ¿optas por evadir el problema?

Me detuve; no me gustaba nada que me conociera tan bien.

Estaba tan cerca de mi espalda que sentía el calor que emanaba de él a través de mi camiseta de tela liviana.

—No va a ser fácil evadirme, sobre todo porque me voy a poner en tu camino cada vez que pueda. De hecho, voy a hacer que te sea imposible ignorarme, Rachel.

Su aliento me rozó la curva de la oreja, y apenas logré contener el escalofrío que me dio el simple hecho de tomar consciencia de eso. *Acuérdate de lo que te hizo. Acuérdate de estar mirando el teléfono,*

guardando todo en cajas, rogándole a papá. Acuérdate de cómo se sentía tener el corazón roto y el orgullo pisoteado.

Enderecé los hombros y me concentré en la salida.

—Ya vas a ver.

CAPÍTULO 5
Landon

EN EL MAR

—Ey, ¿estás concentrado? Porque ya se bajó Penna, y no me puedo dar el lujo de perderte a ti también —escupió Pax dos días después, mientras nuestra lancha se chocaba contra otra ola más.

El sol brillaba y el cielo estaba despejado. Si esto salía bien, íbamos a volver al crucero a tiempo para las clases de la tarde. Por supuesto, eso significaba que iba a pasar el resto de la tarde con Rachel. Me resultaba un tanto gracioso que el reto que estaba a punto de hacer no fuera mi acción más peligrosa del día: tratar de conseguir que Rachel me hablara podía resultar en un baño de sangre mucho peor.

Desvié mi atención del *Athena,* que navegaba delante de nosotros, y, lo que era más importante, de quien estaba adentro.

—Sí, estoy aquí —dije mientras atravesaba la corta distancia que había hasta la parte trasera de la lancha de esquí. Hoy el mar estaba relativamente calmo, lo cual hacía que esto fuera posible.

Rachel había hecho que esto fuera posible.

Cuando le empezaron a girar los engranajes del cerebro para resolver el problema... Cuando vi que se le encendía el foco y me di cuenta de que había encontrado una solución, me acordé de lo fácil que me había enamorado de ella en un principio. Lo perfecto que había sido cómo nos complementábamos.

—¡Landon! —gritó Pax.

—Estoy aquí. Para de gritarme, carajo —dije mientras me abrochaba el arnés del paracaídas por encima del chaleco salvavidas. Little John maniobró la lancha y tomó velocidad para acercarla al *Athena*, con el casco rebotando al atravesar la ola más alta de la estela. Sostuve el equilibrio apoyándome en el respaldo del asiento del acompañante y metí los pies en las botas de *wakeboard* antes de ajustar las correas blandas.

El neopreno se sentía suave contra mi piel, y me choqué los cinco mentalmente por haberlo mojado antes de irnos de la islita que estaba justo al norte de las Maldivas, donde habíamos hecho la parada de reabastecimiento.

—¿Seguro que quieres que vaya yo primero? —le pregunté a Pax mientras movía el culo hasta un costado de la lancha, donde habían puesto la barra de arrastre.

—¿Tienes miedo? —sonrió.

—Para nada. Solo me preguntaba quién te va a empujar de la lancha cuando te achiques por gallina.

—Qué imbécil —dijo entre risas—. Y no soy ningún estúpido. Tú eres mejor que yo para cualquier cosa que se haga sobre una tabla. Te voy a estar mirando para ver qué carajo tengo que hacer.

Se acercó la cámara ahora que yo estaba bien enganchado y grabó todas las tomas de nuestro equipo que podía llegar a

necesitar Bobby.

—¿Estás listo? —preguntó Pax.

—Sí, carajo —respondí. Iba a ser el primero en hacer esto, lo cual era más emocionante que la mera adrenalina.

Asintió con la cabeza y me dio una palmada en el hombro.

—Bueno. Nos vemos en el barco. Y no te olvides de volver a mandar la cuerda para abajo cuando estés allá arriba —bromeó.

—Tranquilo, yo puedo —le aseguré, al ver un leve destello de aprensión en su mirada. Antes del accidente de Nick, eso nunca estaba. Nunca había cuestionado nuestro equipo, nuestra seguridad, nuestras motivaciones. Ahora, desde el sabotaje, era otra historia completamente distinta.

Este iba a ser el primer reto que completáramos desde todo ese lío con Brooke.

—Ten cuidado.

—Siempre —dije, asintiendo con la cabeza. Dio un paso atrás, y yo respiré hondo dos veces para calmarme—. Sabes que estamos bastante mal de la cabeza por hacer esto, ¿no?

A Pax le volvió la sonrisa.

—Es nuestra especialidad. —Pasamos el *Athena* a una distancia segura, y entonces Little John apagó el motor—. Ahí deberíamos estar bien. ¿Estás listo?

—Listo —dije.

Después de un choque de puños, lancé la tabla por el borde y salté al océano Índico. El agua estaba más caliente de lo que esperaba, pero, teniendo en cuenta que estábamos justo al norte de las Maldivas, no tendría que haberme sorprendido.

Little John maniobró la lancha de esquí para que la cuerda llegara a mis manos, y yo la sostuve fuerte. Habíamos movido la barra de arrastre para que saliera por el costado del bote, de modo que me permitiera hacer *wakeboard* en paralelo a la lancha hasta alcanzar la cuerda de arrastre que estaba enganchada al *Athena*.

Mientras flotaba en el agua, con cuidado de mantener la tabla plana contra la superficie, eché un vistazo hacia atrás para ver cómo se nos acercaba el *Athena*. Si no hubiera sabido que estaba a punto de salir disparado del agua a la misma velocidad exacta a la que avanzaba el barco, tal vez habría entrado un poquito en pánico.

Bueno, sí, en realidad se me estaba viniendo encima un crucero más gigantesco que la mierda, y había por lo menos siete cámaras capturando todos los ángulos de mi posible muerte. Estaba un poquito ansioso.

—¡Vamos! —gritó Little John detrás del volante de la lancha. Oí cómo se aceleraba el motor mientras el *Athena* se acercaba a nuestro lado. Debía de haber unos quince metros entre el casco y yo.

Mierda, qué pequeño me sentía.

Pasó el barco, y yo me quedé subiendo y bajando junto con la lancha de esquí que tenía al lado mientras nos movíamos con las enormes olas de su estela, ya que necesitábamos que el barco se adelantara para poder arrancar.

—¿Ahora? —preguntó Little John.

—¡Vamos! —contesté.

El motor respondió con un rugido y la lancha de esquí dio un salto hacia delante. Se me inundó el cuerpo de adrenalina como si fuera una inyección de óxido nitroso en un motor perfectamente calibrado.

Llevándome la cuerda al pecho, mantuve una presión firme contra el agua hasta que alcanzamos una velocidad que me permitiera subirme a la superficie. Entonces, me levanté de un solo movimiento y el agua empezó a fluir debajo de mi tabla mientras le seguíamos el ritmo al barco. Hice un gesto hacia la parte trasera del *Athena*; Little John me hizo caso y nos hizo girar hacia la popa del barco, que estaba seguida a unos quince metros por otra cuerda que se arrastraba por el agua.

No la cagues. Te está mirando ella.

Rachel había jurado que no lo iba a mirar, que iba a hacer de cuenta que yo no existía por el resto del viaje, según lo que Leah le había dicho a Pax, quien me lo había dicho a mí, como si fuéramos unos preadolescentes de mierda. Pero yo sabía que no era verdad.

Con la cuerda del barco a mi alcance, solté una mano de la cuerda de arrastre de la lancha y la estiré. Mi peso inclinó la tabla lo suficiente para desestabilizarme, y por una fracción de segundo estuve convencido de que me iba a chocar de cara contra el mar.

Concéntrate.

Bloqueé de mi mente al *Athena*, a Rachel, a Pax, a todo lo que tuviera un lugarcito en mi cerebro que no fuera ni el agua ni mi tabla.

Era el momento de actuar.

Equilibrando bien el peso, tomé la cuerda... y la atrapé. Apenas registré el ruido de los festejos que llegó desde la lancha mientras deslizaba despacio la cuerda por mis manos enguantadas, con cuidado de sostener la velocidad necesaria para mantenerme por encima del agua.

Alcancé la manija y grité. Aferrando con fuerza la manija de la cuerda de arrastre del barco, solté la cuerda de la lancha. Hubiera alzado un puño en alto para festejar la victoria, si no hubiera sabido que eso me mandaría de cara contra el agua.

Riéndome, lancé la tabla a la izquierda, giré en abanico y me deslicé de nuevo a la derecha. *Mierda. Estoy haciendo wakeboard detrás de un puto crucero.*

Esta parte era relativamente fácil, comparada con lo que estaba a punto de hacer, que me daba un miedo terrible pero era igual de épico. Encontré el mosquetón, me llevé la manija al pecho y lo aseguré al gancho correspondiente de mi arnés.

—Si esto no funciona, va a ser una cagada total —murmuré en voz baja. Estaba bien sujeto, enganchado a la cuerda que se conectaba con la popa de un barco que iba a unos treinta nudos. ¿Qué podía salir mal?

Muchísimas cosas, carajo.

Sin darle tiempo a mi cerebro de ponerse a pensar en los cientos de cosas que podían salir mal —todas las cuales implicaban romperme los tobillos, las piernas, el cuello—, recé con fervor y jalé del cordón del paracaídas.

Se oyó el susurro de una tela que creció hasta convertirse en un rugido, y quedé en medio de un tira y afloja entre el *Athena* y mi paracaídas. Se me contrajeron todos los músculos del cuerpo para mantenerme derecho mientras este último se desplegaba.

No te choques contra el agua. No te choques contra el agua, rogué sin decirlo. Si mi paracaídas juntaba agua, estaba jodido. Y muerto también, a menos que llegara a desabrocharme a tiempo.

Me impulsé hacia arriba cuando el paracaídas se abrió bruscamente detrás de mí, y mis pulmones soltaron el aire a toda prisa, aliviados. Estaba en el aire. Bajé la vista hacia la lancha y vi a Pax que me daba ánimos, saltando tan alto que por poco pensé que se iba a caer por la borda.

—¡Sí, carajo! —grité, levantando los brazos en señal de victoria.

Ese fue el único momento que me permití antes de ubicar las manijas del *parasail* mientras subía más alto, por encima de la altura del *Athena*. Se había amontonado una multitud cerca del área de aterrizaje. Esperaba que pudieran verme bajar esta máquina en la cubierta..., y no un baño de sangre en las hélices de allá abajo.

Por segunda vez en un reto, me reí. Ahora estaba haciendo *parasailing* atrás de un puto crucero. Increíble.

Después de un minuto, con dos de los Renegades a cargo del cabrestante, empecé a descender hacia la cubierta. Rachel tenía razón: la disposición que había pensado era impecable.

Como ella.

Sin nada más que hacer que mirar mientras me traían hacia el barco, pasé la vista por la multitud y busqué su perfil tan familiar, que por fin tomó forma cuando estuve a unos nueve metros de la cubierta.

¡Había venido!

Con los brazos cruzados por encima del pecho, se mordía el labio de abajo, y su preocupación se hacía evidente en cada línea tensa de su hermoso rostro mientras su mirada pasaba rápidamente de mí al equipo del cabrestante. No solo había venido, sino que estaba preocupada por mí.

Habiendo pasado por lo menos a un metro y medio por encima de la barandilla, me concentré en aterrizar. Gabe y Alex, mis compañeros de *snowboard*, salieron corriendo cuando apoyé los pies en la cubierta y desabrocharon el paracaídas a mis espaldas, dejando que se atascara en la barandilla de metal para que no me volviera a llevar volando fuera del barco.

Impecable.

Me desenganché de la cuerda de arrastre frente al aplauso estruendoso de la multitud. A Bobby le llevó menos de un minuto encajarme una cámara en la cara, pero miré por encima del enorme aparato negro que nos chupaba el alma y encontré los ojos de Rachel.

Nos separaban por lo menos tres metros y diez personas o más, con ella de pie junto a los escalones que llevaban a la cubierta siguiente, pero se sentía como si fuéramos las únicas dos personas que estaban ahí, y tal vez las únicas dos personas del mundo.

Oí débilmente las voces que me llamaban, me preguntaban cómo me sentía, cuál había sido la parte más difícil, si había tenido miedo..., pero yo solo la veía a ella. Por un momento ínfimo, sus ojos no estaban llenos de odio, sino de algo que no me animaba a decir que era orgullo.

—Gracias —articulé con la boca, sabiendo que no me iba a oír.

Se le curvaron los labios con una sonrisita y asintió levemente con la cabeza.

Se estrelló un cuerpo contra mí, una cosa —no, una *chica*— que me rodeó el cuello con los brazos.

—¡Lo hiciste!

La voz de Zoe se sintió como agua helada que me pasaba por las venas. En el momento justo, mierda. Le despegué los brazos de mi cuello y le sonreí: no era culpa de ella que mi verga se hubiera paseado por donde no debía.

—Sí. ¿Los ayudas a preparar todo para Pax? Tienen que volver a lanzar la cuerda para que se pueda subir al barco.

Me sonrió, sin saber que el tiempo que habíamos pasado juntos, si se le podía decir así, había terminado, y se fue.

Cuando levanté la vista para mirar a Rachel, había vuelto a su rostro esa mirada fría y cerrada, y yo maldije para mis adentros. Desvió la vista y negó con la cabeza, y luego se dio vuelta y subió los escalones.

—¡Nova, te necesitamos! —me llamó Bobby mientras armaba un espacio para hacer una entrevista.

Suspiré y miré hacia donde se había ido Rachel, pero no estaba derrotado. Por el más mínimo instante, había visto a través de los muros que había construido para protegerse de mí. Por un ínfimo milisegundo, habíamos vuelto a estar conectados y, aunque era una mierda haberlo perdido, ahora sabía que era posible.

Ella podía tratar de ignorarme todo lo que quisiera, pero en algún lado, debajo de todo ese odio y esa frialdad, seguía siendo mi Rachel: la misma chica que había hecho *snowboard* a mi lado, que había planificado retos y que incluso había hecho un par. La misma chica por la que yo había renunciado a todo... para luego arruinarlo unas semanas después. Pero seguía estando ahí abajo. Lo había visto ayer en el almuerzo, y hoy de nuevo.

Nada más tenía que encontrar la manera de llegar a ella.

CAPÍTULO 6
Rachel

EN EL MAR

Golpeteé el escritorio con el lápiz y me quedé mirando el mar de Laquedivas mientras los alumnos entraban al aula. Los ventanales de piso a techo eran increíbles. El barco entero, la experiencia completa, era fenomenal.

Salvo por el Adonis de un metro noventa que acababa de entrar al aula. Por supuesto, tenía a una rubia haciéndole ojitos mientras él le cerraba la puerta en la cara al camarógrafo que casi se había metido en el aula detrás de él.

Por poco había quedado como una imbécil total esa mañana cuando aterrizó en la cubierta de atrás. En lo que duró ese instante, él volvió a ser Landon y nosotros volvimos a ser *nosotros*, y había sido fácil volver a caer en esa rutina. Menos mal que se le pegó la patilarga esa de pelo castaño y me despertó del trance en el que estaba.

Tenía un magnetismo que cambiaba toda la atmósfera que lo rodeaba, y yo me sentía tan atraída por él como antes, al igual que todas las otras chicas que había en este puto barco. La química que

teníamos era manejable, pero los recuerdos eran una mierda. Me obligué a apartar la mirada de él, aunque no sin antes notar lo perfecta que le quedaba la camiseta al cuerpo y cómo le marcaban el culo los pantalones cortos. *Uf*. ¿Cómo había hecho para volverse más sexy en los últimos dos años? Se le había ido todo rastro del niño que solía ser, y lo único que quedaba era un hombre ridículamente hermoso, fuerte y esculpido.

—Hola, Nova. Muy bueno el reto de hoy —dijo la chica que estaba detrás de mí con un leve suspiro.

Diosito querido, ayúdame.

Le dirigió una sonrisa forzada, pero se inclinó delante de mi escritorio.

—Rachel.

Miré esos ojos pardos y me limité a arquear una ceja mientras se me aceleraba el corazón a todo galope. No le iba a hablar, no iba a abrirme a ningún tipo de diálogo que dejara vulnerable ni una sola parte de mí frente a él. Eso sí que no: a un pirómano no se le dan fósforos para jugar.

—Vamos —suplicó suavemente.

Aunque se sintió como si me quitara una curita despacio, logré mirar para otro lado. Estaba aquí para aprender, no para lidiar con Landon.

Suspiró. Por poco festejo mi victoria cuando se incorporó, pero entonces ocupó el escritorio que estaba junto al mío y se sentó. *¿Era en serio?* El tipo no se me acercaba hacía años... ¿Y ahora tenía que venir a sentarse justo a mi lado?

Abrió una lata de Red Bull y casi se me escapa una risa. Por lo menos no era una Gremlin. Verlo tomar una de las bebidas

energéticas que hacía la empresa para la que trabajaba mi papá habría sido demasiado irónico, por más que esa hubiera sido la razón por la que nos habíamos conocido en un principio.

—No va a funcionar —dijo, dándose vuelta en el asiento para mirarme. Mantuve la vista clavada en la profesora, que estaba acercándose al podio—. Entiendo que sigas tratando de ignorarme. Está bien, lo entiendo. La cagué de tantas formas que sería imposible explicarlas todas. Pero no necesito que me hables. Nada más necesito que escuches.

Se me puso tenso todo el cuerpo. ¿Me iba a pedir perdón?

No vuelvas a comerte este verso de mierda. No eres tan estúpida.

Frotándome la muñeca que me había roto unos años atrás, me hundí en la silla, aliviada, cuando la profesora empezó a hablar.

—Buenos días, alumnos —dijo la mujer pelirroja. Parecía de treinta y tantos, y tenía un vestido safari muy a la moda y unas plataformas lindas—. Bienvenidos otra vez a Culturas del Pacífico III. Espero que hayan disfrutado del breve receso. Quiero recordarles que revisen el programa para ver las fechas de entrega, y presten especial atención a la fecha de su trabajo de investigación. El tema va a ser a elección de ustedes, pero lo tengo que aprobar.

Abrí mi cuaderno y después maldije en voz baja. Me había olvidado el bolígrafo. No había nada como estar mal preparada.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo, acercándose un poquito desde el otro lado.

—Me olvidé el bolígrafo —susurré.

—No hay problema —se apresuró a contestar, metiendo la mano en la carpeta. Lo conocía desde hacía solo una semana, pero le estaba inmensamente agradecida. Como había sido el mayordomo

personal de Leah durante los últimos tres meses como parte de su programa de trabajo y estudio, había cuidado a mi mejor amiga cuando yo no podía. Me dio un lápiz con una breve sonrisa.

—Gracias —dije mientras caía un bolígrafo en mi escritorio.

—Tú odias los lápices —susurró Landon.

Se me contrajeron todos los músculos del cuerpo cuando mis ojos se enfocaron en el BIC azul. ¿Cómo se acordaba de eso?

—Puedes ignorar el bolígrafo todo lo que quieras, pero solo vas a llenarte toda la mano de esas marcas grises enormes que te sacan de quicio y se te van a borronear los apuntes. Tú eliges.

Dios. No solo se acordaba de que odiaba los lápices, sino que se acordaba de *por qué*.

—Es un bolígrafo, nada más, Rach. No es un contrato.

Como el del alquiler con el que me dejaste clavada.

Me pasé unos buenos treinta segundos debatiéndome si debía evadir ese bolígrafo de mierda, pero, ante el argumento de que iba a terminar con unos apuntes borroneados que no iba a poder leer, le devolví el lápiz a Hugo y tomé el bolígrafo.

Concentré toda mi atención en lo que decía la Dra. Messina y tomé apuntes detallados, pero sentí cada una de las veces que Landon me dirigía la mirada. Seguía habiendo una conexión tangible entre los dos, como si mi cuerpo se acordara de su importancia, o tal vez solamente de lo que era capaz de hacerle. Ignorarlo tenía que ser como cuando había dejado el azúcar procesado.

El primer día había sido una tortura. ¿La primera semana? Una agonía.

Pero después me acostumbré a que no estuviera más, hasta que aprendí a no extrañarlo.

Sí, pero te pasaste los últimos dos años haciéndolo.

Años de preguntarme en qué punto habría decidido dejarme. Años de preguntarme si esa química demencial que teníamos —el deseo innegable de estar cerca del otro— era algo que yo me había imaginado. *Pero no. ¿Sientes esa energía que hay entre los dos, ese murmullo que está listo para que lo suban a un millón de watts? Sí, no se fue a ninguna parte.*

Me armé de valor y me concentré en la clase hasta que llegó la hora de irse. Cuando nos dejó salir, me fui del aula tan rápido que bien podría haberme estado escapando de un incendio.

—¡Rachel! —me llamó Landon desde el otro lado del pasillo abarrotado. Fui corriendo hasta el elevador y me metí suavemente...

Mierda. Se metió justo antes de que se cerraran las puertas, dejando fuera al equipo de filmación. Estaba teniendo una suerte de mierda con los elevadores de este barco, pero por lo menos no iba a quedar grabado. No me molesté en mirarlo, sino que me limité a concentrarme en cómo iban pasando los pisos cuando nos empezamos a mover.

Había por lo menos cuatro alumnos más aquí dentro... Eso iba a evitar que abriera la boca, ¿no?

—Mira, necesito que escuches, nada más. Por favor, Rachel.

Al parecer, no lo iban a disuadir los alumnos.

Cubierta siete. Faltaban tres más.

Me concentré en los números y se puso delante de mí, bloqueándome la vista con su pecho. Si me adelantaba un paso, podía apoyar la cabeza justo debajo de su clavícula, donde le sentiría el corazón. Odiaba el hecho de acordarme de eso (de la

sensación de seguridad, de... amor) casi tanto como odiaba las ganas que tenía de hacerlo.

—Las otras personas en este ascensor no te van a salvar. Ni a mí tampoco, dicho sea de paso. Sabes que nunca me importó un carajo lo que piense la gente.

Miré a la derecha, pero había dos chicas que, sin ningún disimulo, se estaban comiendo con los ojos a Landon y al espectáculo que estaba montando. *No se preocupen, chicas. Va a ser todo suyo en un ratito.*

A menos que ya lo hubiera sido. ¿Por cuántas habría pasado después de mí? *¿Por qué te importa eso?*

—Así que puedes quedarte ahí callada. Por mí, no hay problema. Igualmente, el que tiene que dar explicaciones soy yo.

Cubierta ocho. Se bajaron tres de las chicas, dejándome con Landon y otro tipo más que parecía que hubiera preferido estar en cualquier otro lado.

—Lo que pasó en ese momento... Dios, Rach. La situación era jodida, y yo era un idiota inmaduro.

Lo fulminé con la mirada. ¿Que era un idiota inmaduro? ¿Esa era su excusa para casi haberme arruinado la vida? Miré abiertamente para otro lado. Tenía que decirme algo muchísimo mejor que esa mierda para que yo lo escuchara.

—Nos quedan seis meses juntos.

Ni me lo recuerdes.

—Y no puedo evitar pensar que tenemos una oportunidad de arreglar las cosas. De dejar todo en el pasado y empezar de cero. Y sé que eso no va a cambiar lo que pasó antes...

Se abrió el elevador y yo le pasé por el costado, en dirección a mi habitación. Eran seis metros. Iba a llegar. *Tenía* que llegar.

Si lo escuchaba, tal vez paraba. Si paraba, tal vez... pensaba. Si sucumbía a los pensamientos, ya estaba de camino al infierno de Landon.

—Pero la verdad es que no puedo cambiar lo que pasó. Solo puedo empezar desde aquí. ¿Rachel? Háblame, por favor.

Mantuve el mismo ritmo, negándome a correr, pero sí que le iba a meter marcha rápida para llegar a un lugar seguro. Tomé la tarjeta y la pasé por el sensor.

Un punto rojo.

Mierda.

—Si me das una oportunidad para que te lo explique, para sentarnos como los adultos que somos, tengo tantas cosas para decirte... Tantas cosas que te tendría que haber dicho en ese momento, pero no me animé a contarte por cobarde.

Volví a pasar la tarjeta.

Verde.

—No te quería dejar —dijo con la voz más aguda.

Pero lo hiciste. Ni loca se lo iba a hacer fácil.

Abrí la puerta de un tirón y entré.

—Por favor, Rachel. ¡Di algo!

Levanté el dedo del medio y di un portazo al pasar. Se me desinfló el pecho mientras me abandonaba todo el aliento y apoyé la espalda contra la puerta. Dios, cómo dolía. Todo dolía. Bajé la vista, en parte esperando tener la camiseta empapada de sangre, porque sentía que me habían arrancado el corazón y lo habían despedazado.

—Bueno, digo... Puedo aprender lengua de señas si hace falta, pero creo que ese gesto ya me lo sabía —dijo a través de la puerta.

Puse los ojos en blanco y contuve el impulso de levantar las comisuras de los labios. Siempre había tenido ese efecto en mí: la capacidad de hacerme reír cuando yo lo quería estrangular. Dios, habíamos tenido cada pelea... *Y el sexo de reconciliación más impresionante del mundo.*

—Todavía no terminamos, Rachel. Ya sé que estás ahí al lado. Sé que me oyes. Y no me importa cuánto tiempo tarde en hacértelo entender. Me vas a escuchar. Puede que después me sigas odiando, pero tienes que entender los motivos.

Hubo un leve ruido sordo en la puerta, como si hubiera golpeado la cabeza contra la superficie.

—Pero no lo voy a hacer a través de una puta puerta. Ganaste esta batalla.

Más vale.

—Pero yo voy a ganar la guerra.

***

—¡No se cansa más! —le dije a Penna dos noches después mientras me hundía en la cabina que ella nos había guardado en la discoteca del barco, Veritas—. Necesito un trago ya mismo, carajo.

El bajo marcaba un ritmo que tenía a muchísimas personas moviéndose como locos por la pista. Tal vez si me emborrachaba lo suficiente, podía sumarme al grupo y olvidarme de *él* por un ratito nada más.

Levantó la vista de su libro.

—¿Estás hablando de Landon?

—Sí —contesté—. ¿Esto es en serio? ¿En una disco? ¿Se puede saber qué estás leyendo?

—*El amor en los tiempos del cólera* —respondió—. Es puro sufrimiento, lo cual va muy bien con mi humor en este momento. El contrato que firmé exige que esté aquí abajo para la filmación, pero no dice un carajo sobre qué es lo que tengo que hacer. —Señaló las cámaras que estaban dispuestas por toda la discoteca. *Fantástico.*

—¿Es para Literatura?

—*Nop*. Para mí, nada más. Ya que no puedo moverme de este asiento, se me ocurrió que no era mala idea leer un poco.

—Quiero que a él le dé cólera —murmuré. Ella me miró de reojo —. Bueno, no quiero que le dé cólera. Nada más quiero que vuelva a la cajita tan prolija en la que lo había metido. Pero no; pasé de tener cero contacto con Landon a estar en contacto con él en todos lados. En serio, creo que en cualquier momento se va a meter conmigo en el baño.

Levantó el libro y movió los dedos de los pies en la punta de su yeso de color rosa chillón.

—Podrías hablarle y listo. Arranca la curita.

—En la escala de dolor de mi vida, arrancar una curita probablemente esté rondando un dos. ¿Lidiar con Landon? Directamente no entra en la puta escala.

—Me parece lógico. —Se encogió de hombros y le hizo un gesto a la camarera—. Dos amaretto sour —pidió.

—Gracias —le dije, agradecida de que recordara lo que había elegido beber la noche anterior. Estaba sorprendida. ¿Landon me iba a transformar en una borracha de mierda?—. Básicamente, tuve que lanzarme encima de Hugo, que se sienta a mi lado en Culturas del

Pacífico, para que fuera mi compañero, ¡porque Landon ya estaba tratando de plantar la bandera!

—Y...

—Ah, no... No, no, no, no, *no*. Se terminó su época de plantar la bandera. En ese momento yo era como un territorio virgen...

Dejó caer el libro y levantó una ceja con una expresión escéptica para nada disimulada.

—¿Qué? Es verdad. Fue el primero con el que estuve. Pero no hablaba de eso.

—Está bien —dijo, volviendo a levantar el libro con un suspiro cuando cambió la canción y empezó a sonar Drake en los parlantes.

—Quería decir que, en ese momento, me podía plantar la bandera cuando quisiera. De hecho, lo hizo por medio segundo. Pero ahora ya no estoy libre. Estoy plantada.

—¿Tienes novio? —preguntó, claramente preocupada.

—No. Ya fui y vine un par de veces después de él. Estoy totalmente comprometida en una relación larga conmigo misma.

—¿Y «migo misma» funciona a batería?

—Qué graciosa. Ya sé que estás del lado de Landon.

—Yo estoy del lado de Suiza. Para mí, fue una idea muy tonta traerte aquí. No te enojes, no es más que una verdad. Eres el punto débil de Landon, aunque no quieras verlo, y estamos haciendo unas cosas bastante peligrosas. No se nos puede distraer.

—No vine para joder a los Renegades. Vine porque quiero estar en este programa: viajar por el mundo y estudiar afuera. No tenía idea de que Wilder era el dueño del puto barco, ni que ustedes lo estaban usando como su propia plataforma ambulante para hacer retos por todo el mundo. Pero ustedes están aquí, y *él* está aquí, y

bajarme no es una opción. No voy a perderme la única oportunidad que tengo de ir al pueblo donde me adoptaron, y ahora también debo tener en cuenta a Leah. Es mi mejor amiga y, si me voy, ella también se va a ir, por sentir una especie de culpa o de obligación, y eso la destruiría. Está más enamorada que la mierda de Wilder.

—Ya sé —dijo.

—De modo que sí, bueno, lo que hice fue una cagada. Estaba saliendo con Wilder y me enamoré de Landon. Lo hicimos a espaldas de él. Lo entiendo. Si quieres, ponme esa letra escarlata de mierda en el pecho. Ponme la etiqueta de puta, haz lo que tengas que hacer, Penna. Pero aunque yo casi desintegré a los Renegades, Landon me destruyó a mí. Me aniquiló. Yo renuncié a todo por él, y él se fue sin mirar atrás. Así que si necesitas que pague algún precio, ya lo pagué. —Levantó las cejas—. ¿Qué? —espeté. Ya había perdido la paciencia.

—Estaba esperando a que terminaras con todo tu acto de autoflagelación. Tienes razón: por poco destruyes a toda mi familia, y me quedé resentida contigo, además de por las mentiras que dije para guardarte el secreto. Pero tenía diecinueve y no tenía mucha perspectiva. Nunca me he enamorado; no voy a decir que entiendo por qué lo hiciste. —Se inclinó un poco hacia delante y esperó hasta que la miré a los ojos—. Pero la semana pasada mi hermana trató de matar a Paxton. Lo culpó por la parálisis de Nick y, como parte de ese plan bastante demencial que tenía, me hizo esto a mí. —Se señaló el yeso—. Así que, por más que odie lo que hiciste, la verdad es que no puedo odiarte a ti. Mi propia familia les causó más daño a los Renegades que todo el daño que podrías haber causado tú en la vida. Por lo que vamos a declarar una pequeña tregua.

—¿Una tregua?

—Mira —dijo con un suspiro—. Yo colaboré para traerte a bordo. Pensaba que Pax estaba loco de remate cuando diseñó todo esto. Créeme cuando te digo que no fue fácil convencer a Leah de que la beca que le dieron por hacerle una tutoría a Pax también incluía un viaje entero para su mejor amiga.

—¿Tú estabas metida?

—Sí. Ninguno de nosotros sabía si ella se iba a quedar cuando te dio mononucleosis antes de que zarpara el barco, y nadie podía haber adivinado que ella y Pax se iban a enamorar.

—Nunca le dijiste a Landon quién era ella ni cómo estaba incluida yo —la acusé.

—Lo habría sacado de quicio. Tú eres el único tema del que se niega a hablar, la única persona que le dejó una marca, y Paxton cree que eres la única mujer que Landon es capaz de amar. Estás aquí porque Paxton cree que tú y Landon están destinados a estar juntos o algo así.

Destinados, un carajo. El destino no te deja destruida en términos financieros, físicos y espirituales. Eso lo hacen las maldiciones. *Lo cual es bastante acertado, ya que yo soy eso para él.*

—Estoy aquí porque Wilder se siente culpable por el ultimátum que hizo en ese momento —escupí—. Lo único que se logró con esto fue meter a dos personas que ya se lastimaron de las formas más terribles en un espacio cerrado. Si vamos a declarar una tregua, por lo menos pongámonos de acuerdo en ser sinceras.

—Está bien. Seamos sinceras. Ayudé a Pax porque toda la situación era jodida. Tú y Landon se equivocaron mucho, pero Pax no tenía derecho a obligar a Landon a romperse el corazón a sí

mismo. Tal vez esto funcione, o tal vez no, pero ahora ya estás aquí, así que lo mejor va a ser que lo aprovechemos lo más posible.

No nos dimos la mano (ninguna de las dos era demasiado demostrativa), pero hubo un entendimiento mutuo.

—Está bien.

—Está bien —repitió, asintiendo con la cabeza.

Me acomodé en el asiento porque no me gustaba nada cómo se me pegaban los muslos desnudos al vinilo. Tendría que haber elegido unos pantalones, pero había optado por una falda corta y un top atado al cuello, y ahora estaba pagando el precio.

Estaba en medio de acomodarme la falda cuando entró Landon con Wilder. Landon tenía la camisa arremangada hasta los codos, dejando que se asomaran un poquito esos tatuajes deliciosos, y tenía una sonrisa digna de una estrella de cine mientras iban en dirección a la barra, donde una parva de chicas estaba coqueteando con los otros Renegades. Esta semana habían llegado dos amigos de Landon que hacían *snowboard* con él, Alex y Gabe, lo cual ayudaba a quitarle un poco de presión a Wilder, que, aunque estaba obligado por contrato a ir a la discoteca, ahora era monógamo. Leah se había puesto más que contenta.

—Mierda. ¿Quieres volver a la habitación? Yo tengo que estar media hora más aquí, pero tú no tienes ninguna obligación —propuso Penna.

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—Todavía no me vio. Está todo bien.

—Te va a ver. Te juro que ustedes dos tienen un radar que les dice cuando el otro está cerca. Ya sé que no quieres escuchar esto, pero son medio inevitables.

Una chica de pelo castaño con unas tetas enormes se le apoyó en el brazo a Landon, y él le dirigió su sonrisa de Nova; sin duda alguna iba a terminar con sus bragas en el suelo de la habitación de él en un par de horas. Tomé un buen trago de la bebida que me acababan de traer y dejé que me bajara el alcohol por la garganta, deseando que ese ardor me quitara el que tenía en el corazón.

—Lo único que es inevitable para nosotros dos es el desastre. A Landon le gustan los retos llamativos y radiantes, lo imposible... Una vez que me volví algo posible, digamos que ya no era tan llamativa, ¿no? No cambió nada en ese sentido. —Señalé con la cabeza hacia las cámaras, que daban vueltas alrededor de ellos mientras él les daba el espectáculo por el que era tan conocido. ¿Por qué me dolía tanto verlo hacer reír a esa mujer? ¿Por qué sentía la necesidad de cruzar la pista volando y decirle que le quitara esas uñas esculpidas del brazo? Ya no era mío..., aunque la verdad era que nunca había sido mío en un principio. Siempre les había pertenecido a los Renegades.

Penna tenía una mirada suave y comprensiva, aunque no de lástima, cuando la volví a mirar.

—Lo que hizo fue horrendo. Nada más creo que tendrías que darle la oportunidad de hablar contigo. Tal vez fue algo imperdonable, pero tal vez no. De cualquier manera, los dos van a poder darle el cierre que tanto necesitan, porque escuchándote a ti me doy cuenta de que estás atrapada en el mismo infierno que él.

Solté una risa burlona.

—Sí, si se puede decir que es un infierno revolcarse con todo lo que se mueva.

Echó un vistazo hacia donde estaba él y suspiró.

—Cada uno tiene su droga. Él empezó a automedicarse y nunca paró.

—Sí, bueno, mientras él estaba ocupado ganándose ese apodo que tiene, yo estaba tratando de volver a armarme pedazo a pedazo, todos filosos, rotos y sangrando. Así que me vas a tener que perdonar, pero no estoy lista para permitirle que me vuelva a destruir solo para que él se sienta mejor consigo mismo. Si cree que soy una hija de puta, no tengo problema. No tiene derecho a discutir con esta cosa en la que me convirtió.

Tomé otro trago y miré hacia allá, para verlo susurrándole al oído a la chica.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Penna en voz baja—. Te quedan seis meses atrapada en este barco con él.

—Voy a ir a las clases, sacar muy buenas notas, viajar, tal vez hacer algún reto divertido con ustedes —respondí—. Cuando estemos más cerca de Corea, voy a sacrificar mis notas, gastarme los ahorros y saltarme una excursión a la costa para ir a buscar el orfanato donde me adoptaron. Landon no está en ninguno de esos planes.

Penna se quedó mirándome en silencio, y dejó que pasaran unos instantes al ritmo de la música hasta que por fin habló.

—Está bien. Sigo pensando que me gustaría que hables con él. Lo entiendo, de verdad. Y te ofrezco todo mi conocimiento de informática si necesitas ayuda con el viaje a Corea.

—Gracias —dije levantándome—. ¿Sabes qué? —pregunté, echándole una mirada a Landon, que estaba muy ocupado con Ramona La Tetona—. Voy a bailar. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—No, gracias, tengo todo. —Negó con la cabeza.

—Está bien. Pero avísame si puedo ayudarte con algo.

En el pasado, Penna habría sido la primera en la pista de baile. Se movía bastante bien con la silla de ruedas, pero yo sabía que se moría de ganas de cambiarse el yeso por el que le iba a permitir apoyar el peso la semana que viene. Ya estaba harta del encierro.

—Sí, te aviso —dijo—. Y, Rachel...

—¿Qué pasa? —dije, dándome vuelta.

Se le arrugó la frente.

—Vengo pensando mucho estos últimos días y, si yo tuviera la oportunidad de hablar con la persona que me lastimó, la persona que más amé en todo el mundo... La aprovecharía. Porque valdría la pena todo el dolor del mundo con tal de entender aunque sea un poquito.

Sentí un dolor en el pecho por ella. Por Brooke. Por todo lo que las había llevado a este momento.

—Lo voy a tener en mente —le prometí mientras me dirigía a la pista.

Me moví con la música, lejos de las manos que me acercaban los tipos a mi alrededor, hasta que sentí la mirada *de él*. Eché un vistazo a la barra y lo encontré mirándome, con los ojos encendidos por un deseo no disimulado. Tal vez moví las caderas solo para ver si se le entornaban los ojos. Tal vez sentí un subidón de poder cuando se pasó la lengua por el labio de abajo.

El sexo nunca había sido un problema para nosotros. Pero la confianza... Ese había sido el factor decisivo.

Se alejó de la barra con un empujón y se dirigió hacia donde estaba yo, abandonando a su última conquista con los demás

Renegades. Sentí que me rugía el corazón y se me aceleraba la respiración al entrar en modo supervivencia, sintiendo que tenía que huir o atacar.

Ganó huir.

Me giré sobre las plataformas y por poco salí corriendo hacia la puerta. No estaba lista para tener esta conversación, y menos enfrente de las cámaras, a las que sin duda alguna les iba a encantar incluir esto en la secuencia de la discoteca. Mi corazón mutilado no era apto para el consumo público, muchas gracias.

—Ey, ¿te estás yendo? —preguntó Leah cuando salió del elevador al que yo me quería subir desesperadamente.

—Me tengo que ir. No puedo estar aquí. Con él ahí, no —expliqué, y casi me arrepiento de mi decisión cuando dejó caer los hombros.

—Está bien. Lo entiendo. ¿Tomamos un café a la mañana? —preguntó.

Café. Nuestra rutina de todas las mañanas desde que habíamos entrado a Dartmouth. Lo único que nos había mantenido centradas a las dos, listas para enfrentar el día. Le di un apretoncito en las manos y le dirigí una sonrisa que esperaba que fuera convincente.

—Por supuesto. —Cuando Landon irrumpió entre la multitud, me ganó la cobardía—. Mañana —le prometí, y luego di un paso atrás y toqué el botón para cerrar la puerta.

Había ganado esta batalla del elevador, pero no sin antes ver a la chica de pelo castaño que iba detrás de él.

Él se pasó bruscamente las manos por el pelo mientras se cerraban las puertas, y yo cerré los ojos para no ver la súplica que había en los suyos.

Por más que tuviera las palabras de Penna en la cabeza, igualmente no veía la manera de abrirme con Landon lo suficiente como para escuchar lo que tenía para decir. Yo era lo opuesto a Penna en ese sentido: quizá siempre llevara al límite todos los retos, pero, en cuanto a mis emociones, elegía la supervivencia antes que la comprensión.

Por desgracia, también sabía que Landon era un tipo persistente.

Y en cuanto a la supervivencia, él era el más imprudente de todos.

CAPÍTULO 7
Landon

EN EL MAR

No había manera con esa mujer.

No recordaba si alguna vez había tenido menos amor propio que en estos dos días, en los que me la había pasado tratando de rastrearla. Compartíamos dos clases, por lo que pensé que iba a ser fácil, pero se iba apenas nos dejaban irnos y esquivaba todos mis intentos de verla. Incluso había llegado al extremo de irse de la mesa en la cafetería cuando yo me sentaba a comer, lo cual era casi ridículo, porque yo sabía lo mucho que le gustaba comer a esa chica.

Era como si ni siquiera le importara que yo estuviera a bordo, mientras que cada segundo de mi vida estaba consumido por lo mucho que me importaba que ella estuviera ahí. Con eso hubiera alcanzado para que me hundiera en el pozo del rechazo, pero el hecho de que se esforzara tanto por que no estuviéramos nunca en el mismo lugar —excepto en las clases— me indicaba que le importaba algo.

Puede que me estuviera aferrando a cualquier argumento, pero era lo único que tenía.

Miré mi reloj y maldije; llegar tarde a una reunión de producción me iba a poner en la lista negra de Pax. Mi mente había divagado pensando en Rachel mientras estaba en la caminadora y, antes de que me diera cuenta, habían pasado cuatro kilómetros más mientras yo le daba vueltas al asunto. No era que me molestara hacer un poco de cardio extra; mi estado físico tenía que estar mejor que nunca para lo de Nepal, pero ahora sí que estaba llegando tarde.

—¡Perdón por llegar tarde! —grité desde el otro lado del pasillo mientras cerraba la puerta de la suite.

—¡Ven para aquí ya mismo! —gritó Pax.

—Estoy todo transpirado, déjame ducharme —dije, entrando al comedor donde estaba el equipo reunido alrededor de la mesa.

—Me importa un carajo, ven aunque estés bañado en aceite para bebés. Apoya el culo en la silla. —Pax señaló mi asiento vacío.

—Bueno, bueno, aquí estoy —dije mientras ocupaba mi asiento y trataba de concentrarme. Bobby estaba sentado a la cabecera, mientras que Pax estaba en el centro: le gustaba tener al alcance todos los mapas y las fotos que se esparcían por la mesa. Penna y yo ocupábamos el otro lado, mientras que algunos de los otros Renegades y los del equipo de filmación estaban de pie o sentados a nuestro alrededor.

—La verdad es que no estoy segura de qué hago yo aquí —murmuró Penna, apoyándose las manos en el regazo.

—Estás machacada, no muerta, Penna —escupió Pax—. Sigues siendo una Renegade, carajo.

—¿Estás seguro de que conviene?

—Después —le bufó.

—No se peleen enfrente de los niños —dije, inclinándome hacia delante para ver las fotos de Sri Lanka, nuestro próximo destino—. ¿En qué estábamos?

Pax se frotó bruscamente el pelo con las manos.

—A ver. Tenemos tres días en Sri Lanka. El día uno está ocupado por las excursiones de las clases. ¿Quién tiene que ir?

Se levantaron varias manos. Lo más difícil de filmar el documental mientras estábamos en el programa de Estudios en el Mar era, sin duda, ingeniárselas para planificar todo teniendo en cuenta la carga de trabajo de las clases.

Las condiciones eran simples: si desaprobábamos, quedábamos fuera del barco y del documental.

Levanté la mano porque sabía que tenía una excursión en Gal Vihara, pero por lo menos iba a estar con Rachel. Si lograba que ella me hablara o no, ya era otro tema.

—Bueno, creo que todos tenemos alguna —murmuró Pax, pasando las hojas de la carpeta—. Tenemos los permisos para hacer el reto en ala delta desde Sigiriya, pero desde ya les digo que nos los dieron de muy mala gana y que es un lugar bastante sagrado. Nos van a estar mirando de cerca y, la verdad, no quiero pasar más tiempo en la cárcel en este viaje, así que hay que portarse bien.

Un leve murmullo general de risas recorrió al grupo. Pax tenía razón. Toda la mierda por la que habíamos pasado en Madagascar cuando Brooke había escondido los permisos no se podía repetir. Penna se puso pálida a mi lado, y yo puse una mano sobre la suya en su regazo.

—No fue tu culpa —le susurré sin que nadie más oyera.

No levantó la vista de sus uñas, a las que les estaba rascando el esmalte.

—El peligro inherente en esta situación es cómo vamos a despegar. En esta formación no hay lugar para el error, especialmente porque no hay más que unos pocos metros entre el ala y la persona que uno tiene al lado. Hay que tener cuidado y estar atento a los otros Renegades que tengamos alrededor. No es un vuelo largo, pero vamos a estar apretujados como sardinas.

—Poco más de tres kilómetros y medio —dijo Penna.

—¿Rebel? —la instó Bobby.

Penna levantó la vista, pero solo lo justo y necesario para mirar las fotos que había en la mesa.

—Sigiriya tiene como doscientos metros de altura. Como la tasa de descenso típica es de dieciocho a uno, nos esperan tres coma seis kilómetros de vuelo. Van a tener que hacer los giros sincronizados bastante rápido y ser bastante precisos.

—¿Cómo «van»? —pregunté.

—Yo no voy a ir —dijo.

Paxton entornó los ojos.

—Otra cosa más para que hablemos después.

—El ala delta es algo que puedes hacer con nosotros. Alguno te tiene que llevar en tándem, nada más —dije en voz baja mientras Pax pasaba a los giros técnicos que íbamos a hacer.

—No —dijo, negando con la cabeza—. Pax tendría que llevar a Leah y, si eres inteligente, tú vas a llevar a Rachel para sobornarla. Sabes que le encantan estas cosas, y puede que así logres pasar un ratito con ella para que reconozca tu existencia.

—Por favor, Penna. Siempre fuimos nosotros cuatro.

—Ah, ¿sí? Bueno, Nick tiene parálisis y yo tengo un yeso en el que no puedo apoyar el peso, así que parece que van a estar ustedes dos. —Se alejó repentinamente de la mesa de un empujón y salió con la silla de ruedas por la puerta de vidrio corrediza que daba al balcón de la parte trasera del barco.

—Yo tomo su lugar —dijo Zoe, trayendo su silla al espacio libre que había dejado Penna.

—No hace falta —dije, esperando que no hubiera estado escuchando.

Se encogió de hombros y se acercó más mientras Pax no paraba de hablar de la importancia del material de las GoPro.

—Qué mal humor que tienes, Landon. ¿Quieres que pase un rato hoy a la noche?

Miré su pelo castaño y su sonrisa cálida. Había una razón por la cual venía «pasando el rato» con ella más de lo recomendable estos últimos meses: había sido fácil hacer de cuenta que ella era Rachel. Pero ahora que Rachel estaba a un par de habitaciones de distancia, sabía que ya no me iba a alcanzar con una imitación.

—Gracias, Zoe, pero creo que no me apetece hoy.

—Ah —dijo, y se le dispararon las cejas para arriba de la sorpresa.

No éramos pareja (ella lo sabía bien), pero, mierda, sentí que le acababa de decir «Gracias por todo, pero esto se terminó».

Tal vez porque era justamente lo que le había dicho.

Sentí que me miraba de reojo un par de veces mientras volvíamos a repasar el plan, el equipo, quién necesitaba qué y dónde.

—Una cosa más... Tenemos ganas de hacer un paseo aparte para divertirnos el último día —dijo Pax—. Hay unos toboganes naturales en la zona de Nuwara Eliya, así que tenemos una excursión

totalmente optativa para ir a pasarla bien allá, si les interesa. Es más que nada mi manera de agradecerles por haberse lucido tanto en la exhibición de Abu Dabi.

Todos festejaron, pero yo me alejé un poco de la mesa.

—Ey, Pax —dije, levantando la voz lo justo y necesario para llamarle la atención—. ¿Te puedes ocupar de que mi ala delta esté equipada para tándem?

Zoe se puso tensa a mi lado. Parecía que le había llamado la atención a ella también.

—Sí —respondió con una sonrisa—. ¿Vas a tratar de sobornar a cierta persona?

—Penna tuvo la misma idea —admití.

—Muy inteligente, esa Penna —dijo—. Me encanta. Cualquier cosa que logre que ustedes dos se hablen sería genial, teniendo en cuenta todo lo que tuve que hacer para traerla hasta aquí.

—Sí, sí —dije, sacudiendo la mano para restarle importancia a sus palabras. Si iba ahora, seguro encontraría a Rachel en su suite antes de la cena—. ¿Me necesitas aquí?

—Ve —me ordenó—. Tengo que encontrar la manera de hacer entrar en razón a Penna.

—Tienes que darle tiempo.

—No la quiero perder —admitió en voz baja—. Siento que... que nos estamos desmoronando.

—No la vamos a perder. Sigue aquí, Pax. Podría haberse ido a la casa, pero se quedó. Penna es fuerte. Lo único que necesita es...

—Tiempo. —Suspiró.

—Tiempo —concordé—. Después hablaré con ella, pero ahora voy a ir a buscar a Rachel. Ah, y una cosa más: diles a los de Gremlin

que me quiero bajar. Ya es hora de buscar patrocinadores nuevos.

—¿Seguro que quieres jugar ese juego con ellos? —preguntó Pax.

—Nunca estuve más seguro.

—Está bien, le voy a decir a Nick que les dé el mensaje. Ahora ve a buscar a tu chica. —Señaló el balcón con un gesto, y me dirigí hacia afuera.

El calor de la cubierta me atravesó el material delgado de las chancletas cuando me asomé al exterior. Sin darme tiempo para cerrar la puerta, salió Zoe detrás de mí.

—¿Ya está, entonces? —preguntó.

Mierda.

—Zoe, ya sabes que no éramos nada.

Se llevó las manos a las caderas y me fulminó con la mirada.

—Está bien, pero ¿no puedo ni siquiera ir en tándem contigo?

Suspiré y entorné los ojos cuando me pegó de lleno en los ojos el reflejo del sol en la puerta de vidrio.

—Tú tienes la habilidad para volar sola.

—¿Quién es? —preguntó Zoe, sin hacer caso de mi halago—. ¿Cuál es la chica que hace que Landon Rhodes, el famosísimo Nova, se caiga de culo? No creas que no me di cuenta de que el desfile de chicas que siempre entraban y salían de tu habitación está en pausa desde hace una semana, más o menos.

—No hagas esto.

—¿Quién es? Dime eso por lo menos.

—Se llama Rachel...

—¿Rachel? —dijo con un resoplido—. ¿Rachel, la de «la maldición»? No puede ser en serio.

Cerré los ojos y respiré hondo. Por supuesto que había escuchado lo de la maldición. De hecho, yo recién estaba empezando a levantarme del suelo cuando Zoe se sumó a los Renegades.

—Rachel no es una maldición. Es... —¿Cómo encontrar las palabras para explicarlo?

—*Guau* —murmuró, y arrastró la palabra—. ¿Ella sabe de tus hábitos? Porque la verdad es que debería saber en qué se está metiendo.

Me llevé los brazos al pecho, con todos los sentidos en estado de alerta.

—Basta. Ya sé toda la mierda que le tiraste a Leah, y... —Incliné la cabeza, pensativo—. Digamos que te la devolvió bastante bien. Pero trataste de asustarla. Le hiciste la vida imposible porque se atrevió a enamorarse de Wilder.

—¿Y? —Arrugó la frente, pero la vergüenza que tenía en los ojos no se condecía con su tono incisivo—. ¿Te estás poniendo en modo protector?

—No necesito proteger a Rachel, cosa que siempre me encantó de ella. Con Leah es una cosa. Pero Rachel no solo te va a devolver la mierda que le tires: te va a masticar y escupir. Créeme cuando te digo que tiene los dientes filosos como navajas.

—Entonces, ¿vas a volver a dejar entrar a esa chica? ¿Después de que casi destruyera a los Renegades? Yo sé lo que pasó: los sedujo a los dos y después te jodió la cabeza cuando se fue.

Tomé aire bruscamente y lo solté despacio mientras contaba hasta diez.

—Ella no hizo nada. Fui yo el que la buscó. Fui yo el que se enamoró. Sí, traicionamos a Wilder, pero fui yo el que le rogó que no

dijera nada, que no lo lastimara, y fui yo el idiota que la dejó por los Renegades cuando podría haber tenido... —Negué con la cabeza, incapaz de terminar la oración.

—La amabas —susurró.

—Sí.

Me empezó a subir la culpa, con un sabor amargo. Nunca le había prometido nada a Zoe, pero no tendría que haber permitido que la cosa se extendiera tanto tiempo. Tendría que haberme dado cuenta de lo que sentía. Tendría que haber terminado con esto. *Mucho «tendría que», pero poca acción. Pura mierda.*

—¿Por qué? —exigió, y se le endureció la mirada.

—Porque existe, y era imposible que no me pasara. No hay otra explicación.

Desvió la mirada hacia el agua, que se arremolinaba detrás del barco.

Le puse las manos en los hombros desnudos y le clavé la mirada.

—Zoe, no hagas esto. Ya estás con nosotros desde hace un año. Te ganaste tu lugar con tus habilidades y haciendo retos. Vales muchísimo más de lo que crees. Ve y dile a Wilder que quieres tu propia ala delta. Muéstrale los tiempos de práctica que lograste antes de que nos fuéramos. Tú puedes.

—¿En serio piensas eso? —preguntó con una voz inusitadamente débil.

—Sí.

No se despidió, sino que nada más me dirigió una sonrisita, asintió con la cabeza y se fue. Dios, ojalá fuera así de fácil hacer que me escuchara la mujer con la que yo quería estar.

Mentira. Esa no sería Rachel.

Hablando de Rachel... Respiré hondo y toqué la puerta dos veces antes de abrir la puerta trasera corrediza de su suite.

—Te va a matar si te ve aquí —dijo Penna, sin levantar la vista de su libro.

—Tírame un hueso, Penna. No puedo decirle ni una puta palabra a esta chica. Me está torturando a propósito.

—Sí, bueno, está en todo su derecho.

—Espera. ¿Desde cuándo cambiaste de bando? —le pregunté, pasando la vista por la suite. ¿Dónde mierda estaba Rachel?

—No estoy en ningún bando. Como le dije a Rachel, yo soy Suiza. —Pasó la página—. Pero no voy a dejar de decirte que, primero que nada, soy una Renegade y te quiero como si fueras mi hermano, pero te mereces una buena tortura por lo que le hiciste.

—Del lado de Rachel —murmuré.

—Del lado de la justicia —dijo, alzando un puño en alto. Suspiré. Era lo mismo que había hecho cuando apoyó a Leah en el debate de la problemática de que Paxton saliera con su tutora—. Y, la verdad, si esto es solo por el sexo, sabes que podrías estar con casi cualquier otra chica de este barco. Déjala en paz.

Me puse la gorra al revés, me metí los pulgares en los bolsillos y me balanceé hacia atrás sobre los talones.

—No es por el sexo. El amor que sentía por ella... era superior a cualquier otra cosa que hubiera conocido antes... y después también. Lo enterré y seguí adelante con cualquiera que tuviera ganas, pero la veo y me vuelven a la superficie todos esos sentimientos como si acabáramos de romper hace dos semanas, y no hace dos años y medio.

—Claro, pero esos dos años... la cambiaron. Ya no es la misma.

Lo entendía.

—Yo tampoco.

—Ella cree que da mala suerte. Hizo chistes con eso de «la maldición de Rachel», pero me di cuenta de que en el fondo lo cree de verdad.

—Rachel no da mala suerte. Eso de la maldición fue todo una mentira estúpida para justificar lo hijo de puta que fui.

—Bueno, ya que estás rogando, tal vez te convendría explicárselo —sugirió.

—¿Dónde está?

—En la ducha.

Se me dispararon las cejas hacia arriba.

—Perfecto.

—Landon... Yo no me hago cargo de cómo te vaya a desmembrar esa chica.

Miré su piel pálida, las ojeras que tenía debajo de los ojos apagados, y deseé poder quitarle el dolor.

—A esta altura, si se pone a gritarme, sería un cambio más que bienvenido, después de la apatía que vengo recibiendo. Rachel es puro fuego y pasión, y mientras pueda apelar a ese lado de ella, tengo una oportunidad. —Me puse de cuclillas enfrente de ella hasta que me miró—. Y lo mismo aplica contigo.

Miró para otro lado, pero asintió con la cabeza, lo cual era más que cualquier respuesta suya que hubiera conseguido desde el accidente.

—Ahora, si me disculpas, hay una mujer esperando a que la haga enojar —dije.

Respiré hondo y atravesé el pasillo hasta llegar a la puerta del baño. Todavía estaba abierta el agua y, por la disposición de nuestra suite, yo sabía que esta era la única puerta por la que podía salir. Pero ¿qué carajo podía hacer para mantenerla ahí dentro el tiempo necesario para expresar lo que tenía que decir?

Se me encendió un foco en la cabeza. Despacio, abrí la puerta del baño... y desvié la mirada de donde sabía que estaba su cuerpo desnudo y sexy, muy pero muy mojado, a apenas unos metros de distancia. Dios, cómo extrañaba su cuerpo, sus leves curvas, ese abdomen tonificado y sus pechos firmes. Extrañaba cómo se sentía tenerla debajo de mí, encima de mí, la entrega salvaje con la que me hacía el amor.

Se me contrajo el pecho cuando pensé en su sonrisa, la que antes reservaba solo para mí, y en el sonido de sus gemidos en mi oído cuando se la metí despacio en su cuerpo apretadito por primera vez. Éramos tan jóvenes, teníamos tan poca experiencia y había sido tan perfecto, carajo...

Arrebaté su ropa del asiento del retrete y me llevé de un tirón las tres toallas que había antes de escaparme y cerrar la puerta.

—¿Penna? —llamó Rachel, que obviamente me había oído.

Siguió duchándose, y yo repasé en la cabeza todo lo que quería decir mientras dejaba el pilón a mi lado. *Mierda*, ¿qué quería decirle?

Se detuvo la ducha, y mi corazón tuvo la reacción contraria: me empezó a latir como loco.

—¿Qué carajo?

Incluso cuando estaba enojada, su voz me generaba cosas, y traía de nuevo esos putos sentimientos de los que le acababa de hablar a Penna. Siempre la había amado cuando estaba enojada conmigo;

cuando me presionaba para que yo mejorara, sin esperar nada de lo que yo no fuera capaz. Ella había creído en mí por los dos... hasta que lo arruiné todo.

—¿Penna? —Rachel asomó la cabeza por la puerta, con el pelo goteando agua—. ¡¿Qué haces?! —me gritó, y me cerró la puerta en la cara.

Manos a la obra. Me sostuve de los dos lados del marco de la puerta e intenté encontrar mis huevos. Listo. Bien.

—Mira. Esto fue lo único que se me ocurrió hacer para evitar que salgas corriendo cada vez que me ves. Estamos en un barco, carajo. En el mar, Rachel. No te puedes escapar a ningún lado.

—Hasta ahora me viene saliendo bastante bien —escupió, y yo sonreí. Esa era mi chica... Digo, Rachel. Había perdido el derecho de decir que era mía hacía mucho tiempo.

—Sí. Estoy bastante impresionado, la verdad. —Se quedó callada, así que seguí adelante—. Ojalá pudiera decir que ensayé este momento, que tenía armado todo un discurso elocuente, pero sería mentira. Nunca me imaginé que iba a pasar esto, y no preparé nada porque nunca pensé que iba a tener la oportunidad de verte de nuevo. Si hubiera sabido... Dios, habría hecho tantas cosas de otra manera... —Hice una pausa, esperando que me dijera algo, pero se quedó callada—. Ya sé lo que hizo Pax para traerte aquí, y sé que no estás obligada a hablarme en absoluto, y de ninguna manera soy un estúpido para pensar que estés ni siquiera contemplando la posibilidad de darme otra oportunidad.

Un segundo. ¿Eso era posible siquiera? Que entendiera, podía ser, pero ¿que volviera a confiar en mí de verdad? Acallé ese pensamiento antes de que me secuestrara.

Soltó un resoplido burlón, lo cual venía a confirmar que *justo eso* no iba a pasar. Gracias a Dios la tenía medio cautiva, porque esto no me estaba saliendo nada bien.

—Bueno. Voy a decirlo rápido, que ya te debe de estar dando frío —dije—. Mi punto es que lo que pasó en ese momento... lo que te hice. Estuvo mal. Yo estuve mal. Hice mal creyendo que era por una buena razón, carajo. Y me siento como la mierda, perdón...

Se abrió la puerta, y yo me fui hacia atrás, estupefacto. Tal vez tendría que haber empezado por pedir perdón en un principio.

Rachel estaba de pie, gloriosamente desnuda, con la piel suave como un pétalo goteando agua, y necesité hasta la última pizca del poder de voluntad de todos los hombres del mundo para mantener los ojos fijos en su cara. Me miró con un odio nada disimulado y después levantó una sola ceja, se inclinó para levantar su ropa del suelo —*mierda, ese culo hacía parar el tránsito*— y me pasó por al lado con la cabeza en alto.

Literalmente, se me hizo agua la boca a cada paso que daba, y la cerré rápido para evitar babearme. Apenas logré contener mi gemido, sin saber qué era más sexy: el cuerpo perfecto de Rachel, que encajaba con el mío como si fuera una pieza de rompecabezas, o la confianza que emanaba de su actitud de que todo le importaba un carajo mientras cruzaba el pasillo moviendo las caderas.

Tendría que haber sabido que la puerta de un baño no podía competir con su tenacidad.

Quedó claro el punto.

Se me encogió el corazón cuando le vi más de cerca la espalda baja. Se vislumbraba apenas una marca medio plateada, pero no

había ningún tatuaje. Se lo había eliminado. Lo había borrado. Nos había borrado *a nosotros*.

Cerró la puerta de su dormitorio con un portazo, y yo la seguí hasta apoyar la cabeza en la madera.

—*Mierda* que eres testaruda —susurré, pero me salió más como un halago que como un indicador de mi frustración.

Oí un golpecito sordo justo donde estaría su cabeza si estuviera en la misma posición, y se me drenaron un poco las ganas de pelear. Si no me quería hablar, no había nada que pudiera hacer para obligarla.

—Está bien. Ganaste. No hay nada que pueda hacer para lograr que me hables ni que me des una oportunidad para que te explique nada. De todos modos, la verdad es que no me lo merezco. La cagué hace dos años. Qué digo; en realidad, fue hace dos años, cuatro meses, dos semanas y tres días. Lo sé porque no ha pasado un día en el que no haya pensado en ti. Y sé que eso no ayuda en nada, que es todo una estupidez, pero, Rachel, qué no haría con tal de tener una conversación contigo, nada más. Cómo te extraño, carajo.

Se oyó que algo se deslizaba y otro golpe seco.

—Así que me voy a rebajar y voy a tratar de sobornarte —dije—. Yo sé cómo te gustaba este estilo de vida, y me voy a aprovechar descaradamente. Vamos a hacer un reto en ala delta desde la Roca del León el día después de la excursión de Culturas del Pacífico. Si accedes a tener una sola charla conmigo, solo para dejar que te explique, te llevo en tándem.

El corazón se me fue encogiendo un poquito más con cada segundo que pasaba sin que me contestara, hasta que estuve

convencido de que mi último intento desesperado no iba a llegar a nada. Por fin, reconocí mi derrota y empecé a retirarme.

Estaba a mitad del pasillo cuando se abrió su puerta.

—¿Landon?

Me di vuelta tan rápido que casi me golpeo contra la pared... de nuevo.

Se quedó ahí parada, envuelta en una toalla blanca, y de alguna manera eso era más sexy que cuando me había desafiado con su desnudez. Las curvas de sus pechos se elevaban por encima de sus brazos cruzados; incluso sin maquillaje, tenía un rostro despampanante. Dios, cómo extrañaba sus ojos... Cómo extrañaba *todo*. Los años que me había perdido se habían llevado su belleza adolescente y la habían convertido en una mujer magnífica. Volví a meterme los pulgares en los bolsillos para contener mi impulso de tratar de tocarla como un idiota cuando cruzamos la mirada. Esa conexión que teníamos, que un niño de veinte años no había sabido comprender, seguía estando, y ahora sabía lo que era la química, y lo poco común que era la intensidad que teníamos.

—¿Rachel?

—Lo voy a hacer —dijo mientras se quitaba un mechón mojado de pelo violeta de los ojos y lo acomodaba detrás de su oreja delicada. Siempre me había deslumbrado cómo podía ser que una actitud tan feroz estuviera contenida en un paquete tan pequeñito. Si su cuerpo se condijera con su personalidad, me habría sobrepasado en altura.

—¿Lo vas a hacer?

—Eso dije recién.

—Cierto. —¿Dónde mierda había quedado mi carisma? ¿Mis frases habilidosas? ¿Mi encanto, que hacía que a cualquier chica se le

cayera la ropa interior?

Pero si no tiene nada puesto...

—Una cosa, nada más. Vamos a hablar en Sri Lanka. Hice un esfuerzo enorme por olvidarte, y quisiera tener un par de días antes de que me vuelvas a hacer mierda.

—Dios, Rach...

—No —dijo, negando con la cabeza—. Todavía no. Allá. Igual no nos va a quedar más opción que pasar todo el día juntos.

—Está bien —dije, asintiendo con la cabeza—. En Sri Lanka, entonces.

Se dio vuelta para volver a su dormitorio, pero se detuvo justo antes de entrar.

—Una cosa más.

—Lo que digas —le prometí. Esta chica podía sostenerme las bolas con el puño si quería. La verdad era que ya las tenía ahí, más o menos.

—Si voy a firmar el permiso para los medios, quiero mi propia ala delta.

Se extendió una sonrisa lenta por mi cara.

—Era obvio. ¿Cuándo fue la última vez que te subiste?

—Hace unos seis meses —dijo, entornando los ojos—. Y te apuesto que sigo siendo mejor que tú.

Sin una palabra más, cerró la puerta. Nunca había estado tan feliz de recibir tan poco de alguien.

No pude ocultar la sonrisa cuando pasé por al lado de Penna.

—Gracias por la idea.

Levantó la mirada un instante y después la volvió a dirigir a su libro.

—De nada. Pero qué raro... ¿No habías dicho que no era algo sexual?

—¿Qué?

Me señaló los shorts sin alzar la vista.

Mierda. La tenía tan dura que le podría haber tocado la puerta a Rachel por sí sola.

—No es *únicamente* sexual —dije, tapándome con un cojín para poder volver a mi habitación sin que medio equipo de los Renegades o las cámaras de nuestra suite me hicieran la vida imposible.

—Más te vale. Últimamente, hubo unas cuantas chicas que recibieron tu lado *únicamente sexual* y, si fuera tú, yo me ocuparía de cortar con esa mierda antes de pensar siquiera en tratar de volver con Rachel.

—¿Quién dijo que voy a volver...?

La mirada de Penna me hizo callar. A veces, tener mejores amigos de toda la vida era más molesto que la mierda.

—Bueno, tienes razón, pero, para que sepas, no cogí con nadie desde que volvió a entrar en mi vida a los porrazos.

—Demasiada información —dijo Penna, simulando tener arcadas —. Ahora vete antes de que me vea conspirando con el enemigo.

—¿No habías dicho que eras Suiza?

—El hecho de que sean neutrales no quiere decir que no tengan una opinión propia.

—Traidora —me burlé.

—Afuera —dijo, señalando la puerta.

Con la erección felizmente aplastada, arrojé el cojín en el sofá y me fui. Tenía dos días para resolver qué carajo podía decirle a Rachel para lograr que entendiera la decisión más difícil que había

tomado en la vida, si es que quería tener una oportunidad de formar cualquier tipo de relación (de amistad u otra cosa) con la única mujer que había amado.

Pero tranquilo, sin presión.

CAPÍTULO 8
Rachel

SRI LANKA

¿Era posible enamorarse de un lugar al instante? Nos había llevado dos horas en autobús llegar a Gal Vihara y, aunque había registrado que Landon me miraba desde unas filas más atrás, yo no podía despegar los ojos del campo. Era verde, exuberante, y, no miento, un tramo más atrás había visto elefantes paseando por la calle.

Subimos con todo el curso por las ruinas del templo budista y escuchamos a la profesora, que nos contó los detalles de la construcción erosionada. Cada vez que miraba a Landon, lo atrapaba con la vista fija en mí, y me apresuraba a dirigir los ojos hacia otro lado.

Era como si estuviéramos viéndonos a escondidas otra vez, con miedo de que nos delataran nuestras miradas.

Hoy estaba sin la gorra, con el pelo hecho un caos de sensualidad que mis dedos se morían de ganas de acariciar. Me perforó con esos ojos pardos cuando se dirigió hacia mí una vez que la profesora terminó y nos dejó seguir por nuestra cuenta.

Me tendió la mano, y la miré brevemente antes de hablar.

—¿Aquí? —pregunté, sabiendo que había llegado la hora de la verdad. Por mucho que le hubiera cerrado el corazón y la cabeza a todo lo que tuviera que ver con él, ahora iba a tener que escuchar cómo me daba unas excusas de mierda por haberme hecho pedazos.

—¿Y si vamos a un lugar un poquito más privado? —preguntó, señalando un costado de las ruinas que en ese momento no estaba ocupado por nadie del curso.

Se dio vuelta por lo menos cinco veces para confirmar que lo estuviera siguiendo cuando atravesamos esa corta distancia, pasando por al lado de un Buda gigante que se veía lleno de paz. Qué envidia.

—Bueno —dijo Landon, y respiró hondo. Abrió y cerró la boca un par de veces, los dos ahí quietos, mirándonos a los ojos—. Dios, había planeado todo, y ahora... No quedó nada. Ya casi me había olvidado del efecto que generas en mí.

—*Generaba* —lo corregí, rodeándome el estómago con los brazos —. Todo lo nuestro es en tiempo pasado.

—Ya sé que te lastimé —dijo suavemente.

—Sí —coincidí, tratando de bloquear las imágenes que venían con esas palabras: las lágrimas, la devastación, la humillación para recuperar un ápice de lo que había sido mi vida.

Se apoyó las manos encima de la cabeza, y el movimiento le hizo ondular los tatuajes de los brazos. Por un breve instante, me pregunté si lo seguiría teniendo. El único recuerdo que nos habíamos dejado el uno al otro... El mismo que yo había alterado de inmediato.

—Creo que no hay nada que pueda decir para deshacer lo que pasó.

—No. —*Eso te hizo sonar fuerte. Bien. Sigue así.*

—Mierda, Rachel. ¿No puedes hacérmelo un poquito más fácil? Hace una semana que vengo tratando de estar a solas contigo y lograr que me escuches...

—¿Por qué? —pregunté. Me subió esa angustia tan familiar, un ácido que me quemaba la garganta: el dolor que tanto me había esforzado por guardar bajo llave. ¿Por qué no podía dejarme en paz y listo? ¿Por qué tenía que ponerse a picar el muro que tanto me había costado levantar? ¿No veía lo difícil que era esto para mí?

—Porque quiero que entiendas —suplicó.

—¿Por qué es tan importante para ti? Ya pasaron años. *Años*, y ni una sola vez trataste de contactarte conmigo para explicarme nada. De hecho, estoy aquí nada más que porque lo organizó Wilder, y no porque tú hayas tenido una crisis de conciencia ni porque hayas cambiado de opinión. —Porque con que hubiera vuelto una sola vez (incluso si hubiera llamado o mandado una puta paloma mensajera), me habría ablandado. Pero no había ni la más remota posibilidad de que fuera a concederle una absolución que le resultara cómoda solo porque él no quería que las cosas quedaran raras entre nosotros.

Yo podía lidiar con lo raro. Lo que no podía era volver a lidiar con un corazón roto.

—Tienes razón. Tengo que pedirte perdón por un montón de cosas. Te dejé. Elegí a los Renegades porque, si no lo hacía, iban a perder a los patrocinadores que necesitaban para montar el evento de Renegade Open ese día. O íbamos juntos o nada, y los patrocinadores amenazaron con bajarse a menos que yo volviera.

Pax, Penna y Nick habrían tenido que cubrir más de dos millones de dólares en premios, además de los proveedores, a los que no les habían pagado todavía... Y todo porque yo me había ido. Tomé una decisión en el momento cuando me llamó Penna; aunque ya le habíamos hecho mierda el corazón a Pax, no podía hacerle lo mismo a su carrera... A *mi* carrera, a *mi* familia. Así que hice lo que pensé correcto.

—Lo correcto para todos, menos para mí. —Su explicación me rebanó y me sirvió una porción de dolor nueva. Todos ellos habían estado contentos en esa pantalla de televisión, mientras a mí se me derrumbaba el mundo entero bajo los pies.

Nunca más. No importaba lo sincero que pareciera ni cómo le brillaran esos ojos hermosos del arrepentimiento; mi corazón no podía darse el lujo de volver a pasar por todo eso. No iba a sobrevivir intacta.

—Sí. Era un idiota inmaduro. No entendía que lo que teníamos era algo que no pasa dos veces. No sabía lo suficiente sobre la vida, ni sobre el amor, para comprender lo que estaba haciendo. Fui. Un. Idiota. Y me arrepiento muchísimo, Rach. No espero que me perdones...

—¿En serio eso es lo mejor que tienes para decirme?

—¿Qué? —Se quedó estupefacto.

Me ardía el pecho con una presión intensa que hacía que fuera casi imposible respirar. Tomé aire despacio y con fuerza mientras me debatía las ventajas de irme y ya. No. Esto era algo que tenía que decirse.

—Me destruiste, ¿y lo mejor que tienes para decir es que te arrepientes y que eras un idiota inmaduro?

Apretó los labios, que se convirtieron en una línea firme.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Tenía la esperanza de que me hablaras de una abducción alienígena. O usurpadores de cuerpos. O que le hubieras donado un riñón a una niña en su lecho de muerte. Algo, *cualquier cosa* que sirviera como excusa por lo que hiciste... y que me diera una razón para pararme aquí a escuchar tus estupideces. —¿Cómo podía ser que eso fuera todo? ¿Qué tan patética era por atreverme a querer una excusa que justificara sus acciones desde mi punto de vista? Ya estaba empezando a ceder.

—¿Cuántas veces te puedo pedir perdón? Te lo digo mil veces.

—Está bien. Bueno. Empecemos por todas las horas que tuve que pasar en la sala de emergencias, esperando a que me contestaras el mensaje. Después pasemos a la parte en la que tuve que volver con la cola entre las piernas a lo de mis padres, que, seguro te acordarás, prácticamente me habían desheredado cuando rechacé la admisión a Dartmouth para ir a vivir contigo en el apartamento que... Ah, sí, cómo olvidarlo; el apartamento por el que liquidé todos mis ahorros para poder pagar el depósito cuando no apareciste para firmar el contrato del alquiler. Me tendría que haber dado cuenta en ese momento, pero fui tan ingenua, tan estúpida...

—Dios, Rachel. —Dejó caer los hombros.

No era suficiente. Tal vez estuviera mal, pero por un rato nada más quería arrancarme la piel para mostrarle las cicatrices que me había dejado en el corazón. Necesitaba que lo supiera.

—Después vino la alegría de escuchar a mi papá rogándole a su amigo del Departamento de Admisiones para que me devolviera mi lugar después de que yo hubiera declarado que el amor verdadero

valía más que la educación en una de las mejores universidades. ¿Y sabes quién estaba pidiendo disculpas en ese momento? Yo. Pidiendo disculpas *por ti*. No me rompiste el corazón nada más; lo aniquilaste. Me pulverizaste y después seguiste con tu vida de lo más contento, como si no hubiera pasado nada de nada.

Me dolía el corazón por las emociones que tanto me había esforzado por mantener encerradas desde que se había ido, pero ahora estaban gritando, desesperadas por que las reconociera y las liberara. Pero no podía dejarlas salir. Ese lugar era como la caja de Pandora, y apenas dejara salir a una sola, los trocitos de mí que querían creerle —los que gritaban más fuerte que todos los demás que este era el hombre que yo había amado— iban a salirse de control, y entonces yo iba a volver al mismísimo lugar donde había estado dos años atrás. Destruida, enojada y amando al hombre que tan desesperadamente necesitaba odiar.

Vi que se nos acercaba un grupo de chicas de nuestro curso, pero no paré. Si me iba a permitir este único momento para soltar todo, no me iba a guardar nada.

—Volviste con los Renegades y me dejaste juntando los pedazos que habías roto —proseguí—. Tal vez yo fui una puta por engañar a Wilder y enamorarme de ti. Tal vez *sí* soy tu maldición. Pero no me merecía cargar con todo el peso de lo que habíamos hecho los dos. —Se me cerró la garganta y parpadeé rápido, luchando contra el ardor que sentía en los ojos. No iba a llorar por él. Nunca más.

—Tienes razón. —Se jaló del pelo por un instante con una frustración que resultaba evidente—. Pero no es que esto no me lastimó. No hubo un solo día en el que no pensara en ti y me preguntara dónde estabas.

—Hola, Nova —dijo una de las chicas, comiéndose a Landon con los ojos mientras pasaba pavoneándose y moviendo el culo.

—Sí —dije con una risa irónica—. Menos mal que tuviste muchísimas chicas para aliviar ese dolor, *Nova*.

Levantó las manos en un gesto de derrota.

—Está bien. Es válido lo que dices. Soy un cara de verga, tuve actitudes de verga y después me excedí con dicha verga en un intento fallido de olvidarte. Ya entendí. Pero cuando te volví a ver (haya sido obra de Wilder o no)... Sabía que no podíamos volver a empezar, pero tenía la esperanza de que al menos pudiéramos ser amigos. Eras mi mejor amiga, Rachel.

Tragué saliva.

—No. Ese era Wilder. Lo elegiste a él, y a mí me llevó mucho tiempo aceptar que mi realidad era esa. Las primeras semanas esperé que volvieras, que me dieras una explicación, que me dijeras que esas promesas que nos habíamos hecho habían sido importantes para ti de verdad, porque nuestros planes, nuestro futuro, nuestra relación, habían sido lo más importante del mundo para mí, y yo fui una estúpida total por amarte así, porque tú seguiste con tu vida como si yo no fuera nada. —Se me quebró la voz y respiré hondo para calmarme, tratando de sortear mis sentimientos estúpidos para recobrar la compostura—. Sí, vamos a estar encerrados aquí juntos estos seis meses, pero ¿ser amigos? Es demasiado. ¿Viste la Rachel tonta de dieciocho años que decías que era tu infinito? La mataste. Se me paró el corazón apenas te vi en esa pantalla de televisión, y esa niñita ingenua que tenía en el alma no se murió..., pero dejó de ser. Así que, si soy fría, desalmada o inflexible, no soy más que lo que tú hiciste de mí. —Negué con la

cabeza—. No, soy lo que *yo* hice de mí para asegurarme de que nunca más me vuelvan a engañar.

—No estoy tratando de engañarte —dijo con voz queda y una mirada suave y cálida... De pronto, me volvió todo lo que había extrañado de él.

Lo vi de pie bajo la lluvia tres años atrás, esperándome esa tarde en la que por fin nos habíamos entregado a nuestros sentimientos. Vi al chico que él había sido antes (tan apasionado, tan sobreprotector) justo debajo de la superficie del hombre que estaba delante de mí.

Por un segundo, vi a mi Landon debajo de Nova..., y eso era peligroso. Me empezaron a flaquear las defensas, apareció una vulnerabilidad que no había sentido en años y hurgué en busca de algún tipo de escalera que me sacara del pozo de emociones dentro del cual él me había arrastrado.

—Esta es la única vez que me vas a sobornar así —dije, y mi tono era más fuerte de lo que yo me sentía—. Gracias a Leah, Wilder ya me dijo que estoy incluida en cualquier cosa que hagan ustedes, y tengo la intención de aceptarle la oferta. Nunca más voy a volver a renunciar a nada por ti. Así que vamos a ser sinceros.

Se le tensó la mandíbula. Sus ojos estaban hechos un mar turbulento de azul y verde.

—Bueno. Sé sincera.

—Yo te amaba. Tú me destruiste. No importa la conexión que sigamos teniendo: nunca te permitiré acercarte para que hagas de nuevo lo mismo. Ese es el lugar en el que estamos. —Era el único lugar en el que podía permitirme estar: no importaba lo fuerte que cantara mi cuerpo cuando él estaba cerca ni que ese bultito apagado

que era mi corazón tuviera el descaro de empezar a titilar y volver a la vida al oír su voz.

Se me acercó con paso firme hasta que me quedó el culo estampado contra el muro de piedra que tenía a mis espaldas, y entonces me acorraló con los brazos.

—Tú ya fuiste sincera. Ahora me toca a mí.

—Bueno —dije, levantando el mentón y esperando no parecer afectada por su cercanía. Tal vez si dejaba de respirar, si paraba de inspirar su aroma a cedro y Landon, mi cuerpo se iba a olvidar de que conocía íntimamente al suyo.

En vez de eso, mi propio cuerpo se puso en modo traicionero y me mandó un calor que me recorrió las venas, como si se acordara de todas las sensaciones que él era capaz de producirle. La intensidad de sus ojos se robó el aire de mis pulmones y me despojó de mi falsa valentía cuando más la necesitaba.

—Yo te amaba —dijo en voz baja—. Yo me destruí *a mí mismo*; si tú lo viste o no, eso no cambia los hechos. Voy a respetar lo que quieres. Voy a mantener distancia. Pero ¿viste esa conexión de la que hablabas? Sí, sigue estando, me sigue vibrando por todo el puto sistema nervioso cada vez que entras a un lugar, carajo. Así que, por mucho que quieras, no puedes controlar mis pensamientos ni lo que yo quiero.

Se me secó la garganta. *¡No! Eres más fuerte que esto.*

—¿Y *qué es* lo que quieres?

Hizo una sonrisa burlona, y la garganta seca se me transformó en pura baba. Mierda.

—Nada para lo que estés lista. Tal vez ni yo lo esté. Pero ahora ya crecí, y no me da miedo lo que podemos llegar a ser. Lo que ya

somos, a pesar del dolor que nos causamos. Seis meses juntos, Rachel. Puedes luchar contra esto todo lo que quieras, pero tú y yo sabemos que volveremos aquí una y otra vez, porque si hay algo que nos demostró nuestra historia es que tú y yo somos inevitables. No importa a quién lastimemos, por más que sea el uno al otro. Nunca me voy a perdonar por dejarte. Sé que no me crees, y eso también es culpa mía, pero voy a pasar los próximos seis meses demostrándotelo. Porque lo que quiero es que me mires como antes, por más que parezca algo totalmente imposible. —Se alejó de la pared con un empujón y fue hacia donde la profesora reunía a los estudiantes.

Miré al Buda reclinado, en cuyo rostro estaba tallada una expresión de completa relajación.

—Pasa un rato con Landon Rhodes, a ver cuánto tiempo sostienes la paz —dije entre dientes, y me dirigí al autobús que nos iba a llevar de vuelta al barco.

Yo esperaba que blanquearlo todo con Landon me diera algún tipo de cierre, como cuando uno se hace un tatuaje encima de una cicatriz vieja para no verla más.

En vez de eso, sentía que acababa de reabrir esa herida de mierda.

***

—¿Segura que quieres hacer esto? —le pregunté a Leah mientras le ajustaba el casco para que pudiera ir en tándem con Wilder. Había un viento constante sobre las ruinas de Sigiriya, que era básicamente una formación enorme de cima plana que se alzaba en medio de la nada. El sol brillaba perfecto por encima de la alfombra

frondosa de árboles que se extendía a muchísimos metros por debajo de nosotros, y volví a caer en la cuenta de la suerte que tenía de tener la oportunidad de hacer una cosa así. Conseguir los permisos para hacer esto cerca de estas ruinas le debía de haber costado una fortuna a Wilder.

—Completamente —respondió Leah con ojos firmes—. Puede que no llegue al estatus de una verdadera Renegade, pero la verdad es que estoy aprendiendo a disfrutar estas cosas. Solo tengo que olvidarme de que siempre está la posibilidad de que me aceche la muerte.

—Sí, morirse sería una mierda —aseguré entre risas.

Se sumó con una sonrisa amplia y radiante.

—Tal cual. A veces la muerte es tan molesta...

Me encantaba verla así. Había pasado los años posteriores a la muerte de su novio como un espectro, apenas funcional, pero ahora había florecido y, por mucho que yo detestara a Wilder en general, estaba inmensamente agradecida por el cambio increíble que había atravesado mi mejor amiga.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente, echando un vistazo hacia atrás para ver las cámaras, que apuntaban a otro lado—. Pax me dijo que tú y Landon tuvieron un encuentro fuerte ayer. ¿Por qué no me contaste?

Forcé una sonrisa.

—Ya te están pasando bastantes cosas en la vida, y por primera vez estás feliz. No te voy a arrastrar al pozo.

—Rachel. —Se le hundieron los hombros.

—Nada de «Rachel». Estoy bien. Estaba bien antes de venir, y voy a estar bien cuando nos vayamos. Solo no tengo que bajar la

guardia con él.

—Pax dijo que Landon está hecho un desastre.

Hablando de Roma... Se acercó Wilder, interrumpiéndonos la charla, y le revisó el casco a Leah. Algo que normalmente me sacaría de quicio, pero que ahora me parecía tierno. No iba a correr ningún riesgo cuando se trataba de la seguridad de mi amiga, cosa que yo respetaba.

—Qué bueno que se despejó el cielo —dijo Leah mientras jalaba las correas.

—Sí, fue insólito cómo llovió aquí esta semana. Pensé que íbamos a tener que cancelar —le dijo él.

La maldición de Rachel. Sacudí la cabeza, tratando de despejarla. Qué raro lo fuerte que me podía pegar una frasecita de un blog. Durante esos primeros meses, había leído todo lo que podía sobre Landon, sin poder dejarlo de un día para el otro, pero nunca me hubiera imaginado que me iban a señalar públicamente como la razón por la que él no estaba rindiendo tan bien. En ese momento, me había alegrado por eso. Era algo que me indicaba que todavía lo afectaba de cierta manera. Ahora, lo único que quería era dejar atrás esa época.

Además, ni que yo fuera capaz de cambiar el clima. Ni mi mala suerte era tan poderosa.

—Bueno, Rachel, ¿quieres que repasemos el paso a paso del ala delta? —preguntó Wilder con total seriedad, aunque tenía el brazo alrededor de los hombros de Leah.

—Si te soy sincera, preferiría que no —dije con una sonrisa dulzona. Un día lo perdonaría, pero todavía faltaba para eso.

Se encogió de hombros.

—Está bien, voy a mandar a Landon.

—Ah, eso sí que no. Prefiero saltar desde esta roca sin ala delta que pasar tiempo innecesario con él. —Se oyó una risa burlona a mis espaldas—. Está detrás de mí, ¿no? —pregunté. Leah se mordió el labio y asintió—. Bueno, eso no cambia los hechos.

—Sí, bueno, los dejamos hacer lo suyo —dijo Wilder, alejando a Leah mientras ella movía los labios como diciendo «¡Perdón!».

Suspiré, armándome de valor para enfrentarme a la reacción física que tenía inevitablemente al estar cerca de Landon. Me di vuelta y lo encontré mirándome con una sonrisita burlona.

—¿Prefieres saltar? ¿En serio?

—*Sip* —dije, sin ningún tono de disculpa.

—*Uf*. Bueno, revisemos tu equipo. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste esto? —preguntó mientras caminábamos hasta mi ala delta.

—¿Volar en ala delta desde una roca gigante en un lugar remoto en medio de Sri Lanka? —pregunté, tratando de no prestarle atención al hecho de que Landon me estuviera cuidando igual que Wilder a Leah, cosa que recién me había hecho derretir de ternura.

—Ay, pero qué ocurrente —respondió mientras me ponía el casco en la cabeza y me lo abrochaba debajo del mentón. Me sostuvo con los dedos un mechón de pelo teñido—. Me gusta el violeta.

—No lo hice por ti —escupí, recordando todas las veces que me había sonreído cuando me cambiaba el color del pelo. Lidiar con los recuerdos de Landon era lo último que necesitaba en este momento, cuando todavía estaba con la piel en carne viva por nuestra discusión de ayer. ¿Cómo mierda podía ser que él estuviera tan poco afectado, todo sonriente, como si no nos hubiéramos saltado a la

yugular? Di un paso hacia atrás para que no me tocara. Hasta ese leve roce contra mi piel había estado lleno de electricidad.

Levantó una ceja.

—¿Ni un cumplido me aceptas?

—No te voy a aceptar nada —dije, y no me gustó nada cómo se me calentó físicamente el cuerpo al ver su sonrisa.

—Sí, está bien. Aquí tenemos...

—Un típico armazón en «A» con una barra de control y un arnés con carenado —completé.

—Dios, qué sexy —dijo con un gemido.

—Tenemos que hablar de lo baja que está la vara de lo que te calienta.

—Donde sea, cuando sea —respondió, pasándose la lengua por el labio de abajo con una lamida lenta.

Un casanova con todas las letras.

—Ayúdame a ponerme el arnés y listo. —Mierda, ¿me había quedado sin aliento? No. Me negaba a reconocer esa posibilidad siquiera, y lo mismo con el efecto que tenía él sobre mí.

Landon se mostró totalmente serio mientras me abrochaba, revisando con cuidado las cuerdas y las conexiones, una por una, de una manera que me hacía sentir protegida... y cuidada. *No seas tan estúpida. No le importas tú. Lo único que quiere es perseguirte ahora que volviste a estar toda radiante e inalcanzable.* Dejó apoyados los dedos, acariciándome la piel desnuda donde se tocaba con el arnés, pero no el tiempo suficiente como para que yo saltara a la defensiva.

Nada más fue el tiempo justo para despertar cada una de mis terminaciones nerviosas, que eran básicamente un conjunto de niñas

fanáticas de Landon gritando que había vuelto. Me revolotearon como mariposas bailarinas por el estómago. Con razón tenía sexo tan seguido. Si me podía prender fuego a mí —teniendo en cuenta todo lo que yo sentía con respecto a él—, seguro hacía que se les cayera la ropa interior a las otras chicas antes de que pudieran ponérsela.

Aunque no tenía por qué importarme.

Mierda. Me importaba.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con voz grave y seria mientras se rascaba la barbita que tenía en esa mandíbula esculpida.

Mis ojos se encontraron con los suyos, que ese día rozaban los tonos más verdes del color pardo, y sentí que la misma ola de antes me iba despertando cosas por todo el cuerpo. Sí, el tipo era un coleccionista de ropa interior.

La mía *de ninguna manera* iba a formar parte de su vitrina de trofeos.

—Estoy bien —respondí sinceramente, sabiendo que ahora no era el momento de tirarle mierda. Ahora era el momento de enfocarme en el reto—. Parece que el viento está perfecto. No hago ala delta hace unos seis meses, pero estuve practicando un rato en el simulador que armó Wilder ayer, así que me siento bastante confiada. No hace falta que te preocupes por mí.

—Siempre me preocupo por ti —dijo con tono suave—. Tú le agregas la «L» de «locura» a la palabra «extremo».

—La palabra «extremo» no tiene «L» de «locura» —dije con una risa burlona.

—Eso es porque últimamente no estuviste tú para agregársela. Extrañaba eso que haces para que esté siempre con la guardia alta.

Se me aceleró el corazón, y mandé a callar a las mariposas fanatizadas que tenía en el estómago con un breve recordatorio de cómo me había sentido cuando me dejó. Me desabroché el casco porque necesitaba revisarlo yo misma (para no haber dependido de él) y la correa de mierda se me rompió en la mano.

—¿Es en serio? —le pregunté al plástico descuartizado, como si me fuera a responder.

—¿Se rompió? Déjame ver —exigió Landon.

Se lo pasé.

—No es ningún sabotaje, ni nada parecido a lo que les pasó a ustedes hace poco. Es mi mala suerte, nada más.

Miró mi casco, ya sin ningún rastro del tono de broma.

—No das mala suerte.

—¡Nova! —lo llamó una de las Renegades a mi derecha—. ¿Me revisas el equipo?

—Sí, Zoe, ya voy —le respondió—. Voy a pedir que traigan un casco nuevo —me dijo. Después le dio un último tirón a mi equipo, asintió con la cabeza y fue a abrochar a la chica que lo había convocado.

Dios... Muy a pesar mío, me quedé mirando cada uno de sus movimientos, analizando cómo, con ella, se movía de forma rápida y eficiente. No había caricias largas ni miradas sostenidas... Bueno, de parte de él. Ella parecía lista para comérselo.

Seguramente ya lo haya hecho en algún momento.

Uf. No hacía falta decir el pensamiento en voz alta para saber que se escuchaba como si estuviera celosa.

Miré de arriba abajo la fila de Renegades que estaban listos para despegar. Sin duda alguna, había un exceso de hombres. Qué digo,

predominaban los varones, ahora que no estaba Penna. Pero, mientras contaba a las chicas, no podía evitar preguntarme con cuántas se habría acostado.

¿Para mí? Con todas.

Bueno, menos Leah, obvio. Dudaba mucho que Landon fuera a cometer el mismo error dos veces.

Se puso el equipo a mi lado.

—¿Qué haces? —pregunté, agradeciendo que el viento se hubiera calmado lo justo para que mi equipo dejara de tratar de llevarme hacia atrás.

—Decidí saltar de esta cosa rocosa. Para poner contentas a las cámaras, ¿sabes? —Señaló al equipo de filmación, que estaba caminando de manera estratégica por todas las filas para lograr las tomas.

—¿Justo a mi lado?

—Sí, bueno, como te dije, siempre me preocupo por ti. —Guiñó un ojo y terminó de abrocharse el equipo.

Se me hizo un nudo en el estómago, y me maldije a mí misma y a mis reacciones de niñita tonta frente a él. Inevitable, para nada. Yo era más fuerte que eso.

—Ah, mierda. ¿Rachel?

Di vuelta la cabeza, ya que tenía el cuerpo bastante atrapado, y vi que se nos acercaba Little John con un casco nuevo en la mano. El tipo era gigantesco, como mínimo de un metro noventa, con una barriga que le rebalsaba bastante de los pantalones y una cabeza totalmente afeitada. También era el único Renegade que yo adoraba. Mi sonrisa fue automática y gloriosamente genuina.

—¡John!

Se agachó por debajo de mi ala y me envolvió en un abrazo.

—Pero qué lindo verte. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Pregúntale a Wilder. Es una historia larga.

—Bueno, sea cual sea el motivo, me pone contento que hayas vuelto.

—No volví —repliqué—. Nada más... estoy.

Pasó la vista primero por Landon, que tenía los ojos clavados en él, y luego por mí.

—Bueno, parece que las cosas no cambiaron demasiado. —Me pasó el casco y me lo puse.

—¿Me revisas el equipo? —le pidió Landon mientras Little John me ajustaba las correas para que quedaran bien ceñidas.

—Por supuesto —dijo, y fue con Landon para hacer los controles de seguridad mientras los dos cuchicheaban entre ellos.

Ver a John y a Landon me recordó que, cuando me dejó, yo no había perdido a Landon nada más. Había perdido a todos los amigos que me había hecho ese año.

Pero había ganado a Leah, cosa que, la verdad, no tenía precio.

Una vez que estuvimos todos bien asegurados, se me inundó el cuerpo de adrenalina y se me aceleró un poco el corazón mientras Wilder nos hacía la cuenta regresiva. Esta altura, esta emoción... La vida era esto. *Esto* era lo que me distraía de Landon de a ratitos... En realidad, un poco eso y un poco cuidar a Leah.

Ante la señal, salté del borde del precipicio tomando carrera, en sincronía con los demás, y despegué. Se me subió el corazón a la garganta mientras me recorría una oleada de euforia. ¿Había algo mejor que esto? Con unos movimientos bien ensayados, metí los pies hasta el fondo del arnés con carenado y, una vez en posición

horizontal, me acomodé para volar. Traté de asimilar todo: cada paisaje, sensación, olor y sonido. Quería saborearlo, guardarlo en mi memoria para que, cuando estuviera de vuelta en casa al año siguiente, trabajando como mula en el área de periodismo, pudiera recordar esto.

En ese momento, no existía nada más que el equipo y mi propia destreza. Lo controlaba, atenta a los que tenía alrededor, y, cuando llegó la señal, todos hicimos las curvas sincronizadas. Revisé a qué distancia estaba de los demás Renegades, sabiendo que no nos podíamos pasar ni unos centímetros porque nos podíamos chocar. Desde el suelo, se iba a ver como si fuéramos una hilera de pilotos de ala delta maniobrados por un solo hilo mientras realizábamos las curvas, las bajadas y los cabeceos. Me daba un vuelco el estómago cada vez que bajábamos, y después se me subía hasta el pecho cuando me levantaba en el último segundo posible. Una vez que terminamos con esos trucos, todos festejamos. Iba a quedar tremendo en la cámara.

Después de eso fuimos libres. Bajé y giré, riéndome con el viento, con la sensación de que se me iba el estómago hasta los pies para luego volver a su lugar en mi cuerpo cuando volvía de bajar en picada. No había nada que me distrajera. Nada que me etiquetara como una persona rota ni dañada. En esos momentos preciosos, no había ningún padre que me dijera que era una desilusión crónica, ningún Landon, ningún corazón roto, ningún sentimiento de que yo nunca iba a ser suficiente para que él me eligiera.

Pero el problema de aterrizar era que sabía que, apenas tocara el suelo, todo eso me iba a estar esperando ahí abajo.

Especialmente Landon.

CAPÍTULO 9
Landon

Sri Lanka

Me di vuelta la gorra y cerré la puerta de nuestra suite detrás de mí cuando me fui. Haber pasado una hora extra haciendo mi trabajo de Cívica implicó perderme el autobús a Nuwara Eliya, pero ya había arreglado todo, así que no estaba estresado.

Crucé el pasillo y les toqué la puerta a Penna y Rachel. Abrió Rachel con las mejillas sonrojadas y un dejo de pánico en los ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Te podría hacer la misma pregunta —contesté, con el corazón acelerado por verla. Con suerte, ya me iría acostumbrando a verla de nuevo, pero, hasta ese momento, todas las veces me había pegado con la fuerza de un rayo.

Puso los ojos en blanco y se dio vuelta, dándome un pantallazo espectacular de su culo, con unos shorts de playa diminutos. El cuello de la parte de arriba de su bikini estaba atado justo por encima de la camiseta de tirantes que tenía. Con jalar un poquito nada más, la tela caería tan fácilmente...

—¡Hazla entrar en razón antes de que lleguemos tarde! —gritó Rachel.

Cierto. No había venido para comerme con los ojos a mi ex. Atravesé el pasillo y vi a Penna en el sofá, con la pierna elevada y un libro en el regazo.

—Vamos, Rebel. —La ataqué con su alias, con la esperanza de que le encendiera un poco ese fuego que tenía tan guardado últimamente.

—¿Para hacer qué? —preguntó—. Me cambiaron el yeso, ¿y qué me pusieron? Otro más al que no se le puede poner peso. ¿Qué carajo se supone que haga mientras ustedes están en la selva lanzándose por unos toboganes gigantes?

—¿Estar con el equipo? —sugerí. La mirada de odio que me lanzó me indicaba que, si yo volvía a abrir la boca, se me tiraría encima.

—Tienes toda la razón. Siempre me encantó sumarme solo para mirar.

Me incliné para ponerme a su nivel y le clavé la vista hasta que me miró a los ojos. La chispa que tenía siempre en sus ojos celestes se había apagado, y ahora tenía un tono mate de derrota.

—Penna —susurré—. Tienes que dejar de culparte por lo que pasó.

—No puedo. —La forma directa en que lo dijo me generó un nudo en la garganta.

—No voy a ser el imbécil que te diga que lo superes o que lo entiende, porque no es así. Nunca pasé por lo que estás teniendo que soportar tú. Pero sé cómo es estar al borde de destruir este equipo, y no hiciste nada malo.

Encorvó los hombros, encogiéndose sobre sí misma.

—Es que siento que no soy la de siempre.

Le tomé la mano y le acaricié los nudillos con el pulgar.

—Bueno, pero la cuestión es que *nosotros* sentimos que no somos los de siempre *sin ti*. Tómate todo el tiempo que necesites, pero sabe que estamos aquí. Vamos a estar aquí, tocándote la puerta, pidiéndote que vengas con nosotros, dejándote el asiento libre.

—Landon... —Apretó fuerte los ojos.

—Vamos a rogarte, sobornarte y hacer de todo menos *bullying* para que vuelvas a salir con nosotros. Y ese asiento va a seguir libre, Penna. Nadie te puede reemplazar. Pero si me dices que no estás lista, que todavía necesitas resolver algunas cosas, entonces lo voy a respetar.

Me llevó la mano a su frente y tomó una bocanada de aire entrecortada.

—Gracias. Te pido perdón.

Me incliné hacia delante y le di un beso en la sien.

—Te quiero, Pen. Todos te queremos. No importa lo que pase.

—Yo también los quiero —dijo con una sonrisa afligida—. Ahora váyanse antes de que se pierdan todo.

Me dio un vuelco el estómago al darme cuenta de que estaba diciendo que no. Nunca la había visto tan triste, tan poco accesible. Brooke había destruido más que la pierna de Penna cuando nos saboteó, y no tenía idea de qué íbamos a tener que hacer para traerla de vuelta.

Rachel tenía una mirada suave y estaba apoyada en la pared del pasillo, mirándome. Por un segundo, tuvo la guardia baja y la vi *a ella* nada más, no a las paredes que usaba para esconderse desde que yo me había enterado de que estaba a bordo.

Parpadeó rápido y se aclaró la garganta.

—Sí, bueno, deberíamos irnos.

—Sí —dije, asintiendo con la cabeza—. Penna, ¿estás segura de que vas a estar bien?

Sacudió la mano, como diciendo que no hacía falta la pregunta. Tenía la máscara bien puesta.

—Completamente. Tomen fotos.

Me dirigí a la puerta, seguido por Rachel. Estábamos callados cuando llegamos al elevador, que por suerte estaba vacío. Lo último que necesitaba era que se nos acercaran todavía más chicas con las que me había acostado en este barco. Ay, yo sí que estaba cosechando lo que había sembrado, y tenía un gusto bastante amargo cada vez que Rachel me levantaba una ceja de esa manera tan deliberada.

—De verdad la quieres mucho —dijo suavemente cuando toqué el botón de la cubierta cuatro para poder desembarcar.

—Por supuesto que la quiero. Es lo más parecido que tengo a una hermana.

Se acomodó la mochila, cuyas correas negras se veían gruesas encima de los tirantes al cuello de su bikini.

—Es lindo saber que sigues siendo el mismo en algunos aspectos.

Se fueron iluminando los números mientras pasábamos por los pisos, y traté de ordenar mis pensamientos. De decir algo que me diera la más mínima oportunidad de lograr que Rachel fuera auténtica conmigo, por lo menos durante las próximas horas.

—Soy el mismo en casi todos los aspectos que importan.

—¿Y los que no? —preguntó cuando sonó la campanita del elevador.

—Algunos están mejor; otros, peor: son todas las secuelas de lo que pasó entre nosotros.

Se puso dura, pero sus ojos no.

—Lo entiendo —dijo mientras salía delante de mí.

Avanzamos en silencio por el área de desembarco, que estaba vacía porque todos los que tenían acceso a la salida VIP ya se habían ido. Después de que nos revisaran los documentos, bajamos del *Athena* por la rampa.

A Rachel se le hundieron los hombros cuando miramos el puerto de Colombo desde arriba.

—Se nos fue el autobús. —Se dio vuelta y se chocó contra mí.

Mis manos la sostuvieron de los hombros desnudos para que no perdiera el equilibrio. Mierda, tenía la piel tan suave como la recordaba. Me apresuré a levantar las manos, sabiendo que se terminaría nuestra pequeña tregua si la tocaba cuando ella claramente no quería.

Dio un paso hacia atrás, demostrando mi punto.

—Sí, llegamos como una hora y... —dije, y miré mi reloj— doce minutos tarde. No te preocupes: le pedí a Little John que me consiguiera un auto. —Tras una búsqueda rápida en mis bolsillos, sacudí las llaves delante de ella.

—¿Ya lo sabías? —preguntó, entornando los ojos.

—¿Si sabía que se me iba a ir el autobús? Sí, tenía que terminar un trabajo de Cívica. El hecho de que se te fuera el autobús a ti es un bonus agregado, nada más. ¿Quieres que te lleve a los toboganes?

Se mordisqueó el labio de abajo mientras giraban los engranajes de su cerebro. La Rachel impulsiva que había amado no aparecía

mucho cerca de mí. Esta pensaba muy bien todas las decisiones que tomaba cuando tenían que ver conmigo.

—Son dos horas de viaje.

—Un poquito más, en realidad. —Soltó un quejido, haciendo un círculo con el cuello—. Sin presiones. Nada más soy un chico que le está preguntando a una chica si necesita que la lleve.

—Eso se lo preguntas a muchas chicas —dijo, levantando una ceja.

Vio la oportunidad y disparó. Iba a necesitar una armadura mucho más fuerte si quería acercarme a ella.

—Puede ser, pero eres la única con la que sé que no tengo ni una oportunidad.

Le apareció cierto destello en los ojos. *¿Era decepción? Por favor, que fuera decepción...*

—Está bien. Voy contigo.

Giró en el lugar y bajó por la rampa, dejándome atrás para que la siguiera. Cuando llegamos a la acera, me dejó guiarla para encontrar el *jeep* que nos había conseguido Little John. Sin techo ni puertas, era perfecto para el calor cargado de humedad.

—¿Y si conduzco yo? —preguntó Rachel, arrojando la mochila en el asiento de atrás.

—¿Y si mejor sobrevivimos el viaje los dos? —bromeé—. ¿Ves? Hasta el puerto está de acuerdo —dije, señalando el cartel que estaba colgado en la entrada del muelle: LA SEGURIDAD ANTE TODO.

Resopló, pero se subió y se puso el cinturón de seguridad al mismo tiempo que yo. Apenas puse las coordenadas que me había pasado Pax en el GPS, arrancamos.

La ciudad estaba abarrotada, pero fue bastante fácil encontrar la autopista. No paraba de darme vueltas el estómago, y no se me calmaban los nervios. Era peor ahora que en esa primavera en la que me había enamorado de ella. Estar tan cerca de Rachel era como poner un imán al lado de una brújula: todo lo que pensaba que sabía empezaba a girar, y ya no sabía ni dónde estaba parado.

—¿Música? —pregunté, ya que necesitaba cualquier cosa que me distrajera de la forma en que sus piernas suaves se alargaban desde el asiento.

—Aquí mi teléfono no sirve para nada que no sea iTunes —dijo, enchufándolo en la entrada del sistema de sonido del auto. Fall Out Boy cobró vida en los parlantes, y ella se cubrió los ojos con las gafas de sol y se puso a batallar contra el viento que azotaba el *jeep* para recogerse el pelo.

Las colinas llenas de verde se alzaban a nuestro alrededor a medida que nos alejábamos de la costa, y no pasó mucho tiempo antes de que ella buscara su cámara y empezara a tomar fotos.

Cuando empezó a sonar Tom Petty, la cuestioné con la mirada.

—Está en modo aleatorio —dijo encogiéndose de hombros, y volvió a enfocar la cámara a través del espacio de la puerta.

Mi vida estaba llena de momentos que se alojaban en mi alma, con recuerdos nítidos y detallados: el olor de la nieve cuando gané medallas en los X Games, el viento cuando hice paracaidismo sobre Madagascar, el sabor de los labios de Rachel la primera vez que le di un beso. Estar sentado junto a ella al otro lado del mundo mientras ella tomaba fotos, el pelo que se le escapaba del recogido, la sonrisa que se le dibujaba en los labios, el sol cálido de la mañana que se filtraba por el techo abierto, la música que salía por la radio... Todo

se me grabó en la memoria, y sabía que iba a recordarlo varias veces.

Así era como siempre pensé que íbamos a estar. Viendo el mundo juntos, riéndonos, peleándonos, haciendo las paces, haciendo retos: era todo lo que habíamos hablado, y lo que sabía que estábamos destinados a hacer en realidad.

Debo decir que estar sentado al lado de ella, incluso sabiendo que ella prefería empujarme del *jeep* antes que permitir que le diera un beso, era más gratificante que las últimas seis chicas que había llevado a la cama. Solo tenía que encontrar alguna manera de derribarle los muros y ver si había algún rinconcito de su corazón que todavía fuera capaz de sentir algo por mí además de odio.

Porque yo todavía estaba loquísimo por ella.

Empezó «Skinny Love», de Bon Iver, y ella se puso tensa de inmediato. Empecé a cantar, pero, mirándola rápido de reojo, la vi levantar torpemente el teléfono y saltear la canción. Comenzó a sonar «Gasoline», de Halsey, en los parlantes, y aunque era una canción bastante perfecta para Rachel, le bajé el volumen.

—¿Por qué la salteaste? —pregunté. Me miró brevemente antes de volver a llevarse la cámara al ojo—. Rachel —le insistí—. Pensé que te gustaba esa canción. —A mí siempre me había encantado esa canción porque...

—Es que... —Negó con la cabeza y se rio de sí misma—. Me hace acordar demasiado a ti. A nosotros. Solo que nunca la borré.

Exacto.

Me aferré más fuerte al volante.

—¿Haces eso con todo lo que te hace acordar a mí? ¿Lo apagas? ¿Lo descartas? —pregunté, levantando la voz solo lo justo para que

me oyera por encima del ruido de la carretera.

—Sí —contestó, pero su tono de voz no era para nada sarcástico, para nada mordaz—. Fue la única forma que encontré para sobrevivir. —Levantó los pies y los apoyó en el tablero—. ¿Y tú?

Pasé un autobús que iba más lento y volví a meterme en nuestro carril, dejando que la velocidad me aliviara un poco el dolor de sus palabras.

—No. Si suena, la dejo. Si veo una foto, la miro. Aprendí hace mucho tiempo que la única forma de evitar pensar en ti sería apagar mi cerebro o arrancarme el corazón. Como necesito las dos cosas para vivir, siempre lo aguanto y ya. —Tomé aire para centrarme—. ¿Cuándo te lo borraste? Te vi la espalda en el pasillo. Ya sé que no lo tienes más.

Tomó aire bruscamente como si yo la hubiera lastimado, cuando, en este caso en particular, era al revés.

—Cuando por fin me di cuenta de que no ibas a volver.

Se dio vuelta para concentrarse en las colinas que se alzaban a nuestro alrededor, y supe que habíamos terminado con ese tema de conversación por el momento.

Estaba bastante claro que habíamos manejado la ruptura de formas distintas, y no la podía culpar. Lo que había pasado... Lo que hice... Digamos que fue imperdonable. Había un motivo por el que nunca la había llamado y nunca la había ido a buscar después de que me bloqueara de todas y cada una de las redes sociales. Rachel siempre había sido de las que quemaban las naves, salaban la tierra y se iban sin mirar atrás, y no había nada que yo pudiera hacer ni decir para compensarla por lo que había pasado.

Pero ahora está aquí.

Me aferré a esa llamita de esperanza mientras alcanzábamos la hora y media de viaje hacia Kitulgala.

Levantó la vista cuando cayeron las primeras gotas sobre el parabrisas.

—Uy, eso no me lo esperaba —musitó.

—Las tormentas llegan rápido desde el mar —dije, buscando un lugar para frenar. La saliente de rocas que había a la derecha estaba perfecta, así que frené ahí—. ¿Te acuerdas de cómo se hace esto? —le pregunté.

Nos miramos fijo, y me atacaron muchísimos recuerdos de cuando habíamos hecho lo mismo con el *jeep* que tenía ella en Los Ángeles.

—Sí, me parece que puedo. —Mierda, de nuevo tenía la voz tan punzante que cortaba.

Nos apresuramos a extraer la cubierta de lona del asiento de atrás y colocarla con los broches. Ahora seguían las puertas.

—Creo que es el otoño más lluvioso que hubo aquí en los últimos veinte años o algo así —le dije cuando nos volvimos a subir, los dos salpicados de gotas de lluvia.

—¿En serio? ¿Vamos a hablar del clima?

—Me parece el tema más seguro —dije mientras volvíamos a salir a la ruta.

Rachel se puso a toquetear el desempañador hasta que encontró un modo que mantenía despejado el parabrisas. Dios, cómo extrañaba lo bien que funcionábamos juntos, cómo se anticipaba a todas las necesidades, incluso antes de que fueran necesarias.

—Puede que tengas razón.

Tomamos la salida que llevaba al camino del lugar de los toboganes. El camino se inclinaba tanto en la pendiente que

seguramente Rachel podría estirar el brazo por la ventanilla y tocar la ladera si lo intentaba.

—Bueno, como te decía, hubo unas lluvias bastante torrenciales, y por eso los toboganes son épicos. Los rápidos son jodidos, pero Pax nos va a obligar a todos a ponernos chalecos salvavidas. Creo que las piscinas que hay entre los toboganes son bien profundas.

—Mientras que se ocupe de que Leah esté segura, no me importa nada más —dijo, levantando la vista hacia la colina.

—Ella es su prioridad principal en este momento.

—Me di cuenta. Me sorprendió, la verdad, porque el Wilder que yo recordaba nunca veía más allá de su propia necesidad de ganarse una medalla de los X Games. —Se inclinó hacia delante en el asiento, mirando hacia arriba a través del parabrisas.

—Ha cambiado. Como todos —dije, empezando a ponerme a la defensiva—. Lo entiendo, ¿viste? Lo que pasó fue una mierda total, pero no somos los mismos que antes. Ya pasaron dos años y medio, Rach. ¿No crees en los cambios?

—Más vale. Pero pienso que hay que ser capaz de lograrlos. Por lo que vi en los medios, tú solo fuiste de mal en peor.

—¿Qué carajo quieres decir con eso? —Entrecerré los ojos para ver a través de los chaparrones intensos, tratando de enfocarme en el camino. Lo último que necesitábamos era que me saliera del camino.

—¿Quieres que siga yo? —preguntó.

—Ja. Ya vi cómo conduces tú. Estás mucho más segura conmigo al volante. Y también toda la población de Sri Lanka.

—¿No me decías recién que la gente cambia? —Volvió a levantar la vista hacia la ladera a través del parabrisas.

—Y tú me decías recién que mis cambios no cumplían con tus estándares. —Se me contrajeron los músculos, y traté de respirar a través del enojo repentino que me apareció. Necesitaba poner absolutamente toda mi atención en la ruta.

—¿Cumplir con mis estándares? Mierda. Por lo menos tengo estándares.

—¿Qué? Sí, claro, porque tú seguro fuiste una monja desde que...

—¿Desde que me dejaste? —ladró—. No. He tenido novios. He tenido sexo. Muy buen sexo. Solo que no fui corriendo atrás de todos los penes con los que tuve contacto.

Por supuesto que había tenido sexo con otros tipos. Era hermosa, graciosa, inteligente y tenía pleno control de su sexualidad, algo más sexy que la mierda. Pero eso no me frenaba en lo más mínimo de querer hacer mierda a los otros tipos por tocar lo que era mío.

No es tuyo, imbécil. Tú renunciaste a ese derecho.

—¿Sabes qué? Mejor demos marcha atrás con este tema de conversación —propuse, poniendo el limpiaparabrisas al máximo—. Parece que los dos sentimos cosas muy fuertes...

—Landon —susurró Rachel.

—No, está bien que las sintamos. Deberíamos. Quiere decir que hay esperanza. Prefiero que me odies a que no te importe...

—¡Landon! —gritó Rachel—. ¡Mira!

Me impulsé hacia delante, bajando la cabeza para levantar la vista hacia la ladera que estaba señalando. Un segundo... ¿Eso era...?

—¡Mierda! —Pisé fuerte el freno, haciendo derrapar el auto mientras se caía media montaña delante de nosotros.

—¡Derrumbe!

El rugido era ensordecedor, y me falló toda capacidad de habla. Rocas, árboles y trozos de tierra se precipitaban hacia abajo, arrastrados por una avalancha de lodo. Nunca había visto nada tan aterrador en la vida. El auto que estaba a unos quince metros más adelante estaba a salvo.

Se me dispararon los ojos hacia la ladera firme que se erguía sobre nosotros, y el instinto de escapar tomó las riendas de la situación.

—Hay que salir de aquí.

De ninguna manera me iba a morir en un camino remoto en medio de Sri Lanka, y tampoco iba a permitir que le pasara algo a Rachel.

Clavé marcha atrás con el *jeep*, puse la mano detrás del asiento de Rachel y le di al acelerador. Gracias a Dios, no había nadie detrás de nosotros. Nos seguía aporreando la lluvia, pero por lo menos la cubierta de lona no cubría la parte de atrás del *jeep*. Se veía hacia afuera. Apenas.

Se me inundó el cuerpo de adrenalina, una hormona que mi cuerpo conocía bien, y todo se volvió nítido, claro, como si estuviera en plena bajada de *snowboard* o haciendo un reto.

Solo que nunca había tenido la vida de Rachel en mis manos.

—Ay, Dios. ¡Más rápido, Landon!

Miré hacia delante solo un instante y vi que las barreras pequeñas dispuestas para evitar que nos cayéramos por el costado del camino estaban ayudando a canalizar los escombros, que venían derecho hacia nosotros.

Árboles gruesos, ramas verdes y ese autito blanco que estaba más adelante... Todo había sido levantado por ese río de lodo enfurecido.

—¡Mierda! Tú estate atenta a eso.

Dirigí toda mi atención al camino que teníamos detrás y recé por tener la suficiente habilidad al volante para sacarnos con vida de esta. Habíamos pasado una saliente de rocas pequeña justo después de la curva del camino. Solo teníamos que llegar a...

—Nos está alcanzando —dijo Rachel en tono tranquilo, con una calma en la voz que era casi escalofriante.

Bordeé un auto que estaba intentando hacer la misma maniobra, pasándole por la izquierda..., la derecha... Mierda, se me mezclaba todo.

—Avísame si llega hasta ese auto.

El motor protestaba por ir a tanta velocidad en marcha atrás, con un quejido que casi llegaba a ahogar el sonido de la ladera que se acercaba. El camino era el peor lugar para que se canalizara: el suelo licuado iba a arrastrar los escombros más rápido que si no hubiera pavimento.

Pero ni loco le iba a decir eso a Rachel.

—Levantó el segundo auto.

Me aventuré a voltear la cabeza y vi que se nos venía encima a unos seis metros nada más. *Esto no está nada bien.*

Volví a poner toda mi atención en el camino y la vi.

—¡Allá! —grité—. Sujétate fuerte.

Di un giro para meternos en la pequeña saliente, cambiando por completo la dirección del auto. Antes de frenar, ya había pisado el embrague y tenía el auto listo para meter segunda.

—¡Ahora! —indicó Rachel.

Mientras enderezaba el volante, solté el embrague de golpe y me volví a lanzar al camino justo cuando llegó el barro a la saliente.

Entonces pisé el acelerador y avanzamos por el camino tan rápido como podía bajar de forma segura en medio de la lluvia torrencial. En tercera. Esa era la única velocidad segura en estos caminos sinuosos, y no tenía ni idea de quién podía estar esperándonos al otro lado de la curva.

Quién podía estar a punto de chocarse con su peor pesadilla.

—No va a parar —le dije, sabiendo que solo estábamos a medio camino de la base de la montaña—. Busca otro camino. Tenemos que salir de este.

Se oyó el ruidito de la guantera cuando Rachel la abrió para tomar un mapa. Sus dedos volaron por el papel doblado en forma de acordeón.

—¿Dónde estamos...? ¿Dónde estamos? —musitó.

Sabía bien que no tenía que contestarle.

Con un vistazo rápido al espejo retrovisor, me di cuenta de que el derrumbe estaba tomando velocidad, y nosotros éramos el siguiente obstáculo en su camino.

—¡Aquí! —exclamó, señalando el mapa—. Hay un camino a ochocientos metros a la izquierda. Deberíamos poder llegar a la autopista si este... no está libre.

Tomó aire de golpe, y la vi mirando por el espejo retrovisor cuando metí cuarta con todas mis fuerzas.

—No mires.

—Es medio imposible, dado que la montaña nos quiere comer.

—Sí, ya sé.

Maldije mientras frenaba en una curva pronunciada, consciente de que nos estaba costando unos segundos preciosos. Lo confirmé con un vistazo hacia atrás. No veía el final del derrumbe, solo los dos

autos que estaban un poco más atrás entre los escombros, lo cual quería decir que había un peligro real de patinar y quedar atrapados en el derrumbe.

—¡Allá! —gritó Rachel, señalando el camino que había a la izquierda.

—¡Sujétate!

—Nunca me solté —susurró.

Cruzamos una mirada por un milisegundo precioso, y entonces doblé súbitamente a la izquierda y frené en el último segundo posible cuando el auto derrapó por el giro de noventa grados. Puse el 4x4 bajo para la pendiente empinada y destrocé el camino de grava, mientras la lluvia formaba un arroyo justo en el medio de donde yo quería estar.

—¡Landon! —aulló Rachel.

Le di con todo al acelerador y recé, dándole gracias a Dios cuando las ruedas tomaron tracción y subimos a los tumbos por el camino.

No frené hasta que llegamos a la cresta de la pequeña colina, dejando por lo menos nueve metros de distancia del derrumbe, que se precipitaba a toda prisa más abajo.

Abrí la puerta de par en par, salí de un salto y quedé inmediatamente empapado por la lluvia despiadada. Mis pies me llevaron hasta la parte trasera del *jeep*, desde donde veía el río inmenso de... Mierda, *de absolutamente todo*, que se arrastraba camino abajo.

Rachel bordeó el auto a los tropezones y me la traje cerca, apretando su cuerpo diminuto contra mi pecho.

—Dime que estás bien.

Estaba temblando violentamente, y no me daba cuenta de si estaba asintiendo con la cabeza o no.

—¿Rachel? —Le levanté el mentón para verle los ojos color café.

—Estoy... bi... bien —tartamudeó mientras las gotas de lluvia le azotaban el rostro.

Me senté en el paragolpes y la traje conmigo, sosteniéndola con tanto cuidado como podía.

—Bien. Qué bueno.

A medida que iba relajando los músculos, me empezó a bajar la adrenalina, drenándome todo menos el alivio de que, de alguna forma milagrosa, hubiéramos sobrevivido. Respiraba dando bocanadas grandes, y sabía que me estaba aferrando a Rachel más por mí que por ella.

Repasé los últimos minutos en mi cabeza, todo lo que había pasado desde que habíamos visto que cedía la tierra, y el corazón me empezó a golpear con fuerza contra las costillas.

—Vamos a tener que volver por el otro camino. No hay manera de que se pueda pasar por ese.

Asintió contra mi pecho, con la cabeza refugiada en ese huequito perfecto que estaba justo debajo de mi clavícula. Puede que hubieran pasado años desde la última vez que la había abrazado, pero la sentía exactamente igual que antes. Su aroma cítrico y cálido como el sol me seguía inundando los sentidos y, por ese instante nada más, me abrazó como si nunca nos hubiéramos separado.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunté. Necesitaba escucharlo de nuevo. Necesitaba saber que no se había lastimado por mi culpa.

Asintió.

Volví a levantarle el mentón para verle el rostro. Me miró desde abajo con unos ojos desorbitados, bien abiertos, y unos labios separados que tenía unas ganas urgentes y casi indiscutibles de besar.

Pero no lo hice. No iba a hacerlo así. No iba a hacerlo nada más que porque habíamos estado al borde de la muerte.

—¿Rachel? —pregunté—. Di algo.

Se le empezó a dibujar una sonrisa temblorosa en los labios.

—Menos mal que no me dejaste conducir a mí.

Los dos nos echamos a reír, lo cual nos drenó un poco el terror, y la abracé fuerte, saboreando el contacto y el latido de su corazón.

Incluso si esto fuera lo único que lográramos tener —estos pocos momentos en los que buscábamos consuelo en el otro—, sería suficiente. El simple hecho de que ella no me odiara por quince segundos era muchísimo mejor que estos dos últimos años.

Bueno, no, eso era mentira.

Nunca iba a ser suficiente.

CAPÍTULO 10
Rachel

EN EL MAR

—Basta de mirarme así —le dije a Leah al otro día, las dos encorvadas sobre los libros en la mesa del comedor.

—¿Así cómo? —preguntó, sin dejar de pasar la vista por todas las partes expuestas de mi cuerpo.

—Como si estuviera lastimada en secreto y a punto de desangrarme en cualquier momento. —Pasé la página de mi cuaderno—. Te dije que estoy bien. Él está bien. Estamos... —Negué con la cabeza—. Está todo bien.

—Trataste bien a Landon en el almuerzo —señaló—. Hasta lo dejaste sentarse enfrente de ti sin empezar una guerra de comida.

—¿SÍ? —Destapé el resaltador y ataqué mi libro de texto. *De todos modos, no lo voy a poder revender.*

—En serio, Rachel, ¿qué está pasando? ¿Esto es por el...? —dijo, y luego bajó el tono de voz a un susurro—: ¿... derrumbe?

—No hace falta que hables en voz baja, te oigo igual —gritó Penna desde la sala de estar, donde su culo seguramente fuera a dejar una marca permanente en el sofá.

—Perdón, Penna. Es que no te quería poner mal.

—¿Ponerme mal? —dijo con una risa burlona—. No fui yo la que casi termina devorada por un pedazo de Sri Lanka, y puedo decir con total sinceridad que Brooke no tuvo nada que ver.

—Tal vez *yo sí*. Yo doy mala suerte, ¿o no? ¿No soy la maldición? —pregunté.

Arrojó el libro en la mesa de café y se levantó como pudo.

—No voy a meterme con ese tema. Todo el concepto de la suerte se fue por la borda cuando Brooke perdió la cabeza.

Se me quedó el resaltador suspendido en el aire mientras se nos acercaba con las muletas. Todavía no habíamos cruzado ese límite que le permitiera abrirse conmigo con respecto a lo que había hecho su hermana. Por supuesto, yo sabía lo que había pasado porque Leah me lo había contado, pero esta era la primera vez que Penna sacaba el tema sola.

—Así que, para ti, tanto el clima que casi posterga el reto en ala delta como el derrumbe fueron... —*Por la maldición de Rachel.* Volví con los Renegades y todo se fue al carajo. *No volviste con los Renegades*, me recordé.

—Unas coincidencias de mierda. La lluvia causó el derrumbe, así que en realidad fue el clima. No te castigues tanto, Rachel.

Volví a concentrarme en mi libro de texto, tomando frases que pudiera citar para la propuesta de mi trabajo.

—Daría cualquier cosa por un poquito de buena conexión a internet.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó Penna—. Toma mi computadora.

—¿Tienes internet aquí? Pensé que era imposible.

—Nada es imposible si le pones los suficientes recursos —dijo—. En serio, ¿la necesitas?

Bajé la vista para mirar mi propuesta, que estaba casi terminada.

—Creo que no me hace falta, pero gracias. Tal vez la necesite después.

—Pero no le digas a tu mamá que la tienes —sugirió Leah.

La culpa me atropelló con la fuerza de un camión.

—La tenía que llamar desde Sri Lanka.

—Yo diría que lo va a entender —respondió Penna.

—No conoces a su mamá —replicó Leah.

—Es verdad. Es un poco... sobreprotectora.

Leah se rio, y después se tapó la boca con la mano.

—Perdón.

—No, no te preocupes. Sabes cómo se pone. La única razón por la que me «dejaron» —dije, haciendo comillas con los dedos— venir siquiera fue porque sabían que ibas a estar tú, y esperaban que me mantuvieras a raya.

—Sí, porque yo tengo tanto control sobre ti... —repuso, pasando otra página del libro.

—Bueno, yo ni loca les iba a contar una mierda de que te habías enganchado con Wilder. Con eso, me habrían mandado inmediatamente a casa de una patada en el culo. Si llegaran a oler siquiera que tengo a Landon cerca, seguramente estarían en la India, esperándonos en el próximo muelle.

—Tienen sus razones para odiarlo —respondió Penna—. Desde el punto de vista de los padres, obvio.

—Pero no por eso vas a dejar de venir al viaje al Everest, ¿no? —preguntó Leah.

Solté un quejido.

—Leah, por mucho que me encantaría ir contigo, sería más de una semana con él. Hay muchísimas otras excursiones optativas a la costa que...

—¡Que no serían tan divertidas! —me discutió—. En serio. Pax me prometió que vamos a pasar un día en el Taj Mahal antes del vuelo a Nepal, y eso no está en ninguna excursión a la costa. Solo lo puedes hacer si vienes con los Renegades.

—¿Cómo lo convenciste de hacer eso? Es todo un viaje en avión que se sale del recorrido.

—Le mencioné que quería hacer mi trabajo de investigación sobre eso, y él dijo que me lo iba a conseguir si yo accedía a ir a Nepal a congelarme las nalgas con él.

—Es una excursión solo para Renegades —argumenté.

Leah me miró como diciendo «No seas tonta».

—Landon quiere que vayas.

—Si va a hacer lo que yo creo, no. Si va a tratar de bajar por esa cresta para el documental, no necesita que esté yo ahí para distraerlo, ni para echarle mi maldición. Viene soñando con esa oportunidad hace *años*, desde que lo conozco, y no quiero que por mi culpa la cague o termine matándose.

Leah suspiró.

—Creo que lo haría mejor por el simple hecho de lucirse delante de ti. En serio. Quiero que vengas, y sé que te encantaría el viaje.

—Ah, pero ir es opcional, por supuesto —agregó Penna con una risa burlona.

—Bien dicho —dije en dirección a Penna—. No va a pasar, de ninguna manera.

—Por favor... Vamos a hacer parte del *trekking* hasta el campamento base del Everest, y sabes que nunca vas a volver a tener esa oportunidad. No así, como lo hace este grupo loco.

Diez días seguidos con Landon. Sin forma de escaparme ni de evitarlo a él... Ni al efecto que tiene sobre mí. Diez días de viaje y *snowboard* y ver la montaña más alta del mundo: realmente, una experiencia de una sola vez en la vida y una de las cosas por las que vine a este viaje.

—Si yo voy, tú vas —ordenó Penna.

Se me disparó la cabeza hacia ella.

—¿Tú vas a ir?

—Eso me dijeron —dijo, encogiéndose de hombros—. Con muletas y todo. Muy divertido.

—Nos vamos a divertir —prometió Leah—. Y no tenemos que quedarnos en el campamento avanzado. Podemos volver a bajar hasta Lukla y que nos hagan masajes mientras ellos andan en *snowboard*.

A Penna se le apagó la mirada, y yo me pasé el dedo por la garganta en un gesto cortante para conseguir que Leah parara. Se le abrieron mucho los ojos y gesticuló con la boca como diciendo «¿Qué?».

Suspiré. Quizá Leah los conociera, pero todavía no entendía a los Renegades: su naturaleza competitiva y su odio generalizado al hecho de sentirse inútil.

—Es una mierda —le dije a Penna—. Una mierda total que no puedas andar. Pero si es verdad lo que me dijeron, puedes subir al Everest en ese helicóptero sin problema. No vas a quedarte afuera por una pierna, ¿no?

—Y *tú* no te lo vas a perder por un chico, ¿no? —Me desafió con la mirada.

—Buen punto. Bueno, parece que al final voy.

—¡Sí! —Leah levantó el puño en alto.

Miré rápido el reloj.

—Mierda. Tengo clase. Creo que esto es lo mejor que voy a poder hacer con este trabajo.

Saludé a las chicas y salí casi corriendo por la puerta con una magdalena encajada en la boca y los libros balanceándose como podían para no caerse de mis manos. Me metí derrapando en el elevador justo antes de que se cerraran las puertas.

—Qué osado correr con comida en la boca, teniendo en cuenta la suerte que tienes —dijo Zoe desde un rincón del elevador.

Se me pararon los pelos de la nuca mientras tragaba el trozo de esa delicia de arándanos y le daba al botón de mi piso.

—Por lo menos es mejor que las cosas que te metes tú en la boca.

—Uh, era verdad que mordías —dijo mientras empezábamos el descenso—. Landon me advirtió.

—Él lo sabe bien —dije, poniéndome tiesa.

—¿Así que ustedes dos no están...? —Dejó en suspenso la pregunta.

Por el amor de Dios, lo último que quería era hablar de Landon en el elevador con una chica que claramente se había acostado con él.

—No.

—Ah... —Inclinó la cabeza hacia el costado—. Pero eres tú, ¿no? ¿La que casi lo destruye hace un par de años?

—¿Qué te importa? —escupí mientras ella se enroscaba el pelo castaño en el dedo.

Tres pisos más.

—¿Siempre tratas como la mierda a todo el mundo? ¿O solo a las chicas con las que estuvo él? —preguntó, haciéndose la simpática.

Solté el aire mientras contaba hasta cinco.

—Digamos que, como no tengo una lista de la gente con la que estuvo, me sería imposible identificarlas a todas ustedes.

Soltó una risa burlona, dejando que le cayera ese bucle castaño sobre uno de sus pechos. Se apoyó contra la pared junto a mí, con las piernas largas asomadas por debajo de unos shorts que apenas le tapaban el culo. Sí, parecía el tipo de chica que le gustaba a él.

Yo nunca había sido de esas, ni tampoco había sufrido ningún tipo de inseguridad por eso. No podía evitar preguntarme si esta chica sí: si su autoestima o su posición en los Renegades se habían basado en la persona con la que se estuviera acostando. *Qué forma horrible de tratarse a una misma.*

—Digamos que es como una lotería. Si hay diez chicas en una habitación, con lanzar una moneda alcanza.

Un piso. Este elevador de mierda era el más lento del mundo.

—Como dije, no me importa. Pero parece que a ti sí —dije suavemente. Se abrieron las puertas del elevador y me volteé brevemente para mirarla—. En mi caso, si yo fuera a acostarme con Landon... o Nova, como le digas, le exigiría la única cosa de la que no es capaz.

—¿Qué?

—La monogamia. Te he visto en la tabla. Eres buena. No bases tus habilidades en la persona con la que te estás acostando. Y, por el amor de Dios, no vayas por ahí atacando a mujeres desconocidas en el ascensor porque piensas que tienes que defender un territorio que

no tienes. Yo no soy tu enemiga. —Me encogí de hombros y le dirigí una sonrisa forzada—. Perdón si no te di lo que estabas buscando. —Antes de que se cerraran las puertas, salí corriendo... y me choqué de lleno con Landon—. Dios, estás en todas partes —musité mientras recuperaba el equilibrio.

—¿En serio crees que no puedo ser monógamo? —preguntó con tono lastimero, cosa que era muy molesta. Como si le hubiera señalado algo que no fuera una verdad evidente.

—Me alegra saber que escuchas conversaciones ajenas. Voy a tratar de tener una charla interesante después de la cena, por si quieres ponerte a acecharme desde la esquina. —Sujeté más fuerte los libros y empecé a avanzar por el pasillo para ir a clase.

—Primero, te estaba esperando, no acechando, y segundo... ¿Esa fue una invitación?

—Para nada. Además, si voy a tener que pasar todo el viaje al Everest contigo, no te voy a ofrecer ni un segundo más de mi tiempo libre.

—¿Vas a venir con nosotros? —Me sonrió.

Su sonrisa no te afecta. En lo más mínimo. Mentirosa.

—Así parece.

Abrió la puerta del aula y yo pasé, tratando de que este pequeño gesto tampoco me afectara. Al parecer, hoy estaba fallando en la evitación de las emociones *landónicas*.

—¡Qué bueno! Pero ¿en serio piensas que no puedo estar con una sola mujer?

Nos sentamos y lo miré.

—¿Qué te importa lo que piense yo?

Se puso la gorra al revés; el color blanco solo lograba que se le viera más bronceado el rostro.

—Porque no quiero que pienses eso de mí. Podría si quisiera.

—Hola, Nova —lo saludó la chica que estaba detrás de mí, inclinándose hacia delante de modo que casi se le salieron los pechos de la camiseta con tirantes—. ¿Quieres que estudiemos hoy a la noche?

—No, gracias, Amy. ¿Puede ser otro día?

Me reí, dándome vuelta para mirar hacia delante.

—Sí, tienes unos antecedentes perfectos.

Se inclinó y se acercó a mí.

—Tú no conoces mis antecedentes.

—Sí, bueno, *Nova*. —Bajé la voz para no herir los sentimientos de la chica—. ¿No acabo de ver que la rechazaste magistralmente, pero dejándola enganchada con un poquito de esperanza para poder volver a pescarla con tu caña otro día?

Se le abrió y cerró la boca.

—No quería hacerla sentir mal.

—Eres todo un caballero.

—Avísame cuando te conviertas en la damisela en apuros.

—Sí —dije con una risotada—. Eso no va a pasar jamás. Soy bastante capaz de rescatarme a mí misma de todo, incluso de ti.

—Lo tengo bien claro —dijo, bajando la voz—. Es una de las cosas que más me gustan de ti. Siempre supiste hacerte respetar conmigo... En todo sentido.

Ay, Dios, ahí estaba: el revoloteo en el estómago que me hacía resonar las alarmas en la cabeza. *No le creas ni una palabra. No lo dejes entrar.* Lo más aterrador era que había una partecita ínfima de

mí que quería, que lo extrañaba, y esa parte estaba alzando cada vez más la voz. A este paso, iba a terminar gritando incluso antes de que nos subiéramos al avión.

Le sostuve la mirada todo lo que pude antes de apartarme y ponerme a revolver entre mis hojas para tomar mi propuesta de trabajo. Debía defenderla oralmente, y si la Dra. Messina la aprobaba, iba a tener que ponerme a tipear este trabajito, ponerlo bien lindo y subirlo a eCampus esa misma noche.

—Hola, Rachel —dijo Hugo mientras se sentaba a mi lado. Gracias a Dios que mi compañero era él y no Landon. Hugo era fácil; era divertido para pasar el rato y no venía con una carga emocional de diez toneladas.

—¿Cómo va? —le pregunté.

—Dentro de todo, bien. ¿Estás contenta con tu propuesta? Ese borrador estaba bastante bien ayer.

—Está bien, me parece. Espero que le guste el abordaje de la adopción en Corea.

—¿Vas a buscar tus raíces? —interrumpió Landon—. Pensé que te habías rendido hace tres años.

A veces odiaba que se acordara tantas cosas de cuando habíamos estado juntos.

—Sí, cuando mi mamá me pidió que lo soltara. Siempre fue muy sensible con ese tema, como si yo fuera a decir que ella no es mi mamá y salir corriendo. Pero no está aquí, y siempre tuve curiosidad. Me pareció que era un buen momento.

Pero qué increíble lo respetuosa y abierta que estoy siendo.

—¿Solo por curiosidad? —preguntó.

Me encogí de hombros. No hacía falta que él entendiera mi necesidad de explorar mis orígenes.

—Yo te ayudo —se ofreció—. Ya sé que no soy tu compañero, pero también sé lo que significa esto para ti, así que, si necesitas ayuda...

Tragué saliva, con un repentino nudo en la garganta ante la mirada abierta y suplicante que tenía en los ojos. No era para nada coqueta ni sugerente; no había ni rastro de Nova en esos ojos, solamente estaba mi Landon.

Y eso era mucho más peligroso que tener a Nova tratando de conquistarme. Las alarmas de mi cabeza estaban aullando a pleno.

—Sí, te aviso —dije.

—Lo mismo digo yo —se ofreció Hugo, y giré la cabeza hacia él—. Podríamos charlarlo mañana en el almuerzo, ¿no?

Sentí la mirada de Landon clavada en mi espalda. Hugo me caía bien. Era bueno, amable, rápido para sonreír o hacer un chiste. Era justamente el tipo de persona con la que hubiera estado el año pasado.

Pero por mucho que me odiara a mí misma, tenía que ser sincera, directa y no darle falsas esperanzas.

—Sí, qué bueno. Me encantaría charlar del tema con un amigo.

Se le apagó un poco la sonrisa, pero asintió con la cabeza mientras asimilaba la etiqueta que acababa de ponerle a nuestra relación.

—Genial.

No me volteé hacia Landon cuando la profesora empezó con la clase. No quería verle la cara ni la sonrisa engreída. Tampoco quería

que se regodeara en la revelación que yo había tenido ni que encontrara la manera de usarla en mi contra.

Por más divertido que pudiera haber sido empezar una relación en el crucero y crear recuerdos con alguien, poner a prueba los muros de mi corazón y ver si cedían un poco, también sabía la verdad: Hugo no era Landon.

Y, sentada en medio de los dos, eso lo cambiaba todo.

CAPÍTULO 11
Rachel

EL TAJ MAHAL

Fue impresionante cómo había cambiado toda mi vida en tan solo tres días. Setenta y dos horas atrás, estaba a bordo, accediendo de mala gana a venir a este viaje de locos. Después había renunciado a la excursión a Delhi financiada por la institución y había metido mi equipaje junto con el de los Renegades.

Nunca imaginé que iba a ver a los Renegades recorriendo el Taj Mahal, pero, para ser sincera, tampoco pensé que iba a ver el día en el que Paxton Wilder estuviera dispuesto a desviarse casi mil kilómetros de la aventura que había planeado solo para complacer a una mujer. A eso había que sumarle el hecho de que dicha mujer era mi mejor amiga, lo cual hacía que esto fuera todavía más bizarro. Pero estaba agradecida, no solo por el avión privado y la oportunidad de vivir esta experiencia, sino por cómo trataba a Leah. Tal vez había cambiado de verdad.

Tal vez era posible que un Renegade realmente amara a alguien más que al deporte.

Pero Landon no es así. Él había elegido a los Renegades antes que el amor, o por lo menos antes que *mi* amor, cosa que recordaba casi todas las veces que lo veía. Al menos estaba manteniendo la distancia. *Estamos en este viaje hace menos de un día, así que tal vez no debería tener tantas esperanzas.*

—Yo puedo ser monógamo —dijo Landon mientras yo me ponía en cuclillas para fotografiar mejor el Taj Mahal.

Listo, se terminó la distancia.

—¿Sigues dándole vueltas a eso? —pregunté, ajustando el foco del lente para lograr un ángulo mejor. ¿Me había estado leyendo la mente?

—¿De verdad piensas que no puedo?

Solté un suspiro que me quitó del rostro un mechón solitario de pelo negro mientras me levantaba. Me lo había recogido, por lo que la mayoría de los reflejos violetas quedaban escondidos en el peinado.

—Ya pasaron tres días desde que dije eso. ¿No tienes nada más en la cabeza? No sé, a ver, por ejemplo... ¿El monumento gigante que tienes enfrente?

—No puedo creer que pienses que no puedo ser hombre de una sola mujer.

Abandoné mis intentos de evadir la pregunta. Este tipo sí que era determinado.

—Creo que no quieres. Tal vez sí puedes. Tal vez no me importa, la verdad.

Me quedé en el lugar, mirando con anhelo hacia donde estaba Leah, que caminaba de la mano con Wilder. Frenar para tomar fotos no había sido la mejor idea de mi vida, pero ser la tercera en

discordia en ese derroche empalagoso de amor era más incómodo que la mierda. Pero al menos el equipo de filmación estaba siguiendo a los tortolitos y me dejaba en paz un rato por ahora.

—Debería importar —dijo.

—¿A mí? —Estiré el cuello para mirarlo desde abajo y di un paso hacia atrás para no estar tan cerca.

—Y..., sí. —Se metió los pulgares en los bolsillos.

—Sin tener que pensarlo demasiado, se me ocurren como cien cosas que me importan más que la frecuencia de las mujeres que pasan por esa puerta giratoria que tú dices que es tu cama. —Bueno, quizá eso fuera mentira. Pero una mentirita, nada más.

—Ah, qué lástima, porque a mí no se me ocurre nada que me importe más que quién duerme en tu cama.

Ah, mierda, me quedé sin palabras. Por suerte, me recuperé rápido.

—¿Qué importa eso en este momento? Porque estamos enfrente de uno de los tributos al amor más hermosos del mundo, y la verdad es que me gustaría disfrutarlo sin tener que discutir contigo.

—Yo nunca dije que quería discutir —me discutió, irónicamente, mientras avanzábamos por el camino que llevaba al enorme mausoleo de mármol. El sol de la tarde suavizaba el resplandor blanco de la construcción, dándole un brillo etéreo.

—Así y todo, aquí estás, discutiendo conmigo. —¿Qué tan exasperante podía ser? Sonrió como si hubiera seguido todo mi hilo de pensamiento—. ¿Qué? —ladré.

—Disfruto de nuestro progreso, nada más. —Se encogió de hombros, y le brillaban los ojos.

—¿Progreso?

—Hace una semana, no me hablabas. Ahora logré que vinieras de viaje conmigo y estamos teniendo peleítas como antes. Progreso.

—¡Yo no me fui de viaje contigo!

—En realidad, por definición, estamos *de viaje*, y estás aquí conmigo.

—Ay, Dios, no voy a hablar más de esto.

—Perfecto. Cambio de tema. ¿Cómo es que una tumba te parece un monumento al amor?

A cada paso que dábamos, nos acercábamos más a la construcción, cuyos detalles iban apareciendo y ocupando todo mi campo visual.

—Míralo —dije cuando nos detuvimos junto a la entrada—. Observa la belleza, la simetría de las inscripciones, el tono del mármol. Es perfecto. Amaba tanto a su esposa que le construyó un monumento sin igual. —Sentí sus ojos sobre mí, pero no podía despegar los míos de los detallados relieves que recorrían los arcos. Mi atención iba cambiando constantemente, atraída cada vez por un elemento nuevo—. Es exquisito.

—Nunca imaginé que fueras una romántica.

—No lo soy —dije, encogiéndome de hombros—. Pero cuando te muestran un amor como este, ¿qué otra opción queda?

—Es un edificio hermoso —dijo cuando empezamos a subir los escalones.

—No —le dije suavemente, absorbida por cada matiz del monumento—. Es la perfección misma. La simetría es perfecta, el arte es perfecto, el entorno es perfecto. Se tuvo en cuenta todo.

Le eché una mirada y lo encontré observando la arquitectura mientras nos abríamos camino por el espacio.

—¿Están los dos enterrados aquí? —preguntó.

—Están en la cripta aquí abajo —respondí—. Y la única imperfección está en donde se rompió el mármol cuando sepultaron a Shah Jahan con su amada.

—¿Qué tan amada podía ser, si él tenía otras esposas?

—Tú no vas a venir a predicar la monogamia —dije, arrastrando las palabras.

—Otra vez con eso —musitó—. Ya lo he hecho antes. Es posible. Con la persona indicada.

Lo miré, con la frente arrugada por el escepticismo.

—Claro. ¿Y cómo te resultó eso?

Se puso delante de mí y se dio vuelta, obligándome a frenar. Después de un momento tenso de silencio, por fin alcé la vista, recorriendo la amplia extensión de su pecho, pasando por los labios que sabía que eran imposiblemente suaves, hasta los ojos, que se veían increíblemente heridos por mi lengua afilada.

—Yo no dije que no la hubiera cagado. Dije que sí me es posible estar con una sola mujer. *Amar* a una sola mujer.

Se me retorció el estómago, y apreté más fuerte la cámara. Traté de no hacerle caso a los golpes de mi corazón ni a esa llamita de esperanza que había intentado apagar, pero que se encendió solo un poquito. Tal vez hablaba en serio. Tal vez hablaba *de mí*.

No te metas ahí. Él te dejó. Te destruyó. Solo te quiere porque eres inalcanzable, y una vez que te tenga, te va a tachar de la lista y va a seguir con lo suyo, como la última vez.

—¿Una sola mujer como yo? —pregunté, y mi voz sonó muchísimo más fuerte que como yo me sentía.

—Tal vez *solamente* tú —dijo suavemente.

No dejes que te ablande. Recogí los ladrillos caídos de mis defensas, que se estaban desmoronando, y volví a encajarlos en su lugar.

—¿Qué tengo yo? ¿Es porque me tienes que perseguir? ¿Las otras chicas del barco son demasiado fáciles para ti, Nova? ¿Soy una presa conveniente?

Se le entreabrió apenas la boca.

—Eres todo *menos* conveniente. He usado paracaídas fallados que eran más convenientes que tú. Eres la mujer más frustrante, complicada y absolutamente adictiva que he tenido cerca en toda la vida, pero está clarísimo que no eres *conveniente*.

—Entonces es por el desafío. Es bueno saberlo. —¿Por qué tenía que hacer esto aquí? ¿Por qué no podía soltar las cosas y dejarme en paz? Eché un último vistazo alrededor y salí del mausoleo, dejándolo atrás.

Tomé un poco de ese aire caliente y sofocante y me limpié la pequeña línea de sudor de la frente. Respirar ácido hubiera sido más fácil que tratar de respirar cerca de ese tipo.

—Basta de escaparte de mí —dijo mientras me alcanzaba.

—Basta de tratar de convencerme de que serías capaz de ser fiel como... —¿Amante? ¿Novio?—. Como persona.

Seguí avanzando hasta llegar al borde del espejo de agua y vi a Bobby cortando la distancia con un camarógrafo. Justo a tiempo, carajo.

Por enésima vez, me maldije a mí misma por haber firmado ese permiso de mierda.

—No, Bobby. Esto no —dijo Landon, tapando el lente con la mano —. Después te doy cualquier cosa que quieras, pero quítame esta

mierda de la cara.

—Pero es parte de la experiencia, Landon —le discutió Bobby, que tenía un sombrero de safari que estaba ridículamente fuera de lugar.

—Esto es mi vida.

Bobby soltó un quejido.

—Tú accediste, y tenemos todo el derecho...

—Y he cooperado bastante hasta este momento, pero no tengo por qué seguir así.

Los dos se quedaron librando una guerra silenciosa por un minuto, después dos. Por fin, Bobby me echó una mirada antes de soltar un suspiro dramático.

—Me debes una —le dijo a Landon.

—Lo que quieras —accedió Landon. Bobby se retiró con el camarógrafo, dejándome con un Landon que claramente estaba enojado. Tenía el cuerpo tenso, la mandíbula trabada y los ojos entrecerrados y clavados en mí—. Nunca te engañé. Ni siquiera en esa época, cuando estabas saliendo con Wilder, nunca te engañé. ¿Tú puedes decir lo mismo?

—No —dije, negando con la cabeza—. Yo estuve pésima. Salía con él y te amaba a ti, porque en ese momento era muy joven y tonta para entender que igualmente se iba a caer todo a pedazos. Teníamos el destino sellado desde la primera vez que me besaste. —*En la lluvia.* Me había besado con tanta pasión, con los labios tan entrelazados, tan sellados entre sí, que ni una sola gota de agua se había colado entre boca y boca.

—La primera vez, no —susurró—. Todavía no eras suya en ese momento. Pero él no sabe eso, ¿no? Yo nunca se lo conté.

—No. —Negué con la cabeza—. No me pareció relevante.

—Pero sí lo era. Todo era relevante.

Di un paso hacia atrás en busca de espacio.

—No. No importaba que nos hubiéramos conocido hacía meses, que no tuviera idea de que ibas a aparecer en lo de Wilder, que fueras el mismo Landon del que él hablaba. No importaba, porque lo que hicimos estuvo mal, y pagamos las consecuencias, ¿no? Todos pagamos.

—Yo te amaba. Todo el tiempo que estuvimos juntos, no hubo nadie más. No quería estar con nadie más: la posibilidad de tenerte a ti ya era suficiente para mí. —Su voz sonaba con una claridad que traía esas verdades que yo no soportaba escuchar.

—Basta —supliqué, apretándome la cámara contra el pecho.

—No quiero.

Pero yo necesitaba que parara. Cada vez que decía algo así (cada vez que me recordaba lo que habíamos tenido y lo mucho que lo había amado como una tonta), hacía temblar mi determinación, y no podía darme ese lujo.

Con la sangre prendida fuego, lo miré a los ojos, que hoy estaban más celestes que pardos en contraste con su camisa de botones con las mangas arremangadas.

—¿Qué quieres de mí?

Tragó saliva.

—Quiero que no me odies. Quiero que no pienses que soy un hijo de puta sin corazón que nunca te amó. Quiero...

No podía soportar ni una palabra más. ¿Qué entendía él del amor? El amor no se iba sin mediar palabra. No dejaba a la persona con la que había compartido un mismo espacio retorciéndose de agonía y confusión.

—Basta. Mira a tu alrededor. Mira esa tumba, esa cripta. Él pasó veintiún años construyendo un lugar que pensaba que sería digno del entierro de ella. Veintiún años, Landon. Tú no aguantaste ni dos meses conmigo antes de volver corriendo con Wilder.

—Rachel...

—No. Se terminó. Mira las torres. ¿Las ves?

Soltó un suspiro que sonó apresurado y furioso.

—¿Qué tienen?

—Las hizo construir inclinadas hacia afuera del mausoleo por si llegaba a haber un terremoto. Se ocupó de que no hubiera ninguna manera de que se cayeran encima de su lugar de descanso, de que la lastimaran. Incluso después de que ella muriera, la protegió. *Eso* es amor, o por lo menos el tipo de amor que quiero yo. El que toma todas las precauciones posibles para proteger a la persona a la que uno le entrega el corazón. El que es un acuerdo entre dos partes iguales y es devoción y pasión y confianza. Obvio que la poligamia del siglo diecisiete no me va tanto, pero lo demás... es precioso. *Eso* es amor. El amor no es abandonar sin mediar palabra a la mujer que dices que amas.

—Dios... —Apretó fuerte los ojos, y se movió algo dentro de mí. No quería lastimarlo. Ya nos habíamos hecho tanto daño el uno al otro que alcanzaba para dos vidas enteras. Solo necesitaba que entendiera; necesitaba que dejara de lastimarme *a mí* sin darse cuenta.

Le extendí la mano y la apoyé en su antebrazo firme y cálido.

—No te odio. A ver, en un momento sí, pero después crecí y lo superé. Si eso es lo único que buscas, ya lo tienes. *No te odio.* Lo que pasó entre nosotros fue horrible, pero creo que coincidimos en

que los dos hicimos algo mal en distintos momentos. —Se le abrieron los ojos, que me suplicaban por algo que él no nombraba, y yo agradecí el silencio—. Creo que podemos ser amigos, pero tienes que dejar de presionarme.

—No puedo. Después de todo lo que pasó, estás aquí, y no puedo dejar de presionar. Créeme cuando te digo que lo intenté. No puedo mantenerme alejado. Salgo a caminar y termino en tu puerta. Salgo a almorzar y de golpe tengo una Coca-Cola Cherry en la mano, cuando sabes que no me gustan para nada.

—Landon...

—Soy incapaz de no presionar, porque estás *aquí*. El simple hecho de que estés cerca arroja por la borda todo pensamiento lógico.

La leve súplica que tenía en la voz me atravesó entera, con unos escalofríos que me recorrieron los brazos. *Te dejó y ni se molestó en acercarse para darte explicaciones.* Si yo no estuviera aquí, él estaría persiguiendo a su próxima conquista, porque eso era lo que estaba haciendo en ese mismo instante. Solo que justo daba la casualidad de que la que quería en ese momento era yo.

Leah me saludó con la mano desde el otro lado del patio, y elegí el camino de la cobardía.

—Haz de cuenta que no estoy aquí. Estabas lo más bien antes de que llegara yo.

Me tomó la mano cuando hice un ademán para irme, pero no me di vuelta. No ahora que estaba tan cerca de atravesar las defensas que él mismo me había obligado a levantar.

—No puedo. ¿No escuchaste nada de lo que te dije? Todos los pensamientos que tengo desde que te subiste al barco son sobre ti.

Me puse tensa, y por ese segundo deseé que eso fuera suficiente. *Desde que te subiste al barco...* Pero yo no recordaba ni un día en el que no hubiera pensado en él de alguna forma u otra en los últimos dos años. Me mojé los labios secos y tragué a pesar del nudo que cada vez crecía más en mi garganta.

—No te preocupes. Eso se te pasará apenas me vaya. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no?

Me soltó el brazo, y yo me fui con tanta calma como me fue posible, concentrada en poner un pie delante del otro mientras me abría paso hacia Leah.

La verdad le había dolido, pero a mí me había dolido más.

Quizá yo estuviera metida en su cerebro desde el momento en que había llegado, pero él estaba en mi cabeza desde el día en que lo había conocido. Incluso ahora, que mi cuerpo estaba drenando el odio y el rencor, sentía a gritos la necesidad de defenderme de él.

No importaba qué tan tierno fuera aquí, qué tan cariñoso, qué tan... *Landon*; mi inconsciente nunca me iba a permitir olvidarme de que, en cierto momento, él había sido la estufa prendida en la que yo había apoyado la mano. Todavía tenía las cicatrices y, por si eso no alcanzara como advertencia, la forma en que había invadido todos los aspectos de mi vida desde mi llegada al barco ya debía ser suficiente para mí. Estaba en todos lados: en mis clases, en los pasillos, en la cafetería; ni mis pensamientos eran un lugar seguro. Si no estaba pensando en él, estaba luchando por contener recuerdos, pensando en cómo evadirlo, en cómo armarme de defensas más fuertes para protegerme de él.

Casi me caí de rodillas, pero de alguna manera me mantuve en pie cuando reconocí la verdad. Leah tenía razón.

Nunca había dejado de pensar en él porque nunca lo había superado.

Me. Cago. En. Mi. Vida.

CAPÍTULO 12
Landon

KATMANDÚ, NEPAL

El sol de finales de la mañana brillaba por toda mi habitación del hotel cuando hice la dominada número veintiocho colgado del marco de la puerta. Había hecho todo lo posible por dormir anoche en el avión cuando vinimos desde Agra, pero todavía sentía punzadas de agotamiento mientras me levantaba para hacer la número veintinueve.

Llamaron a la puerta.

—Pasen —dije, orgulloso de no tener la respiración agitada cuando llegué a la número treinta. Me había roto el lomo para mantenerme en forma en este viaje. Mientras Wilder le daba a Leah, yo le daba al gimnasio.

Todo por este viaje.

—Ey, ¿quieres almorzar...? —A Rachel se le fue apagando la voz, y a mí se me iluminó la sonrisa al instante. Puede que no *deseara* desearme, pero eso no cambiaba el hecho de que todavía tuviéramos una química indiscutible.

Me dejé caer al suelo y levanté la toalla que había dejado en la silla para limpiarme el sudor de la cara y el cuello. Ella se quedó con los brazos cruzados debajo de los pechos, mirando para cualquier lado menos hacia mi pecho descubierto.

Sus pantalones cargo le caían sobre las caderas como un sueño húmedo, y su camiseta ajustada de manga larga, junto con su chaleco Patagonia, le ceñía el torso perfecto que tenía. Rachel lograba lo imposible: hacía que la ropa de expedición fuera sexy.

—En fin, ¿el almuerzo? —pregunté.

—En fin, ¿la camiseta? —respondió, levantando un segundo la mirada para luego volver a bajarla al instante.

Negué con la cabeza y tomé la camiseta que había dejado en la cama junto con mi mochila.

—No es nada que no hayas visto antes.

Soltó una risa por la nariz.

—Sí, pero... eso no... Bueno, ya está.

Rachel está nerviosa. La revelación me ensanchó aún más la sonrisa, hasta alcanzar proporciones que seguramente rozaban lo payasesco.

—Vamos —dije después de ponerme la camiseta. Tomé la billetera del cambiador y cerré la puerta con llave al pasar cuando salimos por el pasillo—. ¿Dónde están todos?

—En la cafetería que queda cruzando la calle —respondió cuando empezamos a bajar las escaleras desde el segundo piso.

—¿Y viniste a buscarme? ¡Qué atenta!

—Me mandó Wilder. Sigue obsesionado con juntarnos cada vez que se pueda. —Ella llegó primera a la planta baja, pero solo porque me gustaba mucho espiarle el culo cuando no se daba cuenta.

Sí, me iba a ir al infierno.

—¿Y tú accediste? —pregunté cuando salimos a la recepción.

—Dijo que nadie te iba a ir a buscar si no lo hacía yo, y pensé que a la larga te iba a dar hambre. —Se encogió de hombros.

Mierda, ya había vuelto esa sensación de ternura que me inflaba el pecho.

—¿Entonces decidiste ceder para que no me diera hambre?

Giró sobre los talones en medio de la recepción y se sopló un mechón violeta del rostro mientras me clavaba la mirada.

—Mira. El hecho de que no quiera que estés débil antes de encarar una subida de más de seis mil metros no significa que tenga sentimientos melosos por ti. No lo analices de más.

—¿Meloso? Estoy bastante seguro de que ayer mataste cualquier tipo de sentimiento meloso. —Dios sabía que, en efecto, me había arrancado y pisoteado el corazón. Ya me estaba acostumbrando a que pasara eso con ella.

—Había que decirlo, y no me arrepiento.

—Bueno, ya demostraste tu punto. —Extraje bruscamente mi gorro de lana del bolsillo izquierdo de mis pantalones cargo y me lo puse encima del pelo con un tirón. Ya extrañaba mi gorra.

Se acomodó en el lugar y volvió a cruzarse de brazos.

—Entonces... ¿somos amigos?

Me reí, y sentí unas ganas urgentes de besarle la frente para quitarle el ceño fruncido, más fuertes que casi cualquier otra cosa.

—Nunca vamos a ser amigos nada más, Rachel. Pero podemos fingir todo el tiempo que quieras. Te debo eso, por lo menos.

Suspiró y, cuando señalé la puerta, salió primera. Desde la recepción, apenas me había dado cuenta de que estábamos en

Nepal, pero una vez que salimos fue indiscutible.

Mis ojos querían ir para todos lados al mismo tiempo. Las banderas chillonas colgadas de las guirnaldas contrastaban con el cielo celeste brillante. El sonido del tránsito, de la gente y de los timbres de las bicicletas que pasaban resonaba por la calle abarrotada.

—¿Eso es...? —preguntó Rachel, mirando el toldo del edificio de al lado.

—¡Es un mono! —le dije.

La sonrisa que se le dibujó en los labios era deslumbrante y rompía con la barrera espinosa que nunca levantaba.

—¿No te pasa que de repente caes en la cuenta de lo increíble que es todo esto? ¿De la suerte que tenemos? —preguntó, bajando a la calle para cruzar.

La volví a subir de un tirón justo antes de que llegara a atropellarla una bicicleta. Cayó en mis brazos, y la sostuve un segundo más de lo necesario.

—Todos los días desde que llegaste.

Levantó la mirada hacia mí.

—El almuerzo —susurró.

Asentí y la solté. Cruzamos la calle con cuidado para llegar a la cafetería donde nos esperaban los demás.

—¡Llegaron! —exclamó Pax desde la mesa circular. Estaban Leah, Little John, Alex y Gabe, y Penna ocupaba el otro lado de la mesa con la pierna elevada sobre una silla vacía—. Ya les pedimos algo.

—Habríamos esperado, pero el avión sale en tres horas —explicó Leah con un gesto de disculpa.

—No hay problema. Gracias por ocuparse de lo nuestro —dije, ofreciéndole una silla a Rachel. Me observó con una buena dosis de escepticismo, pero se sentó antes que yo.

—Bueno, sé que tu nombre es Rachel... —empezó Alex, con los ojos clavados en ella.

Esto no iba a salir bien.

El tipo tenía un estilo grunge hasta la médula, con el pelo por los hombros y los ojos siempre un poco volados. También era uno de los únicos Renegades que tal vez fuera capaz de bajar en *snowboard* por esa cresta conmigo y no terminar muerto.

—Así es —respondió Rachel, jugueteando con el tenedor.

—Nos morimos de ganas de saber: ¿tú eres... *esa* Rachel? —inquirió Gabe, inclinándose hacia delante. Él era más presentable, pero le iba a dar un puñetazo en esa cara bonita si la miraba así un segundo más.

Mierda, ¿por qué no había hablado de este tema con ellos?

Rachel suspiró e hizo un círculo con el cuello.

—Soy yo: la maldición —dijo sarcástica.

—¿En serio? —Los ojos de Alex estaban por salirse de lugar.

—Totalmente. No tengo la más puta idea de por qué me dejaron venir siquiera. Seguro hago que nos caiga un rayo antes de que lleguemos al aeropuerto.

—¿Cómo puedes pensar una cosa así? —le pregunté, sin poder quedarme ahí sentado escuchando esa mierda.

—Ay, por favor —les ladró Penna—. Ella no es una maldición, carajo. Fue una estupidez de mi parte decir eso.

—No eres una maldición —le dije a Rachel. Detestaba que hubiera dejado que se le metiera eso en la cabeza. No era su culpa que yo

hubiera estado extremadamente distraído después de dejarla. La verdad, me merecía algo mucho peor por la mierda que le había hecho.

Llegó el almuerzo antes de que pudiera ahondar más en el tema. Tragué arroz, verduras y una especie de pollo al curri, consciente de que seguro iba a ser mi última buena comida por un par de días. Iba a necesitar abastecerme de carbohidratos para la semana que me esperaba.

—Bueno, ¿estás listo para hacer esto, Nova? —preguntó Alex—. Conozco solamente a dos *freeriders* de alta montaña que bajaron por esa cresta.

Rachel se detuvo en seco con el tenedor en el aire, a medio camino de su boca.

—Nunca en la vida estuve tan en forma. ¿Y tú qué me dices? —pinché a Alex.

Se levantó la camiseta para exponer su abdomen de piedra.

—Creo que voy a estar bien.

—Sí, bueno, avísame cómo te quedan esos abdominales a seis mil cuatrocientos metros de altura.

—¿Seis mil cuatrocientos metros? —preguntó Rachel con la voz más débil de lo normal.

Con solo verla, me di cuenta de que ya sabía, y no le divertía la idea. *Ni la impresionaba.*

—Si quieres hacer *snowboard* como los dioses, tienes que acercarte a ellos —respondió Gabe, y le chocó los cinco a Alex.

—Esperen, yo pensé que solo íbamos a ir a ver el campamento base del Everest —dijo Leah, mirando a Wilder con los ojos entornados.

Él se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes. Yo no voy a subir con ellos para hacer *snowboard*, solo para mirarlos desde el campamento avanzado.

—Ah, ¿no? —preguntó, claramente aliviada.

—No le da el nivel —dijo Rachel con calma—. Para lo que tienen planeado, no.

—¡Rachel! —exclamó Leah.

Una parte de mí quería jactarse de que supiera que yo era mejor que Pax, pero la mirada que tenía en los ojos me indicaba que no estaba de humor para eso.

—No, tiene razón —dijo Wilder—. A ver, sé hacer *snowboard*, pero esto de hacer *freeride* en la alta montaña está muy por encima de mis capacidades. Hasta yo sé cuáles son mis límites.

—¿Qué tanto nivel de peligro hay? —preguntó Leah.

—Bastante alto —reconocí.

—Leah me había dicho que querías andar en *snowboard* allá arriba, pero esperaba que mi intuición me estuviera fallando —me rogó Rachel—. Dime que no vas a tratar de bajar por la pared del pico de Shangri-La.

—Te prometí que nunca te iba a volver a mentir —respondí. Y no lo iba a hacer. No importaba lo mucho que doliera la verdad: a Rachel no le iba a decir otra cosa.

—Ni siquiera vamos a poder bajar tu cuerpo si te pasa algo —susurró.

Tenía razón. Si algo salía mal allá arriba, era el doble de peligroso tratar de bajar a un herido, pero tenía cero intenciones de morirme.

—Siempre me gustaron las montañas —dije con una sonrisa de costado—. Voy a estar bien.

—Eso no lo sabes.

El miedo evidente en la voz de Rachel me llegó más que cualquier otra cosa. La coraza espinosa y mordaz que tenía puesta todo el tiempo nunca me había intimidado, porque siempre supe lo que había debajo. De hecho, cuanto más afilada tenía ella la lengua, más dura se me ponía la verga. Pero alcanzar a ver un destello de esta Rachel, de la vulnerabilidad delicada que ocultaba con tanto recelo: esta era la Rachel que yo amaba, la que me desarmaba con una mirada o un roce.

—Hace un año que vengo entrenando para esto. Ya bajé por el monte Denali, por los Alpes y hasta me fui a Sudamérica para confirmar que estaba listo para esto —le aseguré—. Nada más necesito unos días en altitud, y después va a ser manejable.

A ver, claro que pasar tres meses al nivel del mar no me había hecho ningún favor, pero...

—Yo no voy a ir al campamento avanzado. Voy a bajar con Leah y Penna.

Ah, no. Eso sí que no.

—¿Qué? No. Tú matarías por formar parte de una cosa así, aunque solo sea dirigir desde el campamento. Ya sé que no puedes hacer *snowboard* ahí, pero tú te desvives por estas cosas. —La necesitaba ahí, mirando, apoyando, manteniéndome a raya.

—Lo último que necesitas es que esté allá arriba para distraerte. Un solo golpe de mala suerte...

—No. —Le sostuve la cara entre las manos porque necesitaba el contacto, por más que supiera que era probable que me sacara de un empujón—. *No das* mala suerte. Y más allá de toda la mierda que pasamos... Quiero que estés.

—Landon. —Cerró los ojos y me dejó afuera.

Le acaricié las mejillas con los pulgares hasta que se encontraron nuestras miradas.

—Además, lo voy a hacer mejor si estoy tratando de lucirme para una chica linda. No me puedo permitir caer de culo delante de ti.

Soltó el aire con una exhalación temblorosa. Se le hundieron los hombros, pero yo tenía bien claro que no estaba derrotada.

—Está bien.

Había ganado la batalla... por ahora. No tenía dudas de que íbamos a seguir con la misma discusión hasta el momento en el que yo empezara a subir por esa cresta.

—Bien.

Alex se aclaró la garganta, y tomé mucha conciencia de que estábamos teniendo un momento privado en público. Le solté la piel suave en el mismo segundo en el que ella se alejó.

—Bueno, ¿última charla antes de la misión? —preguntó Pax, deslizándome el archivo que yo había pasado los últimos seis meses compilando—. Ahora es tu espectáculo.

Y mierda que lo era.

Esa cresta era la razón de todo el entrenamiento que venía haciendo, y por fin había llegado el momento de poner en marcha el plan. Por supuesto, había diez mil cosas que podían salir mal. Pero tenía a Rachel conmigo, y eso sí que era un acierto, carajo.

CAPÍTULO 13
Rachel

LUKLA, NEPAL

—¿Me cambias? —le preguntó Landon a Little John una vez que llegamos a la altitud de crucero, la cual, ahora que lo pensaba, iba a ser nuestra altitud normal pasado mañana.

Little John me lanzó una mirada y, aunque le puse los ojos en blanco, asentí con la cabeza. En el avión solo entrábamos nosotros diez, uno de cada lado a lo largo de la cabina, con Pax y Leah al frente y, en el otro extremo, Bobby y otro camarógrafo, así que iba lleno.

—Por supuesto —respondió Little John, dejando libre el territorio precioso.

Se terminó la paz.

Landon se sentó y se puso el cinturón. Me volteé hacia la ventanilla y miré el paisaje que había más abajo. Nepal ya se estaba adentrando en el invierno, pero a esta altitud los campos seguían siendo verdes, con algunos tramos escalonados en terrazas y otros con una vegetación espesa. Adonde nos dirigíamos nosotros, la vegetación no sobrevivía.

Aunque, pensándolo bien, se suponía que los humanos tampoco.

—¿En serio vas a tratar de ignorarme? —preguntó.

¿Se podía saber cuándo iba a dejar de acelerarse mi corazón como respuesta a su voz?

—Estoy admirando la vista, nada más. Deberías hacer lo mismo. No es algo que veas todos los días.

—A ti tampoco te veo todos los días.

Uf. Como *esa* respuesta. La que hacía que se me estrujara el pecho, y que esas mariposas estúpidas e ingenuas se pusieran a bailar en mi estómago. Traté de matar a las mariposas y me volteé hacia Landon.

—Es Nepal. ¿Qué tan seguido tienes pensado volver?

Se encogió de hombros.

—Puedo venir en cualquier momento, tomarme otro avión y ver cómo pasa el suelo debajo de nosotros. Pero tú... Digamos que no tengo ningún control de dónde estás ni de cuándo te puedo ver. Así que te elijo a ti.

Pero no me elegiste. Apagué ese pensamiento. No nos iba a ayudar en nada volver a discutir lo mismo una y otra vez.

—Sabes lo imposible que es esto, ¿no? —le pregunté desde el otro lado del pasillo.

—¿Qué? ¿Que yo te esté hablando?

Casi suelto una risotada.

—No. Que trates de bajar por esa cresta. ¿Cuánto tiempo tenemos? ¿Una semana?

—Nos quedan seis días —respondió. Los ojos se le veían celestes en contraste con el gorro de lana gris que tenía puesto, y no tenían ni rastro de preocupación.

—Claro. Tuvimos suerte de que hubiera buena visibilidad para hacer este vuelo. ¿Qué vamos a hacer pasado mañana si no se puede llegar al campamento base?

—Tomarnos un día más para aclimatarnos a la altitud. Lukla está a dos mil ochocientos metros: un día extra no nos va a venir mal.

—Claro, pero ¿qué pasa si los helicópteros no pueden llegar a Pangboche? ¿Si no llegan a volar hasta el campamento base? ¿Y después al campamento avanzado? ¿Qué pasa si no se ve la cresta y se nos viene encima el mal tiempo?

—No puedo resolver un problema que todavía no existe, Rach.

Negué con la cabeza.

—Hay demasiadas variables y, en un viaje como este, no te puedes dar ese lujo.

—No puedo darme el lujo de no intentarlo. Estamos aquí. Justo coincidió todo con la semana que nos dio el programa para hacer excursiones optativas. ¿Qué hubieras preferido que hiciera? —Se lo veía tan relajado, tan tranquilo con el hecho de estar arriesgando la vida...

—Ay, no sé, a ver..., tal vez podrías volver cuando tengas todo el tiempo necesario para dedicarle a un viaje como este, en vez de meterlo a la fuerza justo cuando da la casualidad de que atracó el barco en la India, ¿no? No hay que tomarse una cosa así a la ligera.

Estar a seis mil cuatrocientos metros implicaba que una sola mala decisión, un solo resbalón, un solo segundo, podían acabar con él... y con cualquier posibilidad, por mínima que fuera, de llegar a sanar la grieta de nuestro pasado. Estar a seis mil cuatrocientos metros implicaba estar en un lugar adonde no llegaba la ayuda, y que ni

siquiera podría llevarle el cuerpo a la mamá..., si es que ella tenía idea de quién era yo.

Estiró el brazo desde el otro lado del pasillo, me abrió el puño que tenía cerrado y me acarició con el pulgar la hilera de marcas que me habían dejado las uñas en la palma de la mano.

—En este documental que hacemos, cada uno está buscando algo distinto. Esto es lo mío. Planeé todo para lograrlo, entrené para lograrlo y estoy preparado para lograrlo.

—¿Cómo puedes estar preparado si pasaste los últimos tres meses en un crucero?

—En este último año he pasado tiempo en Denali, en la cordillera Teton y en los Alpes. No soy nuevo en el *freeride*. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Bajé la mirada de sus ojos y quité la mano al recordar por qué él no había estado cuando yo conocí a Wilder. Tantas cosas habrían sido distintas si él hubiera estado ahí en un principio. Pero no iba a pensar en eso porque, si no podía dejar atrás el pasado, iba a arruinar todas las posibilidades que tuviera en el presente.

Eso era lo que me venía repitiendo a mí misma estos dos últimos años, y venía funcionando bien.

—¿Estás en forma? —pregunté.

—¿Quieres ver? —me provocó, y le apareció en los ojos esa chispa traviesa que siempre había amado. *Que siempre me había gustado. Nada de amor.*

—Paso, gracias.

—Entonces, te lo voy a tener que seguir ofreciendo.

—¿Te puedes tomar esto en serio, por favor? —le pedí.

—Yo me tomo en serio todo lo que tenga que ver contigo.

—No decía eso. ¿Alex? ¿Gabe? ¿Les da el nivel como para ir contigo? ¿Encontraste un piloto dispuesto a llevarlos tan alto?

Se le levantó la comisura de la boca.

—Cuidado. Si sigues haciendo esas preguntas, voy a pensar que te importa. —*Por Dios, me importa demasiado*—. Sí, sí y sí —dijo con un suspiro—. Si hubiera algún problema con algo de todo eso, no lo haría. Quizá sea un poco imprudente, pero no soy tonto.

—Ya veremos.

—Dios, cómo te extrañaba. —El anhelo de su voz hizo eco de la vocecita dentro de mi alma que no podía mantener amordazada.

El pasillo que nos separaba era demasiado espacio y, a la vez, no era suficiente.

Nos indicaron que nos prepararamos para el aterrizaje, ya que nuestro vuelo rápido de media hora estaba llegando a su fin. Enfoqué mi atención en el suelo que había más abajo. Las montañas se alzaban por encima de nosotros, hermosas, y tan amenazantes como la pista diminuta que estaba tallada en un costado de la piedra.

—Ah, mierda, ¿esa es la pista? —pregunté al ver un tramo pequeño de pavimento debajo de nosotros. Era la más corta que había visto en la vida.

—¡Es excelente! —exclamó Gabe desde la fila delante de la nuestra.

—Mierda —dijo Paxton.

—Me había olvidado por completo de que no te gustaba mucho volar —le grité a Wilder.

—En realidad, es una de las pistas más peligrosas del mundo —le dijo Landon a Gabe—. No es solo por la altitud: la pista te lleva

derecho contra la montaña si no frenamos a tiempo.

—¡Eso no ayuda! —le ladró Leah a Landon.

Él se limitó a reírse.

Miré hacia delante y vi a Leah sosteniéndole la mano a Wilder. Landon me ofreció la suya, y yo puse los ojos en blanco.

—Para asustarme a mí, se necesita más que un aterrizaje.

Negó con la cabeza, sonriendo, y yo me aferré a los apoyabrazos hasta que aterrizamos.

—Bienvenidos a Lukla —dijo el capitán mientras nos desplazábamos por la pista hasta detenernos.

—Dos mil ochocientos metros —dijo Landon.

—Quedan tres mil seiscientos —respondí.

—Esa es mi Rachel: siempre con la frente en alto. —Se puso pálido apenas le salieron las palabras de la boca, y se le pusieron los ojos redondos.

Necesitaba alejarme de él. Ya. Tomé mi mochila y me levanté, agradecida de que el pasillo se hubiera despejado y ya fuera mi turno de bajarme del avión.

—Sí, bueno, esa Rachel aprendió que también hay que bajar la frente y mirar para abajo. No ayuda quedarse mirando el cielo si no hay nadie esperándote cuando te caes.

—Rachel...

No contesté. Al contrario: me retiré, me escapé.

Al hacer el registro en el hotel pequeño donde nos hospedamos, elegí la habitación que quedaba más lejos de la suya.

En la cena, me senté en la otra punta de la mesa.

A la noche, cerré con llave la puerta.

Pero ¿cómo hacía para cerrar con llave mi corazón?

***

—¿Necesitas que te consiga una tetera? —preguntó Leah a la mañana siguiente mientras se sentaba a mi lado en un patiecito que había afuera del hotel. Era una mañana despejada y fresca, de unos diez grados. Solo iba a hacer más y más frío a medida que fuéramos subiendo a mayores altitudes el día de hoy. El campamento base rondaba el punto de congelación en esta época del año. Me apoyé contra mi mochila, preparándome mentalmente para enfrentar el día. El pavimento que teníamos debajo de los pies estaba hecho de adoquines rotos, y las banderas de colores que flameaban por encima de nuestra cabeza eran tan vibrantes como la manta sobre la que estábamos descansando, la misma que la del templo que habíamos visitado ayer. Había tomado cientos de fotos, intentando absorber cada detalle del pueblito que era la puerta de entrada al Everest.

—No necesito una tetera —le prometí—. Además, acordamos que esas eran para cuando salgamos a flote de nuestros problemas. Yo todavía sigo con el agua hasta el cuello.

Se puso un mechón de pelo detrás de la oreja y se acurrucó con las piernas debajo del cuerpo.

—Te compré una en Estambul. Pensaba dártela como regalo por no poder venir cuando te enfermaste. Pero creo que tal vez esto sea más apropiado.

Miré bien a mi mejor amiga, el color saludable de sus mejillas, la sonrisa que tenía siempre, el hecho de que solo tuviera las piernas tapadas porque hacía diez grados, y no porque tuviera miedo de lo que nadie pensara de sus cicatrices. Habíamos pasado por muchas teteras para traerla hasta este punto: demasiadas veces, yo no había

estado segura de si ella iba a salir de la depresión que la había hundido hasta el fondo cuando murió su novio de la secundaria.

—Me alegra que estés feliz —le dije—. En serio, de verdad. Lo que tienen tú y Wilder... —Negué con la cabeza—. Es algo precioso.

Extendió el brazo hacia mí y me apretó la mano.

—Yo quiero que tú también estés feliz. No me imagino lo que debe ser estar aquí cerca de Landon, pero me doy cuenta de que no estás feliz.

—«Feliz» es un término muy relativo —dije con una sonrisa forzada. Podía soportar a Landon (desgarrándome el corazón) si eso implicaba que Leah se quedaba aquí con Wilder.

—Basta. Basta de fingir. Basta de decirme que estás bien y de acceder a hacer cosas aunque no quieras porque crees que lo necesito yo. Ya no tienes que cuidarme. Estoy bien. Necesito que te concentres en ti misma. Dime la verdad.

Como si fueran algo tangible y físico, sentí que mis defensas se hacían a un lado. Leah y yo éramos demasiado cercanas para que le mintiera.

—Creo que tenías razón. No sé si alguna vez lo superé.

—Ya sé —dijo suavemente—. Estabas tan ocupada cuidándome a mí que creo que nunca te detuviste para procesar lo que había pasado. Él se fue, y a las pocas semanas ya estábamos en Dartmouth, y tú pasaste de sufrir por amor las veinticuatro horas a ser cuidadora las veinticuatro horas. —Se le arrugó la frente—. Fue pedirte demasiado.

—Nunca. —Le tapé la mano con la mía—. Eres mi mejor amiga, y lo único bueno que salió de todo lo que pasó con Landon. Tal vez tenía que ser así. Tal vez él tenía que dejarme para que yo te

encontrara a ti, y tú a Wilder. Tal vez es todo parte de un plan cósmico gigante.

—O tal vez... —Desvió la mirada.

—¿Tal vez qué?

Arrugó la nariz.

—Bueno, pero no me mates, ¿está bien? Tal vez tienes que estar aquí... con Landon. No digo que tengas que estar con él ni darle otra oportunidad. Nada más pienso que es verdad que este tipo te lastimó, y lo odio por eso, pero también lo fui conociendo en estos últimos meses, y el daño que tienes tú es el mismo que tiene él.

—Parece que la verga le funciona lo más bien.

—Sí, bueno, pero creo que esa es una forma de defensa. —La miré levantando las cejas—. No dije que estuviera de acuerdo. Mira, te quedan cinco días con él: sin clases y sin distracciones. Tal vez tienes que dejar de ahuyentarlo, dejar de escaparte, dejar de protegerte a ti misma. Tal vez tienes que aprovechar este tiempo y, o lo dejas en el pasado...

—O... —Entorné los ojos.

—O intentas dilucidar si hay un futuro.

—Leah —gruñí. Ella sabía mejor que nadie lo que él había hecho, las condiciones en las que estaba yo cuando nos conocimos.

—¡Ay, mira, ahí está Pax! —dijo con un entusiasmo excesivo cuando volvió a aparecer Wilder.

—Cobarde —musité.

—Nada más te estoy presionando como tú me presionaste a mí —dijo mientras se levantaba—. Aunque no quieras admitirlo, esto es lo que necesitas.

Hice una mueca mientras mi mejor amiga se iba con el amor de su vida, sin duda para meterse en otra de esas largas sesiones de besos en las que siempre se perdían.

Bueno, tal vez me daba envidia... No por Wilder, por supuesto, sino por la conexión. Poder tocar a la persona que uno amaba, abrazarla, saber que uno era más que una gratificación física.

Alcé la vista hacia el cielo, que estaba celeste radiante, y deseé que no fuera el rostro de Landon, el cuerpo de Landon, las caricias de Landon lo que se me venía a la mente cuando me imaginaba ese sentimiento. Sabía que Leah tenía razón, con la misma certeza con la que sabía que nunca había superado a Landon.

Pero, en cuanto a dejarlo entrar, era más fácil decirlo que hacerlo.

Mis instintos entraban en guerra apenas lo veía; se me activaba en el cuerpo una reacción de lucha o huida. Pero tal vez en serio era el momento de ver qué emociones había debajo de esa respuesta instintiva, si lograba aplacarla por el tiempo suficiente para verlas.

—¿Estás lista para salir, Rachel? —preguntó Little John desde la entrada.

—Creo que sí —respondí, poniéndome de pie.

Me rodeó el hombro con el brazo mientras caminábamos hacia donde se habían reunido los demás. Penna estaba de pie entre Gabe y Alex, apoyando el peso en las muletas. Bobby dirigía al camarógrafo, que anoche me había enterado de que se llamaba Mike, mientras Wilder, Leah y Landon hablaban con un grupo de sherpas.

—¿Cómo te está yendo con ese? Y no me vengas con mentiras.

—¿Crees en la maldición? —no pude evitar preguntar.

Se detuvo antes de llegar al grupo y me miró desde arriba.

—¿La que es sobre ti?

—Sí.

—No. Yo estaba ahí. Cuando volvió... —Echó un vistazo hacia donde estaba Landon—. Estaba hecho mierda, como esas torres de Jenga. Le faltaban demasiadas piezas. Estaba inestable, desconcentrado y poco prudente. No fue por ti, Rachel. Fue por lo que *te hizo* a ti, por las partes de sí mismo que dejó atrás. Creo que ninguno de nosotros se daba cuenta de todo lo que sentía por ti hasta que se convirtió en una sombra de lo que era. No eres una maldición. Eras su brújula, su estrella polar, su constante. Y de repente, no estabas más.

—¿Y ahora?

—Ahora depende de ustedes dos.

—Concentrémonos nada más en que salga vivo de Nepal, ¿te parece? —dije con un suspiro.

—Estás tú aquí. Nunca estuve menos preocupado por él. Digo, no por su seguridad, porque creo firmemente que, cuando te tiene cerca, debería esconder todos los objetos punzantes, pero volvió a ser el de siempre. Además, no he visto a ninguna chica...

—Te estás poniendo rojo —dije, riéndome. El hecho de ver a un tipo que medía un metro noventa y cinco y pesaba ciento treinta kilos sonrojándose como una niñita me hacía desternillarme de risa.

—Sí, sí. Cállate.

Landon se dio vuelta cuando me acerqué y se le empezó a dibujar una leve sonrisa en el rostro.

—Buen día. ¿Comiste bien?

—Sí, gracias por preguntar.

—¿Te sientes bien? —dijo, entrecerrando un poco los ojos.

Casi me río de nuevo por su escepticismo. Tal vez enterrar el hacha de guerra y soltar el enojo iba a ser más divertido de lo que había pensado en un principio.

—Perfecta. ¿Estamos listos para una caminata?

Asintió despacio con la cabeza.

—¿Tienes todo lo que necesitas? Este es el último lugar donde se pueden conseguir cosas.

Jalé de las correas de mi mochila con armazón rígido, agradecida con mi mamá por haberme sugerido que la llevara, además de las botas de *trekking* y de mi conjunto Patagonia para el frío. Bueno, sí, estaba agradecida de que mi mamá siempre se preocupara por todo.

Mierda, se lo iba a tener que admitir en algún momento.

Había comprado el resto de mi equipo en Katmandú.

—Estoy lista. Hoy hay una caminata de seis horas, ¿no?

—Sí, señora —respondió uno de los sherpas—. Vamos a llevarlos a Namche Bazaar.

—Rachel, él es Tashi, uno de nuestros guías —nos presentó Landon, acercándose a mi lado.

Fui conociendo a cada uno de los otros, y quedé encantada al instante por su sonrisa fácil. Nos despedimos de Penna, Little John y Bobby, que se subieron a un helicóptero para ir a nuestro siguiente destino. Wilder le preguntó a Leah si quería ir con ellos, pero ella insistió en que podía hacer la caminata.

Y qué caminata: más de nueve kilómetros de los paisajes más espectaculares que había tenido el privilegio de capturar en la vida. Apreté tantas veces la cámara que me felicité a mí misma por haberme acordado de traer dos baterías y tarjetas de memoria de

más. Sabía que lo estábamos haciendo por el ejercicio y para aclimatarnos a la altitud, pero igualmente me encantaba.

Pasamos por valles donde cruzamos puentes de cuerda adornados con banderas por encima de unos ríos caudalosos de aguas azules que resaltaban como un faro en medio del verdor.

—¿Nos agitamos un poco? —preguntó Landon, moviendo las cejas mientras tomaba las cuerdas con las dos manos.

—Ni se te ocurra —le dije con tono severo, pero riendo.

Se rio, amenazando con balancear el puente mientras me iba acercando a él. A cada paso que yo daba, él retrocedía uno.

—¿Es en serio? Sabes que te gano, ¿no? —pregunté.

—Yo puedo con una chiquita como tú —replicó.

—Basta, carajo. Si le pasa algo a Leah encima de esta cosa porque tú estás haciendo estupideces, te voy a hacer mierda —lo amenazó Wilder, que venía detrás de mí.

—¡Amargado! —le respondió Landon. Tras una sonrisa más, se dio vuelta para seguir a nuestros guías, con lo que me dejó riéndome y mirándole el culo increíble que tenía. ¿Qué tenían esos pantalones cargo que le resaltaban todo de la forma más perfecta?

Mira todo lo que quieras ahora, que en un rato va a estar todo tapado con el conjunto para la nieve.

El sendero estaba gastado, pero aun así era escabroso, y cuando me costó pasar por encima de una piedra por mi falta de altura, Landon me levantó y dejó la mano un ínfimo segundo de más. Algunas zonas eran como hacer una caminata por un bosque cualquiera, pero cuanto más subíamos, más se dispersaba la vegetación y se revelaba el paisaje. El sendero hacía zigzag como seis veces y, cuando cruzamos el puente más alto, fue muy

empoderante ver que unos trescientos metros más abajo estaba el que habíamos cruzado por la mañana.

Cuando paramos para almorzar, Landon se ocupó de que estuviéramos a la sombra para que yo no quedara al sol. Compartí con él uno de mis Pop-Tarts de fresa, que tenía meticulosamente racionados.

—¿En serio? —preguntó, tomando de mi mano el tentempié tan celosamente cuidado—. Pero si te encantan...

—Sí —respondí con una sonrisa.

—Bueno, entonces... —Se inclinó por encima de mí para quitarme el otro Pop-Tart y me empujó de espaldas al suelo cubierto de hojas.

—¡Ah, bueno! —dije, riéndome mientras me alejaba rodando. Se incorporó y le dio un mordisco al Pop-Tart mientras yo me sacudía la tierra de la camiseta—. Olvídate de que vuelva a convidarte algo.

—Nada más quería asegurarme de que todavía fueras Rachel y que no te hubiera usurpado el cuerpo un alienígena.

Y después guiñó el ojo.

No, no, no... La dulzura que me había estado invadiendo el pecho todo el día se deslizó más abajo, encendiendo un deseo que sabía que solo Landon podía satisfacer del todo. Tratando de quitarme esa sensación de encima, esbocé una sonrisa y devoré mi Pop-Tart.

Había un problema con enterrar el hacha de guerra y soltar el enojo con Landon: lo único que quedaba era la atracción demencial que sentía por él. Había una razón por la que siempre habíamos chocado, una fuerza que nos había juntado, más fuerte que el sexo y el amor... Era algo intangible que nunca sería capaz de describir... ni de encontrar con otra persona.

Solo con Landon.El enojo era seguro. Me mantenía protegida. Soltar esa arma de mi arsenal me dejaba vulnerable, y sabía que ese calor que me recorría todo el cuerpo no era por el sol que brillaba en lo alto.

Llegamos a Namche Bazaar a la hora de la cena. La pequeña ciudad estaba ubicada en una zona alta de las montañas pero por debajo de la línea de los árboles, y tenía bastante población como para contar con varias posadas a lo largo de las amplias y sinuosas calles de tierra. Los edificios eran todos de piedra, y la mayor parte del color lo aportaban las banderas que decoraban las calles y los turistas que iban a abastecerse antes de emprender el resto del camino hacia el Everest. Ahora el aire estaba cortante; tenía que buscar mi equipo de invierno hoy a la noche para el viaje de mañana.

—Tenemos que salir a primera hora de la mañana si quieres ver el campamento base del Everest —dijo Landon después de la cena, mientras bordeaba conmigo el exterior de la posada para acompañarme hasta mi habitación, que compartía con Penna.

—Me parece bien —respondí cuando nos acercamos a mi puerta. Dejé la mano apoyada en la manija rústica y, por primera vez desde que me había enterado de que él estaba a bordo, no estaba usando todas las excusas posibles para alejarme de él... porque no quería.

—Rachel... —dijo con voz suave, poniendo la mano apenas más arriba que la mía.

Giré la cabeza, pero no hablé, por miedo de lo que pudiera llegar a salir de mi boca. Por miedo a decirle lo herida que estaba todavía por lo que me había hecho, pero también por terror de decirle que igualmente lo quería.

Qué estúpida.

—Me alegra mucho que hayas venido. Ni soñando me imaginé que iba a poder tenerte cerca para hacer esto, pero, ahora que estás aquí, no puedo concebir hacerlo sin ti.

Hice lo que mejor me salía cuando se trataba de Landon: forcé una sonrisa, me retraje y corrí.

***

Saliendo del campamento base del Everest como punto de despegue, al día siguiente hicimos el resto del camino hasta el campamento avanzado en helicóptero. Me hubiera gustado tener ese día extra para aclimatarme y subir caminando el último tramo, pero no entraba en el cronograma. Landon había encajado un viaje de un mes en poco menos de diez días.

A este lugar le decían el trono de los dioses y, ahora que estaba aquí, lo entendía a la perfección. Ningún mortal tendría que poder sobrevivir demasiado tiempo aquí. Unas cumbres afiladas se alzaban sobre nosotros, y la del Everest era la más imponente de todas.

Aquí había una fina capa de nieve en el suelo, un indicador del invierno que se acercaba, pero sabía que solo se iba a volver más profunda a medida que subiéramos por la cresta.

Me escondí mientras los sherpas le mostraban el campamento a Landon. Miré desde cierta distancia mientras él exploraba la base de la cresta cubierta de nieve.

Suspiré con alivio una vez que estuvieron armadas las tiendas de campaña y me pude agachar debajo del exterior frío de mi escudo naranja chillón de The North Face.

—Te estás escondiendo —me acusó Leah cuando se metió a mi lado mientras acomodaba su bolsa de dormir dentro de la tienda de las chicas, como le decíamos.

—Nada que ver —objeté—. Me estoy aclimatando en privado.

—Te estás escondiendo —repitió.

—¿Cómo están las cosas afuera? —pregunté, jugando con la cremallera de mi parka. Hacía una temperatura agradable de menos cinco grados, pero sabía que iba a caer en picada apenas se pusiera el sol.

—Se viene el mal tiempo. Pero dicen que va a ser una tormenta corta.

Si había algo que no me daba paz y serenidad, era escuchar la palabra «tormenta» sentada a cinco mil quinientos metros de altura en medio de los Himalayas.

Como si necesitara venir a confirmar mi peor miedo, Wilder nos invadió la tienda. Cuando ni se molestó en hacerle ojitos de bebé a Leah, supe que algo estaba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó Leah.

—Va a ser intenso —dijo, y se le endureció el rostro—. Tengo que mandar el helicóptero de vuelta para abajo. No puedo permitirme esta paliza, y quiero que tú te subas.

—No —contestó—. Tiene que ir Penna. Se le va a inflamar la pierna a esta altitud. Bájala a ella.

—Está bien, pero la acompañas —dijo, tensando la mandíbula.

—No —repitió, sorprendiéndome con la fuerza detrás de su voz—. Penna va a necesitar ayuda. Tienes que mandar a Little John.

—Es que... —Negó con la cabeza—. Con el peso límite del vehículo, él vale por dos personas.

—Bueno, entonces mandas a Penna, a Little John y a Little John —respondió.

Wilder me arrojó una mirada con ojos suplicantes.

—No me mires a mí. Fuiste tú el que la transformó en esta bocona. Era dócil como un corderito cuando te la mandé.

Inspiró hondo y soltó el aire despacio.

—Está bien. Pero vas a dormir conmigo.

—¡Pero Rachel se va a quedar sola! —protestó Leah.

—Créeme: estoy más que feliz de estar sola. Muy sola. Solísima. Sin nadie. Contenta de pasar un rato conmigo misma —respondí.

Leah hizo una mueca y maldijo, pero al final accedió.

No supe lo mucho que me iba a arrepentir de esa decisión hasta que empezó a caer la nieve y bajó drásticamente la temperatura.

Ahí me quedé sola en serio.

Solísima en serio. Sin nadie.

Y muerta de frío.

CAPÍTULO 14
Rachel

CAMPAMENTO AVANZADO, NEPAL

Un frío que nunca había conocido me invadió hasta la última célula del cuerpo, hasta que ya no me acordaba de la última vez que había tenido calor.

Hacía horas que bramaba la tormenta y, aunque ya no se oía el crepitar de la nieve al golpear la tienda, era imposible ignorar el rugido del viento. Me metí más adentro de mi bolsa de dormir, me tapé la nariz con la tela de nailon y me di calor con mi respiración.

Se oyó un murmullo en la tienda y me incorporé, mirando fijo la puerta mientras se abría la cremallera, caía nieve dentro, y se metía a los tropezones una figura enorme. El miedo súbito que sentí se apagó en el segundo que tardé en reconocer el abrigo de Landon cuando cerró la tienda.

—Perdón —murmuró después de bajarse el cuello polar que le tapaba la nariz y la boca—. ¿Por qué no me dijiste que estabas sola aquí dentro? Me lo tuvo que decir Pax cuando vino a nuestra tienda a buscar más provisiones. —Se quitó el gorro y el cuello polar y los arrojó al suelo, donde antes estaba la bolsa de dormir de Leah.

—N... n... n... no importaba —tartamudeé entre escalofríos.

—Cómo no va a importar —ladró, quitándose el abrigo—. Estás tiritando, y seguro te estás congelando. ¿Cómo mierda se iba a enterar alguien?

—Estoy b... b... b... bi... bien —atiné a decir.

—Sí, se nota. —Un instante después, sus pantalones de nieve estaban en el suelo junto a su abrigo, y él quedó nada más que con los pantalones transpirables livianos que usaba debajo y una camiseta ajustada de manga larga—. Muévete —me ordenó mientras se arrodillaba al lado de mi bolsa de dormir.

Tenía demasiado frío como para discutir.

Abrió mi bolsa de dormir, y yo solté un grito ahogado cuando sentí el impacto del aire más frío. Pero entonces se metió conmigo y cerró la bolsa detrás de él.

El calor (un calor dulce y maravilloso) me pegó primero en el rostro cuando me rodeó con los brazos, abrazándome contra su pecho. Me quedó la mejilla apoyada en su cuello y absorbí su aroma a cedro. Se las arregló para pasar una pierna por encima de las mías hasta que quedé completamente rodeada por él.

—Mierda, Rachel. Estás hecha un bloque de hielo.

—Hace frío aquí. —Ya no tartamudeaba.

—Me di cuenta mientras escarbaba en la nieve para llegar hasta ti. —Apretó más fuerte los brazos, y su abrazo se sentía tan pero tan bien.

—No tendrías que estar aquí —dije, expresando la última defensa de mi cerebro mientras mi corazón le decía que se callara. Todas mis terminaciones nerviosas estuvieron de acuerdo mientras saboreaban su calor.

—En realidad, también se ofrecieron Gabe y Alex —confesó. Me puse tensa.

—Pero te arriesgaste a salir a la tormenta y te sacrificaste por el equipo, ¿no?

Me frotó la cabeza con el mentón.

—Quise ser más maduro y darte un poco de espacio, pero la idea de que te abrazara uno de ellos... —Tragó saliva—. No pude. Perdón, ya sé que esto no es lo que quieres en realidad.

Me relajé por completo, y mis músculos abandonaron la guerra que nunca habían querido librar. Estaba equivocado, tan pero tan equivocado... No había nadie en todo el mundo con quien prefiriera estar abrazada más que con Landon.

Pero eso no era algo que yo fuera capaz de admitir, sobre todo porque decirlo era el equivalente a bajar el puente levadizo para que él lo cruzara, se metiera directo en mi corazón y lo pisoteara.

Estiró la bolsa de dormir para poder mirarme a los ojos.

—¿Qué estás pensando?

—Nada que pueda decir —susurré.

Levantó la mano y me quitó suavemente el pelo del rostro, acariciándome la mejilla con el pulgar.

—Bueno. Entonces hay que darte calor, nada más. Mañana podemos volver al punto muerto en el que parece que estamos.

—Trato hecho —accedí—. Además, tienes cosas más grandes de qué preocuparte.

—No sé si estoy tan de acuerdo —dijo, volviendo a acomodarme debajo de su mentón para darme todo el contacto piel a piel que fuera posible sin quitarnos la ropa.

¡Quítate la ropa! ¡Toda la ropa!, me exigió mi demonio interior, hambriento de sexo.

Le dije a esa cachonda que se dejara puestos los pantalones y se conformara con esto, lo cual era mejor (y más peligroso) que cualquier cosa que hubiera imaginado volver a conseguir jamás. Landon me dejaba sin aliento cuando lo veía, pero estar abrazada con él era otro nivel de tortura. Era embriagador y, si yo no mantenía un autocontrol bien firme, iban a pasar cosas imprudentes, increíbles e *irremediables*.

—Detrás de mí hay una cresta de seis mil cuatrocientos metros de alto que está esperando que vayas con tu tabla. Para mí, eso es más grande.

Me enterró la mano en el pelo y lo recorrió, abrazándome contra él.

—Para mí, no. *Uf*, casi me había olvidado de lo perfecto que encajas contra mí. Mierda. Distráeme. Habla de cualquier cosa.

—¿Como la tormenta de nieve enorme que hay allá afuera? —me burlé, con cuidado de no moverme contra él.

—Es bastante chica, te juro. Los últimos que hicieron esto tuvieron que pasar por una de diez días. Yo creo que podemos con una sola noche.

—Habla por ti.

—Cuéntame de tu trabajo de investigación. ¿En serio vas a ir a buscar tu orfanato? ¿O es algo más que eso?

Le pasé la nariz por la garganta, sin poder contenerme.

—No estoy segura... Quiero verlo, saber de dónde vengo. Juro que no estoy haciendo una búsqueda delirante de mis padres biológicos.

—Nunca pensé eso.

—Nada más quiero entender la necesidad... Qué es lo que hace que esas madres abandonen a sus bebés. ¿La desesperación? ¿La pobreza? ¿La cultura? ¿La esperanza de una vida mejor?

—¿Sí a todo? —sugirió Landon, con una voz grave y reconfortante a un nivel que me calmaba las grietas del alma—. ¿Y qué pasa si no encuentras una respuesta que te convenza? ¿Si no te gusta lo que encuentras? ¿También dejaste lugar para esas posibilidades?

—Creo que sí —dije, asintiendo con la cabeza—. No tengo ninguna expectativa, más allá de verlo, de sentirme conectada de cierta forma. Siempre hubo una parte de mí que se sintió desconectada, y tal vez espero que el hecho de encontrarlo me ancle de alguna manera.

Nos quedamos en silencio por un momento, en el que el único sonido eran las ráfagas de viento y el golpeteo inalterable de la nieve al caer sobre la tienda.

—Está bien. Te voy a llevar.

—¿Qué? —pregunté, alejándome de nuevo—. No hace falta.

Una leve sonrisa le levantó las comisuras de esos labios hermosos.

—Si me dejas, me gustaría estar presente. Lo arruiné todo hace un tiempo.

Era verdad. Yo lo sabía, y él también. Pero, envuelta en sus brazos como si fuera una cosa preciosa, de pronto sentí que eso había sucedido en otra vida... y, a la vez, que nunca nos habíamos separado.

Todo era familiar y nuevo al mismo tiempo. Su aroma era el mismo, los matices de su piel no habían cambiado a pesar de esa colonia que de algún modo todavía tenía pegada en la ropa. Su voz todavía se deslizaba por mis nervios como la seda, sus ojos eran del

mismo tono pardo, siempre cambiante, que me tenía cautiva. Sus manos me sostenían el rostro con la misma ternura, mientras que la fuerza de sus brazos no había hecho más que aumentar.

Era mi Landon por debajo de todo ese Nova, solo que diez veces más... de todo.

—Rachel —susurró—. No me mires así.

—¿Así cómo? —pregunté, aunque tenía clarísimo lo que quería decir.

—Como antes.

Como si no hubiera dos años de traición, dolor y dificultades entre nosotros.

No me salía la voz, no encontraba palabras para expresar el revoltijo de emociones que se estaban chocando unas contra otras en mi interior. Se encontraron nuestros ojos y, entre nosotros, flotaban unas emociones no dichas.

En ese momento, supe que no importaba quién le hubiera hecho un mal a quién. Quién se había ido, ni quién había pagado el precio. No importaba cuántos años hubieran pasado, ni cuántos *fueran* a pasar. Esta conexión intensa que nos ataba iba a estar siempre. Enterrada, quemada o desgastada, pero nunca destruida.

Landon siempre me iba a llamar.

Bajó la mirada a mis labios.

—Dime que no —dijo.

—Landon —dije suavemente, poniendo las manos entre los dos para empujarlo del pecho.

—Dime. Que. No.

Abrí la boca, pero no salió nada y, aunque les ordené a mis manos que lo empujaran, se pusieron a acariciar suavemente las líneas de

su pecho.

—Rachel —suplicó, pero no le contestaba porque no podía.

Me acarició las mejillas con los pulgares, y vi el instante en el que sus ojos pasaron de estar conflictuados a decididos.

Su boca encontró la mía, y de pronto me sentí en casa.

Su beso era suave y gemía mientras se movía, enterrándome las manos en el pelo al tiempo que me acariciaba los labios con los suyos. Unos besos lentos, pausados, me atacaron todos los sentidos, me hicieron olvidar dónde estábamos... y qué año era.

Su lengua coqueteó con la línea de abajo de mi boca, y la abrí para él. Me la metió adentro como si nunca se hubiera ido, con un sabor y unas caricias totalmente abrumadoras, mientras me llenaba las grietas del alma que él mismo había abierto en un principio. Me hizo sentir completa por primera vez en más de dos años.

—Rachel. —Suspiró y dijo mi nombre de nuevo antes de inclinarme la cabeza para poder meter la lengua más adentro. Nuestras lenguas se deslizaron y se frotaron una contra la otra, y todo lo que había quedado en el olvido volvió con una claridad impresionante.

Esto... No había palabras para lo que me generaba, para cómo se encendían y cobraban vida todas mis terminaciones nerviosas mientras nuestros cuerpos entraban en contacto en el espacio compacto. Mientras mis manos se deslizaban por su pecho para aferrarse a su nuca, una mano suya me rozó toda la espalda hasta llegar a mi cadera y la abrazó.

Dios, esto era lo que extrañaba. Los pocos tipos a los que les había permitido besarme habían sido buenos, pero nunca habían tenido este efecto sobre mí, nunca me habían derretido con un solo

beso, nunca habían bloqueado al mundo que nos rodeaba con un simple movimiento de su lengua.

Solo Landon.

El calor me puso roja la piel, me recorrió las venas, despertando hasta las partes más dormidas de mí —las que pedían a gritos por él, suplicaban que le enroscara la pierna por encima de la cadera— las partes que yo había hecho todo lo posible por matar.

Besaba increíble.

Porque ha tenido práctica de sobra.

Porque se había ido.

Porque yo no era suficiente para él.

Ahora se llamaba Nova, debido a la puerta giratoria en la que se había convertido su cama. Su boca. Sus manos tenían mucha práctica en dar placer, y su corazón ya me había educado en el arte de romper corazones.

Arranqué mi boca de la suya.

—No.

—¿Rach? —preguntó, alejándose al instante.

—No podemos. No puedo. No... —Levanté la vista para mirar esos ojos pardos, que ya estaban algo verdes de deseo, e hice la única cosa que juré que nunca iba a hacer: dejar que me dominara el miedo—. No quiero.

Hizo una mueca de dolor, y sentí un pinchazo de ira que se impuso por encima de las ganas que controlaban mi cuerpo. ¿Quién mierda se creía que era para mostrarse dolido?

—Está bien —dijo con suavidad, asintiendo mínimamente con la cabeza—. ¿Quieres que me vaya?

¿Quería? No tenía la necesidad inmadura de irme enojada, de salir corriendo como la niña que había sido cuando me dejó, pero tampoco podía seguir.

—No —contesté—. Es que... no puedo.

—Entiendo.

—¿Sí? —Mis manos se alejaron, pero, dentro de los confines de la bolsa de dormir, solo llegaron a descansar en medio de los dos.

—No quiero. Quiero darte besos hasta que te olvides de lo que hice y de las cosas que he hecho después, pero hace rato que perdí ese derecho. Así que, si contigo tengo que empezar por aquí, me conformo con esto. Es muchísimo mejor que lo que pensé que iba a lograr. —Solté un bostezo enorme, un recordatorio de que el cansancio seguía siendo un problema. Finalmente, el calor decantó en todas las partes de mi cuerpo después de pasar horas con un frío que me calaba los huesos, y mi cuerpo ya estaba listo para apagarse —. Duerme un poco. Te prometo que voy a ser todo un caballero. —Dejé escapar una risa por la nariz—. En serio. Duérmete y yo te abrazo.

Mis opciones eran dormirme tiritando o elegir al reactor nuclear que se había metido en la cama conmigo.

—Está bien. Pero solo por hoy.

—Solo por hoy —afirmó, pero podría haber jurado que lo oí murmurar «Por ahora». Tomó aire bruscamente cuando traté de ponerme cómoda—. No te muevas tanto, ¿puede ser? Ya están bastante duras las cosas.

Se me abrieron los ojos de golpe cuando me di cuenta de que la tenía dura como una piedra contra mi cuerpo.

—Perdón —murmuré mientras ejecutaba el giro más incómodo de la historia dentro de ese espacio apretado para darle la espalda.

—Eso no ayuda —se quejó cuando le apoyé el culo.

—¿Quieres que me mueva? —propuse, sabiendo que tenía que haber una bolsa de dormir de más en algún lado.

—No, lo que quiero es que *pares* de moverte.

Se me dibujó una sonrisita en el rostro. Por lo menos, todavía tenía el poder de moverle algo. Aunque, la verdad, seguro que la mitad de las chicas del barco se lo habían *movido*.

—Bueno —dije con otro bostezo mientras me llegaba el sueño.

—Duerme un poco —me indicó otra vez.

Mis párpados estaban de acuerdo.

—No significó nada —dije, con palabras lentas y pesadas mientras se me acompasaba la respiración—. El beso —agregué, por si no había entendido lo que decía.

—Para ti, tal vez —dijo con calma, dándome un beso en el pelo mientras me envolvía la cintura con el brazo.

—¿Para ti? —pregunté mientras el mundo se oscurecía y me quedaba dormida.

—Todo —dijo en mis sueños.

CAPÍTULO 15
Landon

LOS HIMALAYAS

—Pero qué suerte tienes, eh —dijo Pax mientras miraba la cresta. Estábamos de pie, lado a lado, con todo el equipo puesto, y yo llevaba la tabla atada a la espalda. Además, yo tenía crampones para escalar en hielo enganchados a las botas, y Pax definitivamente no.

—¿En qué sentido? —pregunté mientras se me iban los pensamientos a la imagen de Rachel hoy a la mañana, acurrucada contra mí, como debía ser. La había besado y, durante esos segundos inusitados y preciosos, me había dejado... y me había devuelto el beso.

Dios, su sabor era el de los días de verano en medio de enero, la esperanza, el hogar, y todo lo que venía buscando desde la última vez que la había besado. Pero después se alejó, y no la culpaba.

Yo tampoco confiaría en mí.

—En el sentido de que te tocó un día de buen clima con treinta centímetros más de nieve fresca allá arriba —aclaró Pax.

—Ah, sí, eso —dije, asintiendo.

—No hagas eso —me reprochó, cruzándose de brazos.

—¿Que no haga qué?

—No te distraigas. Hoy, no. Sé bien dónde pasaste la noche, y lo entiendo. Leah me volvió más loco que la mierda. Pero tú y Rachel... —Negó con la cabeza.

—Estoy bien.

—Ella no era la maldición. Lo sabes, ¿no? —preguntó.

Miré hacia donde estaba Rachel de pie al lado de Leah con los mechoncitos cortos de pelo negro asomados por debajo de su gorra de *snowboard* de marca Jones.

—Era yo —respondí con voz queda.

—Eras tú —coincidió—. Yo la traje aquí y, la verdad, me alegra que hayas sobrevivido una noche al lado de ella sin terminar lleno de zarpazos, y no digo del tipo sexual. Pero no te puedes distraer; hoy, no. Justo ahora, con seis mil cuatrocientos metros de altura tratando de matarte, no. ¿Me entendiste?

Le di unas palmadas en la espalda para demostrarle que entendía.

—Yo también te quiero, hermano. Entrené para esto, estoy tan aclimatado como me es posible, y me encantaría que vinieras conmigo. Puedo hacerlo.

Inspiró hondo y exhaló con un resoplido de vapor.

—Está bien. Pon en marcha el helicóptero y sube a esa cresta. Hoy es el único día que vas a tener.

—Entonces, hoy es mi día.

Hicimos las últimas preparaciones mientras el piloto hacía el chequeo previo al vuelo. Eran las once de la mañana y el cielo tenía un color celeste intenso, pero yo sabía que mañana iba a ser otra cosa.

Y, si tardábamos más, se nos iba a ir el barco, así que hoy era mi única oportunidad. Bobby revisó las GoPro torpemente con los dedos envueltos en unos guantes muy gruesos, y nos dijo que estuviéramos atentos para no salir hasta que el biplano pequeño que habían alquilado estuviera pasando la cresta.

—Saben que el helicóptero no aguanta esa altitud mucho tiempo, así que más les vale bajar apenas toque la cresta —nos advirtió Bobby.

—Perfecto —le aseguré cuando vi que le aparecía en el rostro el mismo miedo que tenía Pax. Parecía que todos estaban con los nervios de punta menos Gabe, Alex y yo. Pero tal vez estábamos tapados por la adrenalina. El cuerpo humano es espectacular.

Cuando nos dirigíamos al helicóptero, Rachel dijo mi nombre.

—Vayan —les dije a los chicos.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando estuvo tan cerca que podía besarla.

Se apretó el labio de abajo con los dientes por un instante.

—La nieve fresca hace que sea más peligroso, en realidad. Es más fácil que el hielo para hacer tracción, obvio, pero...

—Es más propensa a las avalanchas —concluí.

—Eso. Fíjate bien en las líneas, y cuidado con la nieve suelta. Esa línea de la izquierda parece la más segura, pero sé que vas a mandarte por la grande de la derecha.

—Qué ganas de darte un beso —dije con una sonrisa tan amplia que por poco se me resquebrajaron los labios en las partes donde la altitud ya había hecho estragos. La nieve suelta (la que iba a arrastrar hasta abajo conmigo) siempre era motivo de preocupación,

pero sobre todo después de que una tormenta de nieve hubiera amontonado polvo de nieve en una arista helada como esa.

—¿Qué? De ninguna manera.

—No dije que lo iba a hacer; dije que tenía ganas. —Tuve que usar toda la fuerza de voluntad que tenía para dejar las manos colgando a los costados del cuerpo y no extenderlas hacia ella.

—Ese beso no significó nada. —Se levantó las gafas de sol, como si, al mirarme arqueando las cejas, fuera a convencerme de que lo decía en serio.

—Está bien —me burlé.

—Landon —me advirtió.

—Bueno, si me muero, por lo menos va a ser con tu beso en los labios.

Se le pusieron los ojos muy redondos y balbuceó:

—No... ¡No es gracioso!

—Tranquila, Rachel —dije entre risas—. No va a pasar nada, menos ahora que sé que me espera esto abajo.

—Eh, Casanova, ¿te vas a subir o no? —me llamó Alex por la radio.

Se le endureció la mirada, y tuve el impulso de darle una patada en el culo a ese imbécil por recordarle a Rachel en qué me había convertido.

—Tendrías que ir, Nova —dijo con voz queda.

—¿Me haces un favor y te ocupas de la radio? Sé que ya volvió Little John, pero siempre fuiste la mejor para elegir una línea limpia.

Se quedó parpadeando y se ablandaron apenas sus defensas, pero con eso me bastaba.

—Está bien.

—Nos vemos en un rato, Rach.

Cuando me di vuelta para ir hacia donde el helicóptero levantaba una pequeña tormenta de nieve, exclamó:

—¡No significó nada!

—¿A quién quieres convencer? ¿A mí o a ti? —le grité por encima del rugido de los rotores.

No se me borraba la sonrisa cuando despegamos unos minutos después, lanzándonos al cielo a pesar del aire enrarecido. Habíamos contratado a la única empresa de Nepal tan estúpida como para arriesgarse a volar por diversión a esta altitud, pero ni ellos nos iban a llevar hasta la cima de la cresta.

El mundo se fue disipando debajo de nosotros a medida que se iba acercando la cresta, y me subió la adrenalina. Aquí arriba no había lugar para el miedo: solo para la precisión, el instinto y las agallas. El miedo y la indecisión te mataban.

—Es allá —dijo el piloto con un acento muy marcado cuando nos acercamos al lugar de aterrizaje en el punto más alto de la cresta al que podía llegar—. Tienen que salir rápido. No puedo mantenerme en el aire a esta altitud.

—Perfecto —dije.

Abrimos las puertas y nos desabrochamos los cinturones para prepararnos.

—Ahora —indicó.

Saltamos.

Era un salto de menos de un metro, y clavé bien las botas para lograr el equilibrio. En cuestión de segundos, el helicóptero bajó por el otro lado del filo de la arista, donde el aire era más denso.

—¿Están todos bien? —pregunté mientras los chicos se acomodaban.

—Aquí —respondió Alex.

—Sí. —Gabe asintió con la cabeza y luego miró hacia abajo al mismo tiempo que yo para ver el ángulo perfecto de cuarenta y cinco grados que se inclinaba a los dos lados. Un paso en falso, y no bajábamos andando. Bajábamos rodando.

—En fin, ahora no nos queda otra que bajar —bromeó Alex.

—¿Lo estás dudando? —pregunté, bajándome las gafas para que el viento no me atacara los ojos. Con el helicóptero solamente habíamos subido novecientos metros más, pero podía sentirlo en el ardor de mis pulmones.

—*Nah*. Igual, daría lo mismo —bromeó—. Digamos que ya estoy comprometido.

Pero qué lugar para estar comprometido. Nos tomamos un instante para mirar a nuestro alrededor, y el paisaje nos quitó el poco aliento que nos había dejado la altitud. Cubiertos de una capa blanca de nieve fresca, los Himalayas se extendían ante nosotros en un despliegue de una perfección alucinante.

—El trono de los dioses —murmuró Alex.

Asentí con la cabeza, demasiado abrumado para decir nada. ¿Cómo iba a decir algo, cuando delante de mis ojos se alzaba el mismísimo Everest? Esto era algo del mundo de los sueños..., de las leyendas.

Llevé la mano a la radio que colgaba entre mi hombro izquierdo y mi cuello y apreté el botón con mis guantes gruesos.

—¿Rachel?

Siguieron unos segundos de estática antes de que respondiera.

—Aquí estoy. ¿Están bien?

—Sí. Me encantaría que vieras esto.

—¿Es todo lo que habías soñado? —Su voz sonaba como si estuviera a kilómetros de distancia y, a la vez, nunca la había sentido tan cerca.

—Es perfecto. —*Porque tú también estás aquí.*

Tal vez era el aire enrarecido lo que me había aclarado la mente, pero estaba repleto de una certeza que siempre había sentido únicamente con los retos.

La iba a recuperar. No solo su amistad. Su corazón. Su amor.

Tal vez no fuera digno de nada de eso en ese momento, pero podía llegar a serlo. Podía hacer un esfuerzo por ganármela.

—Me alegra escuchar eso —dijo, y me hubiera gustado que oyera mis pensamientos, mi resolución, pero sabía que no estaba lista para eso. La iba a asustar si decía algo.

Llegó la voz de Pax por la radio.

—Ya tendrían que arrancar.

Por poco me río. A seis mil metros de altura, con trescientos más por escalar, yo seguía con Rachel en la cabeza.

—Saliendo —dije—. ¿Están listos?

—Te seguimos —dijo Alex, señalando hacia arriba por la cresta. Pasó la cuerda y se enganchó Gabe, y después yo. Si se caía uno, lo podíamos atajar. Si eran dos, digamos que... probablemente no.

Me acomodé el cuello polar alrededor de la mitad inferior del rostro para aislarme del viento y empecé la subida larga, fría y empinada por la cresta. En algunos lugares quedamos enterrados en la nieve hasta las rodillas, en otros hasta los tobillos, mientras nos abríamos camino con la respiración agitada.

Tal vez no estaba tan aclimatado como pensaba.

Como sabía a qué tenía que estar atento, me hice una revisión rápida. No tenía mareo, ni dolor de cabeza, ni problemas de visión..., nada más estaba luchando por respirar donde no había aire.

Dos horas después, llegamos a la cima.

—A. La. Mierda —dije, respirando entre palabra y palabra mientras apoyaba el culo en el único trozo de piedra descubierta que encontré. Buscamos las botellas de agua e hicimos lo mejor que pudimos para hidratarnos durante la siguiente media hora mientras recuperábamos el aliento y nos preparábamos, comentando las líneas.

—Esta no me convence —dijo Alex—. Vi una línea espectacular un poco más atrás.

—Ve por la que te resulte más cómoda —dije mientras me quitaba los crampones y los guardaba en la mochila, listo para ponerme la tabla. Entonces recorrí con la mirada la línea por la que había venido hasta aquí—. Puede que necesite que me den cuerda en esta primera parte.

—Sí, yo lo hago —se ofreció Alex—. ¿Gabe?

Miró hacia abajo y se estremeció.

—¿A cuánto creen que está eso? ¿A sesenta grados?

—Sesenta y cinco —respondí.

—*Mieeeeerda* —arrastró la palabra—. Bueno, se ve totalmente épico.

—Épico no se nace, se hace —respondí.

—Voy contigo. Alex, ¿estás bien solo?

—Sí, yo puedo —respondió Alex, que ya estaba pasando las cuerdas por su arnés.

Apreté el botón de la radio.

—¿Rach?

—Aquí —respondió, y su voz era mejor que una bocanada de oxígeno—. ¿Estás aguantando bien?

—Sí. Ya descansamos, y creo que estamos listos para lanzarnos. Me tienta la línea de la izquierda del *rider*.

Llegó su risa por la radio.

—Era obvio. Está bien, que sea la de la izquierda del *rider*. Ojo con ese canal lateral; aléjate, hay un acantilado que te puede bloquear.

—Entendido. Estamos enganchando la cuerda de seguridad. Los primeros diez metros más o menos parecen peligrosos.

—Totalmente —dijo Pax a través del otro equipo—. Tú eres el único capaz de elegir una línea que prácticamente haya que bajar haciendo rapel.

—Sí, bueno, eso es lo que hacen los hombres de verdad —bromeé.

—Cállate la boca. Y ten cuidado, carajo —terminó en tono serio.

—Entendido.

Me puse la tabla al mismo tiempo que Gabe, pasé la cuerda por el arnés y recé mientras esperaba a que estuviera listo Alex.

Nos quedamos atentos al avión pequeño que llevaba al equipo de filmación y, cuando se acercó, les hice un gesto con la cabeza a los chicos.

Y entonces salí.

Mis giros eran lo más cerrados posible, y avancé poco y nada en horizontal mientras bajaba por la parte más empinada de la pendiente, bloqueando de mi mente todo lo que no fuera la nieve que tenía debajo y la roca que tenía encima. Cada vez que saltaba

en el aire y pivotaba la tabla, me daba un vuelco el corazón, consciente de que tal vez no encontrara apoyo cuando aterrizara.

—Llegando al final —dijo Alex a través de la radio mientras se tensaba la cuerda.

Encontré el pequeño tramo aplanado donde terminaba la pendiente más pronunciada y apreté el botón de la radio.

—Suelto cuerda.

Me desenganché y me quedé ahí mientras Gabe bajaba por el mismo camino. El aire entraba de a bocanadas, y mis pulmones se desesperaban por recibir un oxígeno que no había. El sudor me bajaba por la columna como un río helado; el torso se sentía como un puto horno. Sabía que no tenía que desabrocharme el abrigo, pero eso no quería decir que no ansiara encontrar una manera de enfriarme que no me fuera a matar.

Gabe derrapó un poco mucho para mi gusto, con lo que arrojó bastante nieve suelta por la cara de la montaña.

—Vamos, vamos —lo alenté con un susurro, y aguanté la respiración cuando su último derrape estuvo cerca de convertirse en una caída.

Toda esta puta pendiente era una zona en la que estaba prohibido caerse.

Por fin llegó a mi nivel.

—Suelto cuerda —dijo por la radio.

La cuerda salió serpenteando de mi campo visual, subiendo de vuelta hacia Alex.

—Suerte, muchachos. Nos vemos abajo —dijo Alex por la radio.

—Cuídate en la bajada —le dije.

Gabe tenía el pecho agitado mientras descansaba.

—Puta. Madre. Qué intenso fue.

—Recién empieza —dije con una sonrisa—. Hay sol, hay un buen polvo de nieve y yo estoy listo para lanzarme cuando tú estés.

Asintió con la cabeza.

—Dame. Un. Minuto.

—No hay problema. —Toqué el botón de la radio—. Estamos casi listos para lanzarnos. ¿Todo bien allá abajo?

—Todo bien —respondió Pax después de un instante—. Estamos desarmando el campamento para poder irnos a la mierda cuando terminen.

—Buen plan —respondí—. Vamos a esperar a que vuelva el avión y después nos lanzamos.

—Entendido.

—Rach, ¿te parece que esa línea sigue siendo la mejor? —Sabía que no había cambiado en la hora que nos había tomado bajar hasta aquí, pero nada más quería volver a oír su voz.

—Sigues bien —respondió—. Ten cuidado.

—Siempre —contesté—. ¿Listo? —le pregunté a Gabe.

—Más listo no voy a estar. Mierda, cómo extraño el aire.

—Amén, hermano.

Lo raro de la altitud era que, con todo el entrenamiento que había hecho en la cordillera Teton, en los Alpes..., ninguna competía con esto. El único entrenamiento posible para los Himalayas eran los Himalayas.

—Bajamos —dije por la radio.

Le choqué el puño a Gabe y me preparé mentalmente para la línea más difícil de mi vida.

No me decepcionó para nada. Cada giro tenía que ser perfecto, bien pensado, y mis pulmones estaban sometidos a una tortura que nunca imaginé que fuera posible.

Entonces llegué al canal, cruzando más abajo que Gabe, y sentí que la adrenalina le cedía el paso a la dulce sensación de victoria.

Lo estaba haciendo. Estaba bajando en *snowboard* por la pared del pico de Shangri-La.

Me cayó una oleada de nieve suelta en la tabla, y me aparté mirando hacia arriba para fijarme en que el río de nieve terminara de pasar antes de seguir. Cayó otra oleada y derrapé.

—¡Cuidado, Landon! —gritó Rachel por la radio.

Ya era tarde.

Más que oírlo, sentí el rugido cuando la nieve me embistió las piernas y me hizo doblar las rodillas.

—Mierda. Mierda. *¡Mierda!* —grité, tratando de aferrarme a la tierra que se movía como un río bajo mis pies.

Entonces me embistió algo duro desde atrás.

Gabe.

Perdí toda tracción, y de pronto ya no estaba andando por la arista: me estaba arrastrando una corriente furiosa de nieve.

Rodé de cabeza una vez. Dos veces. Hasta que perdí la cuenta. Hice fuerza para sostener la tabla lo suficiente para dejar de rodar, pero Gabe ya había quedado muy lejos.

Me cubrió la nieve —me devoró—, pero la caída no paraba. Me encontraba en un torrente de nieve y hielo. Cerré la boca, tratando de respirar, pero la nieve estaba en todas partes mientras caíamos en picada.

Dios. Dios. Dios. Que ella no me vea morir.

CAPÍTULO 16
Rachel

NEPAL

Lógicamente, sabía que los rotores del helicóptero no estaban yendo al ritmo de mi corazón. Iban más rápido, casi como un remolino, pero todo se volvió más lento a mi alrededor mientras volábamos por encima del suelo nevado hacia la base de la cresta.

Estamos tardando demasiado.

Traté torpemente de apretar el botón del cinturón de seguridad con las manos temblorosas.

—Listo —dijo Pax con la voz tranquila mientras me desabrochaba el cinturón. Aterrizamos, me abalancé sobre la puerta y bajé al suelo de un salto.

Wilder le gritó algo a Little John y me envolvió con el brazo mientras salíamos de abajo del helicóptero. Apenas se elevó en el aire —para ir al campamento avanzado a buscar más rescatistas— me sostuvo de los brazos.

Se me disparó la vista en todas direcciones. Había tanta nieve. Más de la que había visto en toda la vida. Landon estaba debajo.

En algún lado.

Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios. Esa frase empezó a repetirse en mi cabeza sin parar, ahogando cualquier otro pensamiento mientras se me abrían más los ojos y se me contraía el pecho. ¿Era por la altitud? ¿Por el oxígeno?

Se había venido abajo todo el canal de nieve, y lo único que yo había llegado a hacer era mantener la vista fija en la manchita minúscula que era Landon por unos milisegundos antes de que se lo llevara la corriente.

—Rachel.

Levanté la vista y lo miré a los ojos.

—Estás entrando en pánico —dijo suavemente.

—Nada que ver —arremetí—. Yo nunca entro en pánico. Landon no tiene tiempo para que yo tenga una crisis. —Me metí la mano enguantada en el bolsillo del costado y extraje el aparatito de mano.

—Claro —dijo, tan tranquilo y estable como siempre—. ¿Puedes con esto?

—Puedo. —Después iba a tener tiempo de cagarme encima si quería.

Nos dispersamos por el campo de la avalancha. Llegó Alex y se ocupó del lado más alejado. Luego Pax, Little John y yo subimos en una fila firme y silenciosa por el camino de nieve, con todas las balizas de avalancha levantadas delante de cada uno, como si buscáramos un tesoro enterrado.

Landon era tanto más precioso que el oro.

Cada minuto que pasaba se sentía como una hora mientras nos abríamos camino con cuidado por la nieve.

Por favor, Dios. Por favor. Vuelvo a la iglesia. Hago más trabajo de caridad. Doy cualquier cosa por que lo devuelvas.

Lo perdono.

Me mordí los labios para contener el pánico que me estaba arañando por dentro, diciéndome lo que dictaba la lógica: que cualquier hombre normal no sobreviviría debajo de la nieve.

Pero Landon no era un hombre normal. Había crecido encima de una tabla y había pasado cada segundo de su tiempo libre andando en montañas grandes. Sabía cómo manejar la situación: cómo formar un bolsillo de aire. Yo nada más tenía que encontrarlo.

Llegó el helicóptero cuando ya habíamos atravesado la mitad del campo y trajo a Leah, a Bobby y a uno de los camarógrafos. Cuando se desperdigaron más rescatistas, nos llegó una señal.

—¡Tengo uno! —grité.

Por favor, que sea Landon.

Me dio un vuelco el corazón, que empezó a pulsar al ritmo de la luz que parpadeaba y me guiaba en dirección a una de las balizas. Sostuve el dispositivo con firmeza, con los ojos clavados en esa luz mientras me abría camino por el campo. La cresta se alzaba imponente sobre mí y, aunque habíamos subido una buena distancia, no era nada en comparación con los cientos de metros de la pared escarpada por la que Landon había caído rodando.

—¡Tengo uno! —gritó Alex.

Ahora que habíamos encontrado las dos balizas, el equipo se separó, y yo quedé rodeada de Little John, Leah y Bobby mientras Pax iba a ayudar a Alex con el camarógrafo.

Los pitidos empezaron a sonar menos espaciados, y se fue reduciendo la distancia en la baliza hasta que llegamos a números de un solo dígito.

—A la nieve —indicó Little John, y me encorvé mientras caminábamos despacio, buscando el número más bajo en la baliza.

—Siete —leyó Leah.

—Seis —dije después. Estábamos cerca.

—Cinco. Cuatro. Tres —dijo Little John, y se me cerró tanto la garganta que no podía hablar. Lo íbamos a encontrar. Era la única posibilidad.

—Cuatro. Cinco... —dijo Leah.

—Vuelvan para atrás, despacio —les dije, y caminamos hacia atrás poco a poco hasta llegar a la marca de los tres metros—. ¡Caven!

Little John extrajo un palo largo y empujó suavemente la nieve hasta sentir resistencia.

—Encontré algo.

A alguien.

Tomamos unas pequeñas palas plegables y empezamos a cavar. Se me agitó el pecho, que estaba cerrado y me ardía, y se me empezó a nublar la vista cuanto más trabajábamos.

—Señorita, ¿me daría eso? —me pidió uno de los sherpas, extendiendo el brazo hacia la pala. Se la pasé y me fui tambaleándome para atrás mientras otro sherpa hacía lo mismo con Leah. Le dije a mi feminista interior que cerrara la boca. Ellos estaban aclimatados, eran más fuertes, más capaces, y corría riesgo la vida de dos hombres.

¿Cuándo había venido el helicóptero con otro equipo de rescatistas?

Miré hacia donde estaba estacionado el helicóptero en el campo de nieve, esperando para aerotransportar a los *snowboarders*.

—¡Lo tengo! —dijo Little John desde dentro del pozo.

Me rodearon los brazos de Leah. *Por favor, que esté vivo.*

—¡Está respirando! Es muy débil, ¡pero está vivo!

—Gracias a Dios —dije y me desplomé del alivio con el rostro inclinado hacia el cielo.

—¡Gabe está vivo! —le gritó en voz más alta Little John a Pax, que estaba al otro lado del campo.

Gabe. No Landon. Era Gabe.

O sea que... Giré la cabeza bruscamente en dirección a Wilder, y me escapé del abrazo de Leah para cruzar corriendo el campo de la avalancha hacia donde estaba Wilder cavando un pozo parecido.

Tenía que arrastrar las piernas como si fueran de plomo, ya que se negaban a moverse tan rápido como les suplicaba mi mente que lo hicieran. Puede que fueran menos de cincuenta metros, pero los sentí como cincuenta kilómetros. La altitud me estaba drenando la última gota de energía que me quedaba.

Ni de cerca nos habíamos aclimatado el tiempo necesario.

—¿Wilder? —pregunté con un grito desesperado cuando llegué a la pequeña aglomeración de personas.

—Menos de un metro —me gritó desde abajo mientras cavaba, ahora con las manos.

Oí un sollozo desgarrador, un sonido tan desdichado que me partió el alma con un dolor lacerante.

—Va a estar todo bien —me prometió Leah cuando me alcanzó, rodeándome con el brazo.

Volví a oír ese ruido y me di cuenta de que la que lo estaba haciendo era yo.

—¡Aquí! —gritó Wilder, y vi la punta del gorro de Landon antes de que lo rodearan varios tipos que cavaban tan frenéticamente como

él.

—¿Wilder? —supliqué, lista para salirme de mi piel. ¿Habría pasado media hora? ¿Ya habría agotado el bolsillo de aire, si es que había logrado hacerlo? ¿Sería demasiado tarde?—. ¿Wilder? —lo volví a llamar mientras cavaban. Tuve que usar todas mis fuerzas para no meterme a los empujones en medio del mar de hombres y desenterrarlo yo misma, para no meter las manos ahí abajo y hacer algo. Cualquier cosa.

—Un segundo... —gruñó.

—¡Paxton! —grité, incapaz de soportar un segundo más sin saber. Dios, si no respiraba, si había perdido mi única oportunidad...

—Está vivo —dijo Wilder. Los sherpas se separaron y, cuando apareció el rostro de Landon, me caí de rodillas—. Rachel —dijo suavemente, tomándose un segundo para mirarme desde abajo—. Está vivo. Respira.

Gracias. Gracias. Gra...

La nieve estaba roja en la zona de su torso cuando siguieron cavando.

—¿De dónde sale la sangre? —pregunté, apretando y soltando los puños con una necesidad de actuar.

—No lo sé todavía —respondió Wilder—. ¿Listo? —le preguntó a Bobby.

—Levantémoslo.

Mientras hacían un esfuerzo por levantarlo, Leah y yo desplegamos y montamos la camilla que nos había pasado Little John.

—Gabe ya está arriba —dijo con calma—. ¿Necesitan una mano? —le preguntó a Wilder, alzando la voz.

—Estamos en posición —dijo Wilder.

Hicieron falta unas cuantas manos, pero levantaron a Landon a la superficie y lo recostaron en la camilla.

—El brazo —susurré al ver la sangre que se filtraba a través de la tela de su abrigo.

—¡Hay que arrancar! —gritó Wilder.

Llegué a atisbar un vistazo del rostro pálido de Landon antes de que se lo llevaran, y se me paró el corazón. Hasta que me atravesó una ola de adrenalina que me dio la energía para salir corriendo detrás de ellos: el terror se impuso por encima del agotamiento.

—Solamente hay lugar para dos más —dijo el piloto—. Uno va a ir al frente conmigo, y hay *poquísimo* espacio entre ellos dos allá atrás.

—Yo voy —le dije a Wilder, desafiándolo a que me lo cuestionara.

Se le fueron los ojos brevemente hacia Leah, y vi la batalla que se desató en su mirada.

—Yo me quedo —dijo Leah, poniéndole la mano en el pecho—. Ve, Pax. Tienes que conseguir ayuda para ellos.

—No puedo dejarte aquí en la montaña —dijo con un gesto de dolor.

Leah le sostuvo el rostro entre las manos.

—Puedes, y lo vas a hacer. Landon te necesita. Gabe te necesita. Rachel te necesita. Voy en el próximo vuelo.

A Wilder se le contrajo la cara, pero asintió.

—Traigan otro helicóptero —le indicó al piloto.

—Son diez mil más —dijo el piloto.

—Me importa un carajo; háganlo. —Le dio un beso rápido a Leah y se volteó hacia mí, pero sin enojarse ni juzgarme por haberle

robado el lugar a Leah—. Vas a tener que cuidarlos hasta que podamos bajar.

Asentí con la cabeza.

—Ve —dijo Leah, abrazándome.

—Perdóname —dije, apretándola fuerte—. Te robé el lugar.

—No. Si se hubiera lastimado Pax, sería distinto. Se lastimó Landon, y ese lugar es *tuyo*. Yo hubiera hecho lo mismo. Ve.

La volví a abrazar y luego la solté para subirme al helicóptero, pasando con cuidado por encima de Gabe para sentarme en medio de las dos camillas.

Wilder me pasó el bolso de primeros auxilios y los auriculares, y despegamos antes de que llegara a cuestionarme a mí misma en qué mierda me había metido.

Después de ponerme los auriculares en las orejas para poder escucharlo por las comunicaciones, abrí el bolso y miré a mis dos pacientes.

—Ponle presión en el brazo —indicó Wilder.

Tomé una tijera y, sin decirlo, le supliqué a Landon que me perdonara mientras le cortaba la manga de su abrigo de *snowboard* favorito. El tajo era largo con bordes irregulares y le bajaba por la parte interna del brazo, pero no le latía al ritmo del corazón, o sea que no le había afectado una arteria. Puse el apósito contra la herida y presioné.

Mantuve la vista lejos de su rostro. Apenas me permitiera a mí misma caer en la cuenta de que este era Landon, de que habíamos estado a un pelo de perderlo, cosa que todavía podía pasar, sabía que iba a volverme inútil.

—Bien —dijo Wilder, dándose vuelta para mirarme—. Dice Little John que a Gabe se le rompieron casi todos los huesos de las piernas, y por lo menos uno del brazo. No sé las costillas.

—¿Llegas? —Le señalé a Landon con un gesto.

Contorsionó y rotó el cuerpo para poder mantener la presión en el brazo de Landon mientras yo revisaba a Gabe.

—Está hecho un desastre.

—Revísale el estómago.

Le quité la manta térmica, le abrí el abrigo y le levanté la camiseta para descubrirle el abdomen. Luego extendí los dedos y apreté suavemente.

—Hay calor, pero está un poquito duro, Wilder —dije con voz queda.

—Mierda —maldijo—. Bueno. No hay nada que podamos hacer desde aquí. No nos queda más que rezar por que aguante hasta Katmandú.

Volví a voltearme hacia Landon y a ocuparme de aplicarle presión en el brazo. Por fin, se me desvió la mirada, que recorrió la tela de su abrigo, pasó por la barbita de su rostro y llegó a sus ojos cerrados.

Le recorrí la línea de la mandíbula con los dedos y después apoyé la mano abierta en su rostro, tratando de absorber un poco del frío. Me incliné hacia delante y le rocé la barbita de la mejilla con los labios.

—Si sobrevives a esto, voy a pensar lo nuestro, ¿está bien? No te garantizo nada, pero lo... lo pienso. Pero no puedo hacer nada si no vives.

—Te ama —dijo Wilder, mirándonos—. Creo que nunca dejó de amarte.

Se me apretaron fuerte los ojos como respuesta a las emociones que me atacaron al oír esas palabras. La esperanza, la dulce sensación de estar en casa, todas esas cosas que no podía dejar entrar, que no podía ponerme a recordar lo bien que se sentían... Porque iba a ser tanto más difícil cuando él me volviera a dejar.

—Todas las chicas... —empezó Wilder.

Le clavé la mirada al único hombre al que había engañado en la vida.

—No.

—Eran reemplazos. Tienes que saberlo. Yo lo sabía. Él lo sabía, y creo que todas las chicas esas lo sabían. Nunca te superó, Rachel. Nunca. Nunca dejó de amarte.

—El amor nunca fue un problema para nosotros.

—El amor es el mejor punto de partida.

—Ah, bueno. Pasas tres meses con mi mejor amiga y ya eres un experto en el amor y en cómo hacer que funcione.

Se estremeció.

—Tú pasaste tres meses con mi mejor amigo y les duró años sin necesidad de estar cerca del otro. ¿Por qué mierda crees que me esforcé tanto por traerte aquí?

—¿Podemos no empezar con esto? —le pedí.

—De ninguna manera. Te tengo encerrada por media hora más, y él está inconsciente. Lo voy a aprovechar al máximo.

Solté una risa por la nariz.

—Si Leah no te amara tanto...

—Sí, sí —dijo, pero le vi la mirada nerviosa y la mandíbula tensa —. Nada más digo que todo pasa por algo, Rachel. Tú estás aquí. Él está aquí. La vida te está mostrando cómo podrían ser las cosas con él. —Se le escapó una mirada fugaz hacia Landon—. O *sin* él.

No quería pensar en una vida sin Landon. No era que realmente quisiera *tenerlo* en mi vida y destruir la poca paz que había logrado alcanzar, pero no podía concebir un mundo en el que él no existiera.

Fui revisando a Landon y Gabe mientras seguía el vuelo. Landon tenía el pulso fuerte y el rostro cada vez más cálido, pero el pulso de Gabe estaba cada vez más débil.

A través de las comunicaciones, oí que el piloto hacía arreglos en nepalí y supuse que estaba hablando con el hospital. Cuando nos acercamos a la pequeña plataforma de aterrizaje, supe que debía tener razón.

—Nos están esperando —dijo.

Mis nervios volvieron a la vida de pronto cuando tocamos la plataforma, y abrió las puertas el personal médico que estaba esperando con camillas. Sacaron primero a Gabe.

—¿Habla español? —le gritó Wilder a uno de los médicos por encima del ruido del rotor.

—¡Sí! —le respondió, también gritando.

—Avalancha. Huesos rotos, creemos que hay sangrado interno y tiene el pulso débil. Se llama Gabe Darro.

Asintieron y se fueron rápido.

Arrojé los auriculares en el asiento y salí después de que los médicos sacaran a Landon en la camilla. Dios, se lo iban a llevar. ¿Y si no se volvía a despertar? Aquí no tenían su historial médico; no sabían nada de él.

Para ellos, era un turista más, otro idiota que por poco se había matado porque no era capaz de respetar a las montañas que ellos sabían que eran de temer.

Los seguimos al hospital.

—¿Habla español? —le pregunté a uno de los médicos.

—Sí —respondió.

—Se llama Landon Rhodes. Tiene veintidós años. Hubo una avalancha, y tiene una laceración de cinco centímetros en el lado interno del brazo derecho. Tiene el pulso fuerte, pero todavía no se despertó.

Llegamos a las puertas vaivén que indicaban con un cartel universal que estaba prohibido pasar.

—Está bien. Ahora nos ocupamos nosotros. Por ese pasillo está la sala de espera —dijo el médico, apuntando al pasillo bien iluminado.

—No, no terminé —dije casi gritando mientras se me estrujaba el pecho. Otra vez tenía ese nudo de mierda en la garganta.

—Rachel... —me advirtió Wilder.

—Tiene sangre O positivo. Si necesitan hacerle una transfusión, vengan a buscarme. Yo tengo el mismo. Lo operaron de los ligamentos cruzados cuando tenía dieciséis. De las amígdalas cuando tenía siete, y es alérgico a la penicilina.

Al médico se le suavizó la mirada.

—Gracias.

Asentí, y se me clavaron los dientes en el labio de abajo mientras se lo llevaban en la camilla. Se cerraron las puertas vaivén y, como si se hubieran cerrado también las de mi adrenalina, mi cuerpo colapsó, y quedé abrumada por el miedo y el agotamiento.

—Rachel —susurró Wilder, y me tomó en brazos cuando empecé a sollozar. Los gritos eran feos y ruidosos; les daban voz a las emociones salvajes que habían estado enjauladas dentro de mí.

Si no hubiera sido por la avalancha, por Landon, por la sangre, por la idea de casi perderlo, no habría sido tan débil. Me habría mantenido en pie por mí misma, me habría ido con la frente en alto.

Pero esa cresta no me había quitado el aliento nada más.

Por primera vez en varios años, dejé que el hombre al que había traicionado me abrazara.

Porque él estaba enamorado de mi mejor amiga... y yo no sabía si alguna vez había dejado de amar al suyo.

***

Me quedé mirando pasar los segundos en las agujas del reloj de la sala de espera. Ya lo tenían allá atrás hacía media hora.

—Ya tendría que estar por despertarse, ¿no? —le pregunté a Wilder cuando me pasó una taza de café caliente—. Gracias.

—Sé que te gusta más el té, pero no conseguí.

—¿Te acordabas? —le dije, perpleja.

—Leah dijo algo de las teteras —respondió, encogiéndose de hombros.

Sonreí y bebí un sorbo del líquido caliente, con la esperanza de que me diera un poco de calor en el pecho entumecido.

—Es una mujer increíble.

—Sí —coincidió—. Y... —Suspiró—. Y sé que es gracias a ti. Después del accidente en el que ella salió lastimada y su novio murió, sé que fuiste tú quien la ayudó a salir adelante. Gracias.

—No lo hice por ti —dije suavemente.

—Ya sé.

—No, no sabes. Cuando Landon se fue, cuando volvió con ustedes... Ella era lo único que me quedaba. Solo logré ayudarla a salir adelante porque ella me sostenía, me daba algo que hacer para no volverme loca.

Se abrió la cremallera del abrigo e hizo un poco de malabares con el café para quitárselo.

—Qué loco cómo se va entretejiendo todo, ¿no?

—Sí. Si nunca hubiera conocido a Landon, si nunca te hubiera conocido a ti, no me habría subido a esa encimera para tratar de cambiar una bombilla en nuestro apartamento nuevo. No me habría caído, ni me habría roto la muñeca ni habría conocido a Leah en el consultorio del ortopedista. Tal vez nos habríamos conocido en Dartmouth, o tal vez no, pero estábamos las dos tan dañadas que en cierto modo llenábamos los huecos de la otra.

Se le arrugó la frente y ladeó la cabeza.

—Si nunca hubieras conocido a Landon...

Le di un sorbo al café e hice una leve mueca por el amargor.

—Sí, ¿no?

—Dijiste eso primero.

Lo miré y entorné los ojos.

—Nunca te contó.

—¿Nunca me contó...? —Negó con la cabeza.

Me reí suavemente.

—Conocí a Landon cuando tenía diecisiete. Mi papá estaba trabajando en un evento patrocinado por Gremlin cuando recién había quedado a cargo de esa división, y Landon iba a competir. A mí no me daba el nivel, claro está, pero lo conocí en Aspen en la

época de Navidad, cuando estábamos en las pistas durante una competencia de Gremlin.

—Pero me conociste a mí en febrero en el parque de *skate*.

—Date cuenta, Wilder —dije sonriendo.

Se le entreabrió la boca.

—Lo conociste a él primero.

—Sí. Lo conocí a él primero —dije, asintiendo con la cabeza—. Pasamos esa semana entera juntos, pero no le quise dar mi número. Mi papá estaba súper en contra de los atletas extremos, por el trabajo que hace, y Landon...

—Es el más extremo de todos nosotros.

—Exacto.

—Y tu papá da un miedo terrible —dijo.

—Es por el temita de que controla el dinero del patrocinio de Gremlin.

—Es por el temita de que sabe usar armas porque estuvo en el ejército.

—Bueno, en eso tienes razón. En fin, después volví a casa y te conocí a ti...

—Esa primavera, Landon casi no estuvo porque tenía competencias —dijo, llenando los huecos para sí mismo—. Incluso en ese momento, él ya estaba soñando con llegar a los Himalayas.

—Y cuando llegó a tu casa después de haber vuelto y lo vi... Digamos que... el resto ya lo sabes. Nunca tuvimos la intención de que pasara lo que pasó. Te juro. Ya sé que ya lo he dicho antes, pero es la verdad. Hablábamos mucho de lo que sentíamos nosotros y de lo que sentías tú, pero...

Se frotó la frente con la mano.

—Lo entiendo. No lo quiero entender, pero sí. Si Leah hubiera estado con alguien más, nada me habría frenado. Una necesidad así es una fuerza de la naturaleza. ¿Por qué no me contó que ya te conocía?

—¿En ese momento? Porque tú estabas feliz. Él pensaba que, si te lo contaba, te ibas a dar cuenta de todo, y eso fue antes de que hubiera pasado nada. Es exactamente lo que dijiste: una necesidad. Animal, primitiva y algo que ninguno de los dos iba a poder pasar por alto.

—¿Y por qué tampoco me lo contó después? ¿Por qué cargaría con eso?

—Supongo que se negaba a alivianarse la carga. Te destruyó, destruyó al equipo y después me destruyó a mí. Landon siempre fue muy bueno para torturarse a sí mismo. Y me... me siento muy mal por lo que te hicimos. No estuvo bien, y lastimamos a todo el mundo en el proceso.

La expresión dura que tenía en la mirada desde el día en el que nos habían descubierto se suavizó.

—No fue nada en comparación con lo que les hice yo a ustedes. Toda la transformación que tuvo... fue por mi culpa, porque lo hice elegir entre tú y nuestro equipo. Si tuviera que dejar a Leah, yo también me volvería una sombra de lo que soy, pero nunca habría... —Se puso pálido.

—Está bien —dije—. Tú nunca habrías dejado a Leah. Ella es buena y honesta y saca lo mejor de la gente. Yo no soy Leah, y Landon me dejó. Creo que volvería a hacer lo mismo siempre.

Esa era la cuestión. El hecho de saber que, más allá de lo que me hubiera hecho, mi alma siempre iba a salir a buscarlo, mi cuerpo

siempre iba a desear lo que yo sabía que solo él me podía dar. Sabía todo eso con la certeza de que, si lo obligaran a elegir entre los Renegades y yo, él se volvería a ir.

—Rachel, eso no es...

—¿Rachel Dawson? —preguntó una enfermera joven.

—¡Soy yo! —dije, levantándome y volcando café en el suelo—. Mierda —mascullé.

—Ve. Yo me ocupo —dijo Wilder.

—¿Vas a estar bien?

—Estoy bien. Ya está por llegar Leah.

Nos miramos a los ojos por un segundo, y no fue difícil de ver el motivo por el que había estado con Wilder en un principio. Había una dinámica rara entre todos nosotros, con la historia que teníamos. Pero por más hermoso que fuera Wilder, no era competencia para los ojos pardos de Landon, que me encendía con solo levantar una ceja y me prendía fuego el cuerpo con un roce. Lo que hacía que Landon fuera espectacular no era nada más su cuerpo ni su rostro: era lo que generaba en mí. Wilder me había gustado, pero a Landon lo había amado.

Porque Wilder no estaba destinado a ser mío, y yo nunca había sido suya en realidad. Pero Landon...

—Ve —dijo suavemente, como si me leyera la mente—. Ve con Landon.

Le dirigí una sonrisa y luego seguí a la enfermera, casi corriendo para ir con Landon. Me llevó por una sucesión de pasillos.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Despierto —respondió con ojos amables—. Tu otro amigo está en cirugía.

Una sensación de alivio resonó por todo mi cuerpo, permitiendo que se me llenaran los pulmones enteros de aire precioso por primera vez desde que había visto cómo lo consumía la montaña.

—Está aquí —dijo la enfermera, abriéndome la puerta.

—¿Landon? —pregunté, entrando a la habitación estéril del hospital. La luz atenuada de la tarde se veía suave en su rostro.

—Hola, Rach —dijo, extendiendo el brazo sin vendajes. Salí volando hasta el otro lado de la cama y lo abracé fuerte, enterrándole la nariz en el cuello—. Estoy bien —me prometió cuando empecé a temblar—. Rach... Mi vida, no —susurró, pero no podía frenar los temblores.

Se sentía como si hasta la última gota de adrenalina, valentía, lo que sea que me hubiera mantenido en pie, simplemente se hubiera drenado, dejándome un cuerpo incapaz de lidiar con nada.

Me pasó la mano por la espalda hasta llegar a mi culo, lo apretó fuerte, y, sin darme tiempo de regañarlo, me subió a la cama y me acomodó a su lado.

—Landon, te vas a lastimar —protesté.

—Cállate y déjame que te abrace.

Y eso hice.

Trazó dibujos vagamente por mi brazo, mi espalda y mi cintura mientras yo descansaba con la cabeza sobre su pecho, escuchando la perfección absoluta de sus latidos. Se detuvieron los temblores y me inundó una ola de puro agotamiento.

—Gabe está en cirugía —le dije—. Tenía sangrado interno.

—Me dijeron —afirmó, asintiendo con la cabeza.

—¿Tú estás bien?

—Me corté bastante feo el brazo y tengo un lindo traumatismo en la cabeza, pero nada más. —Se puso tenso—. ¿Y mi tabla?

Negué con la cabeza.

—No sé. No la tenías.

Me apretó con el brazo que me rodeaba.

—Está bien. No importa. Voy a encargar otra para que me llegue al próximo puerto.

—Me parece una lástima que te hayas perdido de bajar por tu cresta.

Respiró hondo.

—Sí. A mí también. Ya no llegamos, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Tenemos que salir a primera hora mañana para volver al puerto porque se nos va a ir el barco. —Me alejé suavemente para incorporarme y verle la cara—. ¿Estás bien?

Miró fijo el techo.

—Mientras que Gabe esté bien, sí.

—No decía eso.

—Ya sé. Nunca me imaginé que iba a entrenar todo este tiempo, romperme el lomo planificando... Todo para que después me pase esto. Sé que es algo que pasa, conozco bien las estadísticas, pero nunca imaginé que me iba a ocurrir a mí.

—Lo lamento muchísimo —susurré, apoyando el mentón en la tela rasposa de la bata de hospital. Me quitó suavemente el pelo de la cara y arrugué la nariz—. Necesito una ducha desesperadamente.

Resopló con una risita suave, pero lo suficientemente fuerte para indicarme que iba a estar bien en serio.

—Eres hermosa; siempre lo fuiste. Y no tienes nada que lamentar.

¿No? Al final, se estaba demostrando que sí era la maldición, como había dicho Penna.

—Siento que hay que decir algunas cosas —susurré.

—¿Las quieres decir?

Todo rastro del instinto de supervivencia que tenía en el cuerpo me decía que cerrara ya mismo la boca. Pero nunca había llegado lejos en la vida yendo por el camino seguro.

—Le prometí a Dios que, si sobrevivías, iba a pensar en lo nuestro.

Se le abrieron mucho los ojos.

—¿Y?

—Y lo estoy pensando.

Se le extendió una sonrisa lenta e increíblemente sexy por el rostro.

—Está bien.

—¿Tú lo estás pensando?

—No. Yo ya lo sé.

—¿Ya sabes qué? —Levanté una ceja.

—Sé que quiero que te quedes conmigo por esta noche. El resto, lo vemos mañana.

Debería haberle dicho que no. Él necesitaba descansar... Es decir, descansar como pudiera, con las enfermeras despertándolo a cada rato. Pero la idea de dejarlo después de haber estado tan cerca de perderlo era algo impensable.

—Bueno. Me quedo. Solo por hoy. Pero nada de besos. Ni lo pienses.

—Por algo se empieza —dijo con una sonrisa.

Tal vez tenía razón.

CAPÍTULO 17
Landon

EN EL MAR

—Le quedan por lo menos cinco días más —me dijo el médico de a bordo mientras me ponía otro vendaje por encima de los diecisiete prolijos puntos que tenía en el brazo.

—¿Y fuera de eso? —pregunté, ya haciendo cuentas para ver si llegaba al reto de Yakarta.

Tipeó algo en la computadora y después me miró por encima de la pantalla.

—Fuera de eso, señor Rhodes, goza de buena salud. ¿Cómo le fue al señor Darro?

Se me trabaron todos los músculos del cuerpo, incluida la mandíbula. Inspiré hondo para tratar de aflojarme un poco.

—No va a volver con nosotros. Tiene demasiados huesos rotos y todavía se está recuperando de una cirugía. Pero se quedaron unos amigos con él, y sus padres ya están en camino a Katmandú.

—Bueno, me apena que se hayan metido en problemas, chicos. ¿Alguna vez pensaron en tratar de evitarlos en un principio? —preguntó.

—Nunca fue lo mío —respondí, y le eché un vistazo al reloj de pared—. Si ya estamos, tendría que irme a clase.

—Vaya tranquilo. Vuelva en cinco días y volvemos a ver el brazo.

—¿En cuatro días? —insistí.

—En cuatro días. —Me miró por encima de las gafas y suspiró.

—Gracias, doctor.

Me despedí y salí corriendo de la enfermería, sosteniendo los libros de Cívica con el brazo sano. No es que me doliera demasiado el derecho, pero me parecía que, si le daba un tiempo de descanso, tal vez me quitaban los puntos antes del siguiente reto.

Sobre todo porque acababa de arruinar el que venía planeando hacía un año. No había sido un accidente nada más: había sido un fracaso épico que sin duda iba a convertirse en un excelente avance promocional para el documental... En el que iba a poder verme fracasar una y otra vez, y encima con público. *Inaceptable*. ¿Qué carajo iba a hacer? No podía volver a Nepal hasta que termináramos el programa, y para ese momento ya iba a ser demasiado tarde para ponerlo en el documental. Ya era bastante malo haberme fallado a mí mismo, pero cagar lo único que veníamos haciendo por Nick era algo incomprensible. Iba a tener que adelantar los contenidos de todas las clases y después rezar por que me quedaran un par de días en algún momento para volver a subirme a esa cresta. Era la única opción aceptable.

Por supuesto, las cámaras me habían estado esperando afuera de la enfermería, pero por lo menos Bobby fue breve con las preguntas sobre mi recuperación.

Después de un viaje en elevador, llegué a la octava cubierta y me dirigí a la clase. *Cinco minutos antes. Hasta Rachel se va a*

sorprender.

—Hola, Nova —me llamó la voz de una chica que estaba a mis espaldas.

Me di vuelta y me encontré con una chica linda de pelo castaño que me estaba alcanzando con una sonrisa sugerente, y las cámaras todavía me seguían. Mierda. ¿Cómo carajo se llamaba? ¿Sandy? ¿Sarah? Me volvió el nombre junto con el recuerdo de estar con ella en mi camarote una de las primeras noches que estuvimos a bordo.

—Hola, Sabrina, ¿cómo estás? —pregunté, más que consciente de que nos estaban filmando. Mierda, iba a tener que hablar con Bobby sobre la imagen de mí que quería mostrar.

Se me colgó del brazo, y de pronto sentí una inquietud extraña. No estaba haciendo nada que no hubiera hecho antes, pero ahora sentía que estaba mal.

—Quería saber si ibas a salir hoy a la noche. Hace mil años que no te veo en la disco.

Porque no había ido. Desde que había subido Rachel al barco, yo no había salido a buscar mujeres. Para el disgusto total de Bobby, que se moría por conseguir más material, no había visitado la discoteca.

—Sí, hace mucho que no voy. Pasé el receso en Nepal. ¿Y tú? —pregunté mientras nos acercábamos a la puerta del aula de Cívica, que estaba abierta con un tope. Unos centímetros más y ya podía cerrarle la puerta en la cara al equipo de filmación.

—Hice la excursión a Bombay —respondió—. ¿Vas a la disco hoy?

—De hecho, sí. —Más que nada por trabajo. Le había prometido un par de tomas a Bobby. Le iba a dar lo que quería por última vez, pero íbamos a tener que llegar a un nuevo acuerdo.

—Bueno, entonces nos vemos después —dijo con una sonrisa radiante, y luego se fue por el pasillo a la clase que le tocaba.

—Por Dios. ¿Por lo menos te das cuenta de lo que le generaste a esa pobre chica? —preguntó Rachel, apoyándose en la pared que estaba cerca de la puerta de nuestra aula.

—Pero muy buenas tardes. ¿Qué haces por aquí? —pregunté mientras se alejaba de la pared con un empujón. Hoy tenía el pelo medio recogido, pero había unos mechones que le enmarcaban el rostro y llevaban toda mi atención a esos ojos cálidos color café que en ese momento me miraban entrecerrados.

—Te estaba esperando, pero veo que estabas ocupado con otros asuntos.

Un segundo. ¿Había estado coqueteando sin darme cuenta? *Ajá. Si no la conociera mejor, hubiera dicho que estaba...*

—¿Celosa? —pregunté mientras entraba al aula detrás de ella.

—Para nada —disparó por encima del hombro mientras buscaba su asiento.

Ay, esto era demasiado bueno. No me acordaba de la última vez que Rachel se había puesto tan ofuscada por mí.

Me deslicé en el asiento que estaba al lado del suyo y me di vuelta la gorra.

—¿En serio? ¿Ni un poquito? —Tenía un tono burlón, pero que tenía curiosidad, la tenía. A mí me daba celos cualquiera que tuviera el derecho de respirar cerca de ella.

Negó con la cabeza mientras abría su libro.

—En lo más mínimo. Tener celos implicaría tener algún motivo para sentirlos. —*¡O sea que confía en mí!*—. Y, como no tengo ningún derecho sobre ti, ni tú sobre mí, y no estamos juntos, no hay

ningún motivo para que me importe una mierda a quién tengas colgada del brazo. ¿No? —Me dirigió una sonrisa que no supe interpretar.

Ah. Mierda. Qué mal terminó eso.

—Entonces, tú...

—Bienvenidos de nuevo, ahora que terminó el receso de otoño. Espero que todos hayan hecho unos viajes fantásticos y que hayan elegido aprovechar el tiempo al máximo —dijo la Dra. Messina, interrumpiéndome cuando se subió al podio—. ¿Alguien quiere contarme cómo pasó el receso? ¿Se sumergieron en la cultura de la India? ¿Se tomaron un avión a las Maldivas? ¿Qué me dice, señor Rhodes?

Le sonreí.

—Hice un viajecito al Taj Mahal con la señorita Dawson y después pasé por Nepal, donde escalé seis mil cuatrocientos metros y me hice mierda en una avalancha.

—Bueno. —Se le levantaron las cejas—. Eso no me lo esperaba.

—Lo mismo digo. ¿Y usted, Dra. Messina?

Sonrió con una mirada de aprecio. Yo había aprendido muy temprano que a las mujeres no solo les gustaba que las escucharan, sino que tenían que saber que uno estaba prestando atención.

—La verdad, me quedé como parte del cuerpo docente del barco en este receso, así que, más que nada, vi el puerto. Gracias por preguntar.

Cuando se metió de lleno en la clase del día, que esta vez se enfocaba en las siete tribus indígenas principales de Indonesia, me esmeré en tomar apuntes, porque sabía que nos iban a asignar un trabajo después de la excursión a la costa de la semana siguiente.

—Programé una visita a una tribu aislada, así que, por favor, asegúrense de tener la agenda libre el segundo día que pasemos en el puerto. Esto cuenta como crédito para la materia, y se espera que asistan. Es todo un honor —nos dijo la Dra. Messina—. Por otro lado, no se olviden de que tienen que entregarme el esquema del trabajo de investigación cuando lleguemos al puerto de Sídney, para lo que les quedan solo diez días. Si aprueban el esquema, pueden empezar a redactar el borrador. Si no, tendrán que empezarlo desde cero.

—¿Cómo viene el tuyo? —le susurré a Rachel.

Se encogió de hombros.

—Te aviso si logro iniciar esa conversación con mi mamá sin que se ponga a llorar como una histérica y a gritar que no es suficiente para mí.

Me estremecí al recordar lo sobreprotectora que era su madre.

—Te quiere.

—Sí —asintió.

—Eso es todo por hoy. No se atrasen con la lectura. Hoy subí un artículo interesante al eCampus que me gustaría que lean para la clase del miércoles. Ya se pueden ir.

Rachel juntó sus libros, al igual que yo, que llegué a la puerta antes que ella y me quedé esperándola.

—¿No sientes a veces que tenemos dos vidas paralelas? —pregunté mientras caminábamos por el pasillo. Gracias a Dios, no había cámaras.

—¿En qué sentido?

—Es como que en una vida somos alumnos universitarios, vamos a clase, hacemos la tarea, escribimos trabajos... En la otra, estamos

arriesgando todo encima de una tabla de *snowboard* en medio de los Himalayas, ¿no?

Me dirigió una mirada breve.

—Sí. Lo entiendo. Por lo menos, para ti. Es como si fueras dos personas distintas.

Toqué el botón del elevador y lo esperamos con un grupo de estudiantes.

—¿Como el Landon alumno y el Landon extremo? —pregunté, dándole un codazo.

Dejó los ojos fijos en las puertas del elevador.

—Como Landon y Nova —dijo con calma.

—¡Nova! —Una chica a mi izquierda gritó mi nombre.

—Hola, Mandy —respondí, sonriendo educadamente y saludando con la mano a mi compañera de Física.

—¿Quieres que trabajemos en ese proyecto después? —preguntó con una sonrisa que indicaba que el estudio no era lo único que tenía en mente.

Sonó la campanita del elevador y Rachel se subió, lanzándome una mirada que indicaba que ella también había escuchado la insinuación de Mandy.

—La verdad, tengo planes más tarde, pero ¿mañana? —le dije a la pelirroja mientras la multitud me pasaba por al lado para agolparse dentro del elevador.

Se enroscó el pelo con el dedo mientras sus ojos iban y venían entre Rachel y yo.

—Está bien, pero hay que entregarlo en dos días y casi ni hicimos el borrador. No sé tú, pero yo no puedo sacarme una mala nota.

Yo tampoco, si quería encontrar algún momento para volver a Nepal.

Suspiré y miré el elevador, donde estaba Rachel con una sola ceja levantada.

—Rachel...

—Nos vemos, Nova.

Resonaron las alarmas en mi cabeza. *Mierda. Me dijo «Nova».*

Se cerró la puerta.

Nunca pensé que querría volver a estar en esa tormenta de nieve del Himalaya, pero ella se había mostrado más cálida a 5.500 metros de altura que al nivel del mar.

***

La música me retumbaba por todo el cuerpo, y el bajo hacía temblar el *ginger ale* que tenía en el vaso. En general tomaba algo un poco más fuerte, pero esa noche había unas olas infernales en el océano Índico y no iba a poner en riesgo mis facultades, que tanto necesitaba para lidiar con Rachel. Ella seguía molesta, si me guiaba por la actitud glacial que había tenido en la cena.

—¿Podrías por lo menos hacer de cuenta que la estás pasando bien? —me pidió Bobby después de señalarme dónde estaban las cámaras desperdigadas por el salón—. Ahora que Wilder se volvió monógamo y todo eso, tú eres lo único que me queda para conseguir material del otro aspecto de este programa.

—¿El aspecto mujeriego? —pregunté.

Soltó una risa burlona.

—¿Desde cuándo estás en contra de ser un donjuán?

Desde que me di cuenta de que solamente quiero a una mujer.

—Mira, Bobby. Después vamos a tener que sentarnos a hablar, porque no me siento cómodo con esto. Ahora que está... —*Rachel.*

Se pasó la mano bruscamente por el pelo ralo.

—¿Es en serio? ¿Tú también? Tu contrato dice...

—Que los voy a dejar filmar casi todas las facetas de mi vida por estos nueve meses, excepto cuando voy a mear. No dice nada de levantarme chicas en un bar. Ya sé que quieres que el documental le dedique una parte a la vida de fiesta, y lo entiendo, pero tengo que poner un límite.

—Ah, mierda, es de no creer. En gran parte, ustedes son como dioses para sus seguidores por lo extremos que son en todos los aspectos de la vida, ¿y tú lo vas a desactivar así? Penna está fuera de la cancha, y Wilder está... Y bueno, ¿qué me queda a mí?

—Todos los demás Renegades —dije mientras Alex se abría paso por la discoteca para venir conmigo—. Voy a hacer las tomas que me pidas, voy a venir a las fiestas que me digas, pero no esperes nada de acción. No me voy a ir con nadie. —Nick iba a entender mejor que nadie el límite que estaba poniendo. Lo que Bobby se iba a perder de mi vida social, yo lo iba a compensar con retos.

—Dame un par de tomas buenas nada más, y después me importa un carajo lo que hagas el resto de la noche —me dijo a modo de despedida.

—¿Qué carajo le pasa? —preguntó Alex mientras se apoyaba contra la barra.

—La cagamos en Nepal, y ahora siente que le faltan tomas. Ya tiene ese fracaso dramático, pero no hay ningún regreso triunfal para remontarlo.

—No la cagamos; la Madre Naturaleza nos hizo mierda.

—Sí, bueno. De cualquier forma, se suponía que esa iba a ser la toma clave de este trimestre. No la conseguimos, y perdimos a Gabe.

—¿Qué esperabas? —preguntó—. Tenemos un cronograma infernal. Para hacer todo lo que ustedes nos piden, necesitaríamos un año entero de planificación, y nos las estamos arreglando para hacer estas cosas por lo menos una vez por semana. No todo va a salir perfecto. Necesitábamos más tiempo allá arriba.

El tiempo era justamente lo único que nos faltaba en este viaje. Ya habíamos redirigido la atención al reto de Yakarta, siempre mirando hacia delante; yo era el único que pensaba siquiera en volver.

Cuando Alex se dio vuelta para pedir un trago, se acercó Sabrina con otra chica. Gracias a Dios, todavía no me había acostado con esta. Ahora que estaba Rachel a bordo, empezaba a sentirme bastante sucio por lo que había estado haciendo en el tiempo que habíamos estado separados.

—Hola, Nova —dijo Sabrina, apoyándose contra la barra de tal modo que se le levantaron los pechos por encima de su camiseta escotada de tirantes.

Era raro que no me molestara cuando ella me decía Nova, ni cuando ninguna otra chica me recordaba cómo me había ganado el apodo de Casanova, la verdad, pero que, cuando lo decía Rachel, siempre se sintiera como una patada en los huevos.

—Hola, chicas —dije con una sonrisa muy ensayada—. ¿Cómo están hoy?

—Mejor, ahora que llegaste —respondió con una sonrisa sugerente —. Ya empezaba a pensar que no te iba a volver a encontrar solo.

Mierda. Quería repetir.

—Viene bastante cargado el trimestre —dije, y luego le di una palmada en la espalda a Alex, que se había atorado con el trago—. ¿Cómo estuvo tu semana de excursiones?

—Ah, hice la excursión a Bombay, y después fuimos al Taj Mahal. —Me hizo ojitos—. ¿Sabías que es un monumento enorme al amor?

—Sí, hicimos una parada ahí antes del vuelo a Nepal. —*Incluso después de que ella muriera, la protegió. Eso es amor, o por lo menos el tipo de amor que quiero yo.* Me volvieron las palabras de Rachel, y por fin caí en la cuenta de todo. Quizá ella quisiera el espacio que me había pedido, pero necesitaba que yo luchara, no que me sentara a esperar que tomara una decisión. Necesitaba que le demostrara que iba a proteger su corazón como lo tendría que haber hecho la última vez que lo había tenido en mis manos.

Tenía que salir de este bar de mierda e ir a buscarla.

—Es verdad que el trimestre viene muy cargado. ¿Necesitas aliviar un poco el estrés? —preguntó, y sus ojos dejaban en claro cuál era su propuesta en realidad.

Este tipo de cosas eran las que iban a hacer que perdiera toda oportunidad de estar con Rachel.

—Yo necesito aliviar un poco el estrés —murmuró Alex.

—En realidad, me tengo que i... —Me fallaron las palabras cuando vi a Rachel del otro lado de la barra. Tenía una ropita que imagino que calificaba como vestido, y le daba a su figura tan diminuta unas piernas kilométricas.

Ah, mierda.

El pelo suelto le rozaba justo debajo del mentón con elegancia, con los reflejos violetas bañados de las luces de la discoteca. Se veía como el sueño inalcanzable de todo hombre; la chica con la que uno

sabía que iba a recibir el sexo más increíble del mundo o la patada en el culo más rápida de la historia.

Para mí, ella siempre había sido una combinación embriagadora de ambas cosas.

Le sonrió a una mole de músculos excesivos con cara de idiota que estaba apoyado en la mesa contigua y le miraba lascivamente los pechos entre comentarios que la hacían reír.

Mi Rachel, riéndose. Sonriendo. ¿Le acababa de tocar el brazo? ¿Le había hecho ojitos? Ah, mierda, ¿estaba coqueteando con él?

El tipo le acomodó el pelo detrás de la oreja.

Ah, eso sí que no.

Ya había cruzado media discoteca antes de darme cuenta de que había dado un paso siquiera. Rachel tuvo que mirarme dos veces cuando me vio, y me pasó la vista de arriba abajo. Aunque me levantó esa maldita ceja, se le separaron los labios.

Así se veía mi Rachel cuando tenía interés por alguien. No esa versión sonriente y coqueta que ese tipo pensó que había conseguido.

No paré hasta quedar tan cerca de ella que podía besarla. Me miró inclinando la cabeza y se le curvaron las comisuras de los labios.

—¿Necesitas algo? —preguntó la Mole, sacando pecho como si me importara un carajo quién era.

—No —respondí sin dejar de mirar a Rachel.

Ella se acomodó en el lugar y me sostuvo la mirada. *Mierda, qué hermosa que es.*

—¿Te está molestando este tipo? —le preguntó la Mole a Rachel.

—Todos los días de mi vida —respondió.

—Mira, no sé quién mierda te crees que eres —empezó la Mole.

—Suyo. Soy suyo —concluí. Listo. Se puso el límite. Más claro, échale agua, carajo. Yo venía a pelearme.

A Rachel se le pusieron los ojos redondos y se le fue todo rastro juguetón de la cara.

—Landon...

—Rachel.

Miró a la Mole.

—¿Nos das un segundo, Thomas?

Él miró primero a uno y después al otro, y luego maldijo en voz baja.

—Sí. Claro. —Levantó su botella de cerveza y se fue.

—¿Es en serio? —le pregunté.

—¿Qué? Está en mi clase de Geografía y hoy a la tarde me invitó a salir.

—¿Y le dijiste que sí?

—Así parece —respondió—. Igual que tú, que le dijiste que sí a la chica esa de Física y te fuiste con ella por la tarde.

—Es mi compañera de laboratorio.

—Sí, claro, es eso, nada más —dijo con sarcasmo, y tomó un sorbo de sidra antes de dejarla en la mesa, en medio de los dos.

¿Por qué carajo no me creía? *Porque no le diste una razón para creerte.*

—Es eso, nada más. ¿Y esto qué es? ¿Una venganza?

—Soy yo viviendo mi vida. —Se encogió de hombros.

Me metí los pulgares en los bolsillos delanteros de mis jeans para no ponerle las manos encima. No estaba seguro de si quería besarla o ahorcarla, y ninguna de las dos era una buena opción.

—Pensé que estabas pensando en lo nuestro, ¿o no?

—«Pensar» significa considerar mis opciones.

—¿Y él es una opción?

—Todo es una opción, y nada también —respondió, dando otro trago—. Y si yo fuera corriendo detrás de ti cada vez que una chica tuviera el descaro de tocarte, viviría pegada a tu lado. —Se asomó para mirar detrás de mí—. De hecho, creo que ahora mismo hay alguien que te extraña.

—Me importa un carajo.

—No querrás perderte una oportunidad de hacerle honor a tu nombre, ¿no?

Se la hubiera retrucado si ese pequeño comentario no hubiera venido acompañado de un destello de dolor en sus ojos.

—Estoy exactamente donde quiero estar.

—Obvio. Por estos cinco minutitos, porque estoy radiante y es divertido perseguirme. Seguro todas las chicas se te arrojaron encima en estos últimos dos años, ¿no? Este debe de ser un desafío muy intrigante.

—Mierda, Rachel. Pensé que habíamos progresado un poco en Nepal. ¿Siempre vamos a estar avanzando un paso y retrocediendo dos?

—En Nepal era fácil acordarme de por qué me había enamorado de ti. Aquí, en el barco, es mucho más fácil ver en qué te convertiste. ¿Cuántas fueron, Landon? ¿Cuántos recuerdos tienes en la cama hoy en día? —siguió con determinación, y se le pusieron los ojos vidriosos con una capa de algo que no estaba seguro de si eran lágrimas—. ¿Te acuerdas de todas?

Una sensación de calor me recorrió las venas, con una mezcla nauseabunda de enojo, vergüenza y el sabor amargo del

arrepentimiento. Mi cerebro me gritaba que me retirara y me fuera a lamer las heridas; que volviera a intentarlo cuando ella no estuviera al ataque.

Pero mi corazón me recordó que iba a tener que luchar por esta mujer con todas las armas que tuviera en mi arsenal si quería recuperarla.

Y mierda que la quería recuperar. La deseaba. La necesitaba.

Era la única con la que había sentido una conexión: la única por la que se me despertaba el corazón y se sacudía el hielo que lo cubría. La única mujer que me desafiaba y me bajaba los humos a la vez.

Di un paso hacia delante y clavé las dos manos en la mesa, encerrándola entre mis brazos. Estiró el cuello para sostenerme la mirada, negándose a echarse para atrás. Esa era la cualidad que al mismo tiempo me frustraba más que la mierda y me calentaba más rápido que cualquier cosa: su determinación de no ceder ni por un puto segundo.

—¿Si me acuerdo de todas? Probablemente no. —Soltó una risa nasal—. ¿Quieres saber por qué? —No esperé a que contestara—. Porque, aunque fueran rubias, pelirrojas o morochas, les veía los rasgos por un milisegundo. Apenas me metía con una en la cama, todas tenían los ojos del color del chocolate amargo y el pelo tan negro que era casi azul... —Le miré el pelo—. O violeta. Nunca me hizo falta recordarlas, porque siempre todas eran *tú*.

—No digas cosas así —suplicó. Como si llegara a ver físicamente cómo empezaban a desmoronarse sus muros, se ablandó—. No tienes derecho a decirme cosas así. Ya no. No ahora, que vaya a donde vaya en este barco, me encuentro con una manada de chicas con las que te revolcaste, Landon.

—Sí, lo que pasa es que fui un imbécil de mierda. Y lo peor es que las usé a todas, a cada una de ellas, para tratar de olvidarte, solo para convertirlas en ti en mi mente. No tengo excusas.

—¿Qué quieres que haga yo con eso?

—Que me perdones. Quiero que me perdones. Y no que lo digas nada más, sino que lo sientas en serio. Vamos. Quiero otra oportunidad contigo, porque te prometo que no la voy a cagar. Esta vez, no.

Tragó saliva, y se me cortó la respiración cuando la vi a ella (a mi Rachel), a la cara que tanto protegía y que ocultaba del mundo. La que había sido antes de que yo la destruyera.

—¿Alguna vez te pusiste a pensar que hay una diferencia entre perdonarte y confiar en ti? Yo sí te perdono por lo que pasó entre nosotros hace años. Éramos muy jóvenes. No necesito perdonarte por convertirte en Casanova, porque no hiciste nada malo. Pero eso no quiere decir que ahora pueda confiar en ti.

—Puedes hacerlo —insistí—. Ya te perdí una vez. No voy a volver a pasar por eso nunca más.

—¿Y qué? ¿Me vas a prometer estar juntos para siempre? Hace tres semanas que respiramos el mismo aire, Landon.

—No me hicieron falta ni tres minutos. Apenas te vi en esa cubierta, supe que no te iba a dejar escapar. El destino nos...

—¡Wilder nos unió! —gritó. La música mantuvo su ritmo constante, y me pareció casi gracioso el hecho de estar teniendo la conversación más importante de mi vida en una discoteca de mierda.

—Sí, él movió los hilos...

—No lo entiendes, ¿no? —exclamó, apretándome el frente de la camisa con los puños—. Yo te amaba. Dejé *todo* por ti, y tú lo elegiste a él. No puedes volver así como si nada y recuperarme porque Paxton Wilder chasqueó los dedos y me ofreció delante de ti. Yo no soy suya como para que me ande ofreciendo, ni tuya como para que me tomes.

Me quedé pasmado.

—¿Eso piensas? ¿Que solo te quiero ahora porque Pax dice que está bien?

—¿Y no es la verdad? Dos años de silencio de tu parte, y después él viene y me sirve en bandeja como tu cena, así que ahora está todo bien. ¿En serio no entiendes lo mucho que te quiero? ¿Lo mucho que quiero confiar en ti? ¿Intentarlo de nuevo contigo? Volver a estar contigo no es nada más que algo emocionante: es *embriagador*. Es como volver a casa: así de bien me conoces. Pero tú prendiste fuego esa casa y, por más que haya aceptado el pasado, eso no significa que te vaya a dar la gasolina para que me quemes el futuro.

Mirando de reojo, vi un destello; el reflejo de la luz en el lente de la cámara.

—Mierda. Vamos a un lugar más privado.

—No —se negó, soltándome la camisa—. Apenas nos retiremos, me vas a dar un beso, y no puedo pensar cuando lo haces.

—¿Y eso no te dice nada? ¿Que con un beso nos perdamos los dos? —la desafié. Nada se comparaba con tocar a Rachel, con encontrarme a mí mismo mientras la exploraba a ella.

—¿Que todavía tenemos una química descomunal? ¿Que los dos seguimos sintiendo mucha atracción por el otro y que el sexo fue

espectacular? —replicó—. Tuviste sexo con, por lo menos, más de diez chicas de este barco, Landon. ¿Qué carajo te hace pensar que quiero ser un número más de tu lista?

—¡Tú eres el número! —grité, por fin perdiendo la paciencia—. No puedo cambiar lo que hice. Pero sí te puedo decir que no hubo nadie más desde que te volví a ver. No he tocado, besado o siquiera pensado en acostarme con nadie más.

Vaciló, dejando caer los hombros.

—¿Y cuánto tiempo puede llegar a durar eso?

—Para siempre —respondí al instante, y supe que era verdad—. Eres tú. Siempre fuiste tú, y no me importa si te lo tengo que seguir demostrando durante el resto de este año de mierda. Eres la única chica a la que voy a tocar.

Se quedó mirándome en silencio, y vi la guerra que se desató dentro de ella, odiándome a mí mismo por haberla puesto en esta posición en un principio. Odiándome por haberla dejado al pensar que, a la larga, iba a ser lo mejor para los dos y, sin embargo, deseando poder volver a ese momento y mandar a la mierda a todo el mundo, dejar de ser Nova y no ser más que el Landon de Rachel.

—Si me dejas demostrártelo, te juro que me voy a meter en una burbuja personal con el tamaño justo para que entres tú sola. Y eres bastante chiquita.

Me fulminó con la mirada, y sus ojos volvieron a encenderse cuando le dije eso último. *Esa es mi chica.*

—Te lo voy a demostrar —le prometí—. Te voy a desgastar, voy a atravesar todos esos muros de mierda que no puedes parar de levantar y me voy a ganar tu confianza... y tu corazón.

Se le separaron los labios y se le llenaron de líquido los ojos.

Le llevé una mano a la mejilla y acaricié la suavidad de su piel, mientras la determinación llenaba cada uno de los huecos que sentía desde que la había dejado. Me sentía completo, decidido y con la fuerza para ser lo que fuera que ella necesitara.

—Todavía estoy considerando mis opciones —susurró, dándome a saber que, por más que me hubiera acercado a sus defensas, todavía no las iba a bajar.

Entonces dominé mi propio deseo y, en vez de besarle los labios, le rocé la mejilla con los míos.

—Considéralas, si eso es lo que necesitas para darte cuenta de que no hay nada en el mundo como lo que podríamos tener juntos. Que disfrutes el resto de tu cita.

Después me alejé, pero sentí que sus ojos me seguían mientras les pasaba por al lado a las otras chicas y salía por la puerta.

Más le valía no olvidarse de lo que le acababa de decir, porque había dicho cada palabra muy en serio.

Y estaba listo para demostrarlo.

CAPÍTULO 18
Rachel

EN EL MAR

Me quería morir. De hecho, ya había rezado un par de veces pidiendo justamente eso. Los azulejos del suelo del baño estaban fríos contra mi mejilla, y traté de concentrarme en esa sensación en vez de en el infierno que se había desatado en mi estómago.

—¿Rachel? —preguntó Penna a través de la puerta—. ¿Te traigo algo?

—No —gruñí—. Pero gracias.

—¿Segura? Tengo que irme a clase, pero no quiero dejarte aquí.

¿Clase? ¿Qué hora era? Me habían atacado las náuseas cuando me estaba yendo de la discoteca, no mucho después de que Landon declarara sus intenciones, y los vómitos habían empezado al poco rato.

—Estoy bien —le aseguré, mirando el vaso de agua que me había servido, cuyo contenido subía y bajaba con cada puta ola que pasaba—. ¿Puedes hacer que pare de moverse así el barco?

—Ojalá. Espera, vino alguien. —Oí cómo se iba, arrastrando el pie, que por fin tenía un yeso en el que se podía apoyar el peso. Tras un

minuto de voces amortiguadas, volvió al lado de la puerta—. Rachel, vino Landon.

—Genial. Dile que se vaya. —De ninguna manera iba a dejarlo entrar. No ahora, que apenas me podía mover y seguramente tuviera vómito en el pelo.

—Eso no va a pasar —dijo Landon a través de la puerta.

—Créeme cuando te digo que no quieres entrar aquí.

Agitó la manija de la puerta.

—Abre, Rach.

—No. Créeme. Te estoy salvando.

—¿Hace cuánto que está así? —preguntó.

—Desde anoche —respondió Penna—. ¿Serán unas catorce horas, más o menos?

—Mierda —gruñó. Se volvió a mover la manija, y luego se abrió la puerta de golpe—. Rachel... —suspiró Landon mientras se arrodillaba enfrente de mí y me levantaba delicadamente para ponerme en su regazo.

—¿Cómo entraste?

—Es la puerta de un baño. No una base militar. —Me pasó la mano por la frente—. Estás toda transpirada. ¿Es por algo que comiste?

—No creo —dije mientras se me revolvía el estómago otra vez—. Nada más... necesito que el barco... —*Ay, Dios. No.* Se me llenó la boca de saliva y salí disparada del regazo de Landon, lanzándome encima del retrete—. Sal. Ya —le dije, con la voz haciendo un eco extraño en la taza.

—No te voy a dejar sola.

Me acarició la espalda y, en cuestión de segundos, ya estaba vomitando, con un ácido que me quemaba la garganta mientras mi estómago expulsaba bilis. Imposible comer nada... Con solo pensar en comida, la barriga se me rebelaba de nuevo; se me contraían los abdominales con cada arcada seca.

—Estás mareada por el movimiento del barco —dijo mientras yo apretaba el botón del retrete.

—Bingo. —Me levanté como pude y me enjuagué la boca con el agua para luego escupir la asquerosidad que se había alojado dentro. Me sostuve con las manos del borde del lavabo y miré fugazmente el espejo antes de apartar la vista.

Me veía como si me hubiera atropellado el mismísimo crucero de mierda que me estaba generando tanta miseria.

—Esto es porque estamos en mar abierto, nada más. Las olas son mucho más grandes —explicó Landon, estirando el brazo detrás de mí para mojar una toalla de mano.

—Eso no ayuda —musité.

Escurrió la toalla azul y luego me limpió la cara. El agua fría contra mi piel sonrojada era como algo enviado del cielo.

—¿Y si te acuestas en el sofá? Voy a abrir la puerta corrediza de vidrio para que entre un poco de aire fresco.

—No me quiero mover.

—Aquí hay un olor como si se hubiera muerto alguien... y después alguien se lo hubiera comido y vomitado. —Arrugó la nariz—. Creo que sé exactamente lo que necesitas.

Sin darme tiempo a protestar, me alzó en brazos. Mi cabeza fue a parar a ese lugarcito mágico de su pecho, justo debajo de su clavícula, donde encajaba perfectamente.

—No tendrías que alzarme.

—¿Por qué no? —Cruzamos el pasillo, y Landon frenó para sostenerse cuando nos alcanzó una ola más grande.

—Porque tengo olor.

—Sí.

Pasamos la barra y la mesa del comedor.

—Tengo vómito en el pelo.

—Sí. —Me dejó con delicadeza en el sofá de cuero y me puso una almohada debajo de la cabeza—. Te voy a alzar de todos modos.

Se me sacudió el estómago, y me llevé las rodillas al pecho.

—Basta de ser bueno. Es más fácil alejarme de ti cuando estás más engreído.

Se rio, apartándome unos mechones sueltos del rostro.

—Lo voy a tener en cuenta. Bueno, tú espera aquí. Vuelvo lo más rápido que pueda, ¿está bien?

Asentí con la cabeza, respirando hondo. Detestaba que tuviera razón, que el aire fresco se sintiera fantástico. Detestaba cuando él tenía razón en cualquier cosa.

Me encantaba que me cuidara a pesar de que le hubiera pedido que no lo hiciera.

Uf. La cosa era complicada.

La puerta de vidrio se abrió y cerró detrás de mí, y pasé los minutos siguientes tratando de no devolver nada más. Me sentía vacía, con la garganta en carne viva, el estómago débil como si hubiera hecho diez mil abdominales. Y este barco de mierda no paraba de mecerse.

Entraba por la nariz... y salía por la boca. Respiré de forma muy medida, y me cuestioné cada una de las decisiones que había

tomado en la vida para llegar a este momento.

La puerta corrediza se abrió unos cinco minutos después.

—Perdón por tardar tanto —dijo Landon, bordeando el sofá y poniéndose en cuclillas para estar a la misma altura que yo—. Dame el brazo.

—¿Qué?

—Confía en mí —dijo, mirándome fijo con esos ojos.

—Solo porque estoy al borde de la muerte —bromeé, y extendí el brazo bruscamente.

Me puso un brazalete negro en la muñeca y ajustó un broche parecido al de un reloj de pulsera hasta que se apretó un disco pequeño y duro contra mi muñeca. Después hizo lo mismo con la otra.

—Son pulseras antimareo. Deberían ayudar a que se te pase.

—¿En serio? —pregunté, mirando los pequeños brazaletes.

—Totalmente. Y, si le hubieras dicho a Penna que estabas mareada por el barco, me lo habría dicho antes —me reprendió—. Pensó que te había caído mal algo que comiste. Creo que le pareció que eras demasiado ruda para que te maree el barco.

—Es que no me di cuenta —dije—. Ya estamos a bordo desde hace varias semanas.

—Sí, bueno, pero no habías pasado por el Atlántico, así que esta es la primera vez que cruzas el océano. No te preocupes. —Se levantó, fue hasta la barra y bajó un vaso del armario. Después de un *plop* y un burbujeo, me pasó un vaso de refresco—. *Ginger ale* —anunció.

—No voy a tomar nada —dije, incorporándome—. No lo voy a poder retener.

—Bueno, pero hay que darte algo de líquido, y esto es mejor que nada. Espera unos minutos para que hagan efecto las pulseras.

—¿Cómo sabías que me sentía mal? —pregunté.

—No fuiste a clase hoy a la mañana, y sabía que no podía ser que estuvieras tan desesperada por evadirme —dijo con una leve sonrisita.

—No te estoy evadiendo. ¿En serio viniste para ver cómo estaba? —Bueno, podía ser que eso me diera ternura, pero solo un poquito.

—Sí, eso hacen los novios, ¿o no? —preguntó con una leve sonrisita, pícara y ridículamente sexy.

—No eres mi novio.

Se encogió de hombros.

—A mí siempre me enseñaron que me tenía que vestir para el trabajo que quisiera tener. Me imagino que esto es lo mismo. No tengo nada en contra de desgastarte a pura fuerza de voluntad.

—Si no me acuerdo mal, siempre quisiste ser Batman —bromeé mientras se me empezaban a aliviar las náuseas en la barriga.

Se le iluminaron los ojos.

—¿Te acuerdas? Tengo unos buenos juguetes, un pseudónimo, una reputación a nivel mundial... Creo que me acerqué bastante.

—Y siempre tan humilde.

—No vale nada si no puedo tener lo único que necesito.

—¿Y qué sería eso? —pregunté, y se me encogió el pecho sin que tuviera nada que ver con el malestar.

—Tú.

La manera en que me miró cuando lo dijo me habría hecho caer al suelo si no hubiera estado sentada. No tenía rastro de coqueteo en

los ojos, ni de manipulación, ni de galanteo: simplemente había honestidad.

El *ginger ale* se sintió dulce al bajar por mi garganta, y me di cuenta de que las náuseas habían mejorado de verdad. Seguían estando, pero eran más manejables.

—Me parece que necesito una ducha.

—Y, la verdad es que tienes el pelo vomitado —coincidió.

Puse los ojos en blanco.

—¿Me dejo las pulseras puestas?

—Si quieres ducharte sin vomitarte los pies, sí. ¿Quieres una ayudita? —Se pasó la lengua por el labio de abajo.

Ahí estaba el galanteo.

—Acabo de pasar más de doce horas vomitando, ¿y todavía sigues tratando de acostarte conmigo? —Me habría reído si no fuera porque todavía me sentía débil.

—Bueno, yo te acepto como vengas.

Negué con la cabeza y me levanté, con las piernas un poco inestables todavía, y alcé bruscamente la mano cuando trató de ayudar.

—No. Estoy bien. Yo puedo.

Con la mano apoyada en la pared para mantener el equilibrio, me abrí camino hacia el baño, mientras el oleaje seguía meciendo el barco. Probablemente no fuera el mejor clima para que me duchara, pero de ninguna manera me iba a ir a dormir para sentirme mejor con el pelo lleno de vómito. Yo era una chica con ciertos estándares y, sin duda alguna, el vómito se pasaba de la raya.

Me lavé lo más rápido que pude y, aunque me sentía mejor ahora que estaba limpia y libre de vómito, quedé agotada para cuando salí

de la ducha.

Envuelta en una toalla azul suavecita, crucé el pasillo de puntillas hasta mi dormitorio, ya que suponía que Landon seguía ahí. Si bien era cierto que, cuando recién había llegado al barco, una vez había ido sin toalla para demostrar un punto, no estaba lista para repetir.

Tras ponerme unos pantalones suavecitos y una camiseta sin mangas, me encontré con Landon apoyado contra la pared en el pasillo con una hoja enrollada en la mano.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Métete en la cama y te muestro.

—*Eso* me suena... ¿Dónde lo habré escuchado?

Se rio, y se me aceleró el corazón.

—Vamos. Voy a buscar el *ginger ale* y unas galletas saladas y voy.

Entorné los ojos.

—Palabra de honor —dijo, levantando dos dedos—. No voy a hacer nada de índole sexual. Nada de nada. Narinas.

—Bueno —contesté, más que consciente de que me estaba desgastando la armadura hasta borrarla de la existencia. Yo ya me había metido en la cama y me había tapado con las mantas para cuando entró, haciendo equilibrio con el vaso de *ginger ale*, la hoja y un paquete de galletas saladas.

Me rugió el estómago, y tomé todo menos la hoja mientras él se acomodaba a mi lado en la cama, sin meterse bajo las mantas.

—Tomé apuntes por ti hoy a la mañana, y se me ocurrió leértelos, así te pones al día —dijo mientras desenrollaba la hoja.

—¿Me vas a leer la tarea? —repetí, sin saber si lo había escuchado bien.

—Eso mismo. —Lo miré con las dos cejas levantadas—. ¿Qué? Te estoy demostrando cómo se porta un novio, nada más.

—Landon, no somos...

—Sí, sí —dijo, sacudiendo la mano para restarles importancia a mis palabras—. Ya sé. Bueno, ¿no quieres que te cuente todo sobre los korowai? Viven en unas casas tremendas encima de los árboles.

Digamos que, si tenía que pasar un día en la cama con Landon, escucharlo leer en voz alta era lo más inofensivo que podía hacer. Me puse de costado y me permití mirarlo, ya que sus ojos estaban clavados en el artículo impreso. Su voz era grave y relajante, y no podía dejar de mirar el movimiento de sus labios y cómo se pasaba la lengua por el de abajo cuando pasaba la página.

Cuando terminó con las tribus korowai, siguió por los dani y los lani, y no recordaba si alguna vez en la vida había disfrutado tanto de escuchar un artículo. En cierto punto, empezó a tocarme el pelo con su mano libre y me entregué a sus caricias, demasiado cansada como para hacer mucho más que eso.

Para cuando terminó, ya se me habían ido las náuseas, gracias a los brazaletes mágicos que me había traído. Se quedó con la mirada perdida por un instante, con la hoja olvidada sobre las piernas.

—¿Dónde estás? —pregunté.

Dejó la mano quieta sobre mi cabeza.

—Preguntándome cómo estará Gabe.

—Es comprensible. —Por lo menos estaba con Little John, y habían venido sus papás en avión. Landon se había querido morir cuando tuvo que dejarlo allá, pero si a Pax se le hubiera ido el barco, lo habrían echado del programa. Aquí solo te daban una

oportunidad, y él ya había usado un pase libre para salvarse unos meses atrás, cuando se había quedado con Leah en Estambul.

—¿Sí? —preguntó, con la vista todavía fija en la pared—. Porque, aunque hay una parte de mí que reza por que esté bien, la otra parte se está preguntando cuándo podré volver a subir allá arriba. Tratando de calcular si me dará el tiempo para aclimatarme y llegar a meterlo en el documental.

Me puse tensa al sentir un miedo helado que me dio unos escalofríos por toda la espalda. Pero, por mucho que hubiera cambiado Landon en este par de años, sabía que, en el fondo, no había cambiado.

—Te resulta insoportable pensar que fallaste.

—Es que fallé, y no solo a mí mismo. Le fallé a Gabe cuando elegí el canal más arriesgado. Él confió en mí, y yo lo mandé al hospital. También le fallé a Nick. Necesitábamos ese reto para el documental. *Él* lo necesita.

—La Madre Naturaleza te arruinó la oportunidad —le discutí—. Esa nieve fresca que había caído encima del hielo... era un desastre asegurado, y no puedes sentirte culpable por eso.

—Tendría que haberme dado cuenta. Tendría que haber elegido el canal más chico: el que eligió Alex. No tendría que haber presionado para ir hasta la cima.

—Pero tú eres así —dije—. Para ti, cualquier cosa que fuera menos que la cima hubiera sido un fracaso.

—Sí, bueno, pero mi ego le costó varios meses de recuperación a Gabe. Y casi nos cuesta la vida.

—No. Eso fue por el estilo de vida que tienen. *Los dos* lo eligieron. Tú no lo arrastraste hasta allá arriba: él fue por voluntad propia. No

es tu culpa.

Negó con la cabeza despacio, soltando el aire al mismo ritmo.

—No sé. Tal vez, si hubiera elegido el canal más chico... Si hubiéramos llegado dos días antes...

—Tal vez, si no hubiera estado yo con ustedes... —dije en voz baja.

Se deslizó hasta quedar acostado frente a mí, con la cabeza apoyada en el brazo, imitando la mía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No lo pensaste ni una vez? —pregunté—. Ni una vez se te cruzó por la cabeza la maldición.

—No hay ninguna maldición, carajo.

Solté un resoplido escéptico.

—Landon, desde que me viste a bordo, te chocaste contra una pared, casi se suspende el reto de Sri Lanka por una lluvia torrencial, por poco te lleva puesto un derrumbe, quedaste enterrado vivo en una avalancha después de una tormenta de nieve descomunal y ahora, con el mar así, parece que estamos en una versión mala de *La aventura del Poseidón*.

—¿Y? —preguntó, enganchándome el pelo detrás de la oreja, como si no pudiera evitar tocarme.

—¿Es en serio? —pregunté, y se asomó una leve punzada de tristeza en mi voz.

—No eres una maldición. Ya no sé cuántas veces te lo tengo que decir. Mira todo lo que salió bien desde que llegaste. A Pax le salió un triple *front*...

—Porque yo no fui a la exhibición —le discutí—. Ya sabía cuál era mi reputación.

—Me estabas evadiendo a mí.

—Además —admití.

Me acarició el pómulo con el pulgar, y la mirada que me dirigió fue tan tierna que no pude evitar caer un poquito, resbalándome colina abajo en la pista del deseo por Landon.

—Desde que llegaste, sobreviví a un derrumbe, cosa que tal vez no habría logrado si no hubieras estado en el auto. Pasé una noche abrazado a una mujer hermosa en medio de una tormenta de nieve en el Himalaya y me salvé de la muerte en una avalancha. Tal vez no te das cuenta y en realidad eres más bien un amuleto de la suerte.

Se acercó, me llevó los labios a la frente y me dio un beso tierno. Con el Landon engreído me podía pelear. Al Landon mujeriego lo podía ignorar. A Nova lo podía detestar.

Pero este era mi Landon, y no había nada que pudiera hacer.

—No te preocupes: no te voy a dar un beso en la boca —susurró.

—Está bien.

—Pero no es porque no quiera —dijo, alejándose para mirarme a los ojos.

—¿Y por qué es?

Se le levantaron las comisuras de los labios.

—Primero, porque quiero que te des cuenta de que esto no es nada más algo sexual para mí. Lo que dije anoche fue en serio. No voy a tocar a ninguna mujer más, y eso te incluye a ti, hasta que te des cuenta de que esto no es para acostarnos y ya. —Lo debo de haber mirado con escepticismo, porque me sonrió—. Lo digo totalmente en serio. —Se señaló todo el cuerpo—. Todo esto queda cerrado hasta que me creas que estoy aquí para ganármelo. A largo plazo. Tu corazón. Entero.

Dios, cómo quería creerle. El corazón prácticamente me estaba aporreando las costillas en un intento de lanzarse encima de él. Pero yo sabía que no tenía que hacerlo, ¿no? No era una chica ilusa que se creía capaz de cambiar a Landon Rhodes. Yo era la chica que él había dejado en un apartamento vacío, sin ahorros, sin universidad y sin familia.

Pero había una partecita minúscula de mí que se estaba volviendo cada vez más fuerte, que me suplicaba que le diera una oportunidad. Que pusiera a prueba esas declaraciones. Pero también sabía que esa era la última parte de mí que nunca lo había superado y que, con un paso en falso, él era capaz de arruinar esa oportunidad para siempre.

—¿Y cuál es la otra razón por la que no me vas a dar un beso?

¿Cuánto tiempo se podía contener si yo lo provocaba de verdad? ¿Si le desgastaba los bordes a su autocontrol inexistente? ¿Cuánto tiempo llevaría demostrar que lo que quería era acostarse con la única chica con la que creía que no podía? ¿No era más seguro, a largo plazo, que me rompiera el corazón con el tamaño que tenía ahora, en vez de dejar que volviera a crecer por él?

Arrugó la nariz.

—Tienes aliento a vómito.

No lo pude evitar; estallé de la risa.

Iba a ser tan divertido ponerlo a prueba.

CAPÍTULO 19
Landon

YAKARTA

—No te rasques más —ladró Penna mientras mirábamos las aguas calmas del parque de grúas. El agua estaba cristalina dentro de la zona cercada de la bahía, sin olas que golpearan las distintas rampas, las plataformas flotantes ni los muelles que sostenían las grúas gigantescas que pronto nos lanzarían en catapulta por el agua —. Lo digo en serio —me advirtió.

Bajé la mano para detener su exploración por el plástico impermeable que me cubría los puntos. Por supuesto, necesitaba esa protección, pero, mierda, me sentía como un plato de sobras envuelto en papel *film*, listo para el microondas.

—Mira quién habla —le dije mientras se acomodaba en el lugar a mi lado—. ¿O me vas a decir que no te vi metiéndote una percha en el yeso hoy a la mañana?

Me señaló con el dedo.

—No tienes ni idea de lo que es aguantar este calor y esta humedad con toda la pierna metida en un yeso de mierda. No tienes ni idea.

—Bien dicho —coincidí, levantándome la gorra ante ella.

Puso los ojos en blanco y sonreí. La verdad, yo estaba contento por el simple hecho de que hubiera venido con nosotros. Habíamos tenido que usar todas las armas de nuestro arsenal para traerla hasta el lugar del reto y, aunque ella insistiera en quedarse sentada a la sombra con un libro, con eso me bastaba.

Sentía que era el primer paso para traerla de vuelta.

—¿Y qué onda con Rachel? —preguntó mientras se quitaba el esmalte con la uña y lo arrojaba a la cubierta de madera, solo para verlo caer al agua entre las grietas.

—Ay, amiga mía, esa es la pregunta del millón —dije. Me di vuelta la gorra y luego me incliné por encima de la barandilla para ver a Paxton en la cubierta que estaba cuatro metros y medio más abajo, ultimando detalles para el reto.

Yo tendría que haber estado con él, pero necesitaba que llegara Leah, que se sentaría con Penna para que no tratara de escaparse.

—A mí me alegra que por lo menos ya no se estén saltando a la yugular —dijo Penna, apoyándose contra la barandilla conmigo—. Más te vale no cagarla.

—Estoy haciendo todo lo posible. Pero no confía en mí.

—¿Y la culpas? La dejaste tirada y seguiste con lo tuyo, para convertirte en una superestrella. Si a eso le sumamos tu tendencia a revolcarte con cualquier cosa con vestido...

—Ya no hago más eso —la interrumpí.

—¿Así como así? —Ladeó la cabeza—. ¿Tú, que creo que no pasaste ni un día sin tener sexo en los últimos dos años, vas a dejar esa adicción tuya de un día para el otro?

—Ya la dejé —le dije al ver a Rachel, que se nos acercaba con Leah. Tenía unas bermudas de surf, una camiseta sin mangas y un peinado medio recogido que le dejaba al descubierto la línea del mentón.

—¿En serio?

—Ni siquiera respiré cerca de otra chica desde que vi a Rachel en Dubái. Ya van más de tres semanas.

—Guau. Son casi treinta días de sobriedad. Te mereces un aplauso. —Vio que venían Rachel y Leah y susurró—: ¿Y eso incluye a tu amuleto de la suerte?

Sonreí. Rachel era mi amuleto de la suerte en serio, por más que ella estuviera convencida de que estaba maldita.

—Ella sobre todo —le dije en voz baja—. Tengo que convencerla de que lo que yo quiero es más que su cuerpo.

Soltó una risa por la nariz mientras se pasaba el cabello largo y rubio por una liga para el pelo, pero antes de que pudiera decir nada, llegaron las chicas.

—Dice Pax que ya está listo —anunció Leah debajo de su gigantesco sombrero blando para el sol.

—¿Vienes con nosotros? —pregunté.

Miró a Penna.

—No. Creo que hoy tengo ganas de quedarme en la costa. Que se diviertan. Rach, ¿querías dejar tus cosas en mi bolso?

Rachel se asomó por la barandilla para ver el armado y luego asintió con la cabeza.

—Sí, creo que va a ser lo más fácil. ¿No te molesta?

—No hay problema. —Leah abrió su bolso de playa gigantesco y extrajo algunos de sus libros de estudio—. Ponlas aquí.

—Excelente —dijo Rachel. Luego se cruzó de brazos, tomó el extremo de abajo de su camiseta verde brillante, se la levantó... y se la quitó.

Mieeeeerda. Resonó un zumbido por todo mi cerebro, y todos mis pensamientos se fueron por la borda cuando arrojó la camiseta en el bolso. La parte de arriba de su bikini era modesta. De hecho, nada más se le veían unos centímetros de ese abdomen tan marcado y suave, pero alcanzaban para hacer que se me pegara la lengua al paladar.

Si a eso le sumábamos los pechos que se le levantaban con esa tela ceñida, la situación se me complicaba.

—¿Estás bien? —preguntó Penna con un tono excesivamente preocupado.

—*Síp* —dije con una tos.

Entonces, Rachel se quitó las bermudas y se quedó con la parte inferior de un bikini que le marcaba todas las curvas del culo.

Todavía estaba tratando de formular un pensamiento cuando arrojó las bermudas en el bolso de Leah y me sonrió.

—¿Listo?

Pero más vale que estaba listo. Ahí mismo. Había un edificio a unos nueve metros que debía de tener una puerta con traba.

—¿Landon? —preguntó Rachel con la frente arrugada.

—Sí, vamos. ¿Leah? —pregunté, señalando el bolso.

—Sí. —Asintió con la cabeza y me lo sostuvo abierto.

Me quité la camiseta, feliz de poder deshacerme de ella con la humedad y los más de treinta grados que hacía. Cayó dentro del bolso junto con mi gorra. Estaba listo para salir.

A Rachel se le pusieron los ojos redondos y los pasó velozmente por mi pecho y mis abdominales, sin duda para catalogar los tatuajes que había agregado. Después tragó saliva, se pasó la lengua por el labio de abajo y sacudió la cabeza.

—Sí, vamos. Ya.

Podría haberme jactado al darme cuenta de que yo todavía le generaba algo, pero justo entonces empezó a alejarse, y de pronto me vi demasiado ocupado mirando cómo movía las caderas como para que me importara lo que pensara ella de mí.

—Sí, bueno, suerte con eso de no tener nada de sexo —soltó Penna entre risas—. Le doy una semana.

Ni me molesté en corregirla.

Nos encontramos con los Renegades en la cubierta de abajo y nos preparamos para el reto. Todos se abrocharon el chaleco salvavidas. Yo jalé fuerte de los cordones de los costados y revisé si estaba bien asegurado antes de dirigirme hacia donde estaba Rachel, de pie sobre la cubierta.

—¿Pudiste? —pregunté.

Me miró a través de unas pestañas imposiblemente largas.

—No sé bien. ¿Quieres darme un buen tirón? —preguntó, mordiéndose un poquito el labio de abajo.

Peligro, Will Robinson. Algo tramaba, pero por el momento me importaba un carajo. La sostuve de las costillas con una mano y le ajusté bien los cordones laterales, y luego me di vuelta e hice lo mismo con el otro lado.

—¿Mejor? —pregunté en voz baja. Tenía que alejarme de ella ya mismo, antes de que mi cuerpo tuviera una reacción más grande de lo que era capaz de disimular mi bañador.

—Mucho mejor. ¿Necesitas ayuda? —Recorrió con los dedos la pequeña franja de piel que no me cubría el chaleco salvavidas.

Mierda, casi me había olvidado lo que era tener toda su atención. El poder que tenía en esos ojos profundos color café... Traté de calmar el deseo que me encendió las terminaciones nerviosas como si fueran fuegos artificiales el Día de la Independencia, todas hambrientas de sus caricias, pero era inútil.

La Rachel enojada era algo tremendo de ver.

La Rachel preocupada hacía que quisiera resolverle todos los problemas.

La Rachel abierta, sincera e indefensa me robaba el corazón, latido a latido.

Pero ¿la Rachel coqueta? Mierda, estaba jodido.

—No, gracias, estoy bien así —le dije.

Se puso de puntillas y me rozó la línea del mentón con los labios, aunque casi no llegaban a tocarla.

—Podrías estar más que bien.

Apreté las manos para evitar acariciarla. Este último par de años, venía tan acostumbrado a la avaricia de tomar todo lo que quisiera que iba a tener que esforzarme para poder reprimirme.

Pero ella lo valía.

Y, por esa leve sonrisita y ese mordisco pícaro de su labio de abajo, supe que me estaba poniendo a prueba. Rachel daba por sentado que fracasaría y sucumbiría a mis ganas casi dolorosas de estar con ella antes de que estuviera lista para todo lo que yo quería a un nivel emocional.

Aunque no la culpaba. Todavía no le había mostrado mucho más que eso, pero ella no tenía ni idea de lo decidido que estaba.

—¿Más que bien? —le pregunté con una sonrisita. *Jugando con fuego*, me advirtió mi inconsciente.

—Mucho más —me prometió.

—¿Están listos? —nos llamó Pax.

—No estoy segura. ¿Tú estás listo? —me preguntó Rachel, desafiándome abiertamente.

—Puedo con cualquier cosa que hagas, Rachel.

—Ya veremos —dijo, encogiéndose de hombros.

Hicimos silencio mientras Pax repasaba el plan. Las primeras rondas serían para los que estábamos en tabla de *wakeboard*. Nos iban a arrastrar las grúas, y la fuerza centrífuga nos iba a impulsar a unas velocidades vertiginosas hasta las rampas.

Tablas de *snowboard*, de *skateboard*, de *wakeboard*... Daba lo mismo. Era lo mío.

Como si se hubiera encendido un interruptor en mi cerebro, mi atención se centró en el reto. Examiné todos los ángulos de esas rampas, la velocidad a la que podía llegar, los trucos que podía hacer...

Uno por uno, los Renegades se abrocharon y engancharon. Pax fue primero, y lo usé descaradamente como conejillo de indias, fijándome en dónde iba más rápido y qué ángulos le funcionaban mal.

Luego pasé la atención al lugar donde habían dispuesto la pista de bolos humana.

Me aseguré de que los barriles gigantes de espuma estuvieran bien ubicados en el agua, apilados en una pirámide justo en el medio del parque de grúas, a la espera del primer Renegade que llegara en su tabla para derribarlos. Los barriles eran tan altos como

Rachel, pero tres veces más anchos, y estaban apilados en forma de pirámide en medio del parque.

—Bueno, ¿cuál es el objetivo aquí? —preguntó Bobby cuando apareció una cámara.

Puse mi cara de guerra.

—Derribar todos los barriles que se puedan.

—¿Con qué?

—Con el cuerpo. —Sonreí, señalando la grúa más cercana—. Hay que lanzarse en la tabla de *wakeboard*, pasar por la rampa y apuntar al pilón.

—¿Sientes que estás concentrado, después de lo que pasó la semana pasada? —preguntó Bobby.

Me dejé la sonrisa pintada en el rostro. Estaba más que concentrado, carajo.

—Por supuesto. Cuando se hace lo que hacemos nosotros, uno no puede darse el lujo de no concentrarse. Así es como...

—Se lastima la gente —aportó Bobby.

—Exacto.

Cuando Pax empezó a subir caminando por el muelle, las cámaras se apiadaron de mí y fueron con él.

Pero, aunque estaba totalmente concentrado en el reto que tenía por delante, Rachel nunca se apartaba de mis pensamientos. ¿Cómo podía apartarse, si nunca estaba a más de seis metros de distancia? Tenía una sonrisa magnética mientras miraba cómo andaban los demás, y yo no era el único que se había dado cuenta.

Los Renegades más nuevos —los que no sabían de nuestra historia— hacían fila para conseguir unos minutitos con ella. Por supuesto que les gustaba. Era hermosa, inteligente y capaz de

seguirle el ritmo a nuestro estilo de vida desquiciado. Ella vivía para esto, al igual que yo vivía para *ella*. Me inundó una ola de sentimientos posesivos, pero no hacía falta que actuara en consecuencia. Rachel tenía totalmente bajo control las atenciones que le estaban dando.

Me até la tabla de *wakeboard*, revisé mi GoPro y me puse en posición en el muelle, listo para arrancar antes de que empezaran los bolos. Tras dos respiraciones hondas, ya había bloqueado de mi mente la avalancha y todas las voces de mi cabeza que me decían a gritos que esta no era una buena idea.

Por supuesto que no era una buena idea. Por eso lo estábamos haciendo.

Le hice una señal al operador de la grúa y me aferré al manillar de la cuerda, preparado para el tirón que sabía que se venía. Y no defraudó. La velocidad a la que me arrastró la grúa al instante me dio el impulso necesario para salir desde tierra firme en vez del agua, y toqué la superficie lisa con un impacto controlado, directo hacia el primer salto. Ajusté el agarre, doblé las rodillas, encaré la rampa y me salió un 360 en el aire.

Fue una sensación gloriosa.

En la siguiente rampa hice un *flip*, y sentí que el cuerpo se acostumbraba a seguir un ritmo sin tener que hacer ningún esfuerzo. El ángulo de la cuerda atada a la grúa me permitía una mejor elevación y unos saltos más altos, y la velocidad no venía nada mal para ganar más tiempo en el aire y hacer invertidos y *grabs*. Una parte de mi cabeza reconocía que la velocidad era peligrosa, que si me chocaba contra el muelle iba a terminar con

algo más que unos puntos en el brazo. Pero tenía todo bajo control, y era justo lo que necesitaba.

Había hecho un reto desastroso que había salido para la mierda, pero seguía siendo un Renegade, y seguía siendo capaz de llevar a mi cuerpo totalmente al límite en nombre de los retos épicos. Solo por diversión, encaré la siguiente rampa —la más alta del parque— a la velocidad más rápida que pude y giré el cuerpo una vez, luego dos, y la tabla chocó contra el agua justo cuando terminaba de ponerme de nuevo en vertical. Ni Pax podía hacer una cosa así.

Hice todo tipo de movimientos en mi turno, saboreando la velocidad y la descarga de adrenalina. Al frenar, hice una reverencia a modo de broma ante los aplausos. Una vez que ya había subido al muelle y me había quitado las correas de la tabla, levanté la vista y vi a Rachel sonriéndome desde arriba.

—¿Espectacular? —le pregunté después de que el camarógrafo hiciera su toma y se fuera a filmar al lugar siguiente.

Le flaqueó la sonrisa por un instante, y luego se encogió de hombros.

—Casi.

—¿Y qué más hace falta?

—Esta vez no sé bien. Te aviso cuando lo vea.

—Sí, sí. Trae esas nalgas para aquí abajo. Te toca primera en los bolos.

Terminé de inspeccionar la cuerda de arrastre enganchada a la grúa y después revisé dos veces la talla de las botas de la tabla de *wakeboard* de Rachel. Cuando terminé con eso, probé los cierres y asentí con la cabeza para mí mismo. Podía andar segura.

Le asentí con la cabeza, y ella se separó de los cuatro tipos que la habían flanqueado sin que ninguno se diera cuenta de que ni locos tenían chance con ella. Casi me sentí mal por ellos. Casi.

—¿Todo seguro? —preguntó.

Le di otro tirón al cable.

—Vas a estar bien.

—Bueno, entonces la idea es que derribe esos barriles de espuma —aclaró.

—Exacto. Cuantos más tumbes, más puntos ganas.

Me rodeó el cuello con los brazos.

—¿Y qué me dan si gano?

Miré por encima de su hombro, donde Bobby le estaba dando un manotazo en el hombro al camarógrafo.

—Lo que quieras —le prometí.

—Ah, ¿sí? —Se puso de puntillas, y me alejé.

—Las cámaras —expliqué—. Mira, cuando quieras hacemos público lo nuestro, pero no te voy a presionar con eso.

Bajó los brazos de mi cuello despacio.

—Sí. Las cámaras. Claro. ¿Qué estaba pensando?

—¿Que esto fue más fácil la primera vez que lo intentamos?

—Ja —soltó—. En ese momento estábamos haciéndolo a escondidas de Wilder, nada más. Ahora se lo estamos ocultando a un documental entero.

—¿Ocultando qué? —le insistí.

Me puso los ojos en blanco.

—Bueno, después «tablamos».

Me alejé mientras se ataba la tabla de *wakeboard*. Apenas dio la señal, salió sin mirar atrás. Era una de las cosas que siempre me

habían encantado de ella: tenía el mismo espíritu, la mismísima necesidad de sentir una descarga de adrenalina que yo. Nunca tenía que dar explicaciones sobre mí ni sobre las estupideces que hacía, porque ella estaba en el mismo lugar que yo.

Contuve la respiración cuando llegó a la rampa. El hecho de saber que ella era más que capaz no evitó que se me estrujara el estómago cuando se elevó en el aire, ni cuando soltó la cuerda de la grúa y giró en el aire con los brazos extendidos para derribar todos los barriles que pudiera. Los tumbó todos y bajó a la superficie entre risas.

Cuando hicieron el conteo entre los Renegades nuevos, no me sorprendió en lo más mínimo ver quién lideraba la tabla de posiciones.

Uno por uno, los tipos se fueron dispersando, y hasta Zoe negó con la cabeza.

Pero Rachel se limitó a mirar la lista con una sonrisa de oreja a oreja y luego me lanzó un beso.

Mierda, qué mujer irresistible.

Y era mía.

***

Hice un círculo con el cuello, estirando los músculos adoloridos mientras me apoyaba en la barandilla de la cubierta de mi camarote. Esta era una de mis partes favoritas del barco, y el único lugar que era solamente mío. No tenía nada en contra de compartir, pero en estos últimos cuatro meses a bordo, la verdad que un espacio privado era el único lujo que el barco no tenía.

Tocaron la puerta y suspiré. *Se terminó el tiempo a solas.*

—Pasen —dije desde la cubierta, dándome vuelta para apoyarme contra el riel de metal macizo.

—Hola —dijo Bobby, asomando la cabeza por la puerta—. Nada más te quería decir que hoy conseguimos unas tomas tuyas excelentes. Volviste a agarrarle el ritmo. De veras.

La tensión se apoderó de mis músculos.

—¿Estabas preocupado?

—¿Después de lo de Nepal? Pero más vale. Hay muchos que, después de una cosa así, no vuelven a repuntar nunca, pero tú rebotaste y volviste como si nada. Eso habla de tu profesionalismo. ¿Cómo está Gabe?

—Bien —respondí—. Hoy lo llevaron a casa de sus padres en avión, así que voy a ver cómo está en unas semanas, cuando vuelva a casa para Navidad.

—Me alegra. —Se le arrugó la frente—. Mira, hoy también grabamos otras imágenes...

—No las usen. Lo que pasa entre Rachel y yo no es para el consumo público.

—Es una historia tremenda la de ustedes, por lo que escuché. Ustedes dos... *Bah*, la historia que hubo entre los tres está en boca de todo el mundo desde que llegó. —Tenía esa mirada especuladora en los ojos, pero no me importaba un carajo. Rachel no era un truquito para conseguir más audiencia.

—No. Sería otra cosa si ella quisiera hacerlo público, pero no la vas a presionar a hacer nada por esta película de mierda. Ahí está el límite, Bobby. —Haría cualquier cosa por Nick, que era el principal motivo por el que estábamos haciendo el documental, y sabía que me apoyaría en esta decisión.

Rachel estaba primera.

—Bueno, bueno —dijo Bobby, levantando la mano—. No voy a usar el material. Pero avísame si cambia algo.

—Me da la sensación de que Rachel va a expresar lo que siente al respecto.

—Es lógico. Por lo que se ve, parece como si siempre hubiera encajado en el grupo.

—Es que es así. Siempre encajó *conmigo*.

—*Uf*, qué no daría por un poco de material del drama de ese momento. ¿Estás seguro de que no quieres incluir nada de esa historia...?

—No, Bobby.

—Está bien —dijo con un suspiro—. En fin. Muy bueno el reto de hoy.

—Sí, el equipo estuvo impecable.

—Sí, todos ustedes. Nos vemos.

Lo saludé con la cabeza y él salió, cerrando la puerta. ¿Podía confiar en que no pusiera ese material en el documental? No del todo. Bobby iba a hacer lo que fuera que considerara lo mejor para la película, pero de ninguna manera iba a permitir que me arruinara mi única oportunidad con Rachel.

Después de la racha de mierda que veníamos teniendo, había sido un alivio inmenso que nos hubiera salido todo sin complicaciones. Había sido un reto genial, algo divertido para contrarrestar tanta seriedad, pero no compensaba lo de Nepal. Por suerte, hoy ya había hablado con Nick —la diferencia horaria era una porquería—, y él ya se estaba ocupando.

Un vistazo al reloj me indicó que me quedaba media hora más antes de tener que encontrarme con el equipo para la cena. Eso quería decir que tenía treinta minutos enteros a solas para...

Toc. Toc.

Solté un resoplido de frustración, fui hasta la puerta y la abrí de un tirón más fuerte de lo necesario.

—¿Qué? —ladré, aunque me arrepentí al instante al ver a Rachel, que me arqueaba una ceja—. Hola. Perdón.

—¿Quieres que vuelva en otro momento? —preguntó.

—No. Mi habitación está abierta para ti a toda hora. Úsala cuando tengas ganas. —*O úsame a mí*. Abrí la puerta del todo para que entrara.

Se había dado una ducha después del reto; su aroma era esa combinación tan única de menta y lavanda, y el cabello le caía en mechones sedosos, justo por debajo del mentón. Juro que mi cuerpo recordaba esa fragancia y se había acelerado al instante, yendo de cero a mil. También se había cambiado la ropa, y ahora había elegido torturarme con unos shorts azules, que terminaban un par de centímetros por debajo de su culo hermoso, y una camiseta blanca con tirantes atada al cuello.

Recorrió mi camarote con una mirada veloz, sin duda observando hasta el último detalle. Rachel tenía la particularidad de notar muchas más cosas de las que sospechaba la mayoría de las personas. Levantó la foto de los X Games de hace dos años que estaba en mi escritorio y sonrió vagamente.

—¿Cómo está Nick? —preguntó, acariciándole el rostro con el pulgar.

—Está bien. Ahora se queda detrás de escena más que nada, pero estamos tratando de cambiar eso. De hecho, está buscando la forma de encontrar un momento para que yo pueda volver a Nepal y terminar de bajar por esa cresta.

Negó con la cabeza con una sonrisa triste.

—Era obvio que nunca le ibas a dar la espalda a esa cresta.

—¿No vas a ponerte a gritar? —Me acerqué desde atrás, le quité suavemente la foto de las manos y la volví a poner en el escritorio. Quería que tuviera las manos vacías porque las necesitaba sobre mí, aunque fuera por unos instantes nada más.

—No tiene sentido gritar. Siempre que puedas, vas a llevar las cosas al límite, y aprendí hace mucho tiempo que es inútil tratar de cambiarte.

Uf, eso dolió.

—Eso no fue una indirecta ni nada —dijo, y se le dispararon los ojos a los míos—. Solo es algo que siempre supe sobre ti; te llamé Supernova por una razón. A veces no podía hacer otra cosa más que sentarme y mirarte hacer lo tuyo.

Se me empezó a dibujar una sonrisa en las comisuras de la boca.

—Me seguiste el ritmo, paso por paso.

Se encogió de hombros y se dio vuelta para salir a mi balcón privado.

—Estoy un poco oxidada, pero a veces me siento como si nunca me hubiera ido.

Salí detrás de ella, contento de que las mamparas nos dieran una privacidad absoluta. La brisa húmeda me acariciaba la piel mientras el sol se ponía detrás de ella, iluminándole la piel con un resplandor cálido.

—Lo entiendo —dije, poniéndome a su lado—. De a momentos, siento como si no hubiera cambiado nada, como si estuviéramos en una línea de tiempo alterada.

Se dio vuelta hacia mí, apoyando la espalda y las manos en la barandilla antes de darse impulso para sentarse sobre la barrera gruesa de metal. Se me paró el corazón, incluso cuando enroscó los tobillos en la estructura para sostenerse. Era una caída desde muy alto.

—¿Y el resto del tiempo? —preguntó.

Me paré entre sus muslos separados y le puse las manos en la cadera. El simple placer de tenerla al alcance de los dedos hacía que el corazón me latiera como loco. Dios, cómo extrañaba sentir a esta mujer.

—El resto del tiempo me siento... como si estuviera ahogándome hace años y recién ahora pudiera volver a respirar.

—Landon —susurró, aferrando más fuerte la barandilla con las manos, por más que yo estuviera justo aquí para que se sujetara.

—No me voy a ir a ningún lado. Si tengo que decírtelo un millón de veces para que me creas, eso es justamente lo que voy a hacer. Tú y yo somos nuestro propio pedacito de infinito. Nuestra eternidad está envuelta en todo lo que hay entre nosotros.

Se soltó de la barandilla y se pasó las manos por el pelo de la frustración. Mis dedos se enterraron en sus caderas para que estuviera a salvo.

Inclinó la cabeza, y sus ojos se tornaron juguetones.

—Ay, pero Landon... ¿Te da miedo que esté subida a esta barandilla tan grande? —preguntó, mirando por encima del hombro hacia el agua, que estaba diez pisos más abajo.

Por supuesto que me daba miedo. Un solo movimiento le podía romper el puto cuello. Pero eso jamás pasaría mientras yo la sostuviera.

—Mientras yo te sostenga, no. Te puedes soltar cuando quieras; yo no te voy a dejar caer nunca.

Un destello en su mirada me dijo más de lo que me podían llegar a decir sus labios (*ya lo hiciste una vez*), pero se apresuró a contenerlo. Le estaba costando, y no podía culparla, no me podía enojar, no podía esperar que abriera los brazos de par en par y confiara en mí. Tenía que reparar todas las grietas que le había causado y rezar por que volviera su fe en mí.

—¿Me sostienes? —susurró, inclinándose levemente hacia atrás.

Me tragué las ganas de gritarle que no hiciera eso y, en cambio, moví un poco las manos y le pasé los pulgares por las trabillas para el cinturón para poder aferrarle el culo con más seguridad.

—Siempre tienes que llevar las cosas al límite, ¿no? —pregunté, devolviéndole sus mismas palabras de antes.

—Aprendí del mejor —dijo con una sonrisita.

Mierda, cómo la deseaba. Rachel tenía un lado filoso que yo había salido a buscar por todo el mundo, pero al final me había dado cuenta de que era algo que existía únicamente en ella. Ese filo me encendía, me empujaba a ir más lejos, me sostenía fuerte, me volvía loco con la necesidad de domar a esa mujer indomable, la única de la que nunca había podido decir que era totalmente mía.

Si ella necesitaba colgarse por el borde del peligro, yo estaba más que feliz de sostenerla en ese lugar. Estiró los brazos por encima de la cabeza y sonrió, pero dejó los tobillos enganchados alrededor de la barandilla. Yo me conformaba con esta semi confianza.

Bajó los brazos despacio hasta enterrar las manos en mi pelo, rascándome suavemente el cuero cabelludo con las uñas de la forma que sabía que me encantaba. Luego bajó la mirada a mis labios y separó los suyos.

Avanza, Rachel. Te toca.

Se me quedó mirando tanto tiempo, tan sexy, que estuve a punto de prenderme fuego, pero no iba a cruzar ese límite; no cuando Rachel pensaba que yo no quería nada más que sexo.

Y entonces se lanzó.

Gracias a Dios.

Inclinó la boca sobre la mía, y yo me sentí acabado. El resto del mundo podría haber estado en llamas que no me habría dado cuenta, no ahora que tenía a Rachel entre los brazos.

La dejé tomar el control, le di el poder que sabía que quería mientras me apretaba suavemente el labio de abajo entre los suyos. Su pelo cayó, rodeándonos a los dos, escondiéndonos del mundo y envolviéndonos en el aroma que sabía que por siempre me iba a dar ganas de tener sexo.

Me metió la lengua en la boca y la acarició contra la mía, y hasta ahí llegó su control de la situación. Un ruido semejante a un gruñido brotó de mí, y la bajé de la barandilla, solo para poder apretarla contra ella. Me abrí camino entre su pelo con una mano mientras la otra le apretaba la cadera. Era tan pero tan diminuta, y aun así mi cuerpo se enroscaba alrededor del suyo como si recordara exactamente lo que tenía que hacer y cómo había que besarla.

Abrió bien la boca debajo de mí y yo me hundí dentro de ella, rozándole el paladar, saboreando hasta el más leve ruidito que emitía y retomando cualquier cosa que la hiciera repetirlo.

Me devolvió el beso como si estuviera tan muerta de ganas como yo, arqueándose contra mí, apoyando los pechos suaves contra mi cuerpo, y al instante se me puso tan dura como la barandilla que estaba detrás de ella. La besé como si fuera el oxígeno que me venía faltando, inspirando cada parte de ella hasta que por fin se me calmó el corazón, y luego se me desbocó.

El mundo no se salió de su eje: por fin volvió a la normalidad, como si hubiera estado todo desfasado hasta ese mismo momento.

No me contuve como había hecho con esos besitos en Nepal. Le hice saber lo mucho que la deseaba. Soltó un grito ahogado cuando empecé a subir la mano despacio, rozándole la piel suave por debajo de su camiseta. Le tembló el estómago cuando tomó una bocanada de aire entrecortada, pero en ningún momento paró; nada más apretó más fuerte mi pelo.

Mierda, podría haber besado a esta mujer sin parar por cada minuto de vida que me quedara. Besarla no implicaba solamente usar la boca; me despertaba todas las terminaciones nerviosas del cuerpo, y no solo las que tocaba ella.

Mi pulgar siguió subiendo hasta llegar justo por debajo de su sujetador, y ella empujó el cuerpo hacia delante. Estaba navegando por el límite entre el placer absoluto y la necesidad suprema, y mi cuerpo recordaba más que bien lo perfecto que se sentía metérsela dentro, cómo se desarmaba debajo de mis manos y me arrastraba con ella.

—Landon —susurró, sosteniéndose de mí para ganar más altura.

Le apreté el culo con las dos manos y la levanté para que me rodeara la cintura con las piernas, y entonces nos moví de lugar y la

apoyé contra la mampara para que no se le clavara la barandilla en la espalda.

Se meció contra mi cuerpo, y yo gemí al darme cuenta de lo cerca que la tenía y la poca tela que nos separaba. Nuestro beso se hizo más intenso, y necesité usar todo mi poder de concentración para no llevarla más lejos, para no mover las manos ese par de centímetros que faltaban y meterle el dedo debajo del short.

Así que, en cambio, la besé como si no hubiera nada más que eso. Volví a aprender cada curva de su boca, absorbí todos sus jadeos y saboreé todos sus suspiros.

—¿Rach? ¿Estás ahí? —La voz de Leah me llegó como un baldazo de agua fría, e interrumpí el beso.

—¿Sí? —preguntó Rachel, apoyando la frente contra la mía con el corazón desbocado, haciendo eco del mío.

—Ah. ¡Ah! —dijo Leah cuando salió a la cubierta—. Está bien. Bueno, está tu mamá en videollamada por Skype. —La última oración sonó desde más lejos. Debía de haber vuelto a entrar después de atraparnos.

—Mierda —maldijo Rachel.

Apenas se sacudió, la bajé, y cada centímetro de su cuerpo me dejó ardiendo su huella en las manos antes de tocar el suelo. No podía hablar; estaba demasiado enredado en unos nudos que sabía que solo ella podía desatar.

—¿Hablamos después? —preguntó Rachel, y sentí un arranque de orgullo al ver que se tambaleaba un poco.

—Sí —dije, con la voz áspera y casi irreconocible.

Asintió con la cabeza y salió corriendo para atender la llamada de su madre.

Me di vuelta y me aferré a la barandilla, observando la silueta de Yakarta. Un puto beso nada más, y por poco quedo hecho mierda. Había aprendido dos cosas. La primera era que nuestra química seguía siendo tan potente que podía destruir toda lógica.

La segunda era que, con tan solo un chasquido de sus dedos, yo todavía iba corriendo. Me tenía a sus pies.

CAPÍTULO 20
Rachel

YAKARTA

—No entiendo por qué te llevó tanto tiempo ni por qué te tuve que llamar *yo a ti* —dijo mamá, con los ojos celestes bien abiertos y dolidos.

En ese momento, me hubiera gustado tener una conexión un poco peor.

—Ya te dije, mamá. Solo tenemos buena conexión en el puerto, y estuve un poco ocupada. Los días en el puerto son los más ocupados porque tenemos excursiones en la costa, y también tengo que estudiar y todo eso —dije, haciendo lo mejor que pude por calmarla.

Suspiró, y los hombros le rozaron el pelo castaño oscuro entreverado de canas.

—Es que me preocupo.

—Ya sé —dije con tono suave—. Pero estoy bien. Estoy más que bien. Ya hice tantas cosas increíbles...

Se le iluminaron los ojos mientras le contaba de las cosas más seguras: el ala delta en Sri Lanka, los elefantes que había visto ahí,

la majestuosidad del Taj Mahal y la subida en Nepal.

—No sabía que ibas a ir a Nepal —dijo con el ceño fruncido.

—Fue un viaje de último momento al que no podía decir que no. De verdad, mamá, no puedo creer ni la mitad de todas las cosas que estoy viendo. En unos días visitaremos a una tribu en Nueva Guinea.

—Qué espectacular todo —dijo con una sonrisa.

—Sí, totalmente. —En ese momento, quise poder atravesar la pantalla con el corazón. Ella siempre era sobreprotectora (los dos, en realidad), pero yo sabía lo difícil que había sido para ellos adoptarme, lo engorroso que había sido el proceso y lo mucho que habían querido tener un hijo propio.

Por supuesto que se iba a preocupar.

—¿Cómo está Leah?

—Está... —*Enamorada de alguien que odias*—. Está muy bien.

—Sí, la vi muy bien cuando se asomó. ¿Quién era la rubia que atendió la llamada?

—Penna. Comparto el cuarto con ella también.

—Ah, pensé que eran tú y Leah, nada más... —Se abrió la puerta detrás de ella, y mi madre dio una palmada—. ¡Stan! Mira quién está conectada.

Al menos eso me salvó de tener que contarle que Leah se había mudado con Pax. No estaba segura de qué iba a odiar más: la insinuación del sexo antes del matrimonio o el hecho de que estuviera en un barco con Wilder.

Mi papá soltó el maletín en el recibidor, se acercó corriendo a la computadora y se encorvó al lado de mamá.

—¡Mi niña! ¿Cómo estás, corazón?

—Bien —le aseguré—. ¿Cómo está todo por allá?

Ni se miraron, lo cual me pareció raro.

—Bien —respondió papá.

—Todo tranquilo —agregó mamá.

—Eh, bueno —dije, entornando los ojos mientras apoyaba los codos en la mesa del comedor—. ¿Pasó algo?

—No, para nada —me aseguró papá, aflojándose la corbata—. Es que te extrañamos, nada más. ¿Cuándo vienes para pasar la Navidad?

—Mi vuelo llega el quince, y después tengo como dos semanas.

—Qué bien. Ya queremos verte —aseguró mamá.

—Ah, ¿no me harían un favor, si tienen un segundo?

—Por supuesto, ¿qué necesitas? —preguntó papá.

—¿Podrían revisar mis papeles? Estoy buscando las cosas de mi adopción para un trabajo de una materia.

Papá se puso tenso, y a mamá se le pusieron los ojos redondos.

—¿Y para qué necesitas eso? ¿Qué es ese trabajo? —preguntó mamá.

Respiré hondo y me esforcé por no sonar a la defensiva. El tema de mi adopción era un punto sensible, como si tuvieran vergüenza de no haber podido concebir ellos mismos; vergüenza de haber necesitado a una bebé para resolver sus problemas maritales en ese entonces.

Quizá no supieran que yo lo sabía, pero mis tías eran muy boconas.

De todos modos, seguían juntos, así que, al parecer, había hecho bien mi trabajo.

—Estoy cursando una materia que se llama Culturas del Pacífico, y estamos haciendo un trabajo de investigación. Quiero hacer el mío

sobre las adopciones en Corea. Se me ocurrió que, como es el segundo país del mundo con el mayor número de adopciones, sería una buena opción.

—¿Y por qué no China? —preguntó mamá.

—Porque no me adoptaron en China —dije, perpleja.

—Claro. Lógico —dijo papá—. Los papeles deberían estar archivados en el depósito. Están guardados desde el año de tu adopción. Voy a hurgar por ahí.

—Gracias, papá —dije, y sentí una punzada en el pecho de lo mucho que los extrañaba. Me encantaba estar aquí, y nunca hubiera pensado dos veces la decisión de venir, pero también extrañaba a mis padres. Una cosa era tenerlos al otro lado del país, pero tenerlos al otro lado del mundo era algo completamente distinto.

—De nada —dijo mientras se abría la puerta de vidrio corrediza detrás de mí.

—Hola, ¿Leah está aquí? —preguntó Pax—. Ah, estás...

Me estremecí.

—Hablando con mis padres.

Asintió despacio con la cabeza y después los saludó con la mano, ya que claramente estaba en su campo visual.

—Señor Dawson. Señora Dawson —dijo con una sonrisa forzada —. Voy a..., eh..., buscarla en otro lado. En *cualquier* otro lado.

Me froté la frente.

—Creo que dijo que iba a subir con Penna para ver la salida del barco.

—Sí. Bueno. Gracias. ¿Todo bien? —preguntó Wilder, que sabía que se estaba por ir todo a la mierda.

—*Síp* —dije, dirigiéndole una sonrisa.

—Yo me ocupo de que nadie te moleste... —dijo mientras salía de espaldas por la puerta y la cerraba detrás de él.

—Rachel Christine Dawson —escupió mi mamá.

—Mamá. —Me di vuelta en la silla con una sonrisa falsa—. ¿Qué pasa?

—¿Ese quién era?

—El novio de Leah —dije, esperando que no lo hubieran visto bien.

—Ese era Paxton Wilder —dijo papá—. Por el amor de Dios. Yo sabía que estaban en algún lado haciendo un documental, pero no me imaginé que era en tu barco.

—Sí, es en nuestro barco, y está saliendo con Leah.

—¿Después de lo que pasó contigo? —exclamó mamá.

—Mamá, yo lastimé a Wilder, no fue al revés. Están muy bien juntos, y ella está feliz. No complica las cosas para nada. Ya estaban juntos incluso antes de que yo llegara.

—¿Y el otro? —gruñó papá.

—Landon también está aquí —dije, y tragué saliva.

El grito ahogado de mamá sonó como un estallido a nivel mundial.

—Más le vale que no se te acerque —bufó papá.

Tarde.

—Está todo bien con Landon. No se preocupen por mí. Cambió mucho en estos dos años.

—¡Ese chico te destruyó! —A papá le estaban saliendo manchas rojas, algo que únicamente se lograba al discutir por mi ex.

—Y yo me volví a armar. Ya sé que estás preocupado, papá, pero estoy bien. Landon está... —Suspiré. Papá maldijo—. Estoy bien —le aseguré—. No me está afectando en lo académico, y está todo bien.

Claro que al principio fue incómodo. —*Como cuando me robó la ropa del baño*—. Pero ya estamos más grandes los dos, más maduros. Menos propensos a hacer estupideces.

—¿Como dejarte tirada y romperte el corazón? —preguntó papá.

—Sí, por ejemplo —dije débilmente, más que nada porque no sabía. Como si Skype tuviera sentido de la piedad, me apareció un mensaje de advertencia de mala señal mientras nos alejábamos del puerto—. Miren, estamos por quedarnos sin señal. En unos días vamos a Nueva Guinea y trato de llamar otra vez, ¿está bien?

Mamá asintió con la cabeza, pero continuaba con el rostro tenso.

—Nada más... ten cuidado, Rachel. Tu corazón es uno solo.

—Ya sé, mamá. Los quiero. Nos vemos pronto, ¿sí?

La despedida fue tensa, pero terminó rápido, y se me hundieron los hombros de alivio cuando cerré la computadora.

El trabajo de papá (administrar los patrocinios de Gremlin) le habría permitido hacerles la vida mucho más difícil después de que Landon me dejara, pero había optado por no rebajarse y mantenerles el financiamiento. Además, este viaje estaba patrocinado en su totalidad por Wilder Enterprises, así que en realidad no podía hacerles ningún daño.

Solté un resoplido y apoyé la cabeza en las manos. Apenas había pasado unas semanas con Landon y ya estaba defendiéndolo de papá, que básicamente me había solucionado todo en la vida después de que me dejara.

Mis dos facetas entraron en guerra: mi corazón me decía que Landon era el único al que se lo iba a poder entregar de manera voluntaria, pero mi cerebro me advertía que teníamos un pasado

demasiado doloroso como para que realmente pudiera funcionar lo nuestro.

Les dije a las dos que se callaran y me concentré en mi estómago. Me decía que quería helado, lo cual era la opción más segura.

***

—Esto es todo un privilegio —nos dijo la Dra. Messina tres días después, cuando estábamos todos en fila contra la pared de una choza oscura en medio de Papúa Nueva Guinea—. Esto no es algo que vea cualquier turista, así que, por favor, en silencio, invisibles y con respeto.

—Lo mismo dice mi mamá—dijo Hugo, que estaba a mi lado.

Tuve que contener la risa.

Landon se frotó contra mi hombro derecho, sin duda alguna para recordarme que estaba ahí. Aunque yo no necesitaba mucho recordatorio que digamos. Estaba en todas partes: en clase, en las cosas de los Renegades, en mi suite. Tratar de buscar un poco de espacio para mí misma era prácticamente imposible.

—Estuviste callada todo el día. Desde hace un par de días, en realidad —señaló Landon en voz baja cuando se alejó la Dra. Messina.

—Te estoy hablando —dije sin mirarlo.

—Para alejarte más de mí tendrías que irte hasta la luna —respondió.

—Estoy bien —dije, encogiéndome de hombros. *Mis papás acaban de darme un vivo recordatorio de lo que me costaste la primera vez, y me estoy preguntando si perdí la cabeza.* Como si fuera a decirle *una cosa así* a él.

—No estás bien. No sé si fue por el beso o por hablar con tu mamá...

—¡*Shh*! —bufé—. No vamos a hablar de eso aquí en..., digamos..., en público —dije, señalando la cámara a la que, para sorpresa de todos, habían dejado pasar.

—Bueno, si me hablaras cuando estamos solos, no tendría que intentarlo en este contexto.

Por fin dirigí la vista hacia él, que estaba sentado a mi lado con los codos descansando casualmente sobre las rodillas. El fogón que había en el medio de la choza le dibujaba sombras por todo el rostro. Era más sexy que la mierda, como sexo embotellado, y yo tenía la tapa.

—No te estoy evadiendo, ni nada por el estilo.

—No cuenta ir a clase, tener unas charlas mínimas sobre los retos o la tarea o venir a la excursión. Te asustó tu mamá —adivinó.

—Mi papá hizo unos comentarios memorables —respondí—. No cambiaron nada; lo que pasa es que... necesitaba unos minutitos.

—Tuviste unos días —replicó—. No tengo ningún apuro. Te espero todo el tiempo del mundo con tal de que te des cuenta de que estoy para esto, pero me gustaría que vinieras a hablar conmigo cuando te da miedo. No puedo frenar esa lucha mental que tienes contra mí si no sé lo que pasa. Si no me dejas entrar en tu cabeza...

Tenía toda la razón. Me fastidiaba admitirlo, pero era verdad.

—Está bien. Tienes razón. —Quedó boquiabierto—. ¿Qué? —pregunté.

—Es que estoy viendo vacas que vuelan.

—Cállate —dije, apoyándome contra él—. Fue difícil hablar con mis papás. Ellos fueron los que me salvaron cuando tú... —No

terminé la frase. No era justo seguir echándole en cara nuestro pasado. Si iba a estar con él en serio, no podía seguir arrastrándolo por ese lodo una y otra vez.

—Cuando te dejé —concluyó—. Mira, la cagué. Eso nos cambió a los dos, y tenemos que poder hablar del tema. Tus papás están en todo su derecho de odiarme porque vieron las repercusiones. Si yo viera eso, estoy seguro de que me odiaría muchísimo más de lo que ya me odio.

Me quedé mirándolo y traté de ordenar mis pensamientos.

—Nunca imaginé que ibas a decir eso, ni en un millón de años. Tú odias a mi papá.

—Lo que odio es que él me odiara y que yo haya terminado dándole una muy buena razón. —Se encogió de hombros—. Cuando volvamos a Los Ángeles, voy a ir a verlo arrastrándome, y la verdad es que no me entusiasma mucho la idea, pero sinceramente espero que para ese punto ya te haya recuperado por lo menos...

—¿Qué? —pregunté, un poco muy fuerte. La Dra. Messina me calló desde donde estaba sentada, al otro lado de la choza.

—... porque no puedo luchar en dos frentes a la vez. ¿Cómo «qué»?

—¿Cuando volvamos a Los Ángeles? —pregunté—. O sea que... ¿pensaste en eso? —*En lo que pasaría una vez que efectivamente me atraparas.*

—Sí. No vamos a estar en este barco para siempre, ¿no? A menos que tengas algún plan de vida que no me hayas contado...

Había pensado más allá de la parte de buscarme, de perseguirme. Había mirado más allá, a cuando nos volviéramos a chocar con la vida real. Dios, cómo odiaba esas cámaras de mierda, porque quería

besarlo y mostrarle lo que no podía decirle en palabras. En vez de eso, le apoyé la frente en el hombro y tomé aire, consciente de que acababa de quitarme uno de los últimos ladrillos de las defensas que tenía contra él.

Me llevó los labios al pelo y los dejó ahí un segundo.

Eso no era suficiente para un momento así y, sin embargo, significaba todo.

No sé por cuánto tiempo estuvimos ahí sentados, pero lo siguiente que escuché fueron los cantos de los hombres dani que se acercaban. A medida que iban entrando a la choza, con ropa de ceremonia y los rostros pintados de colores brillantes, levanté la cabeza y me deleité con la belleza de una cultura distinta.

—Es increíble pensar que todavía no se conocen —susurró Landon cuando entraron las mujeres, con los rostros pintados de los mismos colores brillantes. Había aprendido en clase que solamente se casaban con personas de otras aldeas, pero que las dos partes tenían que dar su consentimiento antes de que la casamentera aceptara su unión.

Me enganché del brazo de Landon y me traje las rodillas más cerca del pecho para darles más lugar para circular a los hombres. Recitaban y cantaban lo que yo sabía que eran canciones tribales sobre el matrimonio mientras iban pasando de una mujer a otra como parte de su ritual oficial de cortejo. Daban vueltas y vueltas, y la emoción se sentía en el aire mientras se iban sentando uno por uno al lado de la mujer a la que pretendían cortejar.

—Imagina algo así —susurré—. No pasar por la situación de tener citas con un montón de gente. Solo te encuentras con tu persona y accedes a pasar el resto de tu vida con ella.

Finalmente, quedaron todos sentados de piernas cruzadas y manos enlazadas mientras cantaban.

—Es una decisión enorme para haberse conocido en el momento —señaló.

—Para los hombres, no tanto —agregué—. Ellos pueden tener más de una esposa, pero las mujeres no. —Lo miré y me quedé contemplando cómo observaba la ceremonia—. ¿Tú querrías eso? ¿Más de una esposa?

Me miró mientras se le empezaba a dibujar una sonrisa en las comisuras de la boca.

—Con suerte logro seguirte el ritmo a ti. Así que diría que no. —Riéndome por lo bajo, volví a mirar a los hombres y mujeres que estaban sentados junto a la persona con la que se iban a casar. Tenían los ojos tan rebosantes de esperanza que llegaba hasta mí—. Pero me habría sentado al lado tuyo —me susurró Landon al oído—. Me habría peleado con cualquier hombre que se creyera mejor para ti, y habría pagado el precio que exigiera tu papá y más. —Sentí unos escalofríos que me recorrieron toda la piel, picándome y calentándome a la vez—. Ningún precio habría estado a la altura, y tampoco ningún desafío. Lo habría ganado.

—¿Tanta fe te tienes? —pregunté en voz baja para que solamente me oyera él por encima de los cantos.

—Sí. Por supuesto. Porque sé que también habrías peleado por mí.

Se me hinchó el pecho con la sensación más dulce del mundo, y la reprimí porque sabía exactamente adónde me llevaba; sabía que no estaba lista.

—En una línea de tiempo paralela —dije, recordando nuestra conversación anterior.

Me levantó el mentón, pero no me besó, sino que se limitó a mirarme a los ojos tan profundamente que sentí que me iba a derretir en los suyos en cualquier momento.

—En *todas* las líneas de tiempo.

Desvié la mirada cuando no lo soporté más; cuando la fuerza de nuestra conexión ya amenazaba con arrasar con mi sentido común.

Sus palabras perduraron en mí mucho después de la ceremonia, y no pude evitar darme cuenta de que habíamos estado sentados en la misma posición que los recién prometidos: brazos enlazados, tobillos cruzados.

En efecto. *En todas las líneas de tiempo*.

***

—Es como si tuvieras doce años y estuvieras de vuelta en el Campamento Villa del Sol —murmuré para mí misma mientras recorría el camino de cabañas que había ocupado nuestro curso para pasar la noche. Claro está, el Campamento Villa del Sol no había sido en medio de una selva tropical, ni había tenido esa cantidad de humedad.

Entre la ceremonia y la caminata para volver a la residencia, ya tenía que ser por lo menos la medianoche. Si hubiéramos estado en Estados Unidos, le habría mandado un mensaje de texto a Landon. O le habría escrito por Facebook. La verdad, no habría descartado ni Twitter.

Apenas había llegado el novio de mi compañera de cuarto a la cabañita con techo de paja, salí corriendo. Ni loca quería oír lo que estuviera por pasar al otro lado de la habitación.

Ni siquiera era tan cercana con Leah, y no tenía ninguna intención de serlo jamás.

Con la luna llena sobre mí, todas las cabañas se veían iguales. Mierda. ¿En cuál me estaba quedando?

—¿Rachel?

Me giré en la oscuridad hacia la silueta de Hugo.

—Hola. ¿Qué haces aquí afuera?

—Lo mismo te puedo preguntar yo —dijo con una sonrisa.

—Estoy buscando la cabaña de Landon. Mi compañera de cabaña tuvo que colgar un calcetín de la manija de la puerta.

—Ah —dijo, asintiendo despacio con la cabeza—. Entiendo. Te diría que eres más que bienvenida en mi habitación, pero tengo la sensación de que no estás buscando escaparte solamente.

—Sí... —Suspiré—. Perdón.

—No pidas perdón. Ustedes dos tienen una atracción magnética rara, y no soy tan tonto como para meterme en el medio de eso. Me da la sensación de que el que lo hace termina aplastado.

Como Wilder.

—Sí, somos... nosotros —dije, al no encontrar mejor palabra.

—Tú, Leah y esos Renegades. Creo que está en la última a la derecha. Recuerdo haberlo visto solo, además.

—¡Gracias!

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, pero gracias, igual.

—Está bien, pero me quedo esperando aquí hasta que entres.

Con un saludo de la mano, me fui. Sostuve más fuerte las correas de la mochila y crucé la distancia que había hasta la cabaña de Landon.

Mientras subía los escalones, me di vuelta; Hugo estaba mirando, y lo saludé con la mano para agradecerle.

Se escapaba una luz tenue por debajo de la puerta, y me detuve con la mano levantada, a punto de tocar. ¿Qué estaba haciendo aquí, además de evadir la escapada sexual que había en mi propia habitación? Tal vez estaba buscando lo mismo para mí. Apoyé la frente contra la madera lisa del marco de la puerta y respiré hondo.

Ya lo había dejado acercarse tanto. A pesar de mis mejores intenciones, él estaba ahí, tan cerca de mi corazón que podía volver a romperlo, y yo estaba a un suspiro de entregarle todo. Pero a Landon siempre le había gustado la parte de la persecución, y seguíamos en ese punto: él todavía me estaba persiguiendo. ¿Qué iba a pasar si me atrapaba?

Vas a dejar de ser tan radiante y llamativa, y él va a seguir con lo suyo.

El pensamiento me sacudió, porque, cuanto más tiempo pasaba con él, más me convencía de que no quería que me olvidara.

Pero ¿cuánto podía empeorar esto en unas semanas? ¿En unos meses? ¿No era mejor sacármelo de encima y romperme ahora, que solo perdería la posibilidad de estar con Landon?

Ay, por Dios, ¿cuánto tiempo más iba a estar parada aquí afuera, debatiendo?

No seas gallina.

Toqué la puerta.

—Pasen —gritó Landon, y suspiré de alivio. Por lo menos no le había tocado la puerta a un extraño en medio de la noche. O peor: a la Dra. Messina.

Abrí la puerta y lo encontré descansando en la cama doble, exhibiendo un torso desnudo que me hacía agua la boca y con un libro entre las manos.

—¿Rachel? —Se incorporó en la cama y apoyó el libro a su lado.

—¿Qué estás leyendo? —pregunté.

—*París era una fiesta* —respondió—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

—Estoy bien. A mi compañera de cuarto se le dio por el sexo y yo no quería estar cerca para eso, así que era la cabaña de Hugo o la tuya. Elegí la tuya.

—Buena elección —dijo.

—¿Así que estás con Hemingway? ¿Tienes que leerlo para Literatura? —Dejé caer la mochila y me senté en la esquina de la cama, ya que no había ningún otro lugar para sentarse.

—No —respondió.

Esa simple palabra me indicó que ese lado de él (el lado que amaba los libros) no se había apagado con el tiempo.

—¿Y cómo viene?

—Bien —respondió—. Aunque un poco siento que estoy haciendo voyerismo.

—¿Porque nunca lo quiso publicar? —pregunté.

Landon sonrió.

—Ah, bueno, la periodista sabe de Hemingway. —Me encogí de hombros—. Dios, cómo te extrañé. —Se me dispararon los ojos a los suyos y le sostuve la mirada, negándome a mirar la gran extensión de piel tatuada que tenía expuesta. Bastaba con una sola mirada a esos remolinos de colores para que me muriera de ganas de recorrerlos con los dedos... y con la lengua—. Es en serio —insistió

—. Y no hablo del sexo nada más (aunque fue el mejor que tuve en la vida). Hablo de estar cerca de ti. Sin sentir la presión de cumplir con cierta expectativa.

—No eras tan famoso cuando nos conocimos —le recordé.

No negó su estatus actual ni demostró una falsa humildad.

—Lo cambiaría todo —dijo, pasándose la mano rápidamente por el pelo con una risa modesta—. Por Dios, Rach. Miro atrás y pienso que cambiaría todo por estar contigo en ese apartamento. Sé que no tengo derecho a quejarme después de lo que hice, pero hay tanto vacío... Nada llenó el hueco que dejaste. Ninguna cantidad de retos, ni medallas, ni montañas, ni chicas llegaron ni siquiera a tocarlo. Al contrario: fue creciendo hasta dejarme hecho un pozo enorme de vacío.

Cerré fuerte los ojos.

—No digas cosas así.

—¿Así cómo? ¿Como la verdad? —Sentí que se movió la cama cuando cambió de posición.

Me tapé la cara con las manos.

—Palabras que me hacen... sentir cosas para las que no estoy lista.

—Está bien —dijo suavemente mientras me quitaba las manos de la cara—. ¿Qué estás lista para sentir? Dime eso, nada más.

Se sentó a un suspiro de distancia, con los ojos luminosos y tan pero tan verdes a la luz de la lámpara. Sentí que me estaba por explotar el pecho, o que estaba a punto de salir volando; fuera como fuera, las cosas estaban cambiando, pero había algo que seguía igual.

No me acababa de enamorar de Landon: nunca me había recuperado, nunca me había desenamorado, nunca lo había superado. Y esa chispa que tenía en el corazón me indicaba que había palabras y emociones mucho más grandes en juego. Emociones capaces de aplastarme con todo su peso si lo dejaba entrar y él repetía nuestro pasado.

—¿Rachel? —preguntó con tono suave.

Sin darme lugar a cuestionármelo demasiado, me moví y me monté encima de él con una rodilla a cada lado de sus caderas. Tenía los ojos muy abiertos, pero vi que apenas podían contener el deseo cuando le sostuve la nuca entre las manos.

—A ti. Estoy lista para sentirte a ti.

CAPÍTULO 21
Rachel

PAPÚA NUEVA GUINEA

Lo besé con una avidez de la que no me creía capaz. No hubo ningún preámbulo tierno ni ninguna caricia suave. Solo hubo lengua, calor y el gemido más dulce que le había oído en la vida.

—Rachel, mi amor —dijo contra mi boca.

—Tócame.

Me pasó las manos por toda la espalda, por encima de mi camiseta, como si estuviera volviendo a conocer la línea de mi columna. Entonces me puso las dos manos en el culo y me lo apretó.

—Te estoy tocando.

Mi lengua le recorrió la línea de la oreja.

—Quiero más. No me hagas rogar.

Sin darme tiempo a parpadear, Landon nos giró, dejándome bocarriba en medio de la cama. *Ay, Dios, sí.*

Casi me había olvidado de cómo se veía cuando estaba encima de mí, con el pelo que le caía rebelde cerca de los ojos y un deseo que era palpable.

—Eres hermoso —le dije.

Sonrió.

—Comparado contigo, no soy nada —replicó con una sonrisa. Me pasó el dedo por la clavícula—. Esta piel, tan suave... —Me recorrió los costados de los pechos con las manos—. Este cuerpo tan perfecto, carajo. —Me fue rozando las curvas con las dos manos hasta que llegó a mi cara y la sostuvo—. Pero esta cara... parece salida de un sueño. Y lo sé bien, porque te estuviste apareciendo en los míos. —Chocó la boca contra la mía y yo lo recibí, devolviéndole el beso con todo lo que tenía.

Y pensar que casi me había perdido de esto para siempre.

Iba a disfrutar cada segundo con él, porque, incluso estando acostada debajo de su cuerpo, sabía que mi atractivo para él se iba a apagar apenas hubiera atrapado lo que venía persiguiendo con tanta determinación. En ese momento, no me importaba. Lo estaba haciendo por mí misma, y si esta era la única vez que lo podía abrazar, entonces lo iba a gozar.

Abandonó mi boca y fue salpicándome de besos toda la línea de la mandíbula hasta llegar a mi cuello, donde se abrió camino dando lamidas y chupones hasta llegar a mi clavícula. Me moví debajo de él, inquieta, pasándole las manos por la piel tatuada y suave de la espalda.

Me miró y llevó la mano al borde de mi camiseta de tirantes.

Asentí, y me la quitó, pasándomela por encima de la cabeza para después arrojarla por ahí. Soltó el aliento despacio entre dientes, y luego me llevó la boca al abdomen y me besó cada curva y hueco con una leve mordidita o con una tierna caricia de su lengua.

Subió las manos por mi espalda, y me arqueé para dejar pasar sus dedos hasta el broche de mi sujetador. Volví a asentir con la cabeza cuando me pidió permiso sin palabras y, con un chasquido de sus dedos, desapareció mi sujetador.

—Mierda. Sigues siendo tan preciosa como recordaba —dijo mientras me apoyaba las manos suavemente sobre los dos pechos —. Me entran justo en las manos, como si estuvieran hechas para apretártelos.

Bajé la vista para ver el contraste erótico entre mi piel muy blanca y los tatuajes coloridos que decoraban la suya, y me inundó una ola de deseo que me calentó de pies a cabeza.

¿Cómo era posible que casi me hubiera olvidado de la manera en que mi cuerpo pedía a gritos por él? No había pasado por una época de abstinencia. Había tenido dos amantes después de Landon, pero ninguno me había hecho sentir esta urgencia primitiva, escandalosa. Solamente Landon.

Reemplazó la mano con los labios, que me lamieron el pezón hasta que por fin se lo metieron en la boca. Se me arqueó la espalda, despegándose de la cama, al sentir que todas mis terminaciones nerviosas pedían más. Me desbordé de placer al sentir su lengua, las caricias de sus dedos, la tela áspera de su short contra mis muslos recién afeitados. Hasta el peso de su cuerpo encima del mío me estaba enardeciendo.

Quería darlo vuelta, pasarle la boca por las líneas marcadas de su pecho, venerarlo como lo venía soñando hacía ya tanto tiempo que me daba vergüenza. Pero podía hacerlo después. Por ahora, iba a dejar que me hiciera lo que tuviera ganas.

Él sabía que me encantaba todo lo que hacía.

Gimoteé cuando me pasó la lengua por el pezón; aunque se sintió bien, necesitaba muchísimo más. Cada ola de deseo que me generaba me inundaba, estallaba y hacía un charco justo entre mis muslos.

—Landon —le supliqué.

—¿Qué te hago? —preguntó mientras me iba acariciando la piel del abdomen hasta llegar al botón de mi short—. ¿Acá?

—Sí —dije cuando desabrochó el botón.

—¿Esto? —Abrió la cremallera.

—Sí —dije con una bocanada de aire cuando me retorció el pezón con la otra mano.

—¿Y aquí? —preguntó mientras se acomodaba, me metía la mano en el short y me pasaba el dedo por el borde de las bragas.

—¡Sí! —grité, y se me levantaron las caderas.

Se le cortó la respiración, y lo miré a los ojos. Si no hubiera estado ya muerta de ganas por él, su mirada, abierta, voraz y llena de urgencia, me habría hecho llegar a ese punto. Así como estaba, con solo ver cómo se pasaba la lengua por el labio de abajo, ya me retorcía.

Sin despegar los ojos de los míos, sus dedos *por fin* se metieron por debajo de la tela de seda y llegaron a mi centro. Gimió al mismo tiempo que yo.

—Mierda, Rachel. Estás... Dios, estás tan mojada...

Se me fueron las caderas hacia delante cuando me hizo círculos con los dedos en el clítoris. Sentí chispas por todo el cuerpo, un placer que me sacudía todos los sentidos, hasta que no hubo más nada en el mundo que Landon encima de mí, con los dedos apoyados sobre mí..., dentro de mí.

—Quítamelas —le ordené. Lo necesitaba... Necesitaba sentirlo dentro de mí, que me llenara el vacío que nadie más podía llenar.

Se le puso tensa la mandíbula, como si se estuviera preparando. *¿Para qué?* ¿Y le estaban...? Sí, le estaban temblando las manos mientras me bajaba tanto el short como la ropa interior por las piernas. Verlo tan perdido por mí solo me hizo subir un cambio más, hasta que el cuerpo me empezó a vibrar, con una urgencia que me daba un hormigueo intenso en el vientre.

Cerró los ojos un segundo y, después de respirar hondo dos veces, los abrió y me recorrió entera con la mirada, como si yo fuera todo lo que necesitaba: como si yo fuera la cresta por la que quería bajar con tanta desesperación, el reto para el que se había estado preparando todo este tiempo.

Con una simple mirada me hizo sentir que era hermosa, preciosa y muy deseada.

Se incorporó sobre mí y entonces me besó, moviéndose sin prisa. Solamente se alejó cuando empezó a acariciarme, bajando la mano por mi cuerpo y mirando cada una de mis expresiones mientras volvía a mi centro.

Y entonces esos dedos... Ay. Por. Dios. Esos dedos me encontraron.

—Sí —gimoteé—. ¡Landon!

Me dio besos en la mandíbula, en las mejillas y en los labios mientras me tocaba, apretando y haciendo círculos de forma rítmica. Se me levantaron las caderas, deseosas de sus dedos, y mis manos se enredaron entre los mechones de su pelo para sostenerle la boca contra la mía.

Se me fue entrecortando la respiración, y jadeé al ritmo de los fuertes latidos de mi corazón. Él gimió mientras hundía un dedo dentro de mí.

—Tan perfecta, carajo.

La presión en mi vientre se volvió más y más intensa mientras me estimulaba, tocándome con los dedos justo en la entrada mientras me frotaba el clítoris con el pulgar. Me tocaba como si fuera un instrumento: sabía qué notas me podía sacar y exactamente cómo me gustaba.

—Qué ganas de sentirte con la lengua —me dijo contra los labios, y empecé a tiritar—. Esta vez, no, porque me lo quiero guardar. Pero ya lo voy a hacer. Qué ganas de tenerte temblando contra mi boca, deshecha contra mi lengua.

Sus palabras me llevaron al extremo y volé, y la tensión que había en mi interior explotó en forma de estrellas radiantes con un orgasmo intenso. Me tapó la boca con la suya cuando grité su nombre, y después me acompañó a bajar con sus besos hasta que quedé temblando debajo de él, llena de los espasmos que venían después.

—Estuvo... No puedo... No hay palabras. —No podía ni hilar una oración mientras volvía flotando a mi propio cuerpo.

Le pasé las manos por el torso hasta llegar adonde se le ceñía la tela del short, pero me atrapó la mano.

—Eso no.

—¿Qué? —pregunté, sin entender.

—Ya está. Tú sola. —Tenía la voz tensa y la respiración trabajosa como la mía.

—Pero tienes ganas —dije, a la defensiva, sintiendo una punzada de dolor por el rechazo.

—En este momento, son más fuertes que las ganas de respirar. Sí. Me muero por metértela bien adentro.

—¿Y entonces por qué? —pregunté, rodeándole la cadera con una pierna.

Gimió, pasándome la mano por la curva del muslo.

—¿Me amas?

—¿Qué? —Dejé caer la pierna y me incorporé, escabulléndome hacia atrás hasta llegar a la cabecera de la cama, y me llevé las rodillas al pecho. *No podía ser que hubiera dicho eso.*

—Que. Si. Me. Amas.

—¿Por qué? ¿Qué importa todo eso?

—Importa. —Se sentó sobre los talones y las líneas deliciosas de sus abdominales se le contrajeron con cada respiración, mientras su erección le distorsionaba el short de una manera que contradecía firmemente lo que estaba diciendo.

—¿Qué? A ti nunca te importa. ¿Por qué ahora sí? —¿Se acostaba con todas las chicas que se cruzaba, menos conmigo? ¿Qué era esa mierda?

Cerró los ojos mientras se le apretaba la mandíbula: la típica expresión que ponía Landon cuando trataba de controlarse. La ferocidad en su mirada no cambió cuando los abrió.

—Para mí, tú eres la única, Rachel. Eres la única mujer que me importa. No me importó nadie antes de ti, y no me importó nadie después. Solo tú.

—Pero no te vas a acostar conmigo. —Dios, cómo quería creerle. Pero ya había dicho todo esto antes, y eso no me había resultado

tan bien que digamos.

Negó con la cabeza.

—No. Porque quiero hacerte el amor, no acostarme contigo. Quiero mirarte a los ojos y decirte que te amo con palabras, no solo con el cuerpo.

El orgasmo me había dejado sin huesos, pero sus palabras me desarmaron.

—Landon...

—No las puedes decir todavía. No tengo problema con eso. No tengo problema en esperar, porque la primera vez que te la meta, ya me vas a amar. Vas a saber que no me voy a ir a ningún lado, que eres mi elección y mi prioridad número uno. Y hasta que entiendas eso, no voy a hacerlo. No me importa cuántas ganas tenga.

—¿En serio?

—Muy en serio. Además, conozco la atracción, la química que tenemos, pero no me vas a decir que esto que hiciste no fue en parte para ver si perdía el interés después de llevarte a la cama, y *así* no van a ser las cosas.

Se me cerró de pronto la boca.

—¿Cómo...?

Su sonrisa lo volvía todavía más hermoso, incluso con todo el dolor que denotaba.

—Creo que ya te conozco bastante bien a esta altura. Si te digo que ya no me va más lo de andar acostándome con cualquiera, tú te asustas y te quitas la ropa para ponerme a prueba.

—*Tú* me quitaste la ropa —refunfuñé.

—Esa es una cuestión semántica.

—No fue todo una prueba —reconocí.

—Eso también lo sé, y por eso es mucho más difícil decirte que no.

—Entonces, ¿no me vas a tocar hasta que te pueda decir... eso? —Dios, no podía ni pensar esas palabras. Estuvieran o no merodeando por mi corazón, le abrían la puerta y le daban el fósforo para que me prendiera fuego.

La sonrisa se le tornó pícara.

—Te voy a tocar cuando quieras. Voy a hacer que acabes de trece maneras distintas todos los días, si eso es lo que quieres. Pero no te voy a hacer el amor hasta que sea eso. Esperé demasiado para tenerte de vuelta en mi cama como para tener sexo contigo y ya, Rach.

Me rodeé las rodillas con los brazos, sintiéndome a la vez frustrada, caliente y conmovida como una idiota por sus palabras. El Landon que conocía me habría tomado de la forma que pudiera. Nova lo habría hecho sin dudar y se habría ido a la mañana siguiente. Este tipo paciente y determinado... No tenía la más puta idea de qué hacer con él.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora vamos a dormir —dijo, abriendo la cama y metiéndose debajo de las sábanas—. ¿A menos que quieras ir de vuelta?

Se me abrió y cerró la boca como si fuera un pez fuera del agua. Claro que quería ir de vuelta. Pero lo quería dentro de mí, conmigo; no quería que tomara el mando de mi placer y ya. Quería el suyo también.

Podía ir por dos caminos.

O me metía al lado de él, me acurrucaba entre sus brazos y me iba a dormir...

O me ponía encima de él y ponía a prueba la firmeza de su determinación.

Pero esa leve súplica que tenía en los ojos me decía más que sus palabras. Al igual que los puntitos de transpiración que tenía en la frente. Si él estaba dispuesto a someterse a esto para demostrar sus intenciones conmigo, lo mínimo que podía hacer yo era evitar hacerlo pasar por un infierno.

Maldije mientras buscaba mis bragas, luego me las puse, junto con la camiseta, y me metí debajo de las sábanas con él.

—A dormir —dije.

—A dormir —repitió, abrazándome contra la curva de su cuerpo.

Con cada centímetro que le daba, con cada parte de mí que se relajaba contra él, había una parte que golpeaba todavía más fuerte contra los barrotes para escapar.

Ojalá supiera qué parte iba a ser la más fuerte.

CAPÍTULO 22
Landon

EN EL MAR

Esa mujer me iba a terminar matando. Nunca había estado tan caliente por tanto tiempo en... toda la vida. No había planeado lo que pasó esa noche en la cabaña. Y no es que me arrepintiera. No me arrepentía una mierda.

¿Cómo me iba a arrepentir de cualquier momento en el que tuviera las manos sobre Rachel, su aliento en mi oído, su cuerpo esbelto debajo del mío, mi nombre en sus labios?

Ah, mierda, ahora la tenía dura de nuevo.

Se había convertido en una condición permanente, carajo... En especial los últimos tres días, desde que nos habíamos ido de Papúa.

¿Si entraba ella a la clase? Dura.

¿Si se sentaba a mi lado? Dura.

¿Si me miraba? ¿Si se mordía el puto labio? ¿Si me rozaba en el pasillo? Dura.

¿Si decía mi nombre? ¿Si respondía una pregunta en clase? ¿Si nadaba en la piscina?

Me cago en mi vida. Era como si tuviera quince otra vez.

Disfrutaba de cada segundo de todo eso, salvo tal vez de esas condenadas duchas frías.

No era tonto: sabía perfectamente que ella tenía miedo y que me estaba poniendo a prueba como nunca, esperando a ver si por fin cedía y me acostaba con ella o si cogía con alguien más. Lo veía en la manera en que se la pasaba mirando mis reacciones, en cómo se apretaba contra mí, en cómo me besaba y en cómo me daba todas las excusas habidas y por haber para salir de esta relación.

No confiaba en mí; no confiaba en sí misma.

Una parte de ella quería que yo fracasara.

Las otras chicas que estaban cerca no eran un problema. Había perdido todo deseo de tocar a nadie más apenas había aparecido Rachel a bordo. Todo lo demás se sentía vacío, barato, y yo estaba más que dispuesto a esperarla todo el tiempo que ella necesitara.

—Hola, Nova —dijo Zoe cuando entré a mi suite. Estaba echada en el sofá, junto con dos chicas más, todas con bikini de tiras y, a juzgar por esos vasos grandes y esas botellas de ron, venían tomando hacía rato.

—Hola, Zoe —dije, dirigiéndome a mi dormitorio para dejar la mochila.

Por supuesto, me siguió. Me di vuelta y me la encontré reclinada contra el marco de la puerta, con su figura alargada y flexible en una posición que exhibía sus mejores atributos.

—¿Día largo? —preguntó.

—No realmente —dije, encogiéndome de hombros—. Un buen entrenamiento, un par de clases. ¿Y tú?

—Ah, lo mismo. En realidad, ayudé a Pax con unas cosas para Nick, y después subí a almorzar en la cubierta doce...

—¿Ajá? —Sabía que estaba encaminando la charla a algún lado.

—Ay, seguro no fue nada, pero vi a tu novia comiendo con alguien. —No me engañaba su sonrisa dulzona. Tampoco me molesté en corregirla. No tenía ningún problema con que el mundo entero dijera que Rachel era mi novia. La que se oponía a eso era Rachel.

—¿Sí? Me alegra que haya almorzado —dije, dejando los libros en el escritorio.

Zoe entornó los ojos.

—Era ese chico, Hugo. Ese muy lindo, de pelo oscuro...

—No me sorprende. Son amigos.

Entró y se sentó en mi cama con las piernas cruzadas.

—¿No te molesta? Quiero decir, parecían muy *pero muy* amiguitos. Yo lo que no quiero es que salgas lastimado, nada más.

Hice todo lo posible por tragarme lo mucho que me molestaban los dos. Sabía que Hugo quería algo más. De hecho, había estado presente cuando la invitó a salir. Pero también había estado presente cuando ella lo rechazó y cuando vino a mi cabaña. No iba a caer en el jueguito de Zoe, con esa necesidad que tenía de desatar el caos.

—No, no me molesta que haya almorzado con un amigo. Y gracias por preocuparte, pero lo de Rachel y yo no es un tema de discusión, Zoe.

Se retorció de vergüenza bajo mi mirada.

—Está bien. Es que me preocupo por ti, nada más.

—¿Quieres salir y...? —Pax quedó perplejo cuando vio a Zoe acostada en mi cama como una verdadera actriz porno—. Eh... Hola, Zoe.

—¿Qué onda? —le pregunté mientras le decía «Sálvame» telepáticamente.

—Te necesita Bobby en el comedor.

—Yendo —dije, y salí del dormitorio sin mirar atrás—. Gracias —le dije a Pax cuando pasamos la barra y dejamos atrás a las otras chicas de la sala de estar.

—¿No estuviste...?

—¡De ninguna manera! —Todas las chicas se dieron vuelta, y bajé la voz—. No toqué a nadie que no fuera Rachel desde que llegó.

El alivio que le apareció en la cara casi se podía palpar.

—Ay, gracias a Dios. Porque lo último que necesito es que Leah te odie. Ya bastante le está costando aceptar que tú fuiste el que lastimó a Rachel en un principio.

Le di una palmada en la espalda, y sentí admiración por cómo habían cambiado sus prioridades en estos últimos meses. Antes tenía la tonta preocupación de que Leah lo distrajera, pero ella lo había ayudado a enfocarse, le había dado un propósito que se había convertido en una motivación todavía más intensa.

—No te preocupes.

Entró Penna por la puerta de vidrio corrediza, y era sorprendente lo bien que se movía, teniendo en cuenta la bota gigante que tenía puesta.

—¿Qué necesitaban, chicos?

—Una reunión de producción de los Originales —dijo Pax, y acomodamos las sillas que había alrededor de la mesa del comedor mientras Penna se quedaba de pie. Por lo menos, una reunión de producción implicaba que no iba a haber cámaras.

—La verdad es que no hay razón para que esté yo —dijo.

Pax echó humo por los ojos.

—Ya estoy harto de esta mierda. Ya se te está curando la pierna, y vas a volver. Siempre estuvimos nosotros tres desde el principio. Si salimos adelante después de casi haber perdido a Nick, podemos lidiar con esto también.

—Nick no estuvo a punto de destruirnos —dijo con voz suave, y se le desvió la mirada hacia donde estaban las chicas hablando de alguna mierda relacionada con algún *reality show*.

—¡Y tú tampoco! —gritó Pax, sin que le importara el público.

Penna se cruzó de brazos por encima del pecho.

—Pax... —le advertí.

—¿Qué? Es verdad. —Volvió a clavarle la mirada a Penna—. Lo entiendo. Te sientes culpable. Culpable por no haberlo sabido, por no haberte dado cuenta, por que sea tu hermana. Lo entiendo. Es tu familia, pero ¿sabes qué? Nosotros también. Así que apoya el culo en esa silla y ayúdanos a resolver este esquema desastroso, Penelope.

Ella le levantó una sola ceja como respuesta a semejante arrebato.

Él suspiró y le acercó la silla.

—Por favor —le dijo.

Ella me miró.

—Siempre te necesitamos, y eso no va a cambiar —dije en tono suave.

Soltó un suspiro que se hizo oír, pero se sentó.

Bobby, que había estado apoyado contra la pared a la espera de que resolviéramos toda nuestra mierda, se acercó y desplegó por la mesa varias hojas que mostraban el calendario.

—Hablé con Nick. Su cronograma está jodido —dijo sin miramientos.

—Bueno, qué alentador —repliqué mientras se abría la puerta corrediza de nuevo. Entraron Leah y Rachel.

Rachel tenía un ligero vestidito verde que parecía diseñado a propósito para ponerme de rodillas. No había ninguna otra explicación para la necesidad repentina de arrancárselo que me empezó a desgarrar por dentro.

—Hola, Petardo. Adelante —le dijo Pax a Leah.

—Pensé que era una reunión para los Originales nada más —dijo Zoe, saliendo de mi dormitorio. *Mierda.*

Con mi camiseta de Led Zeppelin puesta, carajo.

Me. Cago. En. Mi. Vida.

A Rachel se le pusieron los ojos redondos cuando vio a Zoe, y después los clavó en mí, increpadores.

Le sostuve la mirada atónita y negué con la cabeza.

No, no la toqué.

Para mi total alivio, no entró en pánico.

—Qué linda camiseta —le dijo a Zoe.

—Sí, es su favorita —respondió Zoe.

—No tenemos tiempo para esta mierda —bufó Pax por lo bajo.

—Lo sé. Estaba con él cuando la compró —dijo Rachel con una sonrisa dulzona, y puso a Zoe firmemente en su lugar.

Mierda, cómo me encantaba.

Vino derecho hacia mí y, cuando me di vuelta para acercarle la silla que estaba al lado de la mía, se me sentó en las piernas. *Mejor todavía.*

Una vez que se sentó Leah, Bobby empezó de nuevo:

—Bueno, la cosa es así. Mañana van a Sídney y después está Nueva Zelanda. Luego tienen los exámenes en Fiyi, y más tarde se irán a casa para Navidad.

—¿Y dónde está el problema? —preguntó Pax.

—Lo que pasa es que este amiguito tuyo quiere volver a Nepal —dijo, señalándome.

—¿Es en serio? —Rachel se dio vuelta.

—Todos teníamos una cosa que queríamos que nos saliera perfecta para este documental. Esa cresta es la mía. No estoy contento con lo que pasó. No estoy contento con abandonar después de haber fracasado. Lo necesita el documental. Lo necesita Nick. Lo necesito *yo*.

Esperé su crítica conteniendo la respiración, y vi cómo le pasaron distintas oleadas de emociones por la cara. Sorpresa, preocupación y, finalmente, resignación.

—Está bien.

—¿No tienes problema? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No recuerdo ni una vez que hayas dejado que nadie te dijera lo que tenías que hacer con respecto al *freeride*. Y, la verdad, si te va a carcomer la cabeza el hecho de no haber completado la bajada por la cresta, entonces vale la pena. Este viaje implica tomar riesgos y no preocuparse por lo que podría haber pasado. ¿O no?

No me importó nada que estuviéramos en medio de la suite: la besé.

—Gracias.

—Bueno —dijo Pax, aclarándose la garganta—, ahora que estás bien comprometido con tus intentos de matarte, ¿cuándo quisieras

volver?

—¿En Navidad? —pregunté—. Es el único rango de dos semanas, ¿no?

—No vas a estar listo para los X Games si no aprovechas la Navidad para practicar —respondió Penna, inclinándose hacia delante para mirar el calendario—. Estás bastante en forma, pero ¿cuándo fue la última vez que estuviste en un *half-pipe*?

—Buen punto —dije.

—¿Y las invitaciones? —preguntó Leah en voz baja.

—Nuestras medallas del año pasado valen como invitaciones —respondió Pax—. Además, somos nosotros, así que, mientras que lleguemos unos días antes para las rondas de clasificación, podemos entrar prácticamente a cualquier evento para el que nos sintamos preparados.

—Y no te vendría mal dorarles un poco la píldora a tus patrocinadores, dado que este año te borraste de la faz de la tierra —agregó Penna.

—Son tus patrocinadores también —le recordé, poniéndome un poco tenso. Gremlin seguía siendo un patrocinador muy importante, y el papá de Rachel, que estaba a cargo de ese contrato, me tenía bastante odio. Iba a tener que hablar con Pax de esa situación.

—Sí, claro —dijo con una risotada—. Puedo ir a posar como una estatuita linda, pero, teniendo en cuenta que no me van a sacar esta cosa hasta dentro de un mes, dudo muchísimo que vaya a estar lista para hacer nada.

—Igual puedes competir en moto de nieve —dije—. Para Navidad, tu pierna ya debería estar lo bastante bien como para practicar.

Serían dos semanas en Aspen, y después ya volverías a bordo por tres semanas antes de que vayamos a los X Games.

—No estoy segura —dijo, encogiéndose de hombros.

Rachel me dio un apretoncito suave en el muslo, y le hice caso a su advertencia. Penna estaba en una especie de encrucijada en ese momento. Me hubiera gustado saber para qué lado iría.

—Bueno, está bien, lo podemos hablar después —accedí.

—Entonces, la pregunta es cuándo podemos volver a llevarte a Nepal. —Pax se hablaba a sí mismo mientras miraba el cronograma.

—Si no lo puedo hacer en el receso de Navidad, no sé cuándo se podrá hacer. —Era por eso que muchísimos de los que estaban en el circuito no podían creer que siquiera intentáramos terminar los estudios. Nos estaban cagando la carrera profesional.

—Necesitamos ese material para el documental y, la verdad, ya estamos de este lado del mundo. No sé cuándo tendrás tiempo para volver en medio de las clases —agregó Bobby.

Me froté la piel que tenía entre los ojos. ¿Cuándo se había vuelto tan complicada esta mierda? Estaba todo cronometrado con tanta precisión, entre los puertos, los finales, las clases... Y en un segundo lo había arruinado todo.

—Aquí hay una semana. —Bobby señaló el calendario de enero—. Es el reto de la Gran Muralla, pero, si dividimos al equipo, podrías volver a Nepal. Tendrías que irte antes, nada más, y te arriesgarías a que se te vaya el barco a la vuelta.

—¿Qué piensas? —le pregunté a Rachel.

Suspiró, mirando el calendario.

—Pienso que estás corriendo un riesgo enorme sin aclimatarte bien, y te puedes volver a encontrar con el mismo problema. Tienes

una oportunidad y listo.

—Tiene razón —dijo Pax—. No tengo problema en financiar otra expedición. Sobre todo porque, si llegamos a meterlo en el documental, sería tremendo: engancharía perfecto con las dificultades que hubo. Pero un solo error y te vas a quedar sin tiempo... otra vez.

—¿Y si no tengo ese problema? ¿No vale la pena correr el riesgo?

Se hizo silencio en la mesa.

—Si a ti te parece —respondió Rachel.

—Te apoyamos —coincidió Paxton.

—¿Vienes conmigo? —le pregunté a Rachel—. Sé que es mucho pedir.

—¿Lo puedo pensar? —dijo tras respirar hondo.

—Por supuesto. No hay presión. —Yo la quería allá conmigo, pero después de todo el infierno por el que la había hecho pasar la última vez, no la culpaba si quería decir que no. Seguramente, yo me habría sentido muy distinto si hubiera tenido que desenterrarla a ella de una avalancha.

—Bueno, entonces empecemos a planificar eso y a dividir al equipo —dijo Bobby—. ¿Tenemos todo arreglado para los X Games?

Pax hizo una mueca de incertidumbre.

—Nick está negociando con los patrocinadores en este momento. Y tengo una reunión con el decano mañana. Veremos qué dice. Tendríamos que perdernos una semana por lo menos, quizá diez días. Entre el viaje, la clasificación y los juegos mismos, nos vamos a perder toda la parada de Japón.

—¿Alguno pensó en saltearse este año? —preguntó Leah—. Ni que fueran a quedarse sentados sin hacer nada.

—Perderíamos los patrocinadores y los títulos —dijo Pax, negando con la cabeza. Leah arrugó la nariz—. Di lo que piensas —le ordenó.

—¿Y realmente están en forma para eso? No digo que no estén en forma, pero ¿en forma *para eso*? —Se tapó la cara con las manos.

Pax se rio y le quitó las manos para robarle un beso.

—Sí, vamos a estar bien. Vamos a pasar toda la Navidad en Aspen, y eso es apenas unas semanas antes.

—Está decidido, entonces. Nova vuelve a Nepal en enero, y Wilder va a ocuparse de los X Games —dijo Bobby, cerrando su carpeta de pronto—. Vamos, equipo.

—Ahora pasemos a asuntos más importantes —dijo Pax con una sonrisa.

—¿Como qué? —preguntó Rachel.

—Como el pavo —dije con entusiasmo.

Se rio, y fue el sonido más dulce que escuché en la vida.

***

—Estoy bien, mamá —le dije a la computadora portátil al día siguiente, mientras me abrochaba la camisa. Leah nos había amenazado de muerte para que nos arregláramos para el Día de Acción de Gracias.

—¿Estás seguro? Digo, nos enteramos de lo de la avalancha, Landon. Como mínimo, nos podrías haber llamado. —Mamá me lanzó *esa mirada*, y suspiré.

—Pensé que no se iban a enterar nunca. Te juro. Nunca se me ocurrió pensar que te iba a llamar la mamá de Gabe. Perdón. Tienes razón. Los tendría que haber llamado. Pero estoy bien.

—¿Y tus notas? —continuó, con esa delicadeza que la caracterizaba.

—Bien. Sigo con el promedio perfecto.

—Bueno, por lo menos no dejaste que te distrajeran esas cositas que haces tú. ¿Ya pensaste a qué facultades de derecho te vas a postular el año que viene? Ya sé que te atrasaste un trimestre porque te pareció que sería más divertido ir a hacer *snowboard* en una montaña en el quinto infierno, pero esto es importante.

Tragué saliva, con la lengua pesada en la garganta.

—Eh...

—Ya deja en paz al pobre chico, Hazel —dijo papá cuando apareció su cara al lado de la de ella enfrente de la pantalla—. ¿Cómo va, Landito?

—Bien, papá. Llamaba para decirles feliz Día de Acción de Gracias.

—Ni siquiera es el Día de Acción de Gracias aquí —dijo mamá.

—Pero allá *sí* —le dijo papá, negando con la cabeza—. ¿Ya conociste a alguna chica?

—Se está concentrando en el estudio —le discutió mamá.

—Tiene veintidós, casi veintitrés, y está encerrado en un barco donde al menos la mitad de la población es femenina. Dudo mucho que esté pasando todo el tiempo libre en la biblioteca.

—No, está muy ocupado tratando de matarse. ¡Piensa en esa avalancha, Art! —espetó.

Si había algo que no extrañaba de estar en casa, eran las peleas constantes entre estos dos. Sabía que se amaban con locura, pero a veces me costaba ver el tejido conectivo.

—Está lo más bien. ¿Cómo resultaron las nuevas balizas de avalancha, Landon?

—Muy bien —respondí con sinceridad—. Rachel fue la primera en encontrar algo, y desenterraron a Gabe en tiempo récord.

Mamá se quedó perpleja, y papá se mostró boquiabierto.

—Ay, por Dios... —empezó mamá—. Cuando dices Rachel...

Me reí porque me encantaba tener la capacidad de dejarla pasmada cada tanto.

—Hablo de *esa* Rachel. Está aquí.

—¿Cómo?

—¿Están juntos?

—¡Necesito detalles!

Mi risa por poco ahogó sus exigencias. Por poco.

—Ay, cómo son. Bueno, miren. Voy a ir a casa para Navidad, así que la llevo, ¿está bien? Pero tienen que jurarme que no la van a ahuyentar. Prométanlo.

—Palabra de honor —dijo papá.

—A ver, siempre la quise conocer. ¿A qué universidad va cuando no están navegando por el mundo? ¿Y cómo era el apellido? —preguntó mamá, que sin duda ya quería exigir una revisión de sus antecedentes.

—Va a Dartmouth y estudia Periodismo. Pero, mamá... No. No hagas eso.

—¿Qué? ¿Que no me preocupe por el bienestar de mi único hijo?

Papá puso los ojos en blanco.

—Te queremos, Landon. Ve. Que disfrutes mucho el Día de Acción de Gracias. Ya queremos que pasen estas semanas para que vengas a casa. Cuídate, ¿sí?

—Siempre, papá. Te quiero, mamá.

—¡Quiero su apellido, Landon!

—¿Qué dijiste? No te oigo. Se está cortando, me parece... Seguro nos estamos alejando del puerto... ¡Los quiero! ¡Adiós! —Cerré la computadora de golpe.

Me até la corbata rápido y después me pasé las manos por el pelo. No iba a quedar mejor que ahora, pero tenía que acomodar ese nudo.

—¿Cómo es posible ser tan increíblemente sexy? —preguntó Rachel desde el marco de la puerta.

Le guiñé el ojo en el espejo mientras terminaba de acomodarme la corbata y recuperaba el aliento. Se me enredaron los dedos en el nudo cuando entró. Tenía un vestido negro que le envolvía la figura, le abrazaba cada curva y estaba sostenido por un único nudo.

Solo un tironcito y...

Tenía el pelo recogido, y tenía algo distinto...

—¿Necesitas un poquito de ayuda con eso? —preguntó con una sonrisa.

—Estás maquillada —señalé, apreciando cómo le resaltaban los ojos.

—No estamos en un derrumbe ni atrapados en una tormenta de nieve en el Himalaya, así que me pareció que era apropiado.

—Eres hermosa de cualquier manera —le dije con sinceridad mientras ella me acomodaba la corbata—. A mí, por lo menos, me encantan todas tus caras. Con o sin maquillaje, con o sin ropa...

Me sonrió desde abajo, y se me estrujó el corazón, para luego salir volando. Qué fácil sería que nuestra vida normal fuera así. Podríamos estar preparándonos para cualquier evento: una graduación, una cita, un aniversario.

—Gracias —dijo simplemente—. Me haces sentir hermosa.

Sentí un fuerte anhelo que se apoderó de mi alma. Siempre le había dicho que ella era la única para mí: mi propio pedacito de infinito. Pero aquí, lo vi. Lo sentí. Lo anhelé. Quería tenerla a mi lado haciendo *snowboard* en las pistas de Colorado. Quería esperarla en nuestra casa al final de un día largo en Los Ángeles. Quería estar en sus brazos cuando las cosas estuvieran como la mierda, y quería festejar con ella cuando las cosas estuvieran bien.

Sonrió, me dio unas palmaditas en el pecho y salió.

—Se va a enfriar si no te apresuras.

Dios, de verdad era todo lo que quería para mi vida entera, envuelto en un paquetito diminuto que venía con un toque bien picante.

Me quedé de pie en el marco de mi puerta mientras ella abrazaba a Leah y después tomaba una botella de vino para llevar a la mesa. Cada movimiento estaba lleno de gracia, como ella. Mi mente empezó a divagar y se imaginó otro Día de Acción de Gracias en unos años, donde tal vez hubiera versiones más pequeñas de nosotros correteando por ahí y, por primera vez, la idea de la adultez real no me hizo cagar de miedo.

Porque no podía fracasar si estaba Rachel conmigo. Nos equilibrábamos el uno al otro, nos íbamos turnando cada vez que el otro necesitaba ayuda. Éramos fuertes, pero juntos éramos invencibles.

—Ah, mierda, estoy enamorado de ella —susurré.

—¿Recién ahora te das cuenta, Capitán Obvio? —dijo Penna, que justo pasaba por ahí.

Me quedé en el lugar, mudo, hasta que se dio vuelta.

Penna se detuvo.

—Espera, ¿en serio te estás dando cuenta recién ahora? Porque nosotros lo sabemos hace unos tres años, por lo menos.

Me quedé un poco boquiabierto mientras negaba con la cabeza.

—No. Digo, sí. Digo... Mierda, no sé.

—En general, ayuda ponerlo en palabras —dijo, renqueando de vuelta hasta mí.

—Sabía que nunca había dejado de amarla, la verdad. Pero... estoy *enamorado* de ella. Completamente, dolorosamente, locamente enamorado de ella.

—Bien. Ahora tienes que lograr que se quede —dijo Penna, sonriendo.

—¿Cómo me va a amar ella también después de todo por lo que la hice pasar? La abandoné sin decirle nada por razones que ya no me parecen para nada válidas.

Penna me tomó de la mano y la apretó.

—Se lo compensas de todas las formas posibles. Te vuelves a ganar su confianza, y después no la vuelves a traicionar nunca más. Te mereces la felicidad, Landon. Los dos se la merecen. Si te ama o no, depende de ella. Lo único que puedes hacer es ser la mejor versión de ti mismo. —Se dio vuelta para mirar a Rachel, que estaba de pie con los otros Renegades junto a la mesa del comedor, que estaba extendida y llenaba toda la sala de estar—. Algo me dice que con eso debería ser más que suficiente.

Acompañé a Penna hasta la mesa y le acerqué una silla para que se sentara. Luego fui hasta mi asiento al lado de Rachel y la besé con ganas, sin que me importara borronearle el brillo labial ni que nos estuviera viendo toda la familia de los Renegades.

Sonrió y me devolvió el beso.

—Menos mal que no están las cámaras, ¿no? —bromeó mientras todos soltaban aulliditos.

Pero yo quería las cámaras. Quería que todo el mundo supiera que yo era suyo y ella era mía, y que la única persona con la que iba a usar esas jugadas de Casanova era Rachel. Pero ella no estaba lista; todavía no confiaba en mí.

Una vez sentados alrededor de la mesa para la cena de Acción de Gracias, que seguramente Pax había pagado una fortuna para que nos trajeran a la suite, todos nos turnamos para decir por qué estábamos agradecidos.

Finalmente, me tocó a mí.

—Yo estoy agradecido por nuestras familias, tanto biológicas como elegidas —dije. Y luego me volteé hacia Rachel—. Y por las segundas oportunidades.

No iba a necesitar una tercera.

CAPÍTULO 23
Rachel

QUEENSTOWN, NUEVA ZELANDA

—Vamos a llegar tarde si sigues con eso —le dije a Landon mientras le exponía un poco más de cuello a su boca. El tipo me iba a dejar hecha un charco enorme, y no me importaba.

—Podríamos quedarnos aquí hoy —replicó, llevándome la espalda contra la pared de nuestra habitación de hotel.

—Podríamos —coincidí, pasándole los dedos por el pelo. Se me contrajeron todos los músculos por el placer indescriptible que me generaba él por todo el cuerpo. Era como si mi cuello tuviera una línea directa con mi centro, y Landon se estaba aprovechando por completo. Gemí cuando puso los dientes en la zona sensible donde se unía mi cuello con mi hombro.

—Sí, hagamos eso —dijo mientras deslizaba la mano por debajo de mi camiseta y del bikini para tocarme un pecho. Encontró mi pezón con el pulgar y me arqueé, rodeándole la cintura con una pierna.

Aunque no teníamos sexo, éramos expertos en las sesiones de besos más calientes del mundo.

Su erección hizo tensar la tela de sus bermudas cargo, y se la agarré a través de las capas de tela. Estaba firme y caliente en la palma de mi mano, y el gemido que soltó cuando se la apreté suavemente me hizo sentir una nueva oleada de deseo por todo el cuerpo.

—Mierda —dijo, apoyando la frente contra la mía mientras se la acariciaba de arriba abajo.

—Sabes que podríamos, ¿no? —propuse. Habían pasado dos semanas desde que se había autoimpuesto el celibato, y no había dado el brazo a torcer ni un centímetro.

Me aferró las dos manos con las suyas y las sostuvo contra la pared por encima de mi cabeza.

—Deje de intentar despojarme de mi virtud, señorita Dawson.

—Deje de volverme loca, señor Rhodes —me quejé.

Me dio un beso largo y apasionado, enroscando la lengua con la mía y sacando hasta la última gota de placer de nuestros labios. Con las manos inmovilizadas, lo único que podía hacer era aceptar su beso, pero usé la parte de abajo de mi cuerpo y la pierna con la que lo rodeaba para mecerme contra él. ¿Cuánto más podía seguir esta locura?

Se oyeron tres golpes fuertes a la puerta, seguidos de la voz de Little John:

—Los está esperando la camioneta a los dos. Vamos.

—No vamos a ir —gritó Landon, con la boca en el aire, justo encima de la mía.

—Qué no van a ir ni qué mierda. Desenróscate de tu novia y apoya el culo en la camioneta ya mismo, Nova.

Landon me recorrió entera con los ojos.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero llevarte a esa cama y montarte hasta que toda mi frustración sexual se convierta en un recuerdo lejano —dije, mordisqueándole el labio de abajo. Soltó un gruñido—. Pero me parece que tendríamos que ir. De lo contrario, no sé para qué nos tomamos ese avión hasta aquí anoche, ¿no? —pregunté.

—¡No estoy jodiendo, chicos! —gritó Little John desde el otro lado de la puerta.

—¡Está bien, carajo! Danos un minuto. —Se alejó de mí y se miró la erección—. Danos *un par* de minutos. —Me acerqué lentamente a él, y se fue hacia atrás—. Ni lo pienses —dijo.

—¿Que no piense qué? —pregunté con tono inocente, riéndome de lo absurdo que era que un tipo de más de un metro ochenta se estuviera alejando de una chica de menos de un metro sesenta.

—No —dijo, frenando y señalándome con el dedo—. Si me tocas, sé que no voy a aguantar, carajo. Vas a terminar bocarriba en la cama, contra la pared, en la ducha, hasta en la puta encimera del baño, antes de que puedas contar hasta tres, y ni siquiera sé dónde ir a comprar preservativos en este lugar.

—¿No trajiste preservativos? —pregunté, cruzándome de brazos encima del pecho—. ¿Qué clase de dios del sexo eres?

—¡Uno que está tratando de convencer a la chica de sus sueños de que habla en serio!

—Bueno, pero yo *en serio* tengo muchas ganas de tener sexo.

—¡Y yo tengo muchas ganas de que apoyen el culo en la camioneta, carajo! —gritó Little John.

Se me escapó la risa de los labios, y me tapé la boca para tratar de controlarme.

—Ay, Dios, debe de pensar que estoy más caliente que la mierda.

Landon se sumó, me abrazó contra su pecho y me dio un beso en la cabeza.

—Sí, bueno, parece que aquí yo soy el mojigato.

—¡Y yo ya me estoy hartando de pedirles que salgan! —Tomamos las mochilas y salimos por la puerta. Little John estaba con los brazos cruzados—. Ya era hora, carajo.

Landon no inventó ninguna excusa, sino que se limitó a encogerse de hombros y a extenderme la mano. La tomé y fuimos hacia la camioneta.

—Pero, mierda, cómo pueden ser así —exclamó Pax—. Nos están esperando.

—¿Sabes qué? Hasta que a uno de nosotros se le vaya el barco, no tienes derecho a hablar de la impuntualidad —respondió Landon con una sonrisa mientras salíamos a la calle, seguidos por el equipo de filmación en la camioneta de atrás.

—Vete a la mierda —respondió Pax, y le rodeó el hombro con el brazo a Leah.

—Más tarde —me prometió Landon en voz baja cuando me apoyé contra él, abrochándome el cinturón a su lado.

—¿Más tarde qué? —pregunté.

Me acercó los labios al oído.

—Más tarde te voy a quitar estos shorts y te voy a meter la lengua bien adentro. No puedo dejar que mi chica ande por ahí toda frustrada sexualmente.

Me di vuelta tan rápido que nos rozamos los labios.

—¿Qué me dices de esto? Me puedes tocar con la lengua solo cuando me dejes devolverte el favor.

—Usted es despiadada, señorita Dawson.

—Aprendí del mejor, señor Rhodes. —Sonreí.

—Creo que nunca le tuve tantas ganas a nadie tanto como a ti, Rachel —susurró.

La camioneta iba llena, pero se sentía como si fuéramos los únicos en todo el planeta.

—Creo que sé cómo se siente —le dije.

Me pasó el pulgar por el labio de abajo antes de darme un beso. Fue suave, prolongado y lleno de la pasión apenas contenida que sabía que estaba justo debajo de la superficie.

—Solo se puede hacer una cosa cuando estoy así de caliente y no puedo estar contigo.

—¿Qué sería?

—Ir a saltar de lugares.

—¿El sexo es comparable con columpiarse en un acantilado? —pregunté.

—De ninguna manera. El sexo contigo arrasa con todo lo demás. Pero me conformo con lo que haya.

—Puedes tenerlo todo —le dije con total seriedad.

—Sí, ya sé —dijo, y me volvió a besar suavemente—. Por eso quiero esperar para tener sexo.

Mierda. Qué bueno que era.

***

Un neozelandés muy sensual me puso el arnés mientras Landon miraba.

—¿Estás lista? —preguntó el tipo con una sonrisita sexy.

Unos meses antes, tal vez habría estado con él.

Pero ahora, el tipo alto que estaba comiéndose la cabeza a sus espaldas era lo único que podía manejar... o desear.

—¿Para el columpio de acantilado más alto de todo el mundo? Venga —dije, inspeccionando en detalle los broches del arnés.

—Esta chica es de las mías —comentó, ajustándome bien la correa. La plataforma de metal sobre la que estábamos parados estaba colgada a más de cien metros de altura, y ya sentía que mi cuerpo se estaba preparando para dar el salto. Cómo me gustaban estas cosas, carajo.

—¿Puedo ver? —preguntó Landon.

El guía conocía a los Renegades por su reputación, y se alejó con las manos levantadas.

—Adelante, Nova. Aseguré muy bien a tu chica; te lo prometo.

Landon revisó todas las correas y los broches, y apretó un poco más la que tenía alrededor de la cintura hasta quedar satisfecho.

—¿Segura que no quieres ir en tándem conmigo?

Puse los ojos en blanco.

—Creo que vas a estar bien solo, bombón.

Se le iluminaron los ojos ante la palabra de afecto.

—¿Qué voy a hacer sin mi amuleto de la suerte?

—Vomitar —dijo Pax, que estaba detrás de él—. Rach, ¿estás bien sujeta?

—Sí, estoy lista —le dije, con la vista todavía clavada en Landon. Los ojos se le veían celestes en contraste con la tela de su camiseta y, por su mirada, parecía que prefería estar viéndome desnuda.

Bueno, ya somos dos.

—Te vi en los X Games el año pasado, Nova. Eres tremendo en esa tabla —dijo el guía luego de que Landon le diera su aprobación

final a mi arnés.

Era algo totalmente controlador y un poco primitivo, pero también era más sexy que la mierda ver cómo se preocupaba por mí.

—Gracias, me encanta lo que hacemos —le dijo al guía.

Leah cruzó la pasarela de metal para llegar hasta donde estábamos.

—Petardo, ¿qué haces aquí? Yo te llevo conmigo —le prometió Pax.

—Voy a ir en tándem con Rachel —dijo—. Tú tienes que hacer tus retos. No voy a permitir que te retrases por mí.

—No. De ninguna manera. Yo te llevo. Después vuelvo a subir...

—¡Sí, carajo! —exclamé—. ¡Un salto de chicas!

Leah sonrió y se separó de Paxton, con el arnés ya listo y sin duda inspeccionado como si la estuvieran por lanzar al espacio. Si a mí me parecía que Landon estaba obsesionado con mi seguridad... Bueno, digamos que Paxton era diez veces peor con Leah.

—¿Estás de acuerdo, amigo? —preguntó el guía, sin saber a qué tipo preguntarle.

—A ver, dado que ella dijo que estaba de acuerdo, *amigo*, no importa lo que digan los chicos —canturreé con tono dulzón.

Leah replicó mi sonrisa.

—Soy totalmente capaz de tomar mis propias decisiones.

—Me cago en mi vida —murmuró Paxton—. Está bien. Rachel...

—No te quiero escuchar, Wilder. Ella es mi mejor amiga desde mucho antes de que fuera nada contigo —dije con una sonrisa—. ¡Prepárate, Leah!

—Chicos, voy a tener que pedirles que esperen fuera de la plataforma —dijo el guía—. Ya tenemos una cámara aquí, y están en

medio del paso. —Les indicó la salida mientras ellos balbuceaban cosas sobre la seguridad y los arneses.

—Bueno, chicas, ¿qué quieren hacer? ¿La caída libre? ¿La caída hacia atrás? ¿La cuerda cortada?

Leah me miró, perpleja, al darse cuenta de dónde se había metido. Cuando estábamos en Dartmouth, les tenía terror a las alturas, pero Wilder la había ayudado a superarlo bastante. Sin embargo, como había pasado por ese accidente unos años atrás, no me sorprendía ver que todavía quedara algo de ese miedo.

—¿La cuerda cortada? —le pregunté a Leah—. En vez de bajar en picada, quedamos colgadas un segundo, y después cortan la cuerda.

—Sí, suena mejor que dejarse caer y ya —coincidió.

Nos engancharon a la cuerda y nos contaron cómo era el procedimiento después de terminar la experiencia. Luego nos levantaron hasta que quedamos suspendidas por encima de la plataforma. Nos sacudieron un poco cuando nos sujetaron a la cuerda que nos haría bajar y balancearnos por el cañón.

—Ay, Dios, esto es horrible —dijo Leah, aferrándose a su cuerda —. Háblame.

—¿De qué? —pregunté, mirando el río que rugía en el cañón bajo nuestros pies.

—¡De cualquier cosa! —ladró. Luego respiró hondo—. No puedo permitir que piense que estoy mal. Se va a poner como loco.

—¿Listas, chicas? —preguntó el guía.

—¡No! —gritó Leah.

—No es tan terrible —le prometí—. Nada más tienes que soltar. La cuerda hace todo el trabajo.

—Todavía. No.

—Necesita un segundo. ¿Está bien? —le pregunté al guía.

El guía miró por encima del hombro hacia donde estaban Pax y Landon con los brazos cruzados.

—Tómense el tiempo que necesiten.

—Gracias —dije, acomodándonos para poder rodearla con el brazo —. ¿Estás bien? No hace falta que hagas esto.

—No. Sí hace falta. Estoy bien. Es que... *Uf*. Distráeme un ratito. ¿Cómo están las cosas con Landon?

Me quedé perpleja por el cambio de tema.

—Muy bien. Estamos volviendo a conectar, y estoy contenta.

—¿Lo amas? —preguntó.

—¿Qué? No vamos a hablar de esto ahora.

—Mierda, Rachel. Estoy colgada a más de cien metros de altura por encima de un río, preparándome para decirle a este tipo que puede cortar la cuerda que nos sostiene. Lo mínimo que puedes hacer es decirme si estás enamorada de Landon para que me pueda morir en paz.

Abrí y cerré la boca.

—Eh. A ver. O sea...

Miré hacia donde estaba él, pasando el peso de una pierna a la otra por los nervios. Él hacía este tipo de cosas todo el tiempo, así que sabía que eso era porque estaba preocupado por mí. *Uf*, otra vez esa sensación de ternura en el corazón.

—¿Y? —preguntó, aferrándose a los arneses como si su vida dependiera de la posición de sus manos.

Hubiera preferido arrojarme cañón abajo que tener una puta charla sobre mis sentimientos.

—Sí —admití por fin—. Sí, estoy enamorada de él. Y sé que eso me vuelve la mujer más estúpida del planeta, si tenemos en cuenta lo que hizo la última vez que estuvimos juntos, pero, la verdad, no puedo frenar a mi corazón traicionero. Listo. ¿Contenta?

—No eres estúpida —dijo con tono suave—. Él te ama. Lo sé.

—Bueno, pero el amor no nos sirvió de mucho la última vez.

—Pero esta vez sí. Vas a ver —dijo con toda la fe del mundo—. Nada más tienes que soltar y confiar. Ya sé que esa es la parte más difícil para ti (la confianza), pero ustedes dos están más destinados a estar juntos que cualquier persona que haya conocido en la vida.

Le respondí con un suspiro a mi mejor amiga, tan perfecta, confiada y cursi, y deseé poder ver el mundo a través de sus ojos.

—Soltar es la parte más difícil.

—En realidad, no. Nada más tienes que dejarte caer. —Usó mis propias palabras en mi contra.

—¿Están listas, señoritas? —preguntó el guía.

—Yo, sí —dijo Leah, con una sonrisa un poco sospechosa.

—Lo hiciste a propósito —remarqué—. Querías mi confesión.

—Tal vez —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Volamos?

Me reí y la abracé.

—Qué bueno que te tengo.

—Lo mismo digo —dijo—. ¡Corta la cuerda!

El guía directamente tomó un cuchillo y empezó a serruchar la cuerda blanca que nos mantenía sujetas a la base. En un segundo, íbamos a balancearnos nada más que con la otra cuerda.

Levanté la vista hacia Landon y me di cuenta de que Leah tenía razón. Nada más tenía que confiar. Quizá me quemaba. Quizá esta vez me lastimaba tanto que no sobrevivía. O quizá volábamos.

Quisiera negarlo o no, mi corazón sabía la verdad: yo era suya, y estaba tan enamorada de él que se me aceleró el pulso con la dulzura de la emoción.

Ya no iba a luchar más contra eso.

El cuchillo terminó de cortar la cuerda y, por un segundo, quedé suspendida por encima del cañón.

Un segundo después, solté y caí.

Cuando terminó la experiencia y nos reunimos todos junto a las camionetas para esperar al momento de volver al barco, me aseguré de que las cámaras estuvieran encendidas y fui derecho hacia Landon, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé como nunca.

La sorpresa le duró dos segundos enteros, pero luego me levantó en el aire y me despojó de todo pensamiento. Ignoramos los silbidos que sonaron a nuestro alrededor mientras nuestro beso se prolongaba mucho más de lo que sería aceptable en público y los dos disfrutábamos del momento.

Aunque voláramos o fracasáramos, ahora lo nuestro era público.

CAPÍTULO 24
Rachel

FIYI

Un agua cristalina se extendía hasta donde alcanzaba la vista mientras caminábamos por la playa de arena blanca. Era realmente un paraíso.

Ahora bien, solo me faltaba lograr que mis pensamientos estuvieran en la misma sintonía. Desde que había llegado a la revelación de que estaba hasta las manos con esta relación, de que no había nada que pudiera hacer para evitar estar enamorada de Landon, tenía la cabeza hecha un circo. Tenía las emociones de aquí para allá, tratando de encontrar una manera de decírselo, o una manera de guardármelo por si él la cagaba de alguna forma y me volvía a dejar.

—¿Cómo te fue en los otros exámenes? —preguntó Landon mientras llegaba una ola que nos acariciaba suavemente los pies. Me levanté el dobladillo de mi vestido largo para evitar la incomodidad de que me quedara empapado para cuando nos subiéramos al esquife que nos llevaría de vuelta al *Athena*. Él se veía como si fuera

uno más en Fiyi, con la camisa blanca abotonada y arremangada hasta los codos sobre los shorts azules y la piel bronceada.

—Bien, creo. Entregué el esquema de mi trabajo de investigación, y todavía estoy esperando la nota de Vida Marina. ¿Y tú?

—Todo diez —dijo con una sonrisita.

—Era obvio.

—No me odies por ser inteligente —dijo, y me levantó de la arena para darme un beso.

Nuestros labios se encontraron y sentí un torrente de mariposas que me revoloteaban por todo el estómago.

—¿Ya empacaste todo? —preguntó contra mi boca.

—Casi todo. Pensaba terminar mañana de camino al puerto. Tendríamos que ir volviendo, ¿no? El barco alquilado sale en una hora, más o menos. —Había sido un día perfecto. Nada de clases, retos ni estrés. Nada más que nosotros.

—Tenemos tiempo. ¿Quieres explorar conmigo un ratito? —Se le iluminaron los ojos mientras me dejaba en la arena.

—Obvio, pero si se nos va ese barco por tu culpa, me voy a poner como loca —le advertí.

—No te preocupes. Te voy a dejar exactamente donde quieres estar.

Una única sonrisa fue suficiente para pararme el corazón mientras me tomaba de la mano y me llevaba por la playa hasta donde empezaba un camino ancho de madera. Se extendía por encima del agua cristalina y sostenía cabañitas de ambos lados.

—¿Se puede estar aquí?

—Estamos explorando, nada más —dijo, encogiéndose de hombros—. Espiemos, a ver si sería un lugar al que te gustaría

volver de vacaciones después de graduarte.

Me puse las chancletas para no quemarme los pies con la madera y me subí al paseo entablado detrás de él.

—¿Y si ya digo que sí?

Las cabañas eran todo lo que me podría haber imaginado para unas vacaciones: serenas, hermosas y, en cierto modo, sensuales, con las olas que las acariciaban suavemente.

Pero decir que sí significaba que veía un futuro juntos. Por supuesto que lo veía (lo quería), pero el mundo real no tenía nada que ver con lo que estábamos viviendo hacía siete semanas.

—¿Y qué hacemos en Navidad? —pregunté cuando pasamos varias cabañitas. La pregunta me venía molestando. Dos semanas separados. Normalmente, no me hubiera puesto nerviosa, pero la última vez que habíamos estado juntos en Los Ángeles no nos había ido tan bien.

—Voy a estar en Los Ángeles los primeros días para pasar las fiestas —dijo Landon, rodeándome el hombro con el brazo—. Pero me gustaría que vengas a conocer a mis papás.

Frené.

—¿Vamos a conocer padres?

—Bueno, a los tuyos ya los conozco —dijo con una sonrisa burlona.

—Sí, y medio que te odian. —Hice una mueca de incomodidad—. ¿Fue un poco fuerte lo que dije?

—No. De hecho, diste en el clavo. Es verdad que me odian.

—Aquí todo es más fácil. —Miré el agua y contemplé la belleza exquisita que no tenía comparación en ningún otro lugar de la tierra. Era difícil creer que hubiéramos visto tantos lugares y personas

increíbles, y que, sin embargo, todavía quedaran tantos lugares por visitar. Pero, a la larga, iba a terminar. Empezó a filtrarse un poco de pánico por los bordes de mi serenidad—. Cuando esto termine, vamos a volver a Los Ángeles. Bueno, por lo menos, tú lo harás. A mí todavía me queda un año en Dartmouth. Y tú tienes competencias y giras. Incluso si sobrevivimos intactos a este programa, ¿cómo vamos a...?

Me tapó la boca con la suya, dándome un beso profundo.

—Nos las vamos a arreglar.

—Pero ¿y si no? —pregunté, porque necesitaba una certeza que él no podía darme.

Me alzó y me llevó con un brazo detrás de mis rodillas y el otro sosteniéndome la espalda.

—Es simple. Nos ponemos de acuerdo en que sí. Decidimos no dejar que se arruine.

Recorrió la plataforma de madera sin sudar ni una gota. Tenía la respiración tranquila y controlada, mientras que la mía se me iba acelerando cuanto más me daba vueltas la cabeza.

—Así no funcionan las relaciones.

—Sí, qué no.

¿En serio creía que era así de fácil?

—Te digo que no —le discutí—. Uno no es feliz por decirlo nada más. Pasan cosas de mierda, Landon. Mira lo que nos pasó antes.

Se detuvo al final de la plataforma, donde solamente quedaba una cabaña.

—Nos chocamos y nos prendimos fuego. Se nos vinieron encima unas circunstancias con las que no pude lidiar porque no tenía la madurez para eso. Tomé la mejor decisión que pude con lo que

sabía en ese momento, y me equivoqué. Eso es lo que pasó la última vez.

—¿Y qué va a evitar que pase de nuevo? —pregunté, con el corazón latiendo como loco contra mi pecho. Sentía que estaba al borde de un precipicio enorme, y le estaba preguntando si tenía un paracaídas... o unas alas.

Me apoyó en el suelo.

—Nosotros.

Negué con la cabeza.

—No alcanza con eso.

Me sostuvo la cara.

—Es lo único que tengo para decirte. Cuando surjan los problemas, los enfrentaremos, uno a la vez.

—Eso es como decir «Ay, ya sé que está viniendo un *tsunami* gigante, pero no te preocupes, ¡haremos un plan cuando llegue a la costa!». —El pánico había dejado de estar en los bordes de mi mente y ahora consumía por completo todo resto de la serenidad a la que venía intentando aferrarme.

—Rachel... —Se le suavizó la mirada, como si estuviera tratando de calmar a una bestia salvaje, y me di cuenta de que la bestia salvaje *era yo*.

Y se me había enganchado la pierna en una trampa.

—¿Por qué nos preocupamos por esto ahora? —preguntó, usando la puta lógica.

—¡Nos vamos a casa en unos días! —grité.

—Sí...

—¡Yo voy a estar en Los Ángeles y tú vas a estar en Aspen! Yo voy a estar en casa con mis papás, que te odian y se van a pasar todo el

receso tratando de convencerme de que te deje, y tú vas a estar practicando *snowboard* y haciendo las «Novadas» de siempre. —Sentí que se me estrujaba el pecho, con una presión fuerte y un poco nauseabunda.

Me tironeó de la mano y me llevó adentro de la cabaña.

—Así que te preocupa estar separados dos semanas.

—Sí, pero es más que eso, y... Landon, no se puede entrar en la habitación de alguien así nomás. —Recorrí la cabaña con la mirada y tomé aire de golpe, sin pensarlo. Parecía arrancada de una revista de vacaciones: suelos de madera oscura con paredes en su mayoría abiertas, cortinas enrollables y una cama con dosel enorme ubicada en el centro de la habitación y cubierta con un mosquitero.

—No es más que eso. Tú y yo podemos hacer que esto funcione en cualquier parte del mundo porque los dos somos increíblemente tercos. Vamos a decidir que no nos afecten todas las actitudes mezquinas de mierda. Vamos a atravesar los problemas que surjan, y vamos a tomar la decisión de seguir juntos.

—Landon, la habitación. Va a volver alguien. —La ansiedad ya estaba llegando a niveles críticos, pero no me daba cuenta de si era por saber que estábamos invadiendo una propiedad privada, por la idea de pasar dos semanas sin él, o por esa palabrita no dicha dentro de mi corazón que empezaba con *A*. ¿Algo que sí sabía? Que tenía diez mil emociones juntas, todas batallando por ganar supremacía.

Me puso una mano en la cadera y me sostuvo la cara con la otra.

—La habitación es nuestra, Rachel. Ya sé que tienes miedo. Ya sé que este receso va a ser una pequeña prueba. Pero también sé que

te amo: no quiero a nadie más en mi vida, en mi corazón, en mi cama. Vamos a estar bien.

Me quedé mirándolo, tratando de calmar el corazón acelerado, de tomar aire mediante unos pulmones que se habían olvidado cómo funcionar, de procesar todo lo que había dicho, y opté por lo primero que había dicho, porque el resto simplemente era demasiado.

—¿La habitación es nuestra?

—Sí. —Sonrió y me dio un beso suave—. La reservé para nosotros dos cuando me enteré de que íbamos a pasar la noche aquí. El barco recién sale a la mañana.

Todas esas emociones encontradas se sentían como un *tsunami* que se alzaba dentro de mi pecho: apenas visible en la superficie, pero poderosamente profundo y capaz de hacer tanto daño si no lograba controlarme. Contemplé los detalles que nos rodeaban para distraerme. La ropa de cama bonita, los muebles robustos, la parte vidriada del suelo para poder ver el agua.

—Te debe de haber salido una fortuna. —Había hecho planes para los dos... Y no solo para esta noche, sino para un posible futuro. Incluso antes, cuando habíamos acordado alquilar el apartamento en Los Ángeles, siempre había sido yo la que insistía en avanzar con el plan.

—La verdad es que no me dolió demasiado —dijo con una risita—. Estamos metidos con Pax, Leah y Penna en un barco repleto de gente hace siete semanas. Nada más quería tenerte para mí solo por una noche. Leah te armó un bolso y todo.

Esa ola de emociones se volvió más grande, más monstruosa, hasta que empezó a amenazar con inundarme. Me había armado un bolso. Otro plan más. Quería que conociera a sus papás, que me

viera a mí misma en su futuro. Quizá..., y solo quizá, esta vez no se iba a ir. Quizá en serio podíamos tener todo eso que nos habíamos perdido antes. Quizá esto era real.

Se me cerró la garganta cuando rompió la ola dentro de mí, drenándome de las míseras defensas que me quedaban para defenderme de él. Todas mis emociones, el miedo, la desconfianza, el entusiasmo e incluso el amor me recorrieron entera y me desnudaron hasta los huesos: me dejaron vulnerable, como no había estado nunca desde la última vez que le había dado mi corazón.

Era demasiado, pero al mismo tiempo no era suficiente. Era todo a la vez, porque necesitaba las mismas palabras, las promesas de las que me aterraba volver a depender. Las necesitaba con una fuerza que me paralizaba, y lo mismo pasaba con lo mucho que lo necesitaba *a él*.

El nudo que tenía en la garganta hacía que fuera casi imposible respirar y me quemaba la nariz, como si mi cuerpo supiera que no podía seguir conteniendo este embrollo de emociones ni un segundo más sin explotar.

Ah, eso sí que no. No lo hagas. ¡Ni se te ocurra!

Y entonces empecé a llorar, y no fueron unas lágrimas bonitas ni delicadas. Fueron unos sollozos desgarradores con los ruidos menos atractivos *de la historia*.

—Rach. Mi vida... —Landon me rodeó con los brazos, abrazándome contra su pecho mientras yo sollozaba.

—No —dije, alejándome de un empujón para sostenerme sola—. No. Seas. Bueno. Conmigo. —Ah, listo, perfecto; ahora estaba hiperventilando—. Estoy como... una loca, aterrada de que lleguemos a casa y me dejes, y de repente tú decides hacer algo

supertierno. ¡Y es perfecto! —grité, como si él hubiera hecho algo mal.

—Ay, Dios, Rach. —Me extendió los brazos, y yo caminé para atrás hasta llegar a la plataforma perfecta que daba al agua perfecta en el destino perfecto de Fiyi que mi novio perfecto había reservado para los dos.

—Perdóname —dije entre sollozos—. Es tan lindo, y... todo, y yo me pongo como loca por el miedo que tengo de perderte.

—No me vas a perder —me prometió, sosteniéndome por los brazos—. Nunca más volveremos a ir por ese camino.

—Es que todo esto... Me esforcé tanto por bloquearte de mi mente, por sostener todas las defensas... Pero es como si me hubieras mandado al caballo de Troya, porque has estado siempre. Nunca tuve ni chance de resistir. Te odiaba tanto porque era lo único que podía hacer para evitar admitir lo muchísimo que te amaba. —Pero, mierda, ¿por qué no podía parar de llorar? Todas las palabras salían a los gritos, feas y sin gracia y, sin embargo, crudas y verdaderas.

—Mi vida... —Se le suavizó la mirada y se le llenó de tanta alegría, tanto amor, que empecé a llorar todavía más fuerte.

—Porque estoy muy enamorada de ti, y quiero que funcione lo nuestro, Landon. *Necesito* que funcione lo nuestro, porque nosotros dos somos lo único que tiene sentido para mí.

Y eso sonó como una foca ladrando. Excelente.

—Dios, cómo te amo —dijo con una risa.

—¡Y yo te amo a ti! —grité—. Ahora, si pudiera dejar de... ¡llorar! —Volví a dar otra bocanada de aire entrecortada que sonó más o menos como un burro rebuznando—. Haz que pare. ¡En serio!

Me besó y me levantó en brazos.

—Yo puedo hacer que pare.

Y entonces saltó al agua desde la plataforma, conmigo en brazos. Tomé mucho aire justo antes de que nos cubriera el Pacífico con una oleada de una calidez inesperada. Llevó los labios contra los míos mientras nos hundíamos hasta el fondo de la laguna poco profunda.

Despegué las piernas de sus brazos para rodearle las caderas, conteniendo el aliento en ese momento perfecto en el que el mundo se detuvo y no quedamos más que nosotros dos.

Una vez que me empezaron a arder los pulmones, pataleamos hasta la superficie.

Resoplé con la primera bocanada de aire.

—¿Es en serio?

Sonrió, y nunca lo había visto tan hermoso.

—Ey, paró. —Pataleé y lo salpiqué, empapándole el rostro precioso de agua—. No te puedes enojar —dijo, y se acercó nadando.

—¿Y por qué no? —Tenía el vestido inflado todo a mi alrededor, atrapado en el ir y venir del agua.

—Porque me amas. —Me trajo contra él mientras flotaba en el agua.

—Es verdad —admití, con la voz firme y segura, como si ya me hubiera pasado la tormenta por encima, y lo único que quedara fuera el amor y la libertad que venía de la mano—. ¿Qué vas a hacer con eso?

—De todo —respondió, y luego me besó. Tenía gusto a agua salada y a Landon, y me entregué a él, confiando en que me iba a mantener a flote. Sus brazos me sostenían con ternura, pero su boca

estaba abierta, carnal, un contraste de calor con el agua que había a nuestro alrededor.

Rodeándole el cuello con los brazos, le devolví el beso con pasión, soltando todas las preocupaciones y los miedos que me habían impedido avanzar. Como si las aguas nos hubieran bautizado, lo perdoné por todas las transgresiones del pasado y nos otorgué un borrón y cuenta nueva: un lugar desde donde empezar de cero.

Nos besamos con ganas y nos movimos cuerpo con cuerpo hasta que estuve a punto de violar cualquier ley de exhibiciones obscenas que tuvieran en Fiyi. Lo deseaba —lo *necesitaba*— más que el aire, más que el próximo latido de mi corazón.

Me puso la mano en el culo, ahora que mi vestido hacía rato que había abandonado toda pretensión de cubrirme, y jugueteó con el borde de las bragas de mi bikini. Cuando deslizó los dedos por debajo de la tela, me rozó el centro, y se acercó lo justo para revivir las llamas apenas contenidas del deseo constante que sentía por él, pero demasiado lejos para que yo pudiera hacer mucho más que mecerme contra sus manos y gimotear, pidiéndole más.

—Te quiero ya —dijo con un tinte desesperado en la voz.

—Hazme tuya, entonces —le ordené con la respiración pesada.

Haciendo equilibrio para sostenerme contra su cuerpo, recorrió la corta distancia que había hasta la escalera y luego me instó a que avanzara. La trepé como pude, y el calor de la plataforma se disipó en el charco de agua en el que me paré. Desabroché los botones del frente de mi vestido, y ya me lo había despegado del cuerpo para cuando Landon terminó de subir. Su camisa rápidamente fue a parar junto al vestido, formando un montoncito mojado sobre la madera oscura.

Se me encogió el estómago al ver su cuerpo esbelto y tonificado mientras se quitaba el pelo de los ojos, mientras el agua se le escurría por las líneas talladas de los abdominales. Tenía la piel tan colorida como el ambiente que nos rodeaba, con esos tatuajes que se ondulaban y acompañaban sus movimientos mientras se me acercaba despacio, acechándome desde el otro lado de la plataforma.

Estaba más que dispuesta a dejarme atrapar.

¿Cómo podía ser que fuera mío este hombre? ¿Cómo podía ser que alguien tan perfectamente tonificado, tan inteligente, tan imprudente y tan increíblemente sexy me quisiera solo a mí?

—Mierda, pero qué hermosa que eres —me dijo, como si me hubiera leído la mente.

Me sostuve de la barandilla de la plataforma, y entonces me atrapó la boca con la suya, el pelo con las manos y la boca con la lengua. Era increíble sentir su cuerpo contra el mío, cómo se le contraía el abdomen mientras yo lo exploraba con los dedos, cómo se le entrecortaba levemente la respiración cuando abandonaba mis labios para pasar a mi cuello, lamiéndome y chupándome las gotas de agua salada de la piel.

Trazó un recorrido con las manos que empezó por mis hombros, me bajó por los costados de los pechos, me pasó por encima de las caderas y las rodeó hasta apretarme el culo y levantarme contra su cuerpo.

—Por mucho que me encantaría hacerlo aquí afuera, preferiría hacerte el amor en una cama, si no te molesta —susurró contra mi mandíbula.

—No me importa dónde, mientras que pueda estar contigo —le dije.

Gimió, y ya nos estábamos moviendo antes de que llegara a rodearle la cintura con las piernas.

Sentí la sombra de nuestra habitación, pero todos mis otros sentidos estaban consumidos por Landon: su gusto a agua salada, su piel resbalosa y su cuerpo impresionante fueron lo único que pude registrar antes de chocar la espalda contra la suavidad de nuestra cama.

Se alzó sobre mí, mirándome desde arriba como si yo fuera algo inusual y precioso.

—No planeé esto, ¿sabes? La habitación, sí, pero todo lo demás...

Mi sonrisa fue instantánea.

—Te tengo demasiadas ganas como para que me importe.

—Te amo —me dijo mientras me llevaba los labios al cuello—. Te lo voy a decir un millón de veces y de un millón de formas distintas.

—Y yo las voy a amar todas —dije, y se me entrecortó la voz cuando me pasó el pulgar por el pezón endurecido.

Le di gracias a Dios por haber elegido una bikini con tirantes cuando acercó la mano para desatarme el simple nudito que me sostenía el sujetador en la espalda y luego el de la nuca. Cuando quedaron mis pechos al desnudo, inmediatamente les dio calor con las manos y la boca, haciendo que se me levantara la espalda de la cama. El agua me había enfriado la piel, pero me había dejado muy sensible a su tacto.

Le pasé los dedos por el pelo y lo apreté contra mi cuerpo mientras él usaba la lengua y los dientes para llevarme hasta el límite.

—Te voy a llenar el cuerpo entero de besos —me prometió, bajando por mi abdomen. Me rodeó el ombligo con la lengua, la enterró por un instante y luego siguió aventurándose camino abajo, hasta el borde de mi bikini.

Me miró desde abajo con ojos expectantes, y lo amé todavía más por hacer eso. Por más que ya le hubiera dicho que sí, que le hubiera dicho que lo amaba, que lo necesitaba, él siempre se ocupaba de asegurarse de que yo estuviera cómoda.

—Quítamelo —le supliqué, moviendo las piernas. En vez de bajarlo por mis piernas, tomó el tirante con los dientes, y me quedé mirando fascinada cómo se desataba y se deslizaba para dejarme desnuda frente a él.

Con las manos extendidas, fue bajando por mis caderas, despojándome de lo que quedaba de mi bikini mojada.

—Ahora tú —le ordené.

Negó con la cabeza y, sin hacerme caso, me dio unos besos calientes en la parte interna de las caderas.

—No. Si me lo saco, te la voy a meter en un milisegundo.

—No tengo problema con eso —dije, arqueando las caderas hacia su boca. Lo deseaba con una ferocidad que no había conocido nunca. Con una desesperación que estaba al borde de la locura.

—Pero yo sí —dijo con una sonrisa. Su lengua me lamió el lugar donde se unía el frente de mi muslo con mi abdomen—. Primero tengo que verte deshecha, necesito que estés tan caliente que quemes...

—Ya estoy tan caliente que quemo —protesté, impaciente.

—No estás ni cerca. —Soltó una risa siniestra, y luego me separó las piernas con las manos y me apoyó la boca.

—¡Landon! —grité su nombre, y no me importó que fuera la mitad de la tarde y que pudiera haber personas en las cabañas cercanas.

—¿Ves? Te quiero prendida fuego —dijo, justo antes de abrirme con los dedos para darle paso a su lengua.

Ay. Por. Dios. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo cobraron vida, y todas las sensaciones se enfocaron en la urgencia de mi centro, las oleadas de calor que me generaba por todo el cuerpo con cada caricia de su lengua contra mi clítoris.

Hizo círculos, chupó, clavó, lamió, me llevó hasta el borde y después me mantuvo ahí mientras yo jadeaba, con las manos aferradas a su pelo, a las sábanas, a cualquier cosa que me sostuviera a la tierra.

—¿Ya estás prendida fuego, mi vida? —preguntó, con una voz que aparentaba un control y una calma perfectos.

Gemí como respuesta, meciendo las caderas contra él, pidiendo más.

La presión que sentía en el vientre era intensa, contenida, y quedé moviéndome al borde del orgasmo mientras él me lo demoraba, controlando mi placer con las manos..., con la boca.

—Dios, qué rica estás —dijo contra mi piel. Me temblaron los músculos internos por la pura necesidad de él y, apenas levanté las caderas, me metió un dedo despacio, y después dos—. Tan mojadita... ¿Ya estás? ¿Lo quieres ya, Rachel? Porque yo me muero de ganas.

—¡Sí! —grité.

Con un movimiento de sus dedos y la dulce succión de sus labios, me desmoroné, y mi orgasmo me desgarró como un rayo. Grité su

nombre mientras se me doblaba la espalda y un placer impresionante me consumía todo pensamiento, sensación y sentido.

Me acompañó hasta abajo, respondiendo a las oleadas con sus besos, hasta que supe que me había matado de la mejor manera posible.

—Estuvo increíble —dije, estirándome debajo de él, con el cuerpo lánguido y deliciosamente caliente.

Justo cuando pensaba que no era posible estar más excitada, se incorporó encima de mí, lamiéndose el labio de abajo como si tuviera que saborear hasta el más mínimo gustito mío. La mirada caliente y posesiva que tenía en los ojos me calentaba todavía más que lo que habían logrado sus manos. *Pum.* Volvieron esas ganas y me empezó a picar otro tipo de urgencia, no solo de mi propio placer, sino del suyo.

Me incorporé, quitándome el pelo mojado de la cara, y lo besé. Metí las manos en la cintura de su traje de baño y jalé. La tela mojada protestó, pero, con ayuda de él, se lo quité, dejando al descubierto a un Landon mojado, caliente y desnudo.

Sus abdominales le marcaban unos tajos muy lamibles, y los recorrí con los dedos hasta llegar con la mano derecha a...

—Lo sigues teniendo —susurré, rozándole el pequeño símbolo de infinito que tenía en la cadera izquierda, que en general estaba escondido debajo de la ropa.

—Obvio que lo tengo —dijo con una sonrisa—. Sigues siendo mi infinito. Incluso cuando no estabas, seguías aquí.

Me acerqué y lo besé con dulzura, esperando que mis labios fueran capaces de expresar lo que mi voz simplemente no podía. Puede que fuera un solo tatuaje entre tantos otros, pero era mío, y

se lo había dejado. Se había dejado un pedacito *de mí*. Yo no había hecho lo mismo por él.

Era el modelo del hombre perfecto, con los músculos firmes y marcados: fuerte, pero sin un volumen excesivo, esculpido como si un maestro escultor lo hubiera tallado en piedra, material que justamente reflejaba lo dura que la tenía cuando lo empujé para que se sentara en el medio de la cama.

Poniéndole una rodilla a cada lado de las caderas, me monté encima de él. Su erección se deslizó por mi centro hasta que quedó apoyada en medio de los dos, y Landon gimió.

—Me vas a matar.

—Con gusto —dije, y después me quedé mirándolo—. Por favor, dime que trajiste preservativos.

Se le levantó la comisura de la boca.

—Aprendí la lección la última vez que me gritaste. Están en mi mochila.

Suspiré de alivio, y luego lo besé como si de eso dependiera mi vida. El roce de mis pechos contra su cuerpo era exquisito, y moví las caderas ansiosas contra él mientras entrelazábamos la lengua. Sus dedos se pusieron impacientes y se enterraron en mis caderas, clavándose de una manera hermosa. Me encantaba sentir cómo perdía el control: sentir que era mío.

Se le empezó a agitar la respiración cuando le chupé el labio inferior, y después se le cortó por completo cuando puse la mano entre los dos para acariciársela de arriba abajo. La tenía firme y caliente entre mis manos, y le pasé el pulgar por la cabeza blanda que contrastaba con lo duro que tenía todo lo demás.

—Rachel —jadeó—. Ay, Dios, mi vida. Sí. —Me subió la mano por la espalda para sostenerme del cuello y me trajo contra él para darme un beso apasionado.

Mientras la mecía dentro de mi mano, sentí cómo se le ponía todavía más ancha, y se me contrajo el centro como respuesta.

—¿Estás prendido fuego *para mí* ahora? —pregunté, usando sus palabras en su contra.

Sin soltarme el cuello, se alejó para mirarme, con los ojos ardientes de un tono verde intenso.

—Siempre sentí este fuego por ti. Siempre voy a sentir este fuego por ti. Soy todo tuyo, como no me pasó nunca con nadie. Solo contigo, Rachel.

Sabía por qué decía mi nombre: era porque por tanto tiempo no lo había podido decir. Pero, en vez de recordarme la cantidad de mujeres que había habido en el pasado, solo me hizo sentir necesitada, poderosa. Más allá de lo que hubiera pasado en los años que no habíamos estado juntos, había una simple verdad: siempre habíamos sido el uno para el otro.

Con un último beso, me asomé por el borde de la cama, agradeciendo que su mochila estuviera tan cerca. Después de buscar rápido y romper un papel de aluminio, le puse el preservativo, desenrollándolo y saboreando su bocanada de aire.

—¿Cómo quieres que me ponga? —pregunté, incorporándome sobre él.

—Como tú quieras. Soy tuyo.

Metió la mano entre los dos y me rozó con el pulgar el clítoris hipersensible, con un leve movimiento que alcanzó para darme una descarga de deseo por todo el vientre.

De rodillas, me moví hasta que quedó justo en mi entrada, y se me cortó la respiración por la enormidad de nuestras acciones.

—Te amo —le dije, no porque necesitara que me dijera lo mismo, sino porque necesitaba que entendiera lo que significaba esto para mí.

—Yo te amo desde siempre —me aseguró.

Me atrapó la boca con un beso ardiente mientras yo iba bajando despacio, metiéndomela de a un centímetro perfecto a la vez.

—Mírame —dijo, rompiendo el beso. Abrí de pronto los ojos para mirar los suyos mientras seguía bajando, mientras se me iba estirando para adaptarse a su tamaño—. Nunca amé a nadie más que a ti —susurró, invadiéndome el alma con sus palabras mientras se apoderaba de mi cuerpo, consumiendo hasta el último centímetro libre que tenía para dar.

Se sentía como volver a casa.

Se mezcló la respiración de los dos con jadeos entrecortados, nos miramos fijo a los ojos, se fundieron los cuerpos. Me mecí, deslizándome hasta que se la envolví por completo. Una vez que empecé, ya no podía parar, y fui marcando un ritmo, que él seguía con la mandíbula trabada para contenerse y los ojos danzantes, llenos de fuego.

Lo besé, saboreando cómo se había apoderado de mí por completo.

—Me encanta cómo me llenas —susurré—. Por favor, qué bien que la siento.

Como si hubiera cortado la cuerda que lo controlaba, gruñó y nos dio la vuelta para dejarme la espalda contra la cama. Entonces, me aferró las dos manos y me las sostuvo por encima de la cabeza.

—Eso es porque siempre estuviste hecha para mí. Mía.

—Tuya —admití, arqueándome contra sus embates medidos.

Cada movimiento me llevaba a nuevos niveles de placer, y se ponía cada vez mejor. Le rodeé la cadera con las piernas, y él me dio más adentro, más fuerte, hasta que empecé a retorcerme debajo de él, con gemidos que iban a la par de sus penetraciones.

Era igual que como había sido antes: el mismo fuego dulce, la misma urgencia desesperada. Pero también era distinto: era todavía mejor que el que yo creía que había sido el mejor sexo de mi vida.

Él tenía los músculos rígidos mientras me besaba con pasión, y casi llegaba a sentir el gusto del autocontrol que estaba manteniendo, la fuerza con la que se estaba conteniendo.

Di vueltas con las caderas, y él gimió.

—Mierda, Rachel —arrastró mi nombre.

Soltándome las manos, me puso una en la cadera y luego levantó una rodilla para metérmela todavía más adentro. Grité mientras usaba la mano que estaba en medio de los dos para volver a llevarme al límite, y sentí el cuerpo sobrecargado por todas las sensaciones.

Esa espiral intensa de urgencia se apoderó de mí, y me llegó el orgasmo de repente, arrancándome su nombre de los labios. Temblé, apretándosela con mi centro mientras me venía, y sus penetraciones me hicieron volar todavía más alto, hasta que me separé de mi cuerpo y vi las estrellas.

Apenas me desarmé, él perdió el control y me penetró todavía más adentro, más fuerte, abandonando el ritmo a favor de la urgencia primitiva que sentíamos los dos mientras me hacía suya una y otra vez.

Su beso se desarmó en forma de un gemido gutural que decía mi nombre mientras se venía, mientras su cuerpo temblaba y luego se contraía encima del mío, con la lujuria, el amor y la admiración grabados en el rostro mientras me miraba desde arriba.

Dios, cómo amaba a este hombre.

Se me hinchó el corazón, inundándome de euforia mientras él se desplomaba, y luego nos dio la vuelta y se puso de costado para dejarme respirar. No hablamos; de eso se ocupaban los ojos. Era todo por lo que venía tan muerta de ganas, pero también muchísimo más; una unión que no solo saciaba la necesidad de mi cuerpo, sino también la de mi alma.

Me besó suavemente mientras se calmaba la respiración de los dos.

—¿Me parece a mí, o somos mejores que antes en esto? —pregunté, levemente embriagada de placer.

Tenía una sonrisa somnolienta, cosa que la volvía muchísimo más hermosa.

—Imagínate lo buenos que vamos a ser.

Le acaricié el rostro, dejando que la barbita de un día me raspara la piel de la palma de la mano.

—No sé si aguanto algo mejor que esto.

—¿Estás segura? —dijo, arrugando la frente—. Porque yo vengo soñando con esto desde hace dos años y medio. Tengo unas cuantas ideas.

—Ah, ¿sí? —me burlé, recorriendo con los dedos el tatuaje de cuervo que bajaba volando por su pectoral derecho.

—Ah, sí —me prometió con una voz grave y seductora que ya me estaba volviendo a despertar las terminaciones nerviosas agotadas.

Las cosas que me generaba en el cuerpo este hombre nada más que con su voz eran un crimen.

—¿Como qué? —pregunté.

—Se me ocurrió, para empezar, que podemos probar el jacuzzi enorme que hay allá —dijo, señalando detrás de él—. Y después, que ya va a ser de noche, pensaba volver a llevarte a esa plataforma y verte llegar al clímax a la luz de la luna. Pero, digo..., solo si tienes ganas. —Le apareció un brillo sexy y pícaro en los ojos.

—Ah, me gusta el desafío —le aseguré.

Un baño y un orgasmo más tarde, descubrí que él podía sostenerme encima de una barandilla y hacerme suya al mismo tiempo.

Por lo fuerte que grité su nombre, estaba segura de que nos habían oído los vecinos. También estaba segura de que no me importaba.

CAPÍTULO 25
Landon

EN VUELO

—¿Me puedo sentar aquí? —preguntó Pax, de pie junto al asiento vacío que había a mi lado.

Me quité los auriculares y me los colgué del cuello.

—Como mi novia te acaba de robar el asiento, siento que tengo que decirte que sí —le respondí, dejándolo pasar.

Estábamos a más de nueve mil metros de altura por encima del Pacífico, y a media hora nada más del aeropuerto de Los Ángeles y de la realidad. Por lo menos, estábamos en el avión privado de Wilder Enterprises. Con veinte personas a bordo, estaba bastante lleno. Algo bueno de tener dos semanas fuera del crucero iba a ser el lujo de tener espacio.

—Te veo contento —dijo, abrochándose el cinturón al mismo tiempo que yo. Una hora atrás, habíamos pasado por una turbulencia bastante tremenda que no tenía nada de ganas de volver a atravesar.

—¿Aquí es cuando tenemos la charla épica de hombre a hombre? —pregunté.

—*Nah* —dijo—. Nada más me alegra que hayan resuelto las cosas.

Miré hacia delante, donde estaban sentadas Leah y Rachel, muy metidas en una conversación. Los últimos dos días habían sido perfectos; no solo por el sexo, sino por la sensación de compromiso y la idea de que tal vez podíamos llegar a lograrlo... si yo no volvía a arruinarlo.

—Veremos qué pasa —dije en voz baja.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

Me tragué el miedo que me venía tocando la puerta desde que ella me había dicho que me amaba.

—Quería contárselo... antes.

—¿Antes de qué? —preguntó, entornando los ojos.

—No te hagas el tonto —espeté.

Levantó las manos hasta la altura de los hombros, como si lo estuvieran arrestando.

—Ah, bueno. Mierda, estás muy irritable para alguien que acaba de tener sexo después de tanto tiempo.

—¿Es en serio?

—Por favor. Ella está así, bien tranquila, y tú la miras como si fuera un postre que no puedes dejar de comer. Se acostaron.

Me estremecí.

—No... —Negué con la cabeza—. A menos que quieras que yo hable así de Leah, no digas eso.

Abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir:

—Me parece justo. No tenía idea de que eras sensible con esas cosas.

—Sí, bueno, pero es Rachel.

—Está bien. Ahora, ¿qué te tiene tan alterado? ¿Qué carajo no le contaste?

—Por qué me fui.

Se le pusieron los ojos redondos.

—¿Qué? Ella ya sabía que fue por la competencia, ¿no?

—Sí. Pero lo que no sabe es *por qué*.

—Ay, mierda —dijo, pasándose la mano por la cara—. Estuviste casi dos meses enteros peleándote con esa chica, ¿y nunca se lo contaste?

—Es que estaba tan enojada... —dije, negando con la cabeza—. Si se lo hubiera contado desde un principio, nunca habría llegado a acercarme a menos de cien metros de ella. Se podría haber ido... con Leah.

—Ah, no, no metas a Leah en esto. Yo cometí ese error, y por poco la pierdo en un principio. De hecho, ya viste lo que casi me cuesta haberle ocultado cosas. ¿Cómo mierda puedes ser tan estúpido de repetir el mismo error que yo? Tú eres el más inteligente de nosotros.

—No es algo fácil que digamos —solté—. Lo único que quiero desde siempre es tener otra oportunidad con ella. Es la única mujer que he amado en la vida: la única mujer a la que *voy a amar* en la vida. Así que pensé en contárselo cuando me volviera a hablar. Pero después me volvió a hablar, y no quise arriesgarme a perderla. Así que pensé en hacerlo cuando estuviéramos en Fiyi. Por eso alquilé esa cabaña. Pensé que, si se lo decía ahí, lo podíamos resolver lejos de todos los demás y superarlo.

—Pero, en vez de eso, decidiste... —Abrió las manos, como si me preguntara en qué carajo estaba pensando... Y era exactamente lo

que me estaba preguntando.

—Después me dijo que me amaba, y bueno... —Abrí las manos de la misma manera.

Negó con la cabeza.

—¿Sabes qué? No tengo nada para decirte. ¿Cómo mierda vas a hacer para aclarar esto? Va a llegar a la casa en unas horas, y sabes cómo te odian sus papás.

—No sé. Todo el tiempo trato de abrir la boca para contárselo de una buena vez, pero... —Me pasé las manos con furia por la gorra—. Pero tengo un miedo terrible de perderla. No tengo ninguna duda de que ella es la definitiva. Es la única mujer con la que tengo que estar. ¿Qué carajo voy a hacer si me deja?

A Pax se le fueron los ojos hacia donde estaba sentada Leah.

—Suplicar. Te arrodillas en el piso y le suplicas como un condenado. Le pides perdón y se lo explicas. A esta altura, el tema no es lo que pasó, sino que se lo hayas ocultado. Que se lo hayan ocultado *ellos*.

—Ella es todo para mí —dije en voz baja.

—Sí. Sé cómo se siente. Y prepárate, porque, conociendo a Rachel, no te la va a hacer fácil cuando se entere. Más te vale rezar por que te ame lo suficiente para no mandarte a la mierda.

Me quedé mirándola mientras se reía con Leah y me maldije a mí mismo. ¿Por qué no se lo había contado? ¿Por qué no había encontrado un segundo para blanquear toda la situación? *Porque sabías que la destruiría, de una manera u otra.*

—No es justo. No importa lo que haga: nos va a odiar a los dos. Ella siempre tuvo la sensación de no ser suficiente, ¿me entiendes?

Y la manera en la que la dejé... No sé cómo reparar esa herida que le causé, y esto la va a destruir todavía más.

—Aquí la tienes acorralada, pero no sé si quiero verla perder los estribos en un ambiente cerrado. Corremos el riesgo de que haga caer el avión.

Sonó la voz del capitán por el intercomunicador:

—Estamos iniciando el descenso a Los Ángeles. Tripulación, por favor, preparen la cabina para el aterrizaje.

—Creo que no te queda más opción que rezar —dijo Pax. Debe de haber visto mi mirada de consternación, porque se le hundieron los hombros—. Mira, amigo: ella te ama. Se le nota por toda la cara. Ustedes dos son una fuerza de la naturaleza, y cualquier cosa o persona que se meta en medio de ustedes termina aplastada. Créeme: lo sé bien. Lo que pasó ya fue hace más de dos años. Está en el pasado. Nada más demuéstrale que vas a estar ahí todos los días de su futuro, y te va a perdonar. Tal vez no los perdone a ellos, pero eso ya no te concierne.

—Sí. Gracias, amigo. —Me hundí en el asiento y miré cómo se iba acercando el aeropuerto de Los Ángeles, tan sumido en mis propios pensamientos que casi ni me di cuenta cuando Rachel ocupó el asiento de Pax. Deslizó sus dedos pequeños entre los míos y me apretó la mano.

Cuando aterrizó el avión, me dio un beso en la mejilla.

—Bienvenido a casa —dijo con una sonrisa.

Me di vuelta y le sostuve la cara entre las manos, deseando poder volcarle todo mi amor; deseando, de alguna manera, hacer que todo fuera perfecto. Luego la besé, rezando por que recordara todo lo que le había dicho en Fiyi: que éramos tan tercos que podíamos

superar esto, que siempre dependía de nosotros hacer que funcionara lo nuestro.

—Ya estaba en casa —dije contra sus labios—. Mi casa está donde sea que estés tú.

Sonrió, y me sentí como la basura más grande del planeta.

Nos bajamos del avión en el asfalto, donde había autos esperándonos para llevarnos a casa.

—¿Compartimos? —pregunté.

—Ya sé que tienes que llegar a tu casa. Está bien. Ve, y nos vemos mañana para la cena, ¿no?

—Sí —le dije, besándola de nuevo porque podía y porque me aterraba la idea de que pudiera ser la última vez—. Te amo, Rachel. Ya sé que estamos en casa y que aquí las cosas son... distintas. Pero, más allá de lo que digan tus papás, y por más que yo me vaya a Aspen, eso es algo que no cambia.

—Ya sé —dijo—. Basta de estresarte. Te pareces a mí.

—Tal vez lo que pasa es que odio la idea de dormir en una cama vacía —dije con una risa.

Me rodeó el cuello con los brazos mientras cargaban sus maletas en el auto que estaba detrás de ella.

—Bueno, son un par de semanas, nada más. Después, cuando volvamos a estar a bordo, tal vez puedas dormir en mi cama.

—O tú en la mía —le propuse.

—Después de que quemes las sábanas, le prohíbas la entrada a la suite al equipo de filmación y te consigas un colchón nuevo —dijo con una sonrisita y un beso—. Te amo.

—Trato hecho.

La traje contra mí y la besé como si de eso dependiera mi vida, memorizando la sensación de sus labios, su aroma a menta y lavanda, su suspiro suave en mis oídos. Se lo contaría al día siguiente, durante la cena.

Siempre y cuando no se lo contaran ellos primero.

CAPÍTULO 26
Rachel

LOS ÁNGELES

—¿Segura que no necesita ayuda con esto, señorita? —preguntó el chofer mientras me pasaba la maleta.

Le di veinte dólares a cambio, y sentí que el dinero estadounidense era casi ajeno en mi mano.

—Yo puedo. Gracias por traerme a casa.

Un minuto después, subí los escalones integrados al jardín que llevaban a la puerta de entrada de mi casa. El césped todavía estaba muy bien cuidado, pero tenía algo raro, y lo mismo pasaba con las flores que colgaban. Un segundo... ¿Dónde estaba la guirnalda navideña?

Me costó encajar las llaves, pero logré meterlas en la cerradura, las giré y abrí la puerta.

—¡Hola! ¡Llegué! —saludé mientras entraba la maleta al recibidor.

—¿Rachel? —gritó mamá antes de asomarse por una esquina, resbalándose por los calcetines que tenía puestos—. ¡Llegaste! —Me envolvió en un abrazo y en su aroma a galletas con chispitas de

chocolate—. ¡Qué contenta estoy de que estés aquí! ¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo tu vuelo?

Me reí y le devolví el abrazo. Por más increíble que hubiera sido el viaje, la había extrañado mucho.

—Yo también estoy contenta. Estoy más que bien, estoy *fantástica*, y todo estuvo excelente.

Se alejó y me inspeccionó como si fuera a encontrar un extraterrestre metido debajo de mi piel.

—Estás sonriendo. ¿Está todo bien con el chico?

—Es Landon, mamá. Y sí, es... —Suspiré—. Es totalmente increíble, en serio.

Frunció los labios, pero no indagó.

—Está bien. Bueno, tu papá no llegó todavía.

Me quedé perpleja.

—Son las once de la noche.

Forzó una sonrisa.

—Ya sabes cómo se ponen las cosas en el trabajo justo antes de los X Games, y como este año los patrocinan de nuevo...

—Es todo una locura. Claro —dije, asintiendo con la cabeza. Desde que nos habíamos separado con Landon, ellos evitaban hacer cualquier tipo de mención al deporte en general. Era lindo poder hablar del tema abiertamente otra vez. Era *liberador*—. Bueno, la verdad es que tengo ganas de esperarlo despierta, pero estoy agotada. Para mí, recién son las siete de la tarde, pero ya es mañana o alguna locura así.

El desfase horario era una mierda.

Asintió con la cabeza, acariciándome el pelo.

—Seguro estás agotada. Te cociné algo dulce, pero puede esperar hasta mañana, por supuesto.

—¿Galletas con chispitas de chocolate? —adiviné.

Asintió con la cabeza, y la expresión esperanzada que tenía en los ojos me renovó las energías.

—No las podemos desperdiciar —dije, dejando la mochila al lado de mi maleta—. ¿Y si comemos un par y te cuento de Nepal?

Se le pusieron los ojos redondos.

—Quiero que me cuentes todo.

Una hora después, ya la había puesto al tanto de todo lo relacionado con ese aspecto del viaje (lo bueno y lo malo) y, aunque se estremeció, me escuchó hasta el final. Debía de ser difícil para ella dominar ese instinto sobreprotector casi demencial que tenía, pero lo hacía por mí, y por eso la quería más todavía.

Casi me muero del susto cuando oí una llave en la cerradura.

—¿Rachel, mi vida? —me llamó papá.

—¡Papi! —chillé, y corrí hasta sus brazos como si tuviera cinco años. Me atrapó con facilidad y me dio vueltas.

—Has bajado de peso. ¿Te están dando de comer? —inquirió con un tono demasiado serio.

—Mucho ejercicio, nada más —le dije—. No te preocupes: mamá ya me llenó de galletas. Volveré a estar redonda en un segundo.

Le echó una mirada a mamá y asintió con la cabeza.

—Me alegra verte en casa, mi amor. Debes de estar agotada.

Contuve un bostezo que llegó en el momento más oportuno.

—Sí. Pero también estoy muy contenta de verte. Los extrañé.

Forzó una sonrisa.

—¿Y si duermes un poco? Mañana tendríamos que charlar unas cosas.

Me acerqué para darle un beso en la mejilla, inspirando el aroma reconfortante de la misma loción que usaba hacía ya veinte años.

—Te quiero, papi. Y ya sé a dónde vas con esto, pero no vamos a hablar del tema de Landon. Yo lo amo. Él me ama.

—Rachel...

—Mañana hablamos, pero sepan que no me pueden decir nada sobre él que vaya a hacerme cambiar de opinión. —Antes de que se pusieran a hablarme de mi incapacidad para alejarme de los chicos imprudentes, los saludé con la mano—. ¡Buenas noches!

Me puse la mochila al hombro y arrastré la maleta hasta el dormitorio que estaba al fondo de nuestra casa de estilo ranchero.

No me molesté en vaciar las maletas, sino que nada más busqué un pijama en mi cómoda y me metí en la cama, llevándome el iPad. *Ah, el buen wifi.*

Quería escribirle un mensaje a Landon, pero mis papás me habían desactivado la línea durante el viaje y, además, ya ni siquiera tenía su número. Pero sabía exactamente dónde encontrarlo. Inicié sesión en Facebook por primera vez desde que me había ido y sonreí como una demente mientras tocaba la configuración. Se sentía como algo simbólico el hecho de desbloquearlo. Se desplegó su vida entera en la computadora frente a mis ojos: fotos, actualizaciones, estados en los que lo habían etiquetado.

No me acerqué a las fotos; no me hacía falta ver el desfile de mujeres con las que había estado en el último par de años. En vez de eso, le mandé un mensajito privado.

Rachel: MIRA A QUIÉN ME ENCONTRÉ.

Unos minutos y unos puntitos titilantes después, respondió.

Landon: AH, MIERDA. LA SEÑORITA EXISTE EN EL MUNDO VIRTUAL.
Rachel: JA, JA. ¿YA ME EXTRAÑAS?
Landon: NO TIENES NI IDEA. MI CAMA ESTÁ FRÍA Y MUY SOLA.

Sonreí, disfrutando de la dulce emoción repentina que me despertaba su voz, incluso por escrito.

Rachel: TAL VEZ LA PODRÍA VER MAÑANA A LA NOCHE, ¿NO?
Landon: SÍ, CARAJO.
DIGO, SI ESO ES LO QUE QUIERES.
Rachel: CREO QUE PODEMOS ENCONTRARLE LA VUELTA.
Landon: YA TE EXTRAÑO.
Rachel: YO TAMBIÉN TE EXTRAÑO.

Era extraño pero cierto. Nos habíamos visto hacía un par de horas nada más, pero yo ya odiaba los pocos kilómetros que nos separaban. Me gustaba tenerlo a un par de suites de distancia en el barco y tener acceso casi inmediato a él las veinticuatro horas del día. Era demasiado lujo.

Nos deseamos buenas noches, pero, antes de quedarme dormida, oí la campanita de las notificaciones. Acepté su solicitud con una sonrisota tonta en el rostro.

Acababa de cambiar su situación sentimental en Facebook.

Era mío a ojos de todo el mundo.

Apagué la luz y me di vuelta, tratando de acomodarme en la cama, pero, aunque todo estaba perfecto, había algo que me

molestaba, y no lograba terminar de identificarlo.

Me desperté de un sueño profundo tres horas más tarde, al darme cuenta de lo que era.

No había árbol de Navidad en la sala de estar.

Algo sucedía.

***

Amanecí con el aroma a tocino por la mañana y me puse una armadura emocional mientras cruzaba la corta distancia hasta la cocina.

—Buen día —dijo mamá con una sonrisa mientras daba vuelta el tocino en la sartén.

—Hola, dormilona —dijo papá desde el otro lado de la cocina, donde estaba usando la batidora.

Me senté en la banqueta de la encimera que separaba la sala de estar de la cocina y miré con atención a mis papás. A primera vista, parecía que estaba todo bien. Pero había unos detallitos, como el hecho de que no se hubieran puesto inmediatamente a taladrarme la cabeza sobre Landon ni sobre los riesgos de lo que habíamos hecho en Nepal...

No había árbol navideño, luces ni guirnaldas, y solo faltaba una semana para la festividad.

—Estoy pensando en ir a Aspen para pasar los últimos días del receso —dije en tono casual, atenta a cualquier tipo de reacción—. Landon y Wilder van a estar allá, practicando para los X Games antes de volver, y tengo muchas ganas de ir un poco a las pistas.

Mamá se puso tensa. No le gustaba nada cuando yo practicaba *snowboard* o me subía a cualquier cosa que no viniera con cinturón

de seguridad y bolsas de aire.

—Ah, ¿sí? —preguntó, dando vuelta el tocino otra vez.

Entorné los ojos.

—A ver, digamos, si es algo que tienes ganas de hacer, quizá podemos usar la casa que la empresa tiene allí —ofreció papá—. Digo, vamos a pasar todo enero en Aspen para los X Games, así que no veo por qué no.

Se me estrelló la boca contra el suelo. Papá no me quería ni cerca de los deportes extremos... Ni de Landon, para el caso.

¿Qué carajo?

—Y estaba pensando también en hacerme un tatuaje en estos días, tal vez.

Mamá apretó más fuerte la espátula que tenía en la mano y papá se dio vuelta, tragando saliva con fuerza.

—Está bien... —dijo—. A ver, eres una mujer adulta, y lo que sea que decidas...

—¡Basta de esta farsa! —ladré—. ¿Qué carajo está pasando? Están raros, no hay árbol de Navidad y los pasillos no están estallados de las decoraciones excesivas de mamá... Perdón, mamá, pero es verdad. ¿Vamos a hacer alguna locura como irnos a Disney para Navidad o algo así? ¿Me están haciendo la de John Grisham y nos saltaremos la Navidad como los Kranks? Porque yo los quiero mucho, pero estoy viajando hace dos meses y lo único que quiero es estar en casa.

Papá apagó la batidora y se acercó para ponerse junto a mamá.

Se miraron fijo, y ella se acercó unos pasos al fregadero.

Me dio una sensación de náuseas en la boca del estómago.

—¿Qué pasa? —pregunté con una voz que apenas reconocí como propia.

—Rachel, tenemos que contarte algo con tu mamá.

—¿Se murió alguien? ¿Pasó algo mientras yo no estaba que no me hayan contado?

Mamá bordeó la isla de la cocina y me tomó de la mano.

—No es nada de eso, mi vida. Lo que pasa es que tu papá y yo... Eh... —Levantó la vista hacia mi papá, pero él no la miraba a los ojos.

—Nos vamos a divorciar —dijo papá.

Se sacudió la tierra debajo de mis pies y, aunque estaba sentada en la banqueta, inmóvil, sentí que me caía, como si se acabaran de desimantar los polos y ahora mi brújula estuviera girando sin dirección alguna.

—No entiendo.

—Ay, corazón. No te lo queríamos decir cuando estabas de viaje. Era demasiado estrés para ti, y pensamos que lo mejor era dejarte ser feliz —dijo mamá con tono suave.

—¿Hace cuánto? —le pregunté a papá, que seguía sin levantar la vista. Quitó el tocino de la estufa, como si eso fuera a ayudarnos en algo.

—Lo sabemos desde antes de que te fueras —susurró ella—. Tu papá se mudó una semana después de que nos llamaste desde Dubái.

Negué con la cabeza, tratando de darle sentido a todo.

—¿Lo saben desde hace meses? Pero estabas aquí cuando me llamó mamá —le dije a papá.

—Me pidió que viniera, y yo quería hablar contigo, por supuesto —dijo, levantando brevemente la mirada.

—Pero... Pero eran felices. Se amaban. Ustedes... ¡Es que no entiendo! Ustedes dos son como un matrimonio de publicidad. Más que eso: son como la inspiración de la gente perfecta. No tiene sentido. Ya sé que antes no eran felices, pero eso fue hace como veinte años...

Me adoptaron a mí. Yo lo arreglé todo. Dijeron que los había vuelto a unir como pegamento.

—Rachel, el hecho de que dos personas se enamoren a los veinte años no quiere decir que la cosa vaya a durar. A veces, la gente se va alejando —me dijo mamá.

—O a veces la gente simplemente decide que ya no quiere estar con el otro y se olvidan de decírselo —dijo papá en voz baja, en dirección a mamá.

Ella bajó la vista y se miró las manos.

Esa sensación de náuseas se extendió de mi estómago a mi corazón.

—¿Qué pasó, mamá?

Me dirigió una sonrisa dolida, pero me miró a los ojos nada más que por un instante.

—No importa.

No solo se había desintegrado el matrimonio de mis papás mientras yo no estaba, sino que ni siquiera me dejaban saber por qué.

De repente, el hogar en el que había crecido, con tantos cumpleaños, tantas fiestas y tantas noches de ver películas en

familia, se sintió más ajeno que los países que había visitado en los dos últimos meses.

—¿Papá? ¿Ya no vives aquí?

—No —dijo, negando con la cabeza—. Compré una casa más cerca de la oficina. Pero tengo un dormitorio listo para ti.

—No va a ir contigo —escupió mamá.

—Ah, ¿pero se va a quedar aquí contigo? ¿Después de lo que hiciste?

—Este es su hogar. Tú te puedes ir, pero ella no lo va a hacer.

—¿Qué carajo sabes tú del hogar? ¿Después de que lo metiste *a él* aquí? ¿En nuestra casa? ¿En nuestra cama? —La acusación de papá hizo eco en mi cerebro, reverberando hasta convertirse en lo único que podía escuchar, por más que su pelea siguiera desatándose a mi alrededor.

—No estabas nunca.

—¡Infiel!

—¡Sola!

Las palabras me envolvieron en una cacofonía de horrores. ¿Cómo había pasado esto tan rápido? ¿Cómo podía ser que algo que yo siempre había visto como inamovible se desmoronara sin que me diera cuenta?

¿Todo el amor estaba condenado a terminar así?

¿Por qué no lo había visto? ¿Por qué no me lo habían contado? ¿Por qué yo había sido suficiente para volver a unirlos cuando era bebé, pero ahora no?

—¡No se va a ir contigo!

—¡Y no hay forma de que se quede contigo, carajo!

El mundo se volvió nítido otra vez.

—¡Se terminó! —grité, poniéndome de pie. La banqueta se cayó al suelo de madera detrás de mí. Se quedaron mirándome fijo en un silencio perplejo mientras me esforzaba por pronunciar las palabras a la fuerza—: Ya no soy una niña. Tal vez es por eso que está pasando todo esto. No sé. Pero lo que sí sé es que soy capaz de tomar decisiones por mí misma y que, en este momento, no quiero estar cerca de ninguno de los dos.

Me di vuelta y llegué a la sala de estar antes de que hablaran:

—Rachel, perdónanos. Queríamos hacer esto de mejor manera. Con más tacto —dijo mamá.

—¿Lo engañaste? —le pregunté en voz baja, porque necesitaba saber. Bajó la vista y se miró las manos—. ¿Y tú te mudaste y ya? ¿Te rendiste? ¿Así nomás? ¿No podías ni contármelo? —le pregunté a papá.

—No podía quedarme aquí. Hay muchas cosas que no sabes —dijo en voz baja.

—Sí. Ahora me doy cuenta. —Tomé aire de pronto—. Creo que me voy a ir. Ustedes dos resuelvan lo suyo, porque están siendo infantiles a un nivel del que ni yo sería capaz. Si quieren disolver nuestra familia, es su decisión. Yo no tengo derecho a opinar. Pero tampoco tengo que quedarme aquí sentada mientras se escupen veneno entre ustedes.

Veinte minutos después, estaba saliendo por la entrada con mi auto, llevando todo lo que había traído a casa en el asiento de atrás. Ni siquiera había llegado a desempacar.

Había llevado menos de doce horas dar vuelta todo lo que creía que sabía.

No supe bien cuánto tiempo tardé en ir hasta allá, más que nada porque no recordaba mucho la mayor parte del recorrido. Nada más esperaba no haber pasado ningún semáforo en rojo, y deseé por quincuagésima vez que me hubieran activado el teléfono. Porque ahora que mis padres me habían informado que el amor verdadero no duraba para siempre, había una sola persona a la que quería ver.

Necesitaba estar envuelta en sus brazos y que su voz me prometiera al oído que nosotros lo íbamos a lograr. Necesitaba a Landon.

El portón enorme del frente de su casa nunca dejaba de intimidarme.

A mis papás les iba bien. Mi papá tenía un puesto importante en Gremlin. No nos costaba llegar a fin de mes, pero este lugar era una locura.

El guardia, vestido todo de negro, se acercó a mi auto y le dio unos golpecitos a la ventanilla.

—¿Hola? —dije mientras la bajaba.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —preguntó con una sonrisa.

—Las dos, me parece. ¿Vine a ver a Landon? —El guardia me levantó las cejas—. Fue una afirmación —aclaré, tamborileando con los dedos en el volante.

—¿Nombre? —preguntó.

—Rachel Dawson. —Por el amor de Dios, quería mi teléfono. Ay, Dios, ¿y si no estaba en casa? ¿Y si estaba ocupado con algo? ¿Lo estaba invadiendo? Esto parecía sacado de una película de John Hughes, con tanta falta de comunicación.

El guardia tocó un botón de la radio que tenía en el hombro.

—Está Rachel Dawson para ver a Landon. —La respuesta sonó distorsionada, pero el guardia me sonrió pacientemente mientras esperábamos en el silencio más incómodo que jamás haya conocido la especie humana. Volvió a sonar la radio, y el guardia asintió con la cabeza—. Puedes pasar. Ve a la puerta de entrada.

—Gracias —dije, y seguí sus instrucciones una vez que se hubo abierto el portón lo suficiente para dejarme pasar.

Después de atravesar el sinuoso camino de entrada, puse el auto en punto muerto justo a tiempo para ver a Landon bajar los últimos escalones saltando para llegar hasta mí.

Puse el freno de mano y apagué el motor, pero no me molesté en quitar las llaves.

—Hola, Rach, ¿qué pas...? *Uf.* —Resopló cuando lo embestí, casi de cabeza, zambulléndome en sus brazos. Me envolvieron al instante, sosteniéndome la cabeza contra su pecho con un abrazo seguro y protector.

Ahora que toda la adrenalina y la energía que me habían traído hasta aquí habían desaparecido de pronto, me hundí. Por un instante, simplemente me quedé quieta y respiré su aroma, haciendo de cuenta que estábamos de vuelta en Fiyi, o incluso en Nepal. En cualquier lado menos en donde estábamos, y él me lo permitió, sin cuestionar mi necesidad ni presionarme.

—Perdón por irrumpir así —dije por fin, levantando la vista hacia él.

—Tú nunca irrumpes. Siempre eres bienvenida —me aseguró, y me dio un beso en la frente—. Pero ¿tal vez me podrías decir qué te tiene tan mal?

—Mi papá se fue de casa. Se van a divorciar. —Decirlo en voz alta hacía que se sintiera muy real.

—Ay, mi vida. —Me quitó suavemente el pelo de la cara, acariciándome la piel—. Lo lamento tanto...

—No tenía idea de que no eran felices. Estuve en casa todo el verano y esos meses antes de irme a Madagascar... Pasó todo delante de mis narices. ¿Cómo no me di cuenta?

—Porque no querían que supieras. Los padres hacen lo mejor que pueden para proteger a sus hijos, y seguramente pensaron que estaban haciendo lo mejor para ti. No digo que haya estado bien, pero no te culpes por no haberte dado cuenta.

—¿Cómo pasa una cosa así? ¿Eliges a la persona de tu vida, y de repente un día decides que ya no es la persona para ti? No entiendo cómo pasa una cosa así. —Ni por qué yo no lo podía frenar..., por qué no lo podía ver.

—Ojalá supiera —dijo—. No tengo todas las respuestas.

—Nada más dime que a nosotros no nos va a pasar eso —le supliqué—. Dime que no termina así siempre.

Tomó aire de golpe y me miró con una intensidad que parecía verme hasta el alma.

—Te prometo que nunca te voy a engañar. Y nunca te voy a volver a mentir; ya aprendí la lección cuando te perdí. Voy a ser tuyo todo el tiempo que tú quieras estar conmigo, Rachel Dawson, porque eres la única mujer que voy a amar en la vida. ¿Me entiendes? —Asentí con la cabeza y me volvió a apretar contra él, escondiendo la cabeza debajo de su mentón mientras me acariciaba la espalda haciendo círculos—. Acuérdate de que somos lo que decidimos ser: tú y yo.

—Tú y yo —repetí, cerrando los ojos.

—¿Quieres pasar? —preguntó.

Ya había empezado a asentir con la cabeza cuando se asomó un guardia por encima de la cerca de piedra que separaba el camino de entrada de la casa.

—Señor, está el padre de la joven.

Landon se puso tenso.

—¿Lo quieres ver? Lo hermoso de tener seguridad es que puedo negarme.

—Está bien. Fui un poco dura con él.

Landon le indicó que pasara con un gesto de la mano y, un minuto después, mi papá estaba estacionando a mi lado. Se bajó de su convertible impecable y se pasó la mano por el pelo entrecano.

—Rachel.

—Papá —dije, sin dejar de sostenerle firmemente la mano a Landon mientras me daba vuelta para mirarlo.

Se volteó para ver a Landon e hizo un gesto de incomodidad.

—¿Podemos hablar solos?

—Igual le voy a contar lo que hablemos.

Suspiró y se nos acercó con un sobre de papel manila en las manos.

—Lamento mucho lo que pasó hoy a la mañana —dijo.

—Yo también. Y también lo que hizo mamá. No te merecías eso.

Tragó saliva, y le apareció un dejo de dolor en los ojos.

—Sí, bueno, a veces es la gente que más queremos la que más nos lastima. —Se le desvió la mirada a Landon por un segundo, y supe que estaba pensando en lo que había pasado unos años atrás —. Tienes que saber que lo intenté. No voy a decir nada más, y no quiero que te desquites con tu mamá, pero... intenté hacer que

funcionara, Rachel. Pero es que no podemos. *Yo* no puedo. Me tenía que ir.

Le solté la mano a Landon y fui con mi papá para abrazarlo fuerte.

—Perdóname, papá. No tendría que haberme puesto así de nerviosa. Es que estaba muy impactada, nada más. Siempre estuvimos nosotros tres, y ahora... Ahora no sé.

—Ya sé. Y los dos te queremos mucho. Eso no tienes que dudarlo nunca, ¿sabes?

—No lo dudo —le dije, dándole un apretón más fuerte antes de alejarme.

—Y sé que esto es importante para ti —dijo, jugueteando nervioso con el sobre—. Los otros papeles... No sé bien dónde están. Una vez que llegó tu certificado de nacimiento después de tu adopción, ya no importó más nada. Le cerramos la puerta a la pregunta de cómo habías llegado hasta nosotros y nos concentramos en ser la familia que deberías haber tenido desde siempre. No hay mucha información aquí dentro, pero tal vez te ayude a sentir que encontraste lo que sea que te esté faltando.

Tomé el sobre con una mano levemente temblorosa.

—Gracias, papá.

Asintió con la cabeza y volvió a mirar a Landon.

—Me encantaría que vengas a casa conmigo, Rachel. Si no es conmigo, entonces con tu mamá. Cualquier cosa menos... con él.

Me dio un vuelco el estómago.

—Hoy no, papá. Ya sé que entre tú y Landon hay asperezas, pero en serio creo que hoy no aguanto nada más.

—No es bueno para ti, Rachel.

—Me ama —le discutí. Con todas las otras cosas que se habían ido a la mierda ese día, eso era lo único de lo que estaba segura.

—Con eso no alcanza —dijo en un tono suave y triste.

—¿Qué quieres decir con eso? —Había vuelto esa sensación de asco y náuseas en el estómago.

—Hoy ya fue un día bastante difícil para ti. ¿Y si mejor vienes a casa conmigo y tenemos una buena charla sobre el tema? —propuso.

Después de esa mañana, ya estaba harta de que me manejaran.

—No. Dímelo ahora.

—Rachel —dijo Landon, acercándose desde mis espaldas.

Me di vuelta para mirarlo.

—¿De qué habla?

Landon pasó la mirada por encima de mí para dirigirse a mi padre.

—¿En serio quieres lastimarla así?

—Tú fuiste el que no se alejó —espetó papá—. Alguien que, de entrada, está tan dispuesto a irse no se merece a mi hija. Ella vale cien veces más que tú.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Landon.

—Papá, ya hablamos con Landon de lo que pasó y, si yo lo puedo perdonar, necesito que tú lo intentes. —Lo entendía; estaba en modo sobreprotector, más aún con lo que estaba pasando entre él y mamá, pero no podía escupirle todas sus inseguridades a Landon.

—¿Entonces te contó por qué se fue? —me desafió papá, y se le endurecieron los ojos celestes.

—No, por favor —suplicó Landon en voz baja—. Por el bien de los dos.

Papá entornó los ojos.

—Eso te encantaría, ¿no? La diferencia entre nosotros dos, *Nova*, es que yo estoy más que preparado para que mi hija me odie, con tal de impedir que salga lastimada y de alejarla de ti. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Apreté más fuerte el sobre.

—¿Papá?

—¿Qué te dijo, corazón?

No miré a Landon. No sabía si podía.

—Que tuvo que volver con el equipo porque, si no, no iban a poder hacer la competencia. Era un trato... Si no estaban todos, no se hacía.

—¿Y te dijo por qué?

—Rachel —susurró Landon.

—Porque se había ido.

—Lo único que vas a lograr es lastimarla más —dijo Landon con la voz quebrada.

Papá lo miró por encima de mi cabeza.

—Prefiero lastimarla ahora a que piense que puede pasar la vida con alguien que, si lo compran, la puede dejar.

—¿Si lo compran? —pregunté, mirando por fin a Landon. Había mucho dolor en sus ojos, y lo primero en lo que pensé yo fue en aliviárselo. Qué ridículo—. ¿Cómo que te compraron?

Estiró el brazo hacia mí, pero yo di un paso para atrás.

—Gremlin suspendió el patrocinio del evento, pero no fue porque yo me hubiera ido. Fue porque estaba contigo.

Me giré en el lugar y después me alejé de los dos, acercándome a mi auto. Empezaron a encajar las piezas en mi mente, formando un rompecabezas que no era nada lindo.

—Los dejaste sin financiamiento —le dije a papá.

—Sí. —Asintió con la cabeza.

—¿Y tú me dejaste para recuperarlo? —le pregunté a Landon, con la esperanza de que hubiera otra respuesta, de que las cosas hubieran pasado de cualquier otra manera.

—Sí.

—Eso y más —agregó papá—. Gremlin firmó contrato con los Renegades como equipo por treinta meses una vez que volvió Landon. Con un adelanto importante para que pudieran avanzar.

—Tú le estuviste dando el sueldo.

—Sí, y el suyo es bastante más alto que el de los demás. Ese fue el trato cuando accedió a dejarte.

Se me rompió el corazón en pedazos tan filosos que me cortaban el alma. Negué con la cabeza y me fui caminando hacia atrás, pero Landon me siguió. ¿Qué tan tonta podía ser? Sabía que Gremlin les patrocinaba los eventos, pero me tendría que haber dado cuenta de que, lógicamente, también patrocinarían a los atletas individuales. O tal vez simplemente había dado por sentado que papá odiaba tanto a Landon que no iba a hacer negocios con él. Pero le había pagado todavía más para que me dejara, y Landon lo había aceptado.

¿Cómo me podía haber equivocado así con mi papá? ¿Con los dos?

—Tienes que dejar que te explique. Mis papás estaban muy enojados por lo que había pasado entre Pax y yo. No apoyaban la carrera que había elegido, y lo que pasó contigo fue la gota que colmó el vaso. Dejaron de pasarme dinero.

Levanté bruscamente la cabeza.

—Dinero. ¿Me estás jodiendo? Que me dejaras por la amistad, te lo perdoné. Pax y Penna son básicamente tu familia y, por más que me hayas destruido, aun así había algo honrado en la decisión que habías tomado. Pero ¿*el dinero*? ¿Qué mierda se supone que haga con eso?

Tenía el pánico grabado en las facciones.

—No tenía trabajo. Sin la competencia, ni siquiera me iba a alcanzar para pagar el alquiler de ese apartamento contigo. ¿Qué vida de mierda íbamos a poder tener así?

—¡Una vida que nos armáramos juntos! Podrías haber venido conmigo. Lo podríamos haber resuelto como un equipo.

—¿Después de todas las cosas a las que ya habías renunciado por mí? Tu papá llegó un día y me dijo que, si te dejaba, iba a hacer que Gremlin nos devolviera el financiamiento y nos patrocinara a cada uno de manera individual. Iba a seguir la competencia, y él iba a mover todos los hilos que pudiera para hacerte entrar a Dartmouth de nuevo, por más que acabaras de rechazar tu vacante por mí. Lo único que tenía que hacer yo era dejarte, y tú ibas a tener la vida que merecías sin que yo te la cagara.

—¿Aceptaste dinero por mí? —grité, sin que me importara nada de lo demás—. ¡A mí no me importaba Dartmouth! Habría vivido en cualquier lado contigo. Me habría ido de Los Ángeles. No necesitaba el dinero, ni la fama, ni el deporte; eso lo necesitabas *tú*. ¿Cuánto valía nuestro amor para ti, Landon? ¿Seis cifras? ¿Siete?

—No fue así. Sí, era más que lo que les daban a los otros Renegades, pero yo nos había metido en un lío muy grande, y era la única manera de volver a dejar todo como estaba antes... y solucionar los errores que habíamos cometido.

—¡Yo no soy un error, carajo! —grité. Por Dios, ¿no había *nadie en el mundo* que me quisiera por lo que era? Por mí. Nada más que por mí.

—No, tú eres la mejor decisión que he tomado en la vida —me juró Landon con fervor—. Pero yo no fui la mejor decisión que tomaste *tú*.

—No le creas, Rachel —agregó papá.

Giré la cabeza bruscamente hacia él.

—Ah, no. Yo ya no te escucho más. Me compraste... —Se apoderó de mí una risa de resignación que me sacudía los hombros—. Dos veces, supongo.

—Si vas a acusar a alguien de eso, mira a tu novio —espetó papá.

Mierda. Estaba completamente sacudida.

—¿Qué dices? —preguntó Landon.

—Ay, por favor. ¿Pensaste que no me iba a dar cuenta de lo que habías hecho? ¿De que te las arreglaste para volver a meterte con mi hija mientras negociábamos el patrocinio de los Renegades para los X Games? ¿Ahora que se están por terminar tus treinta meses? ¿Cuánto me va a salir esta vez, Nova?

—¿Qué? —protestó Landon, incrédulo.

Me reí.

—Era obvio. —Me encogí de hombros—. Era obvio que iba a pasar esto. —Miré a papá—. Necesitaban que salvara su matrimonio, y parece que no lo hice lo suficientemente bien. —Luego me volteé hacia Landon—. Tú me necesitabas para asegurarte el financiamiento. ¿Cuándo me ibas a dejar, Landon? ¿Hoy a la noche? ¿O más cerca de los X Games? Soy una imbécil de mierda.

En ese momento, sentí un anhelo rarísimo por mi muñeca rota y por el dolor que me había distraído un poco la primera vez que me habían roto el corazón. Pero esto era cien veces peor. Esta vez, no sentía que me habían rechazado nada más: me sentía una completa estúpida; sentía que habían jugado conmigo.

Y todos sabían que Nova era el jugador por excelencia.

—Rachel...

—Corazón...

Extendí la mano bruscamente para mantenerlos a ambos a raya.

—Váyanse a la mierda los dos.

CAPÍTULO 27
Landon

Los Ángeles

Mi pecho perdió la capacidad de procesar el oxígeno, por mucho que mi cerebro lo instara a respirar.

Me miró desde el otro lado de su auto, y tuve que usar todas mis fuerzas para contenerme de saltar por encima del capó y obligarla a quedarse y escuchar.

—Por favor, Rachel —le rogué.

Todo lo que se había suavizado en ella se endureció, desde su postura hasta la expresión ahora helada de sus ojos color café. Con el fuego podía pelear. Al fuego lo podía estimular, atrapar, prolongar y enfrentar.

Pero ¿con la apatía? No tenía ninguna posibilidad.

—Me dijiste que siempre íbamos a ser lo que decidiéramos ser. Que nuestra relación no estaba en manos de nadie más.

—Me acuerdo. —Me volvieron de golpe los recuerdos de Fiyi; abrazarla, amarla, permitirme por fin creer que juntos podíamos ser lo que nunca habíamos logrado ser mientras estábamos separados: felices. Pero la mujer que tenía enfrente había cambiado. En

cuestión de segundos, había vuelto a construir los muros que me había llevado meses derribar, y otra vez era yo el que la había lacerado hasta la médula.

Asintió con seriedad.

—Bueno, acabo de decidir que lo nuestro se terminó. Claramente, consiguieron lo que querían. Tú tienes tu financiamiento. —Miró a su papá—. Y tú lograste que entrara a Dartmouth. Y ya estoy harta de que me controlen.

Se metió en su auto con la cabeza en alto, un ejemplo perfecto de clase y elegancia, pero la manera en que aceleró para salir de la entrada de mi casa me indicó que, por debajo de ese exterior tan frío, todavía rondaba mi Rachel.

—Espero que estés satisfecho —me dijo su papá.

Apreté los dos puños y me recordé a mí mismo que en ese momento no podía darme el lujo de que me acusaran de agresión.

—¿A mí me dices? ¡Mira lo que le hiciste!

—Rachel se va a recuperar y va a estar a salvo. Lejos de ti, de tu imprudencia, de tu costumbre de arruinar a las chicas. ¿Crees que no conozco tu reputación, *Casanova*? Elegiste mal a qué hija perseguir. Me pasé toda la carrera rodeado de egoístas hijos de puta como tú, y ella es claramente demasiado buena para ti.

—Tienes razón. Lo es, pero yo la amo. Si no me crees, ese no es mi problema. Es tuyo. Voy a lograr que me escuche. La voy a recuperar. Puede que, de todos los hombres, yo no sea el mejor para ella, pero no hay nadie en este mundo que la ame como yo.

—Va a ser interesante ver cómo lo intentas. Pero tienes que saber que no hay nada que no sea capaz de hacer para proteger a mi hija. Si te acercas, te retiro el patrocinio. Y tal vez puedas seguir sin el

mío, pero ¿qué pasará cuando se te caigan los demás? Alcanza con hacer una llamadita y dar la más mínima insinuación de un escándalo. ¿O me vas a decir que en tu ropero no hay ni un solo muerto, ni una sola chica, esperando salir a la luz?

Me quedé mirándolo en silencio, totalmente estupefacto. Gremlin era nuestro principal patrocinador, pero no era el único. Si se retiraban, los demás empezarían a cuestionarlo… y a cuestionarnos a nosotros.

Suspiró y se pasó la mano por la frente.

—No eres lo suficientemente bueno para ella. Nunca lo fuiste. Suéltala y listo. Ella va a aprender a ser feliz, y se lo merece. En tu circuito, no va a pasar ni un día en el que no tenga que enfrentarse con alguna mujer con la que tú te hayas acostado o con algún error que hayas cometido. Dale una oportunidad de encontrar un futuro con alguien que no se haya arruinado el propio. Si la sueltas, me aseguraré de que no pierdas a tus patrocinadores.

Sin decir ni una palabra más, se dio vuelta y se metió en su auto para salir por el camino de entrada.

Diez minutos antes, la había tenido entre mis brazos. Ella había confiado en que yo la mantendría firme mientras el resto de su mundo se desmoronaba. Diez minutos antes, le había acariciado la frente con los labios y ella se había aferrado a mí, sabiendo que yo la iba a mantener segura. Diez minutos antes, me amaba.

Al igual que el derrumbe, la avalancha y el instante en el que había quebrado en llanto en Fiyi, había pasado con rapidez y lo había cambiado todo.

Diez. Putos. Minutos.

***

—¿Dónde está? —grité mientras pasaba por la puerta de entrada de la casa de Paxton en Aspen al día siguiente. Me había llevado toda la tarde explicarles a mis papás por qué me iba y, cuando vi que no paraban de discutir sobre la mejor manera de frenarme, al final decidí mandar todo a la mierda y empaqué mis cosas.

—¿Quién? —preguntó Alex, saliendo de la cocina con la boca llena de pizza.

—Wilder —escupí.

A Alex se le pusieron los ojos redondos y señaló la sala de juegos. Me lancé por la escalera casi y me encontré con que la sala de juegos estaba ocupada por al menos seis de los Renegades. Pax levantó su taco de billar y se dio vuelta para mirarme con una sonrisa enorme.

La furia que tenía tan cuidadosamente contenida explotó.

—¡Landon! ¿A qué se debe este...?

De un puñetazo, dejé a mi mejor amigo en el suelo.

Paxton movió la mandíbula de un lado al otro y me miró desde abajo como si yo hubiera perdido la cabeza.

Tres de los chicos se me acercaron corriendo, pero Little John levantó la mano y todos se alejaron, dejándonos a nosotros en el centro de un cuadrilátero improvisado. Ni que me importara, igual. Estaba tan enojado que era capaz de molerlos a todos a golpes.

¿Cómo podía haber hecho algo así? Si él mismo la había traído en un principio...

—¿De dónde mierda salió eso? —preguntó Pax, incorporándose.

—¿Lo sabías? —pregunté. Más le valía no saber.

—Vas a tener que ser un poquito más claro.

—Cuando te sentaste a mi lado en ese avión y me dijiste que blanqueara la situación con ella, que sacara todo a la luz... ¿Sabías que la única forma de asegurarnos los patrocinadores era que yo la dejara? ¿Lo sabías?

—No tengo ni idea de lo que me estás preguntando, Landon.

—Cuando armaste todo el plan, desde traerla a ella a bordo hasta hacer lo imposible para que volviéramos a salir, ¿fue para sacar provecho?

—No —dijo Pax, levantando las manos—. Ni sé de qué mierda estás hablando.

—El padre de Rachel, Paxton. Está moviendo hilos en Gremlin, y no solo le contó lo que pasó hace dos años, sino que va a cortarnos todo el financiamiento si no la dejo de nuevo. ¿Por qué carajo volviste a buscar el patrocinio de Gremlin, si sabías que estaba él ahí?

—No lo hice —aseguró Pax, negando con la cabeza.

—¿Qué? —ladré.

—Fui yo —dijo una voz desde el otro lado de la mesa de billar. Nick bordeó la mesa en su silla de ruedas hasta quedar justo delante de mí—. No vas a golpear a un tipo en silla de ruedas, ¿no? —trató de bromear.

—No me provoques. Te quiero como a un hermano, pero ¿qué carajo?

—Pax me dejó a cargo de todas las cosas de los X Games mientras ustedes vagan por el mundo —explicó—. Gremlin era la opción más lógica: siempre fue nuestro patrocinador más importante. No tenía ni idea de que habías vuelto con Rachel. Para nada. Nunca me lo contaste, ni siquiera cuando me llamaste para

coordinar todo lo de Nepal. Entiendo que te guste que tu vida privada sea privada, pero en este caso te salió el tiro por la culata. De hecho, cuando consulté cómo venía la cosa, me aseguraron que ustedes dos no tenían ni la más mínima chance y que ni siquiera se hablaban.

—¿Qué? —Me quedé perplejo.

—*Uy* —dijo Zoe, bajándose de la barra.

Todos los Renegades se dieron vuelta para mirarla.

—¿Qué carajo quiere decir ese «uy»? —escupí.

—En ese momento, no se hablaban —dijo, encogiéndose de hombros—. Además, Gremlin fue nuestro patrocinador todos los años desde que dejaste a Rachel. ¿Cómo podía saber que ibas a terminar volviendo con ella? Después, cuando ustedes dos ya se habían vuelto... lo que sea que fueran, no iba a llamar a Nick para perder a todos nuestros patrocinadores por culpa de un par de tetas. El equipo está primero, ¿o no?

La ignoré porque, de otra manera, la iba a sacar a la calle de una patada en el culo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó Pax a Nick.

—Estábamos en plenas negociaciones. No quería cagarla cantando victoria antes de tiempo. Perdóname, amigo.

—Váyanse todos —ordenó Pax, y luego se dirigió a Nick y a mí—: Ustedes dos, quédense.

—Pero... —protestó Zoe.

—Sal ya mismo de aquí, Zoe.

Se fue con los demás, pero no sin hacer una marcada mueca con la boca.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —le pregunté a Pax.

—¿Qué «vamos» a hacer? Nosotros, nada. Fíjate tú cómo vas a lidiar con Zoe, porque nos quedan cinco meses más en el *Athena* cuando volvamos.

—¿Me estás jodiendo?

—*No* —dijo Pax, negando con la cabeza—. Ella no tuvo la intención de hundir al equipo; nada más hizo lo que haría una exnovia celosa. Si está hecha un monstruo, eso lo generaste *tú solito* porque no fuiste capaz de controlar tu verga estos dos últimos años. Zoe no es nuestro problema. Nuestro problema es Gremlin.

Mierda, cómo me dolía la cabeza. Traté de separar las cosas y poner a Zoe abajo de todo en mi lista de prioridades.

—Está bien. ¿Qué vamos a hacer?

Nick se pasó la mano por el pelo corto y rapado.

—Puedo hacer unas llamadas, pero si hiciste enojar al señor Dawson, no sé. Va a hacer lo mismo que hizo hace un par de años: nos va a bloquear.

Me daba vueltas la cabeza. ¿Cómo carajo nos iba a sacar de esta? Claro que mis padres tenían dinero, pero nunca habían estado de acuerdo con este estilo de vida y, en cuanto me hice profesional, dejaron de apoyarme. Todos mis ingresos venían de los premios de las competencias y de los patrocinadores. No podía ni tocar el fondo familiar hasta que me graduara de la universidad.

—Sí, bueno, pero no somos unos niños novatos como hace un par de años —discutió Pax—. Nuestro nombre tiene cierta influencia.

—Sí, pero no estuvieron ni en una sola competencia este año. Cuando llegó la hora de renovar los patrocinadores, no estaban en su mejor momento —respondió Nick—. No quiero preguntar esto, pero es necesario. ¿Gremlin es una opción?

—No, carajo —escupí—. Perdón, chicos, pero yo renuncio a los Renegades antes de agachar la cabeza con su padre. No voy a ir otra vez por ese camino. Ella es demasiado importante como para ponerme a hacer esa mierda.

Paxton me dio un apretón en el hombro.

—No te preocupes. Estamos contigo. Lo vamos a resolver. No tengo ni la más puta idea de cómo, pero algo se nos va a ocurrir.

—Algo se nos va a ocurrir —repetí.

—Extraño a Penna —dijo Paxton, frotándose la frente—. Tenemos que ver qué piensa ella antes de tomar una decisión.

—¿Está contestando el teléfono?

—Está fuera del mapa desde ayer —dijo Pax, negando con la cabeza—. Me imagino que necesitaba algo de espacio para recuperarse. Está hecha un desastre desde... —Se interrumpió.

—¿Desde que mi ex trató de matarte? Sí, ya sé —dijo Nick entre dientes.

—Entonces, no tengo casi ninguna chance de lograr que Rachel me hable; es casi seguro que perdimos todos nuestros patrocinadores para este año y la cuarta de nuestros Originales se está escondiendo de nosotros —dije.

—Estamos mejor que nunca —gruñó Paxton—. ¿Qué mierda vamos a hacer?

Por más que solo pudiera subir a tres mil trescientos metros de altura (ni cerca de los seis mil cuatrocientos), necesitaba toda la práctica que fuera posible antes de salir para Nepal en unas semanas. Y, lo más importante de todo, necesitaba algo, *cualquier cosa*, que me distrajera de cómo me dolía el corazón, aunque fuera por unas horas nada más.

Respiré hondo.

—Lo mismo que hacemos siempre que la vida es una mierda. Nos subimos a la tabla y nos dejamos llevar.

CAPÍTULO 28
Rachel

TAHOE

—¿Segura que no te molesta? —le pregunté a Penna, sentadas frente a su chimenea gigante en su casa gigante con mi corazón roto gigante. Habían pasado dos días desde que había dejado a Landon. La primera noche la había pasado en lo de Leah (el lugar más lógico), pero sabía que, si me quedaba con ella, Paxton se iba a enterar y se lo iba a decir a Landon.

Así que vinimos al único lugar adonde a los otros Renegades jamás se les ocurriría buscarme: la casa del lago de Penna en Tahoe.

—Mientras que me pases uno de esos, no —dijo, señalando la bolsa de malvaviscos que yo tenía en las piernas, sobre los pantalones del pijama. ¿Lo mejor de que no hubiera chicos? Estar sin maquillaje, con el pelo enredado y siempre en pijama y pantuflas.

Leah le pasó la bolsa, tomó un malvavisco para ella y las tres asamos los esponjosos dulces blancos sobre el fuego. Se empezó a tostar, volviéndose de color café cuanto más lo sostenía sobre las llamas. Su exterior, antes suave, se endurecía, formando una capa

protectora que rodeaba un centro que se estaba volviendo demasiado blando.

Lo bajé más, hasta que las llamas envolvieron el pincho y se prendió fuego el malvavisco, y después lo extraje para ver cómo lo consumían las llamas. Eso era lo que pasaba cuando una se acercaba demasiado al fuego. No importaba que ya se hubiera endurecido; si tocaba las llamas, se quemaba.

—¿Rachel? —empezó Leah.

Me apresuré a soplar el malvavisco como me hubiera gustado que me soplen a mí; todavía sentía que tenía el puto corazón prendido fuego. Giré mi pincho y miré el malvavisco desde todos los ángulos. Las llamas ya no estaban, claro, pero lo único que quedaba era un desastre chamuscado. El peso fue demasiado para el desastre carbonizado, y bajó deslizándose por el pincho hasta mi mano, lo que dejó las entrañas pegajosas hechas un desastre derretido por todo el palo de metal.

Me pregunté cuándo llegaría a esa etapa, en la que ya no sería capaz de mantener mis emociones guardadas bajo llave.

—Y... ¿Te vas a comer eso, o...? —preguntó Penna.

Las miré y me encontré a las dos observándome con una expresión que indicaba que estaban preparadas para ver un brote psicótico en cualquier momento.

—*Nop* —dije, limpiando el malvavisco con una servilleta de papel —. Se arruinó.

—¿Quieres hablar del tema? —preguntó Leah—. Estás hecha una caja fuerte desde que te apareciste en mi puerta hace dos días.

—*Nop* —respondí, buscando otro malvavisco.

—Ah, no, no te vamos a ayudar a torturar a unos pobres dulces indefensos y deliciosos —dijo Leah, arrancándome la bolsa—. Esta comida es solo para sentirse bien.

Suspiré y estiré las piernas a un costado, lo bastante cerca del fuego como para sentir el calor, pero no tan cerca como para quemarme.

Eso mismo tendría que haber hecho con Landon. Mantenerlo a la distancia justa para evitar chamuscarme.

—¿Estás segura? —preguntó Penna, chupándose los dedos—. Soy muy buena para escuchar.

—No me hace falta —le aseguré.

—Y nunca les contaría nada a los chicos —agregó.

—En serio, estoy bien —mentí—. No necesito hablar del tema. Nada más quiero olvidarme de todo lo que pasó.

—¿Lo de tu papá? ¿O lo de Landon? —preguntó Leah, que sabía en términos generales y muy básicos por qué me había escapado.

—No quiero hablar de ellos —reiteré.

—Está bien —dijo lentamente.

No quería ni pensar en el tema. Lo único que lograba con eso era revolver mis sentimientos; aquellos que me ahogaban por su necesidad de expresarse, mientras mi cerebro los empujaba de vuelta hacia adentro para mantenerse cuerdo. La cordura era buena. Era segura.

—¿De qué me va a servir hablar del tema? —pregunté, mirando fijo el fuego—. No va a volver el tiempo atrás dos años. No va a evitar que Landon acepte dinero de mi papá a cambio de dejarme a mí. No va a cambiar el hecho de que, haga lo que haga, nunca voy a ser comparable con los Renegades. Nunca voy a ser suficiente para

ser su prioridad. Hablar del tema no va a cambiar cómo me siento... Es decir, como si me estuvieran desgarrando el alma con un rallador de queso.

—Entonces, ¿no quieres hablar? —preguntó Penna.

—¡No! —vomité, y sentí que las riendas de mi autocontrol, atadas con tanta fuerza, se empezaban a resbalar—. ¡Aceptó dinero por mí! Y peor todavía: mi papá *le pagó*. ¿Qué es esto, la Edad Media? ¿Valgo más que una vaca y dos cerdos?

—Técnicamente, esos eran para el esposo por tomarte... —dijo Penna.

—Me descartó (*nos* descartó) para conseguir su patrocinador, su sueño. Pero *mi sueño* era él. Él era todo lo que yo quería, y había renunciado a todo por él. Y papá me vio llorar. Me sostuvo en pie y me ayudó a embalar lo que había desempacado en el apartamento. Me ayudó a romper el contrato del alquiler y a entrar a Dartmouth. Vio lo dolido que estaba mi corazón, pero no dijo nada. ¡Nada! Simplemente dio por sentado que sabía qué era lo mejor para mí y después manipuló a Landon para quitarlo de mi vida.

—Entonces estás más enojada con tu papá —dijo Leah, arrimándose tanto que mi hombro tocó el suyo y su cadera, la mía.

—¡Sí! —Negué con la cabeza—. No. Papá le ofreció a Landon todo lo que quería, así que sí, bueno, esa parte es una mierda, pero el que lo aceptó fue Landon, que se fue sin siquiera mirar atrás.

—Sí miró atrás —dijo Penna suavemente.

Clavé los ojos entrecerrados en los suyos.

—¿Lo estás defendiendo?

—Lo que pasó fue una mierda, y no puedo defender lo que te hizo, pero sé la presión que tenía. Nuestros padres... —Suspiró—. No

todos tenemos papás ideales como los de la tele. Somos familia, y Landon eligió protegernos.

—Justo cuando me empezabas a caer bien —refunfuñé.

—Es mi hermano.

—Ya sé. A veces quisiera que me permitiera acercarme así, que nos pusiera a nosotros dos en ese mismo nivel, y no creo que lo vaya a hacer nunca. —Di una bocanada de aire al sentir una presión en el pecho y cerré los ojos para contener el ardor de las lágrimas. No podía llorar por Landon. Nunca más.

—Me tengo que ir a casa mañana —dijo Leah después de unos instantes de silencio—. Es Nochebuena, y mis papás me van a matar si no voy.

—Claro —le dije, y ya la extrañaba.

—¿Quieres venir? Hay mucho lugar. ¿Y tú, Penna? —ofreció Leah.

Penna negó con la cabeza.

—Mis papás están con Brooke, y la verdad es que no me molesta. Ella los necesita más que yo, y a mí un poco me gusta el silencio. Es perfecto para no hablar de lo que uno necesita hablar. —Me lanzó una mirada acusadora.

—No voy a hablar del tema. —Se limitó a asentir con la cabeza. Miré a Leah, que me miraba con ojos suplicantes, y por poco cedo—. No. Me voy a quedar aquí con Penna, como habíamos planeado. No puedo ver a mis padres en este momento. Ya fue bastante difícil llamarlos para avisarles que estaba en un lugar seguro, y ni hablar de todas las llamadas que no les atendí a ninguno de los dos. Mierda, ¿todo el mundo miente y engaña? ¿Hay alguien que tenga chances de tener una relación normal? —Leah se mordió el labio, y quise poder retirar esas palabras—. Digo, además de ti y Wilder.

—No, totalmente. Ya sé lo que quisiste decir. Nada más... Bueno, ya sabes que, si necesitas hablar, me puedes llamar en cualquier momento.

Volví a dirigir la mirada al fuego, observando cómo bailaban y crepitaban las llamas.

—No. No necesito exponer lo estúpida que soy, lo imbécil de mierda que tengo que ser para volver a caer en su juego.

—Rachel —dijo Leah en tono suave.

Me llevé las rodillas al pecho y las envolví con los brazos para contenerme.

—Lo dejé entrar. Sabía que no tenía que hacerlo, pero igual lo hice. Estar con él era tan estúpido y se sentía tan bien... Y me dejé llevar por el viaje, por esa capacidad de *entenderme* que siempre ha tenido y por el sexo... Ay, Dios, el sexo. Y dejé que todo eso me engañara y me hiciera creer que tal vez teníamos una oportunidad. Que podía salirnos bien.

—Yo sigo creyendo que sí —dijo Penna, rascándose el yeso.

—¿En serio?

—Creo que está distinto. El hecho de perderte... fue algo que lo cambió; y creo que el Landon que amas ahora no volvería a tomar esa misma decisión.

—No está distinto. —Se me quebró la voz, y el dolor que había escondido asomó la cabeza, consumiéndome con una sola oleada. Dios, cómo dolía. Todo dolía.

—¿Por qué dices eso?

—Los contratos de ustedes se vencen el mes que viene, así que, con una llamada a mi padre, puede haber todavía más dinero sobre la mesa, y lo único que tiene que hacer es volver a dejarme.

—Me estás jodiendo —dijo Penna, enderezándose en el asiento.

—No, es la verdad. Mi padre me contó todo. Los Renegades están negociando el patrocinio hace meses. Qué momento tan conveniente para hacer que me enamore de él otra vez, justo a tiempo para mostrar el as que tiene bajo la manga con mi papá.

—No sabía —me aseguró suavemente, alargando la mano por encima de Leah para apoyármela en el brazo—. Te juro por Dios que no sabía. Nunca habría permitido que pasara eso.

—Ay, por Dios, ¿por eso...? ¿Por eso Pax te trajo... *nos* trajo... a bordo? —susurró Leah, horrorizada.

—No lo sé. Más allá de lo que pase con Landon, yo sé que Wilder te ama, Leah. Por eso me jugaría la vida, así que, pase lo que pase, no puedes dejar que esto afecte lo que tienen ustedes dos. Una de nosotras se merece un final feliz.

—Lo voy a matar a golpes —masculló Penna.

—Por favor, ya... no quiero hablar del tema. No quiero que hablen del tema *con él*. ¿Podemos pasar unas semanas tranquilas antes de que tengamos que volver?

—Qué bueno que igualmente vayas a ir —dijo Leah.

—Me arrebató todo... dos veces, y no puedo permitir que me siga arrebatando más cosas. Quiero terminar el viaje, y ahora, con toda la mierda que está pasando con mis papás, siento que ir a Corea es más importante que nunca. Así que puedo tolerar estar en el barco, siempre y cuando Landon se mantenga bien lejos de mí.

—Nosotras te ayudamos —me prometió Penna—. Después de que lo mate a golpes. Perdón, ya sé que lo amas...

—No lo amo —bufé. Mi corazón me gritó ante esa mentira y me atravesó una punzada de dolor real en el cuerpo. Se me cerraron los

ojos, temblorosos, y apoyé la frente en los brazos mientras me mecía sutilmente. ¿Cómo iba a hacer para enfrentarlo?—. Perderlo esa primera vez casi me destruye el corazón. Todavía no sé cómo hice para volver a enamorarme de él... ¿Cómo voy a superar esto?

Leah me rodeó el hombro con el brazo.

—Como lo hicimos antes.

Giré la cabeza y la apoyé en su hombro mientras caían las primeras lágrimas, que me surcaban el rostro hasta caer en su camiseta.

—Necesito odiarlo, y lo odio.

—Ya sé. —Me apoyó la sien en la cabeza.

—Esta vez me duele mucho más —admití con un sollozo.

—Ya sé. —Me tomó la mano entre las suyas—. Va a estar bien. Todo.

—¿Por qué no puedo ser suficiente para él? —pregunté entre sollozos.

—Lo eres. Siempre eres suficiente. Una vez que haya pasado esto, lo vas a ver. Nada más tienes que atravesar la peor parte, y no hay una línea de tiempo definida para sanar un corazón roto. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Esto no es lo que me había imaginado ni como lo había planeado. No tenían que salir así las cosas. ¿Por qué volví a dejarlo entrar?

Me apretó más fuerte con los brazos.

—Porque el amor nos obliga a hacer cosas que juramos que no íbamos a hacer nunca.

Arrastré otra bocanada de aire entrecortada hasta mis pulmones con el pecho temblando.

—No quiero amarlo.

—Ya sé.

El resto lo dejamos no dicho, porque pronunciar las palabras me hubiera vuelto más idiota todavía. No importaba cómo me hubiera lastimado ni qué tan obvio fuera que nunca podría confiar en él; no cambiaba el hecho de que, aunque estuviera roto, sangrando y casi pulverizado, mi corazón seguía siendo suyo. Qué traicionero de mierda.

CAPÍTULO 29
Rachel

EN EL MAR

Cerré mi computadora de un golpe. Una hora más y ya salíamos del rango de internet. No iba a tener que preocuparme por pensar cómo contestar los *e-mails* de papá, porque no iba a ser una opción.

Yo pensé que te estaba protegiendo. Me destrozaste.

Cuando aceptó el dinero, supe que nunca sería lo suficientemente bueno para ti. Eso es válido, pero ¿a papá le habría caído bien Landon algún día, por más que hubiera rechazado el dinero? Nunca lo iba a saber.

Te quiero. Me manipulaste.

Eres la persona más importante de mi vida. Mierda, ya ni siquiera tenía a mamá, y eso no era culpa de él.

No tendría que haber intervenido nunca. Pero lo hiciste, y ahora estoy destruida.

Perdóname, por favor. Algún día, tal vez. Solo que no ahora.

Ya estaba de nuevo a bordo del *Athena*.

Dos semanas, tres días y dos horas. Ese era el tiempo que había pasado desde que había visto a Landon. Estaba especialmente

orgullosa de esas dos horas desde que habíamos vuelto a embarcar. Le había prohibido la entrada a nuestra habitación, aunque sabía que solo podía ser algo temporal, con todos los Renegades yendo y viniendo.

—¿Ya viste a Leah? —preguntó Penna, hojeando el archivo de mi adopción y mirando la pantalla de su computadora.

—No, se volvió en avión con Wilder —dije, jugueteando con mi resaltador. No había hablado con mi mejor amiga desde esa noche en Tahoe, cosa que me estaba matando—. ¿Ya viste a alguien más?

Penna negó con la cabeza y mordisqueó su bolígrafo por un instante.

—*Nop*. Necesitaba ese tiempo a solas, y lo entendieron.

—Como queda demostrado por los montones de llamadas perdidas.

—Ey, yo no te vi atenderle las llamadas a Leah cuando llegó a Aspen.

—No quería hablar de Landon —dije, encogiéndome de hombros. *Ni oír su voz en el fondo, ni arriesgarme a que le usara el teléfono a Leah para llamarme.*

—Yo no quería hablar de los retos ni del documental.

Buen punto. Sabía que Penna extrañaba a su familia de Renegades. Su exilio autoimpuesto le estaba pasando factura, pero, así como conmigo no se hablaba de Landon, con ella el límite era su distanciamiento del equipo.

Tocaron la puerta y la miré sin moverme desde donde estábamos sentadas, en la mesa del comedor.

—Yo voy —suspiró Hugo, que acababa de rellenar la máquina de café—. Hola... —dijo cuando la abrió—. Eh, ¿cambió en algo la

postura sobre dejar pasar a Landon? —preguntó con mucho tacto.

Penna me levantó las cejas a modo de pregunta.

—*Nop* —contesté—. Igual que cuando vino hace una hora.

—¿Estás segura? —preguntó Penna, levantando la vista de sus apuntes.

—¡Sí! —ladré—. Siempre va a haber una excusa. Siempre algún motivo. Fui una estúpida por haberlo escuchado en un principio.

Me dirigió esa mirada (la que me decía que me estaba portando como una imbécil), pero no me importó. Estaba en modo de autopreservación y, si eso implicaba parecer una idiota a ojos de todos porque no quería darle la oportunidad de zafarse de otra mentira más, que así fuera. Por lo menos todavía respiraba. Todavía *funcionaba*.

—Lo siento —dijo Hugo, y luego cerró la puerta—. ¿Algún día vas a...?

—Ni se te ocurra empezar con esa mierda, Hugo. —Le agité un dedo.

—Está bien, pero mañana tenemos una clase práctica, así que no vas a poder evitar verlo.

—Al menos me queda hoy —dije, encogiéndome de hombros.

Ese era mi lema desde que él me había destruido la vida. Iba a lidiar con todo de a un minuto a la vez. Podía atravesar los próximos cuatro días con Landon. Después ya íbamos a estar en Hong Kong, y después yo ya me iba a ir a Corea, y él iba a estar yendo a pasar una semana en Nepal. Una semana entera sin tratar de esquivarlo ni de tener que estar todo el tiempo convenciéndome a mí misma de mantenerme firme.

El problema de amar a Landon era que no dejaba de sentirlo solo por darme cuenta de que él nunca me había amado en realidad, de que yo siempre había sido un instrumento para él. No, me había convertido en esa pobre chica triste que siempre juré que no iba a ser, muerta de ganas de verlo, desesperada por oír su voz.

No lo estaba evadiendo porque estuviera enojada... Bueno, en parte sí. La razón principal por la que no lo podía ver era porque me aterraba la idea de ablandarme con su primera excusa y terminar igual que como estaba antes: muerta de amor por el tipo que lo único que hacía era usarme.

Yo podía ser muchas cosas, pero nunca una masoquista.

Se abrió la puerta corrediza, y se me aceleró el corazón hasta que vi que era Leah. Tenía el pelo un poco revuelto y las mejillas sonrosadas a ambos lados de una amplia sonrisa. Por el más mínimo segundo sentí resentimiento por que ella estuviera tan feliz, pero después me apresuré a ahuyentar esos sentimientos malvados. De todas nosotras, Leah era la que más se merecía un final feliz.

—¡Ahí estás! —dijo, y vino corriendo a abrazarme.

—Te extrañé —dije mientras la abrazaba especialmente fuerte y deseaba no tener que compartirla todo el tiempo con el campo enemigo.

—No me habrías extrañado si me hubieras atendido el teléfono aunque sea una vez en los últimos días. —Ocupó la silla que estaba a mi lado y se inclinó hacia atrás, cruzándose de brazos por encima del pecho.

—Sí, es que... —Me quedé pensando un instante, pero al final negué con la cabeza—. ¿Sabes qué? No tengo una buena excusa. Nada más no quería oír su voz o sus excusas.

—Hablando de eso, no sabes la historia completa. Tienes que hablar con Landon.

—Suerte con eso —murmuró Penna mientras tipeaba algo.

—No me interesa —dije.

—Él no sabía que estaban volviendo a negociar el contrato con Gremlin. Nick se estaba ocupando de todo, y Zoe le dijo que ustedes no estaban juntos, así que a Nick nunca se le ocurrió que podía haber un conflicto de intereses.

Solté una risa escéptica.

—Si te creíste eso, te cuento que estoy vendiendo aire en botella.

—Lo digo en serio, Rachel. Landon está destruido.

—Sí, bueno —dije en tono sarcástico—. Landon es el maestro de la mentira cuando lo necesita.

—Paxton incluso me dijo...

—Wilder mintió hasta para meternos en este barco, Leah. Él tampoco está muy arriba en mi lista de personas de confianza. —Apreté fuerte el resaltador y pasé la página del libro de texto que estaba estudiando.

—Bueno, pero hasta llamó a tu papá.

Clavé toda mi atención en ella.

—¿Wilder?

—Landon —dijo, agitando la mano con exasperación.

—Ah, ¿sí? ¿Hablaron de cuánto valgo yo ahora? Esta vez lo amaba más, así que espero que haya conseguido más dinero.

—Mierda, es como hablarle a una pared —rezongó Leah.

Golpeé la mesa con las manos.

—¡Landon miente! ¿Cuándo lo vas a entender? Es lo único que hizo conmigo. Mentir e irse. Es un experto en eso. Ya sé que tú

amas a Wilder, pero lo conoces hace no más de cinco meses. Yo los conozco *hace años*.

—Eso no es del todo justo... —acotó Penna.

—¡Rechazó la oferta de Gremlin! —gritó Leah.

Se encendió una mínima chispa de esperanza en mi estómago, pero la aplasté sin piedad.

—Claro. Si de verdad hizo eso, seguro está esperando a ver si le ofrecen algo más.

—¿No me crees a mí? —preguntó.

—A ti te voy a creer siempre. Pero no, no creo nada de lo que diga él.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos. Si me abro a esa posibilidad siquiera, si le doy el más mínimo beneficio de la duda... —Negué con la cabeza—. Mira, estoy colgando de un hilo. Me mata saber que está tan cerca, al otro lado de ese puto pasillo. No puedo ni dormir sin que el condenado se me aparezca en los sueños, y siento que la locura, el corazón roto, la destrucción total, están flotando encima de mí, esperando a que me desarme y los deje entrar. Lo único que tengo es un hilito, y me niego a darle la tijera. Y a ti tampoco, por mucho que te quiera.

Se le suavizó la mirada y la postura.

—No podemos hablar de esto, ¿no?

—No —dije con calma, consciente de que estaba marcando un límite en nuestra amistad que no había estado nunca.

Se miró las piernas, moviendo los ojos inquietos de un lado para el otro; sabía que eso significaba que estaba barajando sus opciones. Si algo podía decirse de Leah, es que era una persona

lógica. Por fin levantó la mirada y forzó una sonrisa, pero era una sonrisa triste.

—Está bien. Si eso es lo que necesitas...

—Sí.

Tomó aire, temblorosa.

—¿Hablaste con tus papás últimamente? —Se obligó a decir, en un claro intento de cambiar de tema.

Se drenó la tensión que tenía en los hombros, pero rápidamente tomó su lugar la culpa. No me gustaba nada cerrarme con ella. No se merecía eso.

—Vi a mi mamá justo antes de subirme al avión. Fue... —Triste. Horrible. Frustrante—. Doloroso. —Me había rogado que entendiera la situación, pero no pude. Lo único que veía cuando pensaba en cualquiera de los dos era un par de mentirosos—. Papá me ha mandado muchísimos *e-mails* pidiendo disculpas, pero no puedo superar el enojo el tiempo suficiente como para contestarle. Entiendo sus motivos (volver a hacerme entrar a Dartmouth y alejarme de un tipo porque pensaba que me iba a romper el corazón), pero lo único que hizo fue rompérmelo mucho más rápido.

—Lo lamento mucho.

—Gracias. Estoy muy enojada con los dos, cosa que es un poco irónica, porque me adoptaron para salvarse del divorcio la primera vez que pensaron en separarse. Por favor, qué mierda que es todo ahora. ¿Hay algún tema feliz para charlar?

—Tal vez —dijo Penna, y apoyó su pierna, que estaba envuelta en una bota ortopédica, sobre la silla que tenía enfrente. Le habían quitado el yeso en el receso de Navidad, pero, cuando el médico le

dijo que debería poder caminar, ella no le creyó. Había pedido que le dieran un apoyo adicional, y por eso tenía la bota ortopédica.

No le había dicho ni una palabra del tema. Si ella quería esconderse detrás de su herida, ¿quién carajo era yo para evitarlo? Yo me había escondido descaradamente detrás de ella toda la Navidad porque sabía que su casa era el único lugar adonde no me iban a ir a buscar nunca.

Qué gracioso que la única Renegade que antes me odiaba al final hubiera sido mi salvación cuando se había ido todo a la mierda.

—Por favor, llénname el corazón de alegría —dije con más que un poquito de sarcasmo.

—Bueno. Creo que puede que haya encontrado algo. Pero no te emociones hasta que lo revise. No tenemos mucha información de la que partir.

Con eso quería decir que no teníamos prácticamente nada. Los únicos papeles que me había dado papá eran los del tribunal que había tramitado mi adopción. Los cuales no mencionaban mi nombre de nacimiento y nada más decían que el nombre de mi madre era Seo-yun Jhang. Casualmente, uno de los nombres más populares de Corea.

No ayudaba mucho.

Pero me brindaba lo único que sí necesitaba: su lugar de nacimiento.

—¿Crees que lo encontraste? —pregunté.

Hizo un gesto de incertidumbre.

—Hay un orfanato donde se hicieron unas cuantas adopciones cuando te adoptaron a ti, pero no hay forma de garantizar que sea ese. Sería como dar por sentado que viviste toda la vida en Los

Ángeles, cuando en realidad vives la mayor parte del año en New Hampshire para ir a Dartmouth.

—Claro —dije, dejando caer la cabeza entre las manos.

—No digo que no sea posible —me tranquilizó Penna.

Suspiré.

—Hay pocas probabilidades, pero no me queda otra opción. Es lo más cerca que voy a llegar, e incluso si no es el lugar donde me adoptaron, entonces...

—¿Entonces qué? —preguntó Leah, dándome un apretoncito en la mano—. ¿Vas a sentir que lo intentaste todo? Porque esto es para eso, para que te sientas completa. No es por el resultado.

—¿Supongo? —dije, asintiendo con la cabeza.

Me miró, buscando esa señal con la que siempre parecía verme por dentro.

—Está bien. Entonces, voy a ir contigo.

—No. Tú tienes lo de la Gran Muralla —protesté.

Se encogió de hombros.

—Pax siempre va a estar saltando de algún lugar, acelerando algún motor o tratando de matarse en general. Esto te va a pasar una sola vez.

—A la mierda, creo que yo también voy a ir —murmuró Penna.

—Tú ibas a ir con Landon —le discutí.

—Pensé que no te importaba —dijo Penna, mirándome por encima de su computadora.

Jugueteé con el bolígrafo sobre la mesa.

—Quiero que logre bajar por esa cresta con vida. Es complicado.

—El amor es raro —dijo Penna con los dedos furiosos sobre el teclado.

—En general, es una mierda —dije.

—Nunca me he enamorado, así que la verdad es que no califico para hablar del tema —dijo Penna, encogiéndose de hombros.

—¿Nunca? —la cuestionó Leah, con las cejas casi a la altura del nacimiento del pelo.

—Nop. Nunca tuve la oportunidad, la verdad —aclaró Penna.

—Mentira —dije entre risas—. Nunca vi a una mujer tan rodeada de hombres hermosos ni con tantas oportunidades para acostarse con ellos.

Cerró la computadora y me fulminó con una sola mirada.

—Primero que nada, me rompí el lomo para llegar a donde estoy. Estoy en la cima de una división que es solo para hombres, y me respetan por mis habilidades, no solo por mi culo. De ninguna manera voy a renunciar a eso por ningún Renegade, ni por nadie que sea capaz de abrir la boca en el circuito y arruinarme todo lo que conseguí. Por nadie.

—¿Y segundo? —preguntó Leah, que tenía los ojos redondos.

Penna suspiró.

—Nunca conocí a nadie que estuviera dispuesto a superar la barrera antitestosterona que me pusieron Pax y Landon. Los tipos están todos demasiado ocupados tratando de impresionarlos o de ganarles. No es algo muy propicio que digamos para empezar una relación.

—Nunca lo había pensado así —le dije—. Qué pena. Por mucho que odie lo que me hizo a mí, por mucho que me duela, no cambiaría lo que pasó.

Penna me dedicó una sonrisa triste.

—Eso es porque todavía lo amas.

—Es verdad. —No tenía sentido mentirle a ella ni a mí misma—. Pero eso no quiere decir que vaya a darle la oportunidad de hacerlo de nuevo. Esta vez es peor que la primera, cosa que no me creí capaz de sobrevivir. Y lo raro es que no me duele. Nada más estoy... entumecida. Es como que estoy en estado de shock, y mi cuerpo no está dispuesto a admitir que, de alguna manera, está respirando sin que me lata el corazón. Si sigo avanzando como si nada, va a estar todo bien, pero, a la larga, la otra parte de mí me va a alcanzar.

—Ya sé que la evidencia lo condena bastante, pero todo lo de los patrocinadores es tan complicado... —Penna se calló a la mitad de la oración cuando la interrumpí con una mirada fulminante—. Bueno.

—Hablemos de otra cosa, de *cualquier* otra cosa —propuse. No importaba lo mucho que quisiera a estas chicas: no tenía más ganas de seguir desahogándome.

—¿Quieres elegir una tetera nueva en Hong Kong? —propuso Leah.

—Esas son para cuando superamos la mierda de la vida. No para cuando estamos enterradas en la mierda.

Me dio un apretoncito en la mano.

—Tengo toda la confianza del mundo en que vas a salir.

Menos mal que una de las dos lo creía.

***

—Rachel —Landon suspiró mi nombre como si hubiera visto un fantasma o algo así.

—No —dije mientras ocupaba mi asiento en Cívica.

—Por favor —me rogó en voz baja.

Sé fuerte. Lo miré e hice mi mejor esfuerzo por disimular cualquier reacción física que me generara verlo a él. Había bajado un poco de peso, pero nada preocupante. A fin de cuentas, su prioridad principal era el deporte, no mi corazón roto. Pero sus ojos, esas esferas hermosas de color pardo en las que me había perdido demasiadas veces, estaban atormentadas. Reflejaban hasta la última gota de dolor que yo no me había permitido sentir.

—Estoy atrapada en esta clase contigo por un mes más, y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Pero lo mínimo que puedes hacer tú es dejar que me saque buenas notas sin hacérmela difícil. Si quieres hablar conmigo, está bien, después hablamos. Pero, por favor, no me hagas sentir que tengo que faltar a clase y evadirte. Eso no es justo, teniendo en cuenta que no hice nada malo.

Se le hundieron los hombros y asintió con la cabeza.

—Me parece justo.

—Gracias.

La Dra. Messina se subió al podio y empezó a dar la clase, salvándome del potencial desastre que podía surgir de seguir comunicándome con Landon. Tal vez él había acertado la primera vez: era más fácil irse cuando uno no tenía que ver a la otra persona todos los días.

Uno por uno, nos fuimos levantando y presentamos nuestros trabajos breves, en los que comparábamos y contrastábamos dos de las culturas que veníamos estudiando. Tomé apuntes detallados, haciendo mi mejor esfuerzo por concentrarme en cualquier cosa menos en Landon, que estaba sentado a mi lado. En sus ojos que miraban cada vez que pasaba la página de mi cuaderno. En sus

manos que se apretaban sobre el escritorio, como si tuviera que contenerse para no extenderlas hacia mí.

Estaba fallando en eso de no prestarle atención.

Di la presentación y me las arreglé para mantener los ojos clavados en la profesora, que estaba sentada al fondo del aula. Solo por ese esfuerzo, ya me merecía un diez. Cuando habló Landon, me concentré en mi cuaderno y no escuché *nada* de su trabajo sobre la tribu dani y los rituales de cortejo.

No pensé en cómo había empezado a sentir que él era para siempre.

No recordé sus manos sobre mi cuerpo.

Cerré el cuaderno de un golpe y me fui corriendo de ahí apenas nos dejaron salir.

—¡Rachel! —me llamó Landon desde el otro lado del pasillo.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo.

—Estoy bien —le aseguré, frenando—. Ve.

Tenía una mirada escéptica, pero me dejó en el pasillo como le pedí. Los demás alumnos pasaban caminando y me esquivaban, yendo cada uno a su clase, mientras yo me quedaba quieta como una roca en un arroyo caudaloso, bloqueando la corriente.

—Ey, ¿podemos hablar? —preguntó Landon.

—Sí, claro. —Reforcé hasta la última defensa que pude reunir para protegerme contra él y lo seguí hasta un aula vacía. Cerró la puerta cuando pasamos, y yo sostuve mis libros delante de mí como si pudieran escudarme el corazón de lo que fuera que me estuviera por arrojar ahora.

Él dejó los suyos sobre el escritorio. *Seguramente, porque sabe que no tiene razón para tenerme miedo a mí.*

Yo nunca había sido la que repartía los golpes mortales de la relación.

—¿Qué necesitas? —le pregunté.

Se apoyó contra el escritorio que estaba más cerca de la puerta.

—Que me hables.

—Bueno, sí, ¿cómo vienen las cosas del viaje a Nepal? ¿Ya lo planificaste todo? ¿Te fijaste el clima? Escuché que es temporada de nieve, así que tengo algo de escepticismo, pero es tu sueño, así que te apoyo.

—¿Es en serio? ¿Quieres hablar de Nepal?

—La verdad es que no quiero hablar. Pero tú sí, así que te estoy dando el gusto. Habla.

—Mira. Yo no sabía lo de los acuerdos de patrocinio. Hasta donde sabía, ya habíamos terminado el contrato con Gremlin, pero Nick no estaba al tanto. Él era el que estaba negociando en nombre nuestro. Yo *nunca* aceptaría ninguna cantidad de dinero de un patrocinador a cambio de que me aleje de ti...

—Pero lo hiciste —lo interrumpí en tono suave. Tenía la voz chata, una consecuencia del bendito entumecimiento que todavía no me soltaba el corazón—. Justamente a eso accediste la primera vez que lo intentamos.

Se le cerraron los ojos en una mueca de dolor, como si lo acabara de lastimar.

—Ya sé. No tienes ni idea de cómo lo lamento, de lo mucho que me arrepiento de esa decisión...

—Yo no.

—¿Tú qué? —Se inclinó hacia adelante.

—El hecho de que me dejaras así me llevó a conocer a Leah, cosa que a la vez la llevó a conocer a Wilder. No puedo arrepentirme de la forma en que haya contribuido yo para llegar a eso, por mucho que me haya dolido. No puedo arrepentirme de verte tal cual eres.

—Rachel.

—Lo único de lo que me arrepiento es de no haber prestado tanta atención como debería y de haber vuelto a bajar la guardia cuando ya sabía lo que eras. Todo lo que pasó la primera vez... fue culpa tuya. Y ya lo repasamos tantas veces que estoy harta de pensar en el tema. El hecho de que lo hayas hecho por dinero... —Me encogí de hombros—. Lo podría haber superado si simplemente me lo hubieras contado.

—Tenía tanto miedo de perderte... —Se le quebró la voz, desbordado de emociones de una manera que yo no podía permitirme.

—Qué irónico, porque me perdiste por no contármelo —respondí.

—¿Sí? ¿Te perdí?

—Me vendiste a mi papá, Landon. —Esa verdad me pegó al pronunciar las palabras, y sentí la primera resquebradura en el hielo que me rodeaba el corazón. *Contrólate.*

—No esta vez. No lo hice. La primera vez, la cagué, pero no volví a cometer el mismo error. Te lo juro. Tienes que creerme. —Se levantó y cruzó la distancia que nos separaba. Hice un gesto de dolor cuando me sostuvo el rostro entre las manos, pero no me quejé.

Ese simple contacto atravesó el entumecimiento y, como si alguien hubiera derretido el hielo con un lanzallamas, me empezó a arder el corazón. Y *me dolía*.

Se me cerraron los ojos, para protegerse de la arremetida de la agonía, y mi cuerpo tuvo el impulso de ir a buscar el suyo, ya que no reconocía que él era la causa del dolor.

—Por favor, Rachel. Ya sé que esto es grave, pero lo nuestro funciona tan bien... La suerte, el destino o como quieras decirle. Eres mi infinito, mi para siempre. Dime lo que tengo que decir para arreglar las cosas. Dime qué...

—No hay nada —dije en voz baja, abriendo los ojos para ver los suyos clavados en mí—. Tal vez es por eso que esto duele tanto ahora: por verte y saber que nunca vamos a volver a ser *nosotros*. Te amo. Creo que hay una posibilidad enorme de que te ame para siempre. Y eso no me hace sentir bien. No me siento valorada, respetada ni amada. Me siento tonta. Me haces sentir insignificante, poca cosa, y eso no me parece bien.

—No. Dios, no —dijo, negando con la cabeza—. Eres...

—Basta —le rogué con un susurro áspero, mientras me empezaban a arder los ojos—. Ya basta. No puedo escuchar ni una palabra más de tu boca hermosa. O tal vez sí. Tal vez el problema es que puedo quedarme aquí y hablar contigo porque ya llegué a la conclusión de que no importa lo que me quieras decir. No hay nada que puedas decir que vaya a hacerme confiar en ti de nuevo *nunca más*. —Tomó aire bruscamente y se le llenaron los ojos de lágrimas, como los míos—. Entonces, pongámonos de acuerdo en parar con esto. Parar de lastimarnos mutuamente. Porque siempre puede haber amor (es ciego y necio), pero, si hay algo que aprendí de mis padres, es que no puede haber una relación donde no hay confianza.

Me aparté de entre sus manos, y la separación se sintió más que física.

—Te amo —replicó.

Sonreí con tristeza mientras se me escapaba una sola lágrima que me cayó por la mejilla.

—Eso es lo que hace que esto sea tanto más difícil, Casanova. Casi te creo.

Por primera vez desde que lo había conocido, me dejó irme sin dar pelea.

CAPÍTULO 30
Landon

HONG KONG

Bueno, este plan sonaba mejor en mi cabeza.

¿Cómo no se me había ocurrido traer un libro? Ya estaba atrapado aquí hacía media hora, y me iba a volver loco si tenía que quedarme mucho más tiempo sin otra compañía que mis propios pensamientos.

Miré mi reloj. Ella iba a abordar en cualquier momento.

Reza por que no tenga que ir al baño.

Me miré en el espejo del baño y noté que tenía los ojos rojos y la tez pálida. Menos mal que me las había ingeniado para escaparme de las cámaras. Esa había sido la parte más jodida de coordinar todo este plan: quitarme a Bobby de encima.

Esto tenía que funcionar. Si no, ya no me quedaba ninguna puta opción.

—Ah, mierda. ¿Un avión privado? —Escuchar la voz de Rachel me puso tenso.

Está aquí. De pronto, la respiración se me volvió brusca y entrecortada, por lo que tomé la suave toalla de mano que había en

el estante y me tapé la nariz y la boca para amortiguar el ruido. Siempre había sido pésimo para jugar a las escondidas.

—Yo solo le pedí a Pax que nos llevara —dijo Leah, con la voz un tanto nerviosa.

—No sé si algún día me acostumbraré a la cantidad de dinero que derrochan esos tipos.

—Están desquiciados, ¿no? —preguntó Leah.

—Si fueran tan amables de tomar asiento, señoritas, iniciaremos los procedimientos de despegue —les dijo el tripulante de cabina con la voz tranquila. Por lo menos, él sabía que yo estaba escondido en el puto baño.

De todas las estrategias que había intentado para hablar con Rachel, esta tenía que ser la más desquiciada. También era cierto que ella era la única mujer por la que valía la pena llegar a este punto. Me negaba a perderla. En especial, después de todo por lo que habíamos pasado. Si no podía hacer que escuchara, iba a hacer que viera.

Si es que no me molía a golpes primero.

Lo cual sería factible, teniendo en cuenta que se trata de Rachel.

—Ya casi estamos —susurró el tripulante de cabina a través de la puerta.

—Gracias —le respondí, también susurrando.

Se me aceleró el corazón cuando oí movimientos en la cabina. Apreté la oreja contra la puerta y escuché. Esta era, por lejos, la estupidez más grande que había hecho en toda la puta vida, o quizá la más épica. Eso lo iba a decidir Rachel.

—¿Ya te abrochaste el cinturón? —preguntó Leah.

—Sí, ya estoy —respondió Rachel.

—¡Bien! Bueno, ya sé que te va a parecer que esto sale de la nada, pero en un minuto lo vas a entender.

—¿Qué...?

—Cuando estuve con Pax en Myconos, su mamá me dijo algo. Me dijo que ni el amor es capaz de unir dos almas demasiado tercas para ceder.

—¿Cómo? ¿De qué carajo estás hablando?

—Eh... A ver. Te estoy diciendo que *cedas*. Acuérdate de que te quiero y de que, haga lo que haga, siempre lo hago pensando en lo mejor para ti.

—Leah...

Casi me río por el leve gruñido que oí en la voz de Rachel.

—¿Te acuerdas de que, en un principio, yo ni siquiera quería venir a este viaje? ¿Y tú me dijiste que tenía que salir de mi zona de confort?

—En serio. ¿Qué está pasando?

Oí que se desabrochaba un cinturón.

—Tienes que ver esto como mi forma de decirte lo mismo a ti. Y sabes que... si no sale bien, me subo al próximo vuelo y listo.

—¿Qué? ¿A dónde vas? ¿Por qué te vas? Leah, me estoy yendo a Corea, ¡no a la tienda, carajo! No te puedes ir de esta ma...

—¡Te quiero! —gritó Leah—. ¡Cede!

—¿Qué? —chilló Rachel—. ¿En qué no estoy cediendo? ¿Qué carajo?

Oí que se cerraba la puerta, sellando el fuselaje.

—¡No pueden cerrar esa puerta! ¡No nos vamos a ir sin ella!

—Perdón, señorita. Estoy cumpliendo órdenes directas.

Luego se hizo silencio mientras el avión rugía por la pista.

—¿Me están jodiendo? —gritó Rachel.

Ese era mi pie.

Mientras el avión privado aumentaba la velocidad para despegar, pasé el sofá pequeño que había al fondo y llegué hasta el grupo de asientos individuales enfrentados entre sí, sosteniéndome de los respaldos. Estábamos yendo tan rápido...

—¡Landon! —bufó Rachel cuando ocupé el asiento que estaba frente al suyo y me abroché el cinturón—. ¿Qué haces? ¡Estamos despegando!

—Si caminar por el pasillo central de un avión mientras despega fuera lo más peligroso que puedo hacer, estaría sin trabajo —le dije con calma.

Me echó fuego por los ojos.

—Más te vale darme una explicación. Ya. No me gusta un carajo la idea de que me secuestren, y si crees que voy a ir contigo a Nepal, estás mal de la cabeza.

Sonreí.

—Dios, cómo extrañaba verte enojada. Eres tan hermosa cuando te enfadas...

—Ah, bueno, entonces estás por verme más hermosa que la mierda —me aseguró mientras despegábamos—. No puedo creer que hayas caído tan bajo.

—No estamos yendo a Nepal —le dije en tono suave.

Se le dispararon los ojos a los míos, cautelosos y bien abiertos.

—¿Perdón?

—No estamos yendo a Nepal —repetí. Ella tragó saliva, y por fin dejó de toquetear frenéticamente el cinturón. Después se acomodó

en el asiento y levantó una ceja. Había vuelto mi Rachel—. Estamos yendo a Corea. Tengo el itinerario; está todo arreglado.

—¿Secuestraste el avión privado de Wilder para llevarme a Corea?

Me puse a la defensiva.

—No es el avión de Pax. Lo alquilé para ti, porque no me gusta que él se ocupe de cosas que son mías.

—Ay, pero qué alfa de tu parte. ¿Te conviertes cuando hay luna llena, también? —Se cruzó de brazos por encima del pecho.

—Tal vez. Contigo puede pasar cualquier cosa, y no me sorprendería ninguna tendencia que me puedas generar. —Sonrió a regañadientes y por poco levanto un puño en el aire, victorioso—. Me dijiste que no había nada que pueda decirte para que vuelvas a confiar en mí —empecé, y se me subió el corazón a la garganta, que de pronto estaba seca.

—Eso dije.

—También me dijiste que todavía me amas.

Bajó la vista antes de volver a llevarla lentamente a mis ojos.

—Eso dije —repitió con tono más suave.

—Tienes razón. No hay nada que pueda decirte para que vuelvas a confiar en mí. Perdí ese derecho hace años. Ahora me doy cuenta de eso; aunque me hayas amado estos últimos meses, aunque hayamos estado juntos, nunca terminaste de confiar en mí del todo. De lo contrario, me habrías escuchado cuando tu papá soltó esa bomba del financiamiento. —Se quedó en silencio, pero no me gritó, así que lo conté como un punto a favor—. Y fue mi culpa. Aunque me volví a ganar tu corazón, nunca me esforcé por reparar la parte de la confianza perdida. Así que ya no te voy a decir más que confíes en mí. Ya no te voy a decir más que te amo, que te necesito,

que eres mi única prioridad en la vida. En vez de eso, te lo voy a demostrar.

Se le agrandaron lentamente los ojos.

—Ya es tarde.

—No, no lo es. Para un amor como el nuestro, tarde es cuando estemos muertos. No importa cuántos años pasen: tú y yo siempre nos vamos a atraer, siempre vamos a encontrar la forma de volver al otro. Siempre va a haber esto entre nosotros. No sé tú, pero yo no estoy dispuesto a vivir así la vida, siempre deseándote, muriéndome por ti, pero sin tenerte. Una vida así es una mierda.

—¿Qué propones? —preguntó sin revelar nada de nada. Solo por una puta vez, quise que mostrara las emociones en vez de esconderlas como si fueran una debilidad. Pero entonces, no sería Rachel.

Y yo amaba a Rachel así como era: testaruda, con una coraza dura y un centro suave como el caramelo derretido.

—Puedo decirte que llamé a tu papá desde Aspen y lo mandé a la mierda. Le dije que podía meterse el contrato de patrocinio en el culo. Que no hay ninguna cantidad de dinero capaz de comprarme para que me aleje de ti.

—Landon —susurró, y su cuerpo se hundió más en el asiento.

—Pero cuando hablamos en el barco, supe que eso no iba a ser suficiente. No iba a ser suficiente decirte que liquidé la mayor parte de mis ahorros con Wilder para financiar el resto del año porque perdimos todos los patrocinadores que teníamos.

Se quedó boquiabierta.

—No iba a ser suficiente pedirte perdón, decirte que era un idiota inmaduro cuando acepté el trato la primera vez. Crees que no eras

suficiente para retenerme, que necesitaba algo más... Que necesitaba a los Renegades. Pero ese no era todo el motivo. Perdón por tomar decisiones por ti que no tenía ningún derecho a tomar, pero fue porque sentía que yo no era lo suficientemente bueno para ti. Para ti, que arriesgaste todo por mí: rechazaste Dartmouth, les diste la espalda a los Renegades, a tus papás, a todo lo que conocías. No podía dejar que le dieras la espalda a una educación en una de las mejores universidades, a la vida que sabía que te merecías... Sobre todo cuando yo acababa de quedarme sin patrocinio y no tenía forma ni de mantenerte. Tu papá me ofreció una manera de reparar todo lo que había roto. Lo único que vi en eso fue una forma de devolverles a todos lo que habían perdido, menos a mí mismo. Metí mi corazón en una caja y me convertí en una sombra de lo que era hasta que te volví a encontrar. —Desvió la mirada, y yo seguí adelante, consciente de que tenía que hacerle entender la idea. Con Rachel, no podía ir a medias. Ella lo exigía todo, porque siempre lo daba todo—. Sabía que no sería suficiente decirte estas cosas o que puedo dejar esta vida si eso es lo que hace falta para que me creas que, para mí, no hay nada más importante que tú. —Volvió a clavarme los ojos, que se iban agrandando con cada palabra que le decía—. Así que te lo estoy demostrando. Cancelé lo de Nepal.

—No, Landon. —Negó levemente con la cabeza, lo justo para que se le moviera el pelo.

—Sí. No hay ningún otro lugar en este mundo donde prefiera estar más que aquí contigo, y esta fue la única manera que se me ocurrió de demostrártelo.

Ver cómo se le iban derribando los muros era hermoso. Se le suavizó la boca, junto con la mirada. Pero, ahora que había desarmado la fortaleza, vi el dolor que tenía, vi todas las cosas por las que la había hecho pasar.

—No... —Negó con la cabeza y luego apoyó la frente en la palma de la mano por un instante mientras recuperaba la compostura—. Todo esto es... increíble, Landon. Pero no sé si puedo volver a confiar en ti.

No hice caso del dolor punzante que sentí en la zona del corazón y asentí con la cabeza.

—Lo entiendo. Y voy a pasar cada segundo del resto de mi vida demostrándote que sí puedes. Desde ahora, tú eres mi única prioridad. Todo lo demás viene después. Prefiero un solo beso tuyo que ganar cualquier competencia, bajar por cualquier montaña e incluso que tener un nombre de Renegade. Soy tuyo, y estoy para lo que tú quieras.

Se enterró los dientes en el labio de abajo, y hubiera dado todo lo que me quedaba para liberarlo con un beso, para demostrarle con mi cuerpo lo perfectos que éramos juntos y que nunca nada se iba a comparar con eso.

—Y no te secuestré —le dije con una risita—. El piloto sigue tus órdenes. A donde quieras ir, vamos, lo cual incluye dar vuelta el avión y dejarme en Hong Kong para seguir sola hasta Seúl. —Ladeó la cabeza como si lo estuviera considerando, y casi me arrepiento de haber dicho esas palabras. Pero ya no iba a tomar más decisiones por ella. Necesitaba que me eligiera, tanto como ella necesitaba poder confiar en mí—. Pero me encantaría hacer esto contigo —le pedí en tono suave.

Sentí que pasaban siglos mientras ella barajaba las opciones, pero me quedé sentado en silencio y esperé. Había aprendido la lección en cuanto a presionar a Rachel.

Por fin, me miró y levantó un poco el mentón.

—Está bien. Puedes venir.

Se relajaron todos los músculos de mi cuerpo mientras me hundía en el asiento.

—Está bien.

Me dedicó una sonrisa vacilante.

—Y gracias. Por el avión. Por coordinar todo, aunque no hiciera falta.

Pero por supuesto que hacía falta. Quería ver dónde había nacido mi futura esposa, el lugar donde había pasado sus primeros meses. Pero también sabía que no estaba lista para ese futuro, todavía no, y tal vez no lo estaría en varios años. Lo sabía con la misma certeza con la que sabía que ella era la única mujer que iba a amar en mi vida, la única a la que iba a necesitar tanto que podría hacerme renunciar a todo, incluso a los Renegades.

Así que me tragué la bola enorme de emociones, tan numerosas que eran imposibles de nombrar, y asentí con la cabeza.

—Por ti, hago cualquier cosa.

Esperaba que supiera que lo decía en serio.

CAPÍTULO 31
Rachel

COREA

—¿Estás seguro de que esto está bien? —pregunté, con la mayor parte de mi campo visual ocupado por el mapa enorme que me tapaba el camino rural. Estábamos como a una hora de Seúl, lo cual quería decir que estábamos cerca. Supuestamente.

—No. —Su respuesta fue demasiado animada—. Penna me dio las indicaciones, y puede que esté tratando de vengarse conmigo por un sinfín de transgresiones.

—Genial —dije con una risa—. Estate atento a los derrumbes, nada más, y yo me ocupo de tratar de descifrar dónde estamos.

Se inclinó por encima del volante de la pequeña camioneta.

—El cielo está celeste, no hay lluvia ni lodo. Estamos a salvo.

—Te olvidas —dije, siguiendo con el dedo la línea delgada del camino en el mapa— de que estás viajando con la maldición.

Dio un volantazo hacia el arcén y pisó el freno.

—¡Mierda, Landon! —grité, aferrándome al tablero aunque el cinturón me mantuviera en el lugar.

Me bajó el mapa de un manotazo, más furioso de lo que lo había visto en toda la vida.

—¡Se terminó! No eres una maldición, carajo.

Puse los ojos en blanco en respuesta a su arrebato.

—Tal vez la maldición somos *nosotros dos*.

Apretó el volante con las manos y respiró hondo mientras se desataba una batalla silenciosa en su mirada.

Entonces se abalanzó por encima de la consola, me tomó de la parte de atrás de la cabeza y me acercó para darme un beso. Abrió la boca sobre la mía; su lengua exigía que la dejara entrar y, para mi sorpresa, la dejé.

Dos segundos después, me derretí, incapaz de resistirme al efecto que me producía en el cuerpo, en el corazón. Me besó hasta dejarme sin aliento, hasta que mi lengua se descontroló tanto en su boca como su lengua en la mía, hasta que me aferré a la tela de la camiseta con los puños.

Y me soltó.

Me quedé mirándolo, aturdida y más que un poquito caliente.

—¿Eso se siente como una maldición? —preguntó.

Me llevé los dedos a los labios.

—A veces. —Suspiró de la exasperación—. A veces odio el control que tienes sobre mi cuerpo, cómo me derrito por ti como no me pasa con nadie más. Pero no, no es una maldición.

Se relajó en el asiento, revisó los espejos y volvió a salir al camino vacío.

—Bueno, está bien.

Escondí la sonrisa detrás del mapa y negué con la cabeza. Por mucho que odiara amarlo, ya era un hecho bastante indiscutible en

mi vida. Y por mucho que desconfiara de él, tampoco podía pasar por alto el hecho de que hubiera renunciado al viaje a Nepal por mí.

Tenía razón: la única forma de volver a ganarse esa confianza era demostrándomelo.

Y mierda que lo estaba haciendo bien.

—Allá a la izquierda —le dije una vez que entendí exactamente dónde estábamos en el mapa.

Giró, y entramos a un camino todavía más rural, si es que eso era posible. Las colinas se alzaban al otro lado de los campos frente a nosotros, pero vi la silueta de un pueblo más adelante.

—¿Estás lista para esto? —preguntó.

—No —respondí sinceramente—. Pero me parecería una lástima dar la vuelta y volver a casa a esta altura.

—Muy cierto.

Se me hizo un nudo en el estómago mientras cruzábamos el río y entrábamos al pueblito. Todo era gris, pero no sabía si eso era algo normal o si era una consecuencia del clima frío de enero.

Atravesamos una zona pequeña del pueblo que tenía mucho movimiento, y la cabeza de Landon iba girando constantemente mientras conducía, contemplando todo.

—Allá hay un hotel —dijo.

—¿Cómo te das cuenta? —pregunté, sin llegar a ver adónde señalaba.

—Dice «Hotel».

—Qué listo —mascullé, pero me arrancó una sonrisa que me hacía mucha falta.

Después de dar unos giros más, estaba a punto de vomitar en serio. ¿En qué carajo estaba pensando? ¿Qué iba a hacer? ¿Ir hasta

la puerta y dar por sentado que iban a hablar mi idioma? ¿Que iban a tener la más remota idea de lo que les estaba hablando? ¿Que justo se iba a dar la posibilidad de una en cien de que el orfanato del pueblo donde había nacido mi madre biológica fuera el mismo orfanato donde me habían adoptado?

—Te quedaste callada. Esa nunca es una buena señal —comentó Landon.

Nos topamos con un edificio grande y gris del lado derecho.

—Debería ser ese —dije, comparándolo con la foto que nos había impreso Penna.

Landon llevó el auto a un costado de la carretera y estacionó, pero no apagó el motor. Subí la calefacción al sentir de pronto las manos frías.

Me las tomó y me dio calor en los dedos entre las palmas de sus manos.

—¿Qué necesitas?

—No tengo ni la más mínima idea.

—No hace falta que hagas esto hoy. Podemos tomarnos un avión mañana a la tarde y llegar al barco igual. Si necesitas tiempo, te lo puedo dar.

Negué con la cabeza.

—No vine hasta aquí para echarme para atrás.

Mi mano buscó la manija de la puerta y una corriente de aire helado me golpeó de lleno en el rostro.

—¿Quieres que espere aquí? —preguntó Landon.

Mis botas tocaron la acera, y miré cómo me observaba sin ninguna expectativa, solamente con un apoyo abrumador.

—¿Me acompañas?

Inmediatamente, apagó el motor, salió del auto y lo cerró con llave mientras se me acercaba. Le tomé la mano que me tendió y la apreté, ya que necesitaba algo sólido.

Abrió un portón de metal, que era la única apertura de una pared de piedra de casi un metro de alto, y entramos al pequeño patio. No había juguetes que indicaran que esto fuera un orfanato, pero hacia el fondo había dos chicas adolescentes sentadas en un banco con la cabeza agachada, mirando un libro.

Una de las chicas levantó la mirada cuando nos acercamos a la puerta y sentí unos escalofríos rarísimos que me bajaban por la espalda, como si estuviera viendo una línea de tiempo alternativa en la que nunca me había ido. Una línea de tiempo en la que hablaba coreano y había crecido rodeada de chicas que eran igualitas a mí. Una línea de tiempo en la que nunca había conocido a Landon.

En todas las líneas de tiempo. Me volvió de pronto el comentario que me había hecho durante el ritual de cortejo, y le apreté la mano un poquito más fuerte mientras subíamos los seis escalones de piedra que nos llevaban a la puerta.

Me levantó la mano y me dio un beso en el dorso.

Se me cortó la respiración, se me desaceleró el corazón y se detuvo el mundo que me rodeaba cuando crucé los últimos centímetros que quedaban hasta la entrada. Levanté la mano para tocar la puerta, pero la bajé y miré a Landon.

—¿Me veo bien?

Sonrió y me puso un mechón de pelo violeta detrás de la oreja.

—Estás perfecta. *Eres* perfecta. Y, pase lo que pase aquí, yo sé exactamente cuál es tu lugar en el mundo: conmigo.

Tomé una buena bocanada de aire, me volteé hacia la puerta y toqué tres veces.

Se me aceleró el corazón, que me golpeaba contra las costillas cuando se abrió la puerta unos segundos después.

Abrió una mujer mayor con pelo entrecano. Era un poco más baja que yo, pero no mucho, si bien eso no afectaba la postura autoritaria con la que se mostraba. Se nos quedó mirando, expectante.

—Eh... Hola. ¿Habla español? —pregunté.

Soltó una risa burlona.

—¿Tú hablas coreano?

Se me cerró la boca de golpe.

—Si hablara coreano, lo habría usado —dije en tono suave.

—Pareces coreana.

—Soy estadounidense. —En cuanto salieron esas palabras de mi boca, me di cuenta de la importancia... de la diferencia. Por más que me pareciera físicamente a esta mujer y a esas chicas, mi cultura, mi idioma y mis hábitos venían del otro lado del mundo.

Soltó un suspiro ruidoso y exasperado.

—Entonces, menos mal que hablo español.

Asentí con la cabeza, y Landon me rodeó la cintura con el brazo. Recién en ese momento me di cuenta de que estaba temblando.

—Ya sé que esto puede parecer una locura, pero ¿esto es un orfanato?

—No —dijo, negando con la cabeza.

Me dio un vuelco el estómago, y se me llenó la boca de un gusto amargo. Con todo el esfuerzo que habíamos hecho, de pronto... Nada.

—Ah. —Landon me sostuvo más fuerte, y me apoyé contra él. Obligué a mis labios a sonreír—. Bueno, gracias. Disculpe las molestias.

Nos dimos la vuelta y oímos que se movía a espaldas de nosotros.

—Pero antes lo fue. Lo convirtieron en una escuela para chicas a finales de 2000.

Me volví a girar hacia ella.

—¿Usted estaba cuando esto era un orfanato?

Asintió con la cabeza.

—Ahora soy la directora, pero estuve en este lugar en todas sus encarnaciones.

Sonreí y se me escapó una risa a borbotones, llena de esperanza.

—Ya sé que esto es poco probable, pero mi mamá nació en este pueblo, y a mí me adoptaron. Tenía la esperanza de que tal vez usted me pudiera decir si había sido en este lugar.

Entornó los ojos, que iban y venían entre Landon y yo.

—¿Cómo es tu nombre?

—No sé cuál era mi nombre cuando estaba aquí.

Volvió a suspirar con la misma exasperación. Habría apostado un millón de dólares a que era una directora dura como pocas.

—¿Y el de ahora, niña estadounidense?

—Rachel. Rachel Dawson.

Se le pusieron los ojos redondos, y se sostuvo del marco de la puerta para no caerse.

—¿Rachel?

—Sí, señora. —Un sentimiento más grande que yo misma me invadió todas las células del cuerpo, hasta que entendí que estaba al borde de algo que todavía no era capaz de comprender.

—Deberías pasar —dijo en tono suave.

Miré a Landon, que asintió con la cabeza.

—Sabe quién soy —le dije a la señora mayor.

Asintió con la cabeza.

—Eres la hija de Seo-yun.

***

El té que tenía delante de mí se estaba enfriando rápido.

Landon estaba sentado enfrente de mí, al otro lado de la pequeña mesa de la cocina. Estaba rayada por los años de uso, pero todavía estaba utilizable y bien cuidada, lo cual describía bastante bien todos los aspectos del edificio que nos rodeaba.

Él me miraba con atención, pero sin presionar. Me conocía lo suficiente como para dejarme sola con mis pensamientos. Y yo lo conocía lo suficiente *a él* como para saber que necesitaba que lo dejara entrar.

—No puedo creer que ella haya vivido aquí —dije en voz baja. ¿Había lavado los platos en ese fregadero? ¿Se había sentado en esta mesa? ¿En esta silla? ¿Había usado el mismo uniforme que las chicas que estaban afuera?

—*Tú* viviste aquí —agregó, tomando un sorbo de té de una taza que no tenía asa.

—Yo viví aquí.

—Sí —dijo la señora Rhee mientras entraba por la puerta con una caja de archivos entre los brazos. Landon se apresuró a tomar la caja, y ella asintió con la cabeza a modo de agradecimiento mientras él la apoyaba sobre la mesita que estaba al lado de la puerta—. Eso es todo lo que me queda de las cosas de Seo-yun —me dijo cuando

ocupó el asiento que estaba al lado del mío—. Ella querría que las tuvieras tú.

—Gracias —le dije, forzándome a despegar los ojos de la caja—. Es más de lo que podría haber pedido jamás.

Asintió con la cabeza, inspeccionándome abiertamente.

—Tienes sus ojos, la misma forma del mentón. ¿También tienes su lengua afilada?

Se me empezó a dibujar una sonrisa en los labios.

—Sí. Creo que sí.

—Qué bien. No me acuerdo de todos los bebés, ¿sabes? De esa época, no.

—¿Cómo sabía que era su hija? —pregunté, haciendo mi mejor esfuerzo por ser paciente. Sentía que había encontrado un pozo que rebalsaba de información, pero no quería recibirla de a un balde a la vez: quería beber de la cascada.

—Tu madre —dijo, mirando por la ventana a las chicas que seguían sentadas afuera en el banco— era huérfana. Aunque nunca la adoptaron. Llegó cuando yo empecé a trabajar en este lugar. Yo recién tenía veinticinco años. —Sonrió, perdida en sus recuerdos—. Era una niña brillante, pero odiaba las reglas y a cualquiera que le aplastara el espíritu. Para cuando cumplió dieciocho, ya se había mudado a Seúl. Me puse contenta por ella, por verla triunfar, pero volvió a casa menos de un año después, en trabajo de parto, a punto de tenerte a ti. —La señora Rhee ladeó la cabeza, y se le arrugó la frente mientras recordaba—. Llovía, y ella estaba tan cerca de parir que ya no llegábamos al hospital. Llamamos a un médico y te tuvo en un dormitorio del piso de arriba. Fue... largo. Difícil. —Me

miró de nuevo, como si buscara en mi cara algún rastro de mi madre —. Eras chiquita para ser una bebé. Prematura, me parece.

—¿Y después se volvió a Seúl? —pregunté, y luego me maldije internamente. Tal vez era mejor no saberlo. Pero estaba aquí. Tenía que hacer todas las preguntas que se me ocurrieran, porque nunca iba a volver a tener esta oportunidad.

La señora Rhee negó tristemente con la cabeza.

—Murió dos semanas después. Envenenamiento de la sangre, dijeron.

—Sepsis —dijo Landon en voz baja.

La señora Rhee asintió con la cabeza.

—Sí. Pero te quería.

Se me volvieron a ir los ojos a la caja que estaba en el suelo. Estaba muerta. Y por más que yo nunca hubiera tenido la misión de buscarla, ahora esa misión nunca iba a ser posible. Se sentía como si alguien hubiera abierto una ventana en una habitación que yo antes creía sellada, para luego encontrarme con que la vista era una pared de ladrillo.

El choque de emociones me dejó aturdida.

Mi mamá no me había entregado porque fuera ni demasiado joven ni soltera (por más que hubiera sido las dos cosas). No había sido un mandato cultural ni una decisión propia. Nunca había tenido la opción de criarme.

Eso era algo que al mismo tiempo me destruía (el hecho de tener que reconocer que nunca iba a saber más) y me daba una sensación de paz. No había sido no deseada. Me habían querido desde el momento en que nací, y cuando mi madre ya no pudo seguir queriéndome, llegaron mamá y papá para continuar haciéndolo.

—¿Alguna vez mencionó a mi padre? —pregunté.

La señora Rhee levantó las cejas.

—Lo describía como alguien que nunca estuvo destinado a quedarse.

Sostuve la taza de té, ahora fría, entre las manos.

—¿Y después vinieron mis papás? ¿Y me adoptaron? Sé que era muy chica.

—Sí, lo eras. Nunca entregué tan rápido a un niño; otra razón más por la que te recuerdo. Pero hice un llamado el día después de que muriera tu madre, y al poco tiempo ya te habías ido.

—¿Y ahora tienen una escuela para chicas, en lugar de un orfanato?

—Ahora educamos a jovencitas, algunas de las cuales son huérfanas, pero ya no cuidamos bebés aquí. —Alzó la vista hacia el reloj y me dirigió una sonrisa forzada. Teníamos tiempo limitado.

Empecé a revolver en mi cerebro, tratando de pensar algo que pudiera preguntar. Se me cruzaron mil preguntas por la mente, pero todas me parecían triviales, y todo lo que sabía de esta mujer me decía que no tenía tiempo para lo trivial.

—¿Cómo están de financiamiento? —preguntó Landon.

Se le levantaron las cejas de la sorpresa.

—Nunca sobra.

—Me voy a ocupar de que lo reciban —le prometió.

Inclinó la cabeza, pero no dio ninguna otra respuesta.

—¿Cómo era? Mi madre —pregunté, sin poder evitarlo.

Se le suavizaron las facciones y alargó el brazo para sostenerme la mano.

—Muy parecida a ti. Pero algo me dice que tú eres mucho más fuerte. Estaría orgullosa del coraje que tuviste al venir aquí, y feliz de que tus padres te hayan cuidado tan bien. —Bajó la mirada a la mesa y luego me volvió a mirar a los ojos—. Tu madre estadounidense estaba tan entusiasmada de alzarte en brazos... Asustada, pero recuerdo pensar que ibas a estar bien.

Tragué saliva, con la garganta tapada por las emociones.

—Lo estoy. Estoy bien. Tengo una familia fantástica. —*Que en este momento se está desmoronando.*

—Qué bien. Aunque ella nunca se habría hecho eso en el pelo. —Me señaló los reflejos y sonreí.

Entró una chica joven por la puerta, hablando coreano a toda máquina, y la señora Rhee le contestó.

—Lo lamento mucho —nos dijo—. Las chicas me necesitan. ¿Tienen lo que vinieron a buscar?

—Sí —dije, y se me volvió a escapar una mirada fugaz a la caja—. Más, de hecho.

Nos despedimos. Traté de memorizar hasta el último detalle de la casa, el patio, incluso la calle, mientras Landon cargaba la caja en la parte de atrás de nuestro vehículo. Tomé mi cámara del asiento delantero y empecé a tomar muchísimas fotos.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? —propuso mientras yo fotografiaba la casa.

—No —dije en tono suave, bajando la cámara—. No creo que haya nada más para mí aquí. ¿Crees que llegamos al *Athena*?

Miró su reloj.

—Se va a hacer tarde, pero llegaremos.

—Vamos —dije, echando un último vistazo a mi lugar de nacimiento. Me besó la frente y me ayudó a subirme a mi asiento. Con los nervios al rojo vivo, eso me hizo sentir cuidada, apreciada.

Estuve callada todo el viaje, y Landon llenó el silencio con música, levantándome la mano cada tanto para darme un beso en el dorso. Me dio el silencio y el espacio que necesitaba mientras la cabeza no paraba de darme vueltas.

Se ocupó de todo e hizo todo lo necesario mientras devolvíamos el vehículo y nos dirigíamos al avión. Nada de seguridad. Nada de controles de aeropuerto. Solamente Landon, yo y la caja que llevaba al fantasma de la mujer que me había dado la vida, pero que nunca iba a conocer.

Me abroché el cinturón y le di la mano mientras el avión despegaba, elevándose en el aire para llevarnos de vuelta al *Athena*.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, rompiendo por fin el silencio una vez que llegamos a la altitud de crucero.

—Como yo misma —dije mirándolo a los ojos, llenos de preocupación—. Como yo misma, pero, en cierto sentido, también algo más.

Me acarició el pelo hacia atrás y me dio un tierno beso en la frente.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Puedes ir a buscar la caja? —le pedí—. Creo que quiero verla ahora. Si no, puede llegar a quedar en un rincón hasta que crea que tengo el valor para abrirla, y eso haría que el viaje parezca un desperdicio.

—Por supuesto —dijo, desabrochándose el cinturón—. ¿No quieres venir aquí atrás? Hay más espacio.

Me desabroché el cinturón y lo seguí, para luego sentarme en el suelo, delante del sofá pequeño.

—¿Lista? —preguntó.

Asentí con la cabeza y me incorporé de rodillas para abrir las solapas dobladas que cerraban la caja. Con un tirón rápido, se abrió.

Respiré hondo, llenándome los pulmones, y me sumergí. Había un puñado de CD, más que nada de pop coreano que no reconocía, pero también algunos de «Los 40 principales» de Estados Unidos. Unas prendas de ropa que me indicaban que mi madre había sido más baja que yo, un brazalete y una manta colorida encima de dos cajas más pequeñas. Tomé una de las cajas y quité el relleno para descubrir su tesoro de cerámica.

Se me cerró la garganta, y me temblaron las manos mientras examinaba la pequeña pieza de porcelana fina.

—Es hermosa —dijo Landon.

—Es una tetera. —Me reí. No podía haber sido más perfecta por su simpleza, con su mango largo y recto y su brillo verde claro.

—Creo que se parecen más de lo que se imaginaba la señora Rhee. —Cuando la tomó de mis manos, extraje la última caja.

No tenía más que un sobre pequeño con un puñado de fotos. Mi madre biológica me devolvía la mirada con una sonrisa y con mis mismos ojos, irradiando felicidad y apoyada contra un puente con una vista de lo que supuse que era Seúl. No debía de tener más de diecisiete años.

A mi edad, ella ya había muerto.

Había algunas fotografías más en distintas partes de la ciudad, y se la veía así de feliz en todas.

—Era hermosa —susurré.

—Como su hija —respondió Landon, sentándose más cerca para mirar las fotos conmigo.

Llegué a la última y me quedé totalmente sin aliento.

Estaba en brazos de un soldado; un soldado estadounidense. *Nunca estuvo destinado a quedarse.* Las palabras de la señora Rhee se repetían en mi cabeza una y otra vez mientras miraba el rostro de ella... y el de él. Se veían tan felices, entrelazados... Estaba tan bien y tan mal, todo junto en la misma imagen.

—Rach... —dijo Landon, mirando más de cerca—. Ay, Dios. ¿Ese no es...?

Unos ojos que conocía tan bien como los míos me devolvían la mirada, y agradecí al instante no haber cenado, porque sabía que habría vomitado todo. Pasé el dedo por la chapa con el nombre «DAWSON» que estaba sobre el uniforme, justo encima de la mano de mi madre biológica.

—Mi papá.

CAPÍTULO 32
Landon

LOS ÁNGELES

Me froté los ojos irritados. El desfase horario me estaba haciendo mierda. Eché un vistazo a mi reloj y me quedé parpadeando. Me había olvidado de volver a ajustarlo a la hora de Los Ángeles, y seguía dando la hora de Japón. Nos habíamos ido tres semanas; lo justo para terminar el trimestre y rendir todos los finales menos uno con una semana de anticipación. Ya habíamos entregado los trabajos de Cívica, pero teníamos que dar una presentación virtual por Skype para la nota final.

Solo de esa manera había accedido el equipo del programa de Estudios en el Mar a darnos los días libres que necesitábamos para los X Games. Habíamos pedido diez días. Habían accedido a darnos siete. Ni que estuviera en forma para los X Games. Yo había contado con el viaje a Nepal para mantener mi condición física, pero no me arrepentiría jamás del viaje que había hecho con Rachel en su lugar.

Había sido la última vez que la había visto más o menos normal.

En cuanto ató cabos —y descubrió que su padre adoptivo era su padre biológico—, se había retraído. No estaba triste, ni enojada, ni

sarcástica: nada más estaba ida. Incluso ahora, que estaba sentado junto a ella en el auto de camino a la casa de sus papás, la veía perdida en sus pensamientos.

No podía culparla ni presionarla. No es que yo supiera el tiempo exacto que le debería llevar procesar una bomba semejante, pero dos semanas parecía un tiempo razonable. Y, como sabía que ella les había pedido encontrarse con los dos en su casa, supuse que se estaba por ir todo a la mierda.

Así que hice lo que se había vuelto mi costumbre en estas dos semanas: le levanté la mano y le di un beso en la parte interna de la muñeca.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar antes de que lleguemos? —Negó con la cabeza—. Quisiera que lo hablaras. Me mata verte pasar por esto sin apoyarte en nadie. Dice Leah que no hablaste con ella, y Penna dice lo mismo. Siento que estás hecha un cartucho de dinamita contenido que va a explotar en cualquier momento, y quisiera que lo hablaras conmigo.

Por más que estallara conmigo, eso era mejor que el silencio, que tener bloqueado el acceso a sus pensamientos. No tenía la más remota idea de lo que estaba pensando. ¿Seguía enojada conmigo? ¿Seguía dudando de mí? ¿Estaba esperando a que llegara el momento justo para dejarme para siempre? ¿Todo el progreso que habíamos hecho estaba en mi cabeza nada más?

Me miró y forzó una sonrisa tensa, pero se le suavizó la mirada. ¿Cómo era posible extrañar tanto a alguien cuando la tenía al lado? El miedo me bajó por la espalda, frío e indeseado. ¿Y si esta era su manera de alejarse?

—No sé qué decirles —dijo, encogiéndose de hombros—. Pensé muchas opciones, pero siento que ninguna encaja. No estoy enojada. Bueno, tal vez un poquito enojada por la mentira, pero más que nada estoy triste porque hay toda una historia que yo no conocía, que no me creyeron capaz de escuchar.

—¿Alguna vez guardaste un secreto? —pregunté cuando doblamos y entramos a su vecindario.

—Claro —respondió—. Demasiados de mis secretos tuvieron que ver contigo —agregó con una ceja levantada.

Mi corazón dio un salto al ver esa demostración de su espíritu, de ese destello de *mi Rachel*.

—Bueno, lo nuestro es un muy buen ejemplo. Al principio, lo mantuvimos en secreto para no lastimar a Pax, ¿no?

—Claro.

Se me escaparon los ojos a sus labios cuando recordé esos días, los momentos robados, las veces que la había besado mientras mi mejor amigo la esperaba en la habitación de al lado. Ahora estaba con ella, pero, como siempre, sentía que tenía un pie afuera. Lo cual me daba un miedo terrible. A eso había que sumarle el hecho de que la estaba llevando a la boca del lobo, donde su papá nos había separado no una, sino dos veces. Y eso me tenía al borde del vómito.

—A la larga, el mayor problema de guardar el secreto era que lo hubiéramos guardado tanto tiempo. Ya no era el hecho de que estuviéramos enamorados, de que estuviera muerto por ti desde la primera vez que te vi en la cabina de Gremlin con tu papá en el Tahoe Open. El tema era que cada día que pasábamos sin contarlo

se sumaba a nuestros pecados, hasta que empezaron a acumularse y a generar intereses.

—¿Piensas que no me lo contaron porque ya habían guardado el secreto demasiado tiempo?

—Creo que vale la pena pensarlo.

Nos metimos en la entrada y el auto se detuvo con un sacudón. *Demasiado pronto. No me alcanzó el tiempo con ella.* Quería estrecharla entre mis brazos y darle besos hasta borrarle la confusión del rostro, la incertidumbre que le nublaba los ojos, pero no habíamos cruzado ninguna barrera sexual desde Fiyi, y sabía que tenía que ser ella la que diera el primer paso.

Tal vez estaba mal, o era egoísta, pero yo necesitaba que ella también me necesitara a mí. Necesitaba que dependiera de mí, que se apoyara en mí, que tuviera confianza en que yo sería su lugar seguro si el mundo se iba a la mierda. *Confianza. Ja. Qué gracioso.* Sonaba sarcástico hasta conmigo mismo.

—¿Cuándo sale tu vuelo a Aspen? —preguntó.

—Cuando tú estés lista —respondí.

—¿Qué? No me puedes esperar a mí. No tengo idea de cuánto tiempo voy a necesitar hasta que sienta que ya me puedo ir.

—No me voy a ir sin ti —dije, encogiéndome de hombros.

Directamente me fulminó con la mirada, y de pronto me dieron ganas de cantar por la alegría que me dio.

—¿Y qué pasa cuando te pierdas tus eventos? ¿Cuando no ganes el dinero del premio que necesitas porque rechazaste los términos de Gremlin?

Sin poder detener a mi mano, le rocé la piel suave de la mejilla con los nudillos, saboreando el contacto.

—Tú no eres un término.

—Lo digo en serio, Landon.

—Yo también. ¿Qué pasa si me necesitas y no estoy? Te prometí que eras mi prioridad, y lo dije de verdad. Yo voy a estar aquí mientras tú estés atravesando esto. Voy a estar cuando me necesites, aquí mismo, incluso cuando me jures que no lo haces. Si estás lista para irnos, nos vamos. Si no, entonces no me voy.

Echó un vistazo a la puerta abierta, donde estaban sus dos padres, que parecían tan nerviosos como correspondía que estuvieran.

—¿A qué hora es el vuelo? —repitió.

—Tengo pasajes para un vuelo comercial mañana al mediodía —respondí.

—¿Comercial? —Arqueó una ceja—. ¿Vas a mezclarte con la gente común como nosotros?

Me reí.

—Puse todo el dinero que tenía de más en un avión privado para viajar al extranjero. Ahora estoy ajustado hasta que encontremos la manera de mantenernos dentro del circuito, porque el papá de Pax ya confirmó que solamente va a financiar el documental. Tú lo vales —le prometí en tono suave.

Desvió la mirada, y me pregunté cuánto tiempo me quedaba hasta que tratara de irse corriendo de nuevo. Sentí una pesadez en el estómago. ¿Algún día habría una manera de volver a ganarme su confianza de verdad, o siempre iba a tener que estar atento a ver si se escapaba?

—No me esperes —me indicó, y recé por que se refiriera únicamente a los X Games—. No te lo puedes permitir, y yo no voy a

ser la razón por la que te pierdas las medallas. Aunque igual no te las ibas a perder.

Respiré para atravesar el enojo repentino que me recorrió las venas al oír sus palabras. ¿Qué carajo tenía que hacer para demostrarle que ella era más importante?

—No me voy a ir sin ti. Lo digo en serio —dije con el tono más serio del que fui capaz sin dejar que se asomara la ira absoluta que sentía—. ¿No te lo demostré con lo de Nepal? —Había sacrificado más de lo necesario, y no le estaba pidiendo lo mismo; nada más le pedía el más mínimo atisbo de confianza. ¿Cuánto más podía soportar sin perder los estribos con ella y empeorar todo, cuando ya de por sí el estado de nuestra relación era tan delicado?

—Sí —admitió—. Pero esto es distinto. No vas a decepcionar a Wilder. Ahora que no está Penna, te necesitan.

—¡Bueno, pero yo te necesito *a ti*! —Me tapé la cara con las manos y respiré hondo. Luego traté de contener el enojo, la frustración, el terror de que se metiera en esa casa y su papá de alguna manera lograra ponerla en mi contra de forma permanente—. Te amo, Rachel. Lo sabes. Y voy a esperar todo lo que necesites, pero te ruego que empieces a darme el beneficio de la duda. Yo te puedo amar con todas mis fuerzas, pero no te puedo amar lo suficiente por los dos. En cierto punto, vas a tener que dejar de atacarme solo para ver qué tanto me puedes empujar hasta que me vaya. No me voy a ir, pero no sé si tú puedes decir lo mismo, y eso me da un miedo terrible.

Desvió la vista y luego me volvió a mirar, pero, después de un minuto de silencio, me di cuenta de que no me iba a responder.

—Te están esperando tus papás —le dije.

—Gracias por traerme a casa —dijo—. Puedes ir haciendo el registro del vuelo por los dos. Si llego, vamos. Si no estoy, ve sin mí.

Se me tensó la mandíbula.

Sin darme tiempo a decir nada que nos hundiera en la espiral de la perdición, me dio un beso en la mejilla.

—Nos vemos.

Asentí con la cabeza mientras el amor de mi vida salía del auto que habíamos contratado y tomaba el bolso que le daba el conductor. No se dio vuelta, aunque, en realidad, no esperaba que lo hiciera.

Todavía no creía que yo seguiría aquí si se daba vuelta.

CAPÍTULO 33
Rachel

LOS ÁNGELES

El reloj de pie marcaba su compás rítmico a mis espaldas mientras me armaba de valor para enfrentarme a mis padres en nuestra sala de estar. Mejor dicho: la sala de estar de mamá. Papá no vivía aquí hacía tres meses ya.

—Estamos muy contentos de verte, corazón —dijo mamá, mientras cruzaba y descruzaba las piernas—. Te extrañamos mucho.

Extraje el pequeño sobre del bolsillo trasero de mi mochila y me lo puse sobre las piernas. Luego miré a mi papá.

—Cuando tenía trece y me tuvieron que hacer una transfusión de sangre después de ese accidente que tuve esquiando, cuando me abrí la pierna, me dijiste que estaba todo bien porque íbamos a usar tu sangre, que era un milagro que tuviéramos el mismo grupo sanguíneo.

—Sí. Te recuperaste. —Papá se acomodó en el asiento.

—No fue un milagro, ¿no? —pregunté con voz suave.

—Rachel, ¿qué estás preguntando? —dijo mamá, y se le pusieron los ojos como platos.

Puse la foto de mi papá con Seo-yun sobre la mesa de café que nos separaba y la empujé hacia él, sin romper el contacto visual.

Mamá soltó un grito ahogado y se tapó la boca.

Papá se hundió en la silla, como si yo hubiera pinchado el globo que lo mantenía derecho. Luego sonrió y dijo:

—No fue un milagro.

—Porque eres mi padre biológico —dije.

Mamá gimoteó mientras a papá se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Porque soy tu padre biológico.

Ya lo sabía, pero, cuando lo escuché admitirlo, sentí como si hubiera encajado la última pieza que venía buscando para completar el rompecabezas. En ese momento, en mi cabeza tenía la voz de Landon, que me decía que tal vez habían guardado el secreto por tanto tiempo simplemente porque había pasado *tanto tiempo*.

—Tengo dos preguntas.

—Por supuesto —dijo papá con la voz entrecortada.

—¿Por qué la mentira?

Mis papás se miraron a los ojos, y entonces lo vi: todos los años de compañía, amistad, amor y paternidad contenidos en una sola mirada. Papá asintió con la cabeza y mamá tomó aire.

—Porque me daba vergüenza. No de ti, Rachel. Nunca de ti...

—Porque estaban casados cuando pasó —adiviné—. Saqué la cuenta. Pasó justo cuando papá se fue de Dartmouth y sirvió tres años en el ejército para complacer a su padre. ¿No?

Mamá asintió con la cabeza, y el movimiento le produjo una pequeña cascada de lágrimas que le bajaron por las mejillas.

—Estábamos en crisis. Estábamos casados hacía tres años y nos acabábamos de enterar de que yo era infértil. Tu papá se fue un año a Corea, y yo no sabía si íbamos a sobrevivir.

—Yo no sabía de ti —me dijo papá—. Recién lo supe cuando me llamó la señora Rhee del orfanato para decirme que había muerto Seo-yun. A esa altura, tu mamá y yo nos estábamos desmoronando; le había contado de la infidelidad, y estábamos en el proceso de consultar con abogados para divorciarnos.

—Pero no lo hicieron —dije, ya que sabía que yo había sido la razón por la que su matrimonio había seguido en pie. Miré a mamá —. ¿Lo perdonaste? ¿Aun estando yo?

Le tembló el labio.

—Al principio, no. Lloré, grité, maldije a Dios por que él pudiera tener un hijo cuando yo no podía, por que su infidelidad le hubiera dado la única cosa que yo nunca sería capaz de darle. Pero... —Miró a mi papá.

—No podía criarte yo solo, y ella lo sabía —continuó él—. Yo nunca dejé de amar a tu mamá. No puedo arrepentirme de lo que pasó en Corea, porque te tenemos a ti, pero le rogué que me diera otra oportunidad. Que *nos* la diera. Y lo hizo.

Mamá le sonrió a papá y se rio un poco.

—Le di otra oportunidad porque lo amaba y porque, más que nada en el mundo, quería ser tu madre.

Se me estrujó el pecho, y parpadeé para contener las lágrimas que me hacían arder los ojos.

—Lo eres —le dije.

—Ya sé, corazón. Acordamos trabajar en nuestro matrimonio y traerte a casa. No queríamos que hubiera ningún rumor dando

vueltas sobre ti... ni, de una forma más egoísta, sobre nosotros, así que dijimos que te habíamos adoptado y, apenas estuvo en regla la documentación de tu padre, te adopté oficialmente. —Se le contrajo el rostro por un segundo antes de que recuperara la compostura—. Te quiero desde el momento en que te alcé en brazos. Nunca quise lastimarte. No así. Es que... —Se desataron las lágrimas, y se cruzó de brazos por encima del estómago—. Es que no quería que me vieras distinto. Que vieras a papá como tuyo, pero a mí como una sustituta con título de madre.

Crucé volando el pequeño espacio, me dejé caer sobre mis rodillas y la abracé.

—Nunca. Eres mi mamá. El lugar de donde venga no cambia eso, y yo no fui a hacer esta búsqueda con la intención de reemplazarte, porque eso sería imposible. Tal vez quería agregar una capa más a mi historia, pero, mamá, tú eres el centro. En todo caso, te quiero más todavía porque me quisiste cuando no era necesario. Perdonaste algo que yo no sé si hubiera podido perdonar, y me quisiste como si yo no fuera la evidencia de lo que había pasado.

Me abrazó fuerte, envolviéndome en ese aroma a hogar, a galletas con chispitas de chocolate, a amor.

—Te lo tendríamos que haber contado. Lo siento tanto, Rachel.

—No, no te sientas mal —le dije—. Lo bueno de haberme enterado de esto mientras estaba de viaje es que me dio tiempo para superar el impacto y el enojo que me generó la mentira. Nada más necesitaba entenderlo.

Se alejó, sosteniéndome la cara entre las manos y sonriendo a través de las lágrimas.

—La razón es que había tres personas que te querían más que a nada en el mundo, y los dos cometimos errores al tratar de protegerte. —Miró a mi papá—. Y tal vez la parte de «los dos» no resultó como esperábamos, pero tú... —Me volvió a mirar a mí—. Tu fuerza, tu belleza y tu terquedad... En fin, eres lo mejor que hicimos en la vida. Así que no te pongas triste porque nosotros nos separemos ni pienses que fracasaste en mantenernos juntos. —Me quedé boquiabierta, y ella se limitó a mirarme negando con la cabeza—. Yo sé cómo funciona tu mente: soy tu mamá. Necesito que te des cuenta de que tú no eras el lazo que nos mantenía unidos, sino más bien nuestro propósito. Y has crecido. Eres una mujer hermosa y segura de ti misma, y ahora tenemos que encontrar qué más estamos destinados a hacer.

Asentí con la cabeza y la abracé, apretándola fuerte. Después me levanté para encontrarme con que mi papá ya estaba de pie a mi lado, y lo abracé con la misma intensidad. Ni me imaginaba lo fuerte que había tenido que ser para volver con ella conmigo en brazos, para que un hombre tan orgulloso pudiera demostrar tanta humildad.

No podía concebir que este hombre fuera el mismo que me había separado de Landon no una, sino dos veces.

—Te quiero, Rachel. Eres mi mayor orgullo en la vida —me dijo.

Asentí con la cabeza y me alejé.

—Yo también te quiero. Siempre has sido mi motor en la vida, papá. Pero todavía no te perdoné por lo de Landon, y no sé si puedo. Me protegiste, hiciste lo que tenías que hacer cuando yo era bebé. Pero ya soy una mujer adulta y, así como yo no te estoy juzgando por una infidelidad que cometiste cuando tenías

veinticuatro años, tú no puedes juzgarme a mí por amar a un hombre que es igual a todos los que siempre me rodearon en los lugares donde tú me criaste. Si querías que me alejara de los deportes extremos, tendrías que haber elegido otra carrera. No tienes derecho a decidir a quién amo, y no tienes derecho a sabotear lo mejor que me pasó en la vida porque consideras que está mal.

—Rachel... —empezó.

—No terminé. No fuiste por Landon nada más; fuiste por todo el equipo de los Renegades. Los excluiste, les destruiste todas las oportunidades de conseguir patrocinadores, y posiblemente les hayas arruinado la carrera y la vida a más de uno porque yo no quise seguir tus reglas, porque tuve el descaro de enamorarme. ¿Qué dice eso de ti? No sé cómo concebir que el hombre que hizo eso sea el mismo que siempre admiré.

—Fue una decisión de negocios basada en razones personales.

—Estuvo mal.

Se extendió un silencio entre los dos, hasta que por fin soltó un suspiro.

—A la mañana hago unas llamadas.

—Por algo se empieza.

—Rechazó el financiamiento de Gremlin.

Se me paró el corazón y luego se expandió, llenándose de todo el amor que nunca se había apagado cuando se trataba de Landon.

—Sí, ya sé. No tenías razón en lo que pensabas de él.

Hizo una mueca de incertidumbre.

—Eso habrá que verlo... —Respiró hondo—. Pero, si insistes, voy a intentar darle una segunda oportunidad.

—Dado que tú fuiste la razón por la que arruinó nuestra relación la primera vez... —Suspiró—. Papá, el que necesita una segunda oportunidad no es él; eres tú. Y por mucho que yo te quiera y entienda que estabas tratando de protegerme, si vuelves a entrometerte en nuestra relación, me voy a alejar de ti sin pensarlo dos veces.

Se puso pálido, tragando saliva con fuerza.

—No lo voy a hacer. Confío en que puedes tomar tus propias decisiones.

—Voy a creerlo cuando lo vea —dije en tono suave.

—Vas a ver —me prometió.

—Tengo una pregunta más —le dije.

—Lo que sea.

—¿Por qué no puedes perdonar a mamá por hacer exactamente lo mismo que hiciste tú?

***

Mamá me pasó una taza de café mientras me incorporaba, pestañeando para quitarme el sueño de los ojos. Estaba tan cansada que tenía náuseas, gracias a que me había ido a dormir a las cinco de la mañana.

La noche se había convertido en un episodio interminable de uno de esos programas de terapia televisiva como *Dr. Phil*.

—Por tu cara, parece que necesitas esto.

—Gracias —murmuré mientras aceptaba la taza y daba un sorbo con cuidado, rezando por que la cafeína fuera derecho a mis venas. Tenía que llegar al aeropuerto lo bastante temprano como para no preocupar a Landon.

Si lo de anoche me había enseñado algo, era que el perdón se ganaba y se otorgaba. Podía ser que papá no se lo hubiera ganado todavía, pero Landon sí, por lejos, y yo todavía se lo tenía que otorgar. Ya era hora de que diera un paso al frente y le permitiera amarme.

—¿Todo bien entre nosotras? —preguntó, balanceándose al borde de mi cama.

—Sí —le dije. No se había reparado, y no sabía si algún día iba a pasar, pero después de pasar una larga noche hablando, sentí que tal vez estábamos yendo por buen camino. Y, si ella y papá resolvían todos sus asuntos... Bueno, eso sería algo extra.

—Qué bien. ¿Quieres ir de compras hoy? Ya sé que tienes una agenda muy apretada porque tienes que ir a Aspen mañana, pero me encantaría encontrar un huequito para pasar un tiempo juntas —dijo, con los ojos hinchados llenos de esperanza.

—¿Mañana? Salgo hoy, mamá... —Me miró el reloj, titilando. Las once y media de la mañana. *Uy, mierda*—. Perdóname, se me hizo tarde. Ay, Dios. Landon.

—¿Hoy? —preguntó.

—¡Mi alarma! —grité mientras me levantaba de la cama de un salto, me tropezaba con las sábanas y me caía de cara al suelo. Se me volcó el café por todo el edredón. *Perfecto.*

—Ah, la apagué. Nos quedamos despiertos hasta tan tarde, y necesitabas descansar...

La miré boquiabierta desde el suelo.

—¡Se me va a ir el avión!

—Ah —dijo.

—«Ah» nada, mamá. Esto está mal. *Muy* mal. —Me empezó a dar vueltas la cabeza. Iba a pensar que lo había dejado plantado; ¿o lo de anoche no había sido básicamente un desafío de mi parte? Ya había estado tan distante este mes... De hecho, no lo trataba para nada bien desde Dubái, y ahora le hacía esta mierda.

Me puse la ropa a toda velocidad.

—El teléfono. ¿Está activado mi teléfono?

—No, pero puedes usar el mío.

—¡No me sé su número!

—Eso es lo que les pasa con estos celulares nuevos. Cuando uno tiene todo guardado en la memoria...

—¡Mamá! ¡No es el momento! —dije, encendiendo el iPad.

Lo habían etiquetado en el aeropuerto de Los Ángeles, pero no estaba en línea.

Y yo todavía estaba a una hora de distancia.

Le mandé un mensaje y contuve la respiración, con el estómago revuelto de las náuseas, pero no contestó. El mensaje figuraba como no leído.

Me dejé caer al suelo.

—Se me fue. No hay manera de que llegue a tiempo. —Cerré el iPad—. Tengo que llegar a Aspen.

—Si lo único que haces es quejarte con las nalgas pegadas al suelo, no vas a llegar —dijo mientras tomaba mi taza, que ahora estaba vacía, y se levantaba—. Junta tus cosas y busquemos una solución.

***

Una hora después, mi teléfono estaba activado, y yo estaba yendo y viniendo por la habitación mientras mamá miraba opciones de vuelos a Colorado.

Había tratado de llamar a Landon por lo menos tres veces, pero no contestaba. Seguramente porque estaba volando. Por fin, respiré hondo y llamé al único número al que nunca pensé que iba a volver a llamar.

—¿Rachel? —Nunca había sentido tanto alivio de oír la voz de Wilder.

—¿Ya llegó? —pregunté.

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Landon! ¿Por quién más te voy a estar llamando? —ladré.

—*Uf*, otra vez con tu actitud de mierda.

—¡Wilder!

—No —dijo con un suspiro—. No llegó. Llamó desde el aeropuerto de Los Ángeles cuando no te tomaste la puta molestia de ir a encontrarte con él y canceló el pasaje. Ahora, gracias a ti, se está perdiendo las clasificatorias para la competencia de Big Air, que es justo la medalla que *no ganó* el año pasado, así que no entra de manera automática.

Bueno, ahora me sentía todavía más hija de puta.

—Perdón. Me quedé dormida; no oí la alarma. —Wilder se quedó callado—. ¿Wilder? ¿Me escuchaste?

—¿En serio? —preguntó—. ¿Esto no es una prueba para ver si te ama? ¿Para ver si te pone por encima de todo lo demás? Porque estoy bastante convencido de que te lo acaba de demostrar, y si tienes que hacerlo pasar por una mierda así para...

—¿Puedes parar de hablar, carajo? No entiendo cómo mierda te aguanta Leah. No, no es una prueba. Mi mamá me apagó la alarma porque anoche tuvimos todo un asunto familiar, y ella no sabía que yo tenía que subirme a un avión. Fue eso, nada más.

—Bueno, aquí no está. Gracias a ti.

—¿Podemos pasar eso por alto y hablar de dónde *sí* está?

—¿Te fijaste en su casa? —preguntó Wilder.

Me froté la frente.

—No, pensé que los guardias se iban a burlar de mí si aparecía ahí preguntando dónde estaba.

—¿Los guardias?

—Sí, ¿no viste a los tipos armados que vigilan el portón y meten miedo?

Wilder se rio.

—Esa es la casa de sus papás. No la suya.

¿Por qué no se me había ocurrido eso?

—Bueno, ¿y dónde es *su* casa?

—Ah, bueno, ¡esto es el colmo!

—¡Wilder! ¡Mierda!

—¡Rachel! —me ladró mamá, volviendo a entrar al dormitorio—. ¡La boca!

Traté de tomar un poco de paciencia junto con la bocanada de aire.

—¿Cuál es la dirección, Wilder?

Cuando me la dijo, me quedé perpleja, y luego abrí y cerré la boca.

—¿Estás seguro?

—Sí, no es algo que me vaya a olvidar. Y parece que tampoco era algo que se fuera a olvidar él.

Terminé la llamada y le di un beso en la mejilla a mi madre.

—¡Creo que lo encontré!

—Qué bien. Creo que encontré la manera de que puedan ir a Aspen.

—¿Cómo?

Me contó su plan, y yo salí por la puerta sin poder dejar de sonreír. ¡Esto podía llegar a funcionar! Se me llenó de emoción el pecho, que amenazaba con explotar del amor que sentía por ese hombre. Toda la mierda por la que lo había hecho pasar, todas las pruebas, todos los comentarios ácidos; los había aguantado todos... y me había esperado.

Cuando estacioné junto a su casa, me di cuenta de que no me estuvo esperando una noche nada más. Me estaba esperando desde hacía dos años y medio.

CAPÍTULO 34
Landon

LOS ÁNGELES

Estaba lanzando y atajando una pelota de tenis contra la pared una y otra vez mientras se reproducía la primera ronda de clasificación del evento de Big Air en la pantalla grande de mi sala de estar.

Todavía tenía tiempo para ocupar mi lugar en la tercera ronda esa noche si salía pronto, pero me iba a costar lo único a lo que no estaba dispuesto a renunciar: Rachel.

Se le había ido el puto vuelo.

¿Qué tenía que interpretar yo de eso? ¿Era su manera de decirme que habíamos terminado? ¿Que no teníamos ninguna posibilidad? ¿Pensaba que me iba a ir sin ella y le iba a demostrar su punto?

Se me tensó la mandíbula, lancé la pelota con más fuerza y la atrapé cuando me volvió rebotando. Mejor la pelota que el celular que había hecho polvo hacía una hora cuando se había ido el avión sin nosotros. No había venido, su teléfono me mandaba directo al contestador, y el mío había ido a parar derecho al carril de llegadas, donde lo había atropellado un taxi abruptamente.

¿Y si esto terminaba aquí? ¿Y si de verdad no había ninguna manera de hacerla escuchar? ¿Ninguna manera de demostrarle lo que significaba para mí? ¿Y si todo había sido en vano?

Se disparaban las preguntas en mi mente más rápido de lo que me las podía contestar. Sentía que estaba en pausa, esperando a que ella volviera a apretar el botón de «Reproducir». Ni siquiera era capaz de quedarme con una sola emoción: estaban todas mezcladas. Estaba frustrado porque ella no fuera capaz de tener una puta conversación conmigo y ya, como todas las demás chicas del planeta. *Ella no es como las demás chicas del planeta, y esa es una de las razones por las que la amas. Bien dicho, cerebro.*

Estaba dolido porque no había venido, confundido por no saber por qué. Para ser sincero, estaba más enojado que la mierda porque no me hubiera merecido ni una llamada.

Pero nada de todo eso se comparaba con la cruda sensación de vacío que precedía inmediatamente al horror que estaba tratando de mantener a raya. Rachel era mi centro, mi gravedad, el equilibrio perfecto de mi ser en todo sentido. Era la única mujer que iba a amar en la vida, y no me imaginaba una vida sin ella ahora que por fin la había recuperado.

Quería nuestro futuro.

¿Qué carajo iba a hacer si ella no lo quería?

No podía vivir sin ella: no podía volver a ser la sombra de mí en la que me había convertido antes de que apareciera en mi vida. Mi respiración se volvió tan rápida que estuve a punto de ir a buscar una bolsa de papel para no hiperventilarme.

Cálmate, carajo.

Me llevó unos minutos, pero mi respiración y mi corazón volvieron a la normalidad. Quisiera poder decir lo mismo de mi cerebro. Estaba a toda máquina, tratando de pensar en todas las situaciones posibles en las que podría estar Rachel.

¿Me estaba poniendo a prueba? De solo pensarlo, ya me llenaba de enojo otra vez.

El reloj ya marcaba un poco más de las dos de la tarde. La pizza que me había pedido iba a llegar en cualquier momento, y entonces, ya sin este mal humor causado por el hambre, iba a ir a su casa y le iba a hacer entender que la amaba. Era capaz de levantar un puto estéreo portátil por encima de mi cabeza, si eso era lo que hacía falta.

Sí. Eso mismo iba a hacer. Iba a hacer sonar «Skinny Love» a todo volumen y a volarle la cabeza al demostrarle que todavía me acordaba de su película favorita y de nuestra canción favorita... En cuanto se me ocurriera de dónde mierda sacar un estéreo portátil.

Sonó el timbre, rescatándome de mis patéticos planes románticos, y fui a buscar la pizza que me iba a salvar de seguir hundiéndome en la demencia causada por el hambre.

Tomé un bolígrafo de camino para poder firmar el recibo y abrí la puerta.

—Hola, toma... —Me quedé totalmente boquiabierto—. ¿Rachel?

Estaba para comérsela, con esos jeans levemente rasgados en la rodilla y esa camiseta retro.

—¿Vives aquí?

—Sí —dije en voz baja, más impactado por el hecho de que hubiera venido a buscarme que porque hubiera descubierto el último secreto que le había guardado—. ¿Cómo sabías?

—Por Wilder —dijo, metiendo los pulgares en los jeans.

—Claro.

Me miró, expectante.

—¿Me vas a invitar a pasar?

Volví a poner la mente en marcha.

—Sí, más vale. —Abrí del todo la puerta y ella entró, pasando la vista por todo el espacio y, sin dudas, catalogando los cambios que había hecho en los últimos dos años.

—Me dijeron que tenía que encontrar a alguien que se hiciera cargo del alquiler o pagar el año completo —dijo con voz queda.

—Me llamó tu papá. Le dije que yo me ocupaba.

—Él supuso que habías pagado el monto del alquiler.

—Supuso muchas cosas sobre mí. La mayoría estaban equivocadas.

—Sí, ya me estoy dando cuenta de eso —dijo mientras entraba a mi cocina (a *su* cocina) y pasaba la mano por la isla—. Estas eran de fórmica. Y el apartamento terminaba con esa pared. —Señaló la pared en la que estaba colgada mi pantalla plana.

—Compré el edificio. Para eso usé ese dinero extra. Después tiré abajo algunas unidades más.

Se le pusieron los ojos redondos, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Me gusta el granito.

—Siempre dijiste que querías encimeras de granito oscuro y alacenas blancas. Pero no me olvidé de lo mucho que te gustaba la disposición, así que no la cambié.

Se apoyó contra la isla y me miró mientras yo me ponía en la misma posición, apoyado en la encimera que estaba enfrente.

—No te dejé plantado.

—¿No?

—No era mi intención —aclaró—. Hubo toda una situación anoche, y mamá me apagó la alarma. Cometí el error de sacarles el tema apenas llegué, antes de aclararles cuáles eran mis planes para la mañana siguiente.

—Puede pasar cuando uno confronta a sus padres por guardarle secretos.

—Tú lo sabes bien, ¿no? —me burló.

—Miro mucho *Dr. Phil* —confesé.

Se rio abiertamente, y después se le apagó la sonrisa.

—Te perdiste las clasificatorias de Big Air.

Negué con la cabeza y señalé la tele.

—No me las perdí. Las estoy viendo ahora mismo. —No me importaba un carajo perderme la mismísima ronda en la que estaba seleccionado con tal de poder quedarme con ella.

Tragó saliva y se le suavizaron los ojos. Dios, esa mirada... Me daba todo tipo de esperanzas, y sentía que eso era más peligroso que cualquier truco que hubiera hecho en la vida.

—No decía eso —dijo.

—Ya sé.

—Wilder está que echa humo.

—Wilder echa humo cada vez que algo no sale como él quiere. —Pero se me estaba pasando el enojo con cada respiración, de solo saber que estaba ella aquí.

Se mordió el labio de abajo, y crucé la distancia que nos separaba. Le apreté suavemente el mentón con el pulgar, obligando a sus dientes a soltar el trozo delicado de piel.

—Te quedaste —susurró.

—Sí.

—Me elegiste a mí.

—Siempre te voy a elegir a ti.

Sonrió y se me aceleró el corazón, que me exigía hacer cosas que me daban un poco de miedo. Quería tener su cuerpo entre mis brazos, su boca sobre la mía, poder decir que su amor y su corazón eran míos. Pero, más que todo eso, quería que ella quisiera lo mismo.

—Porque me amas —dijo.

—Porque te amo —le aseguré.

—Qué bueno —dijo—. Porque yo estoy tan enamorada de ti que duele.

Se acercó para darme un beso, y yo me alejé, aunque por poco me mata hacerlo.

—Pero ¿confías en mí? —Siempre todo se iba a reducir a esa cuestión entre nosotros, y, por mucho que yo quisiera a Rachel (por mucho que la necesitara), más necesitaba su confianza.

Me clavó los ojos con la mirada firme y clara.

—Te confío mi vida. —Tragó saliva—. Tanto que convencí a papá de que les extienda una propuesta de patrocinio a los Renegades.

Mierda, cómo amaba a esta chica.

—¿No te da miedo que te esté usando para conseguir eso? ¿De que te deje apenas me ofrezca más dinero?

—Para nada —dijo, negando con la cabeza—. Y le pedí que les hiciera la propuesta antes de saber que no te habías ido. —Levantó la vista hacia la lámpara por la que yo sabía que se había roto el

brazo al intentar cambiarla—. Antes de darme cuenta de que siempre me amaste.

—Sí, siempre —le aseguré—. Nunca hubo ni un momento en el que no te amara. Nunca va a haber ni un momento en el que no te ame. Me ames o no, eso nunca va a cambiar el hecho de que soy tuyo.

Esta vez, cuando se abalanzó sobre mí, la atrapé, sosteniendo sus curvas entre mis manos mientras su boca se encontraba con la mía.

Sí, carajo.

Me metió suavemente la lengua en la boca, y le di el control por unos buenos treinta segundos antes de volver a tomarlo yo y besarla hasta que se empezó a mecer contra mi cuerpo, rodeándome la cintura con las piernas.

—No tenemos tiempo —jadeó.

—Tenemos todo el tiempo que queramos —le dije mientras trazaba un camino de besos que le bajaba por el cuello. Dos segundos con su culo entre las manos y ya la tenía dura; mi cuerpo pedía a gritos por el suyo.

—No, en serio —dijo con un suspiro sin aliento mientras le mordía ese lugar donde se unía el hombro con el cuello.

—Lo que tengo pensado no puede esperar.

—Pero sé cómo podemos ir a Aspen.

—Y yo sé cómo podemos ir a nuestra habitación —le dije mientras la subía por los escalones que llevaban a la zona elevada del apartamento. A la mierda las clasificatorias. En ese momento, necesitaba ponerme encima de ella más que lo que necesitaba ganar otra medalla de los X Games.

—No tenemos...

La callé con un beso y entré al espacio que había diseñado con ella en mente. Unos pasos después, la dejé en el medio de nuestra cama, y luego le quité los zapatos, los jeans y la camiseta hasta que quedó nada más que con la ropa interior.

—¿Sabías que nunca traje a ninguna mujer aquí? —pregunté.

—¿Qué? —respondió, incorporándose sobre los codos mientras yo me desvestía.

—Nunca. Ni una vez. Solo en el circuito, en las fiestas o en la casa de ellas. Nunca traje a nadie aquí porque esto era nuestro. Y tal vez no volvieras nunca, pero, si quedaba la más mínima posibilidad de que lo hicieras, quería poder decir que había reservado esto para nosotros. Para nosotros y nadie más.

Me di unas palmadas en la verga y me la acaricié de arriba abajo, toda dura, mientras ella miraba con los ojos nublados por el deseo. Si se volvía a lamer los labios así una vez más, esto iba a acabar antes de que la tocara.

Se dio vuelta y se me acercó gateando sobre la cama, cumpliendo la misma fantasía que siempre me había imaginado cuando dormía aquí.

—¿Y qué querías hacer aquí? —preguntó, como si me hubiera leído la mente.

—Esto —dije; una única palabra de advertencia antes de levantarla de la cama y besarla, llenándome las manos con su culo y saboreando su boca con mi lengua. Mis dedos la encontraron mojada y llena de deseo, ya resbalosa, y solté un gemido cuando se la sentí—. Dios, Rachel, no sé si puedo esperar.

—Entonces no esperes —dijo, besándome la oreja.

—Mierda, no tengo preservativos —gruñí.

—¿No habíamos hablado de esto ya? —preguntó.

—La verdad es que no estaba esperando que vinieras —dije, maldiciendo mi estupidez.

—Pero yo sí —dijo—. Fíjate en mis jeans.

La apoyé con cuidado sobre la cama, levanté sus jeans y encontré un envoltorio de aluminio en el bolsillo trasero.

—Creo que eso es lo más sexy que escuché en toda la puta vida —dije, rasgándolo y poniéndome el preservativo.

—Me alegra que te guste.

Le pasé los dedos por esa parte mojada y después le apreté el clítoris haciendo círculos. Le cedieron las rodillas, y la atrapé.

—Me gusta todo lo que haces.

—Más —suplicó, y yo se lo di con ganas, conteniendo todos los impulsos de metérsela adentro.

En vez de eso, le metí y saqué los dedos mientras la volvía a levantar, provocándola y lamiéndola en la punta dura de los pezones. Quería hacer esto por el resto de mi vida y, por primera vez en muchísimo tiempo, sentí que tal vez tuviera posibilidades de cumplir ese sueño.

—Landon —gimió, frotándose contra mí, y oír su grito me hizo acelerar todavía más.

Se le agitó la respiración, se le contrajeron los músculos, y supe que estaba cerca. Dios, quería llegar con ella; necesitaba tenerla adentro de ella cuando volara.

—Te quiero ya —le advertí.

—Sí —dijo.

No necesité más permiso que ese. La levanté un poco, le puse las piernas alrededor de mis caderas y le sostuve el culo mientras se la

metía, sintiendo que me envolvía ese calor tan apretado.

Mierda, estaba tan caliente que sentía que me estaba marcando con hierro de la mejor manera posible.

Trabó los tobillos detrás de mi espalda con los brazos enroscados en mi cuello mientras me devolvía un beso desenfrenado. Empecé a subirla y bajarla, usando mi cuerpo para acompañar el suyo hasta llevarla al límite.

Gritaba cada vez que la bajaba levemente, ayudándome de la gravedad para metérsela más adentro y, cuando ya no alcanzó con eso, la empujé contra la pared de al lado de mi cama y empecé a dársela a un ritmo constante que la hizo gemir contra mi oído, pidiéndome más. Más fuerte. Más adentro.

Por supuesto, hice lo que me pedía, extático.

Pero me contuve lo justo y necesario para mantenerla al borde, y aunque se arqueaba contra mi cuerpo, porque sabía buscar su propio placer, le negué ese poquito de fricción que necesitaba.

—¡Landon! —gritó, frustrada.

—Dime que me amas —le exigí.

—Te amo —me dijo entre jadeos contra mis labios, apretados frente con frente.

—Dime que esto es para siempre. Tú y yo. Siempre.

—Para siempre. —Soltó un grito ahogado cuando hice girar suavemente la cadera, dándole en el clítoris—. Siempre.

La besé con un alivio y una pasión crudos, y luego cambié el ángulo para darle todo lo que necesitaba, clavándosela hasta que se deshizo en mis brazos. Se aferró a mí con fuerza mientras acababa, apretándome como una prensa, echando la cabeza hacia atrás en la

demostración de éxtasis más hermosa que había visto en toda la vida.

Me trajo con ella y llegué al clímax con un grito, con su nombre saliendo de mis labios como una plegaria.

Teníamos la respiración entrecortada cuando volví caminando hasta la cama y me desplomé, dejándola acostada contra mi pecho.

—Nos. Tenemos. Que. Ir. En serio —dijo, soltando una palabra entre cada respiración.

—Era más divertido cuando estabas acabando —bromeé.

Me golpeó el pecho.

—Levántate y déjame demostrarte lo mucho que te amo *yo a ti*.

Esa era una propuesta que no podía rechazar y, en menos de veinte minutos, ya estábamos vestidos, saliendo por la puerta. Le pagué al de la pizza cuando salimos, y, de camino al aeropuerto, ella me fue dando una porción de a mordiscos, con lo que ya no quedaba ni rastro de mi mal humor causado por el hambre.

—No salen más vuelos hoy —le dije.

—Confía en mí —dijo con dulzura, usando mis palabras en mi contra. Cuando nos acercamos más, cambió las indicaciones—. Dobla aquí.

—Este es el aeropuerto privado —dije.

—*Síp* —contestó.

Seguí sus indicaciones hasta que llegamos a la pista de aterrizaje.

—¿Ese es...?

—Mi papá —respondió.

Me. Cago. En. Mi. Vida.

Estacioné el auto donde me indicó y extraje nuestros bolsos de la cajuela.

—Señor Dawson —dije cuando nos acercamos.

Había abandonado el traje acartonado y había optado por un par de jeans y un chaleco de marca Patagonia.

—Señor Rhodes. Mi hija me dice que lo juzgué mal.

Rodeé a Rachel con el brazo y se acomodó contra el costado de mi cuerpo como si siempre hubiera estado ahí.

—En algunos aspectos, señor. En otros, yo era exactamente lo que usted pensaba.

Asintió con la cabeza.

—Me parece justo. Me dijo que tienen que llegar a Aspen, y justo da la casualidad de que tengo que ir a los X Games en nombre de la empresa. ¿Quieren que los lleve?

Me quedé pasmado por un segundo, hasta que Rachel me pinchó las costillas.

—¿Qué dices? ¿Quieres sacar a pasear a tu maldición por Aspen? —me preguntó, moviendo las cejas.

Negué con la cabeza y le di un beso, sin que me importara que nos estuviera mirando su papá. Nunca más iba a volver a ocultar el amor que sentía por esta mujer. Jamás.

—No. Pero sí que quiero llevar a mi amuleto de la suerte.

Sonrió, y mi corazón volvió a caer rendido a sus pies cuando arrugó la nariz.

—Entonces me parece que habría que partir. Te esperan tus medallas.

Le di la razón, pero solo porque quería que se subiera ya mismo al avión.

Siempre había sentido que tenía dos caras cuando se trataba de este deporte, y todavía no entendía cómo había hecho para

encontrar a una mujer capaz de amar las dos.

Como Nova, iba a ganar esas medallas, bajar por las crestas, sonreír para las cámaras y ganarme la gloria. Era imparable con ella a mi lado.

Pero, como Landon, sabía la verdad. Las medallas podían ser muy lindas, pero yo ya había ganado algo muchísimo más precioso que el oro: el amor de Rachel.

AGRADECIMIENTOS

Primero que nada, mi eterna gratitud va para mi Padre Celestial, que me bendice de forma inconmensurable y me da mucho más de lo que voy a merecer jamás.

Gracias, Jason, no solo por impulsarme a perseguir mi sueño cuando las cosas salen bien, sino también por salvarme de la oscuridad cuando las cosas salen terriblemente mal. Tu fe inquebrantable en mí es lo que hace que esto sea posible en todos los sentidos. Gracias por levantarte antes que yo algunos días..., bueno, sí, está bien, *todos los días*... para hacerles el almuerzo a los chicos, por todas las tandas de ropa limpia que doblas, por todas las veces que los llevas al entrenamiento de hockey para que yo pueda meter una horita más. No me imagino un mejor compañero de vida. Además, parece que te vuelves cada vez más sexy con la edad.

Muchas gracias a nuestros hijos: su alma es hermosa, y ustedes no están ni enterados. Gracias por todas las veces que me tienen paciencia cuando está cerrada la puerta de mi oficina, y gracias por todas las veces que irrumpen igual y me recuerdan que lo que

importa en la vida no es lo que sucede dentro de ese cuarto, sino lo que pasa afuera. Son mi mundo, mi razón y mi todo.

Gracias, mamá y papá, por entender cuando estoy hecha una gruñona porque tengo una fecha de entrega y por no poner los ojos en blanco por mi procrastinación constante. Gracias, Kate, simplemente por ser tú. Todos deberían tener la suerte de tener tanta cercanía con su hermana como nosotras. Gracias, Emily, por estos veinte años de ser mi mejor amiga. Ojalá vengan veinte años más.

Gracias a mi increíble editora, Karen. Este, más que ningún otro libro en los que trabajamos juntas, está aquí porque tú siempre me tienes una paciencia impresionante. Además, tienes un talento increíble para desentrañar lo que quise decir en realidad. Gracias por exigir lo mejor siempre: realmente haces que sea una mejor escritora, y no me imagino haciendo esto sin ti. Muchísimas gracias a todo el equipo de Entangled: Liz, Melanie, Jessica, Brittany, Candy y Curtis. Son simplemente increíbles. A mi excelente publicista, Melissa, gracias por cuidar mi salud mental y por estar siempre, pase lo que pase. Lo único que faltaría es que mates las arañas que hay en mi casa, y la vida sería totalmente perfecta.

Gracias, Allison, por dirigir mi grupo con tanta alegría y entusiasmo. Gracias, Linda, por perseguir a todas las ardillas que se te cruzan en el camino. La mejor compañera de firmas del mundo..., pero no le digas a Jason. Muchísimas gracias a mi agente espectacular, Louise Fury. No se me ocurre nada que me dé más alivio que cuando me dices «Yo me ocupo», porque sé que es verdad. Gracias por no dormir nunca para que pueda dormir yo..., pero, en serio, tendrías que dormir en algún momento.

Gracias a los escritores increíbles que también están entre mis mejores amigos. Molly Lee, no hay palabras, pero sé que lo sabes. La mismísima Gina Maxwell y Cindi Madsen, gracias por poner de moda la palabra «fetch» y por recordarme cuándo hay que vestirse de rosa. Jay Crownover, creo que eres el mejor vecino del mundo. Perdón por no poner ninguna escena —*ejem*— en la playa en este libro, pero te la prometo para el próximo. Lisa, Michelle V., Kristy, Lauren, Laurelin, Alessandra, Christine, Claire y Rose, gracias por estar siempre que vengo con mis preguntas ridículas. Mandi, Heidi, Isabelle y el resto del grupo de TBR, gracias por unas sesiones de chat increíbles que me permiten procrastinar constantemente. Katrina, eres una diosa. Lizzy, Jenn, Kennedy... Son lo máximo, chicas. Las blogueras que trabajan tanto para promover, reseñar y apoyar a los autores. Son mis heroínas: Aestas, Natasha T., Natasha M., Wolfel, Kimberly, mi amor..., Jillian Stein, Jen, Reanell, Lisa y Milasy, Angie, Beth y Ashley, y tantas más que no me entran aquí. Si me olvidé de ustedes, por favor, perdónenme, a mí y a mi cerebro que está sin dormir. Liz Berry, gracias por apostar por mí y por hacerme sentir extraordinaria siempre.

Mis Flygirls. Chicas, ustedes lo son todo.

Por último, quiero volver a agradecerle a mi esposo. Llenas nuestra vida de unos momentos tan increíbles y colmas de tanto amor y alegría los momentos más comunes y ordinarios que nuestra vida se ha convertido en algo realmente extraordinario. Pase lo que pase en esta vida, mi título favorito siempre va a ser el de Sra. Yarros.

Índice

Capítulo 1. Landon
Capítulo 2. Rachel
Capítulo 3. Landon
Capítulo 4. Rachel
Capítulo 5. Landon
Capítulo 6. Rachel
Capítulo 7. Landon
Capítulo 8. Rachel
Capítulo 9. Landon
Capítulo 10. Rachel
Capítulo 11. Rachel
Capítulo 12. Landon
Capítulo 13. Rachel
Capítulo 14. Rachel
Capítulo 15. Landon
Capítulo 16. Rachel
Capítulo 17. Landon
Capítulo 18. Rachel

Capítulo 19. Landon
Capítulo 20. Rachel
Capítulo 21. Rachel
Capítulo 22. Landon
Capítulo 23. Rachel
Capítulo 24. Rachel
Capítulo 25. Landon
Capítulo 26. Rachel
Capítulo 27. Landon
Capítulo 28. Rachel
Capítulo 29. Rachel
Capítulo 30. Landon
Capítulo 31. Rachel
Capítulo 32. Landon
Capítulo 33. Rachel
Capítulo 34. Landon
Agradecimientos

Yarros, Rebecca
Nova / Rebecca Yarros. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Traducción de: Sofía Yáñez.
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-300-657-1

1. Novelas Románticas. I. Yáñez, Sofía , trad. II. Título.
CDD A860

Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Arte de tapa: Elizabeth Turner Stokes
Imagen de tapa: Tom Biel / Shutterstock
Diseño de interior: Florencia Amenedo sobre maqueta de Cecilia Aranda
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2017 Rebecca Yarros
© 2026 V&R Editoras
www.vreditoras.com

Derechos de traducción gestionados por Alliance Rights Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-657-1

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

¡TU OPINIÓN ES IMPORTANTE!

Escríbenos un e-mail a
miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el "Asunto".

Conócenos mejor en:

www.vreditoras.com

VR.Editoras

VR.Editoras

VREditoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Rebecca Yarros
Portada
Dedicatoria
Capítulo 1. Landon
Capítulo 2. Rachel
Capítulo 3. Landon
Capítulo 4. Rachel
Capítulo 5. Landon
Capítulo 6. Rachel
Capítulo 7. Landon
Capítulo 8. Rachel
Capítulo 9. Landon
Capítulo 10. Rachel
Capítulo 11. Rachel
Capítulo 12. Landon
Capítulo 13. Rachel
Capítulo 14. Rachel
Capítulo 15. Landon
Capítulo 16. Rachel
Capítulo 17. Landon
Capítulo 18. Rachel
Capítulo 19. Landon
Capítulo 20. Rachel
Capítulo 21. Rachel

Capítulo 22. Landon
Capítulo 23. Rachel
Capítulo 24. Rachel
Capítulo 25. Landon
Capítulo 26. Rachel
Capítulo 27. Landon
Capítulo 28. Rachel
Capítulo 29. Rachel
Capítulo 30. Landon
Capítulo 31. Rachel
Capítulo 32. Landon
Capítulo 33. Rachel
Capítulo 34. Landon
Agradecimientos
Índice
Créditos